Viveca STEN

El secreto de la isla



MAEVA NOIR

EL SECRETO DE LA ISLA

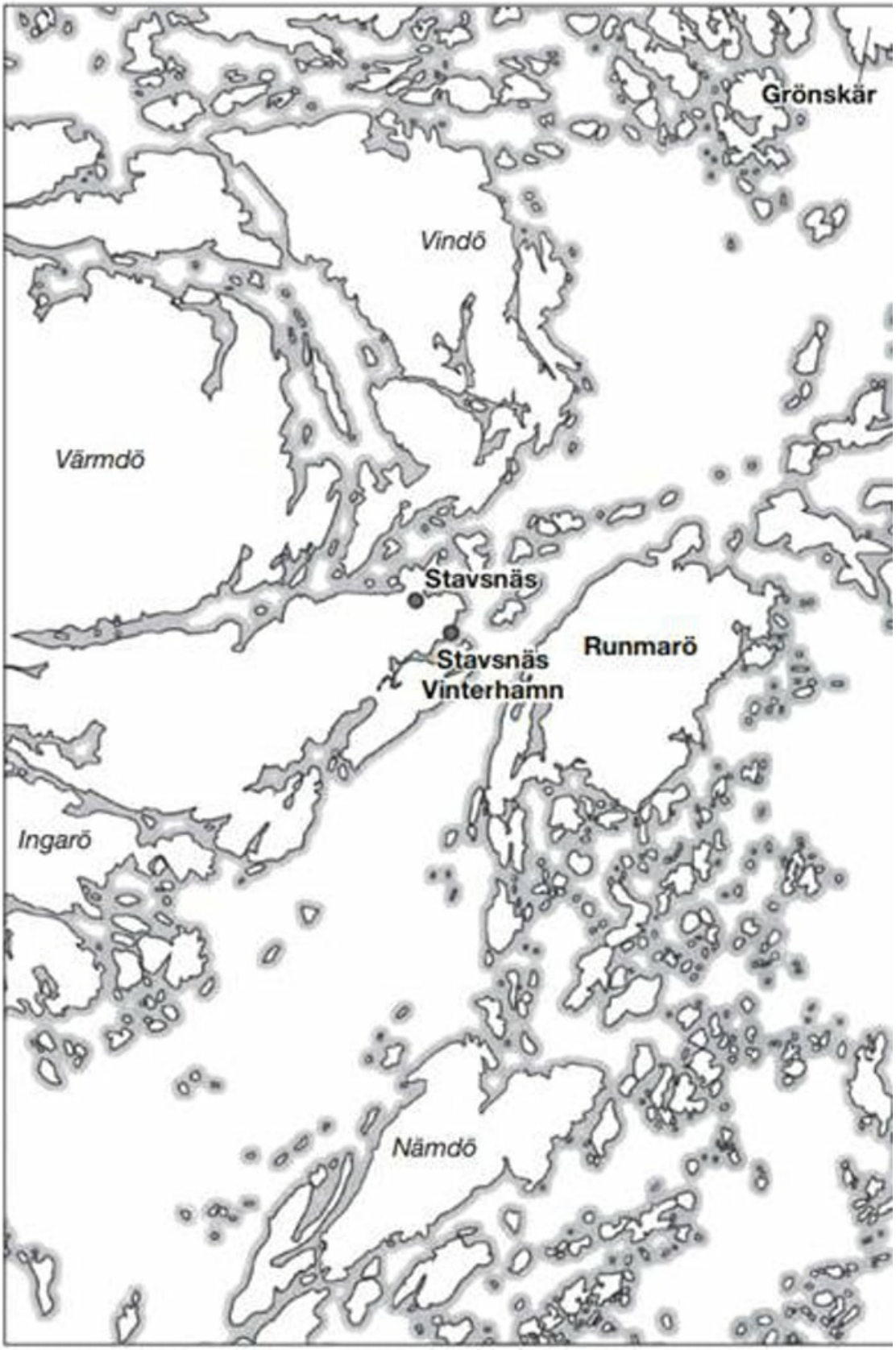
VIVECA STEN

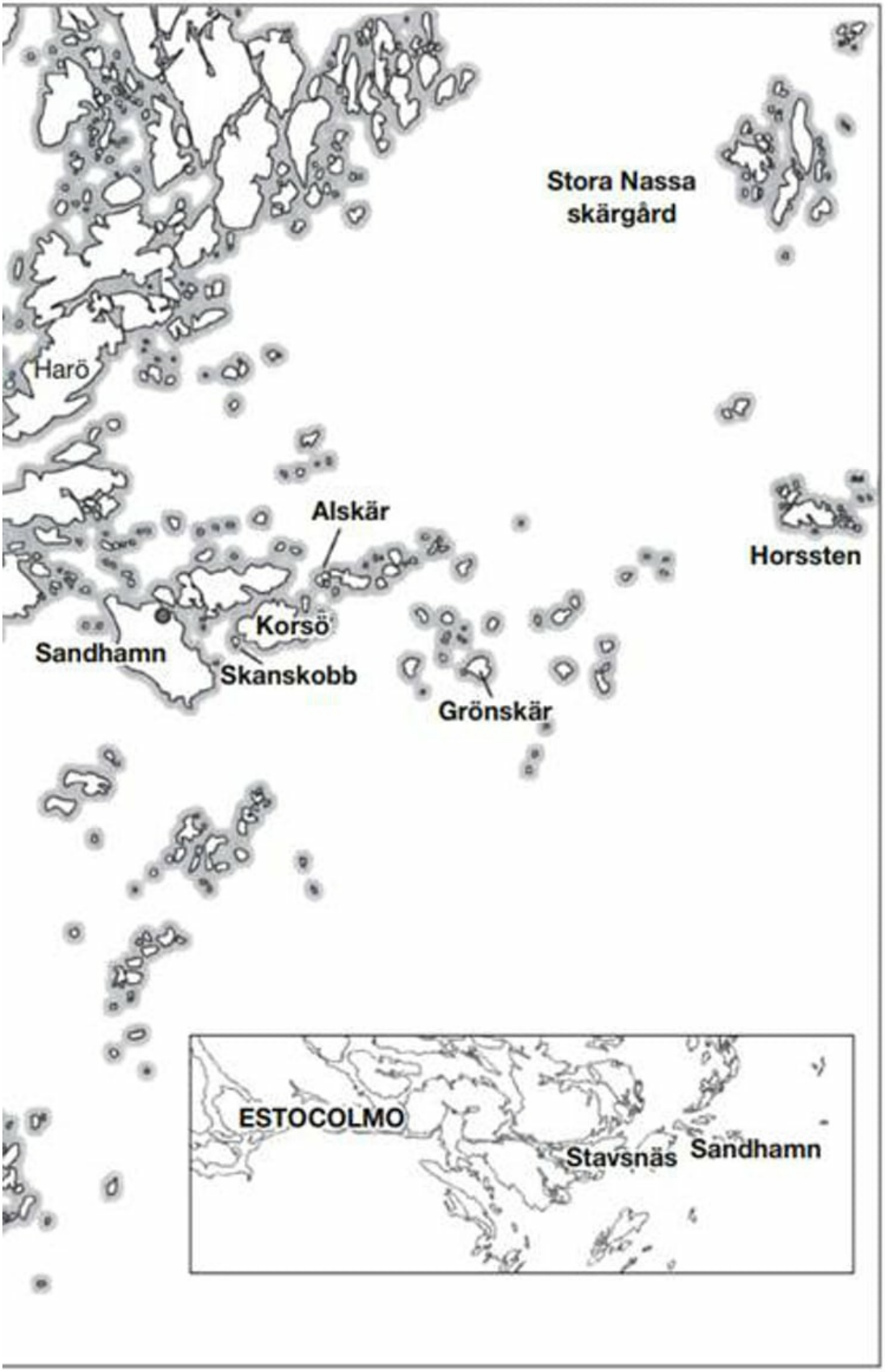
MAEVA defiende el copyright©.
El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

© Viveca Sten, 2019
© de la traducción, Albert Herranz
© de la cubierta, Sylvia Sans Bassat
© Maeva Ediciones, 2019 Benito Castro, 628028 MADRIDemaeva@maeva.eswww.maeva.es

ISBN: 9788417708306
Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L

A Lennart, sin ti solo soy la mitad


Grönskär
Vindö
Värmdö
Stavsnäs
Stavsnäs Vinterhamn
Runmarö
Ingarö
Nämdö


Stora Nassa
skärgård
Harö
Alskär
Horssten
Korsö
Sandhamn
Skanskobb
Grönskär
ESTOCOLMO
Stavsnäs
Sandhamn


Västerudden
Telegraf-
holmen
Lökholmen
Kroksö-Björkö
Västern
Sandhamn
Hotel Seglar
Skärkarlshamn
Trouvillevägen
Sandhamn
Oxudden
Klorövägen
Trouville

La isla de Sandhamn es un pintoresco enclave del archipiélago de Estocolmo. Formado por un conjunto de 24.000 islas, está situado frente a la capital sueca y se ha convertido en una zona muy turística. A principios del siglo XVIII, tenía una población de 2.800 personas, en su mayoría pescadores. Hoy, los habitantes del archipiélago, que cuenta con más de 50.000 casas repartidas entre las distintas islas, se dividen en veraneantes y residentes que, en su mayor parte, trabajan en Estocolmo.

Originalmente la isla se llamaba Sandön, «isla de la Arena», mientras que Sandhamn era el nombre de un asentamiento situado en el noreste.

Las islas que forman el archipiélago son muy populares entre los aficionados a la navegación y son un escenario ideal para una novela de misterio como *El secreto de la isla*.

PRÓLOGO

El chapoteo le recordó el ruido que hacen los niños mientras juegan en la bañera. Si cerraba los ojos, podía ver una playa con los críos correteando despreocupados de aquí para allá.

Después, un último chapoteo y el agua rebasó el borde del cubo y se derramó por el suelo.

Los brazos que antes se habían agitado se relajaron. Las piernas todavía se movían, como si fueran pececillos de plata yendo de un lado a otro sin rumbo ni objetivo. Movimientos espasmódicos.

Finalmente, las piernas dejaron de moverse. El goteo lento del grifo era lo único que rompía el silencio en aquella habitación encalada.

Recordaría ese sonido toda la vida.

Un fuerte olor a jabón impregnaba el ambiente. El olor a pino le penetraba por la nariz y le producía náuseas. Se recompuso. El miedo lo supera todo.

Sintió un calor que le recorría el muslo y comprendió que se había orinado.

Daba igual. De todas formas, ya era tarde.

El grifo continuó goteando.

DOMINGO, 16 DE SEPTIEMBRE

(**PRIMERA SEMANA**)

1

La chica parece asustada. —Tienen que venir, ahora, inmediatamente.

—¿Puede decirme primero su nombre?

La voz profesional del 112 es aséptica, sin llegar a ser desagradable. En la pantalla, las cifras digitales muestran la hora exacta: las diez y tres minutos de la mañana.

—Es terrible…, es Marcus.

—¿Puede intentar explicarme qué ha pasado? —pregunta la operadora—. Tranquilícese y cuénteme.

—Estoy en su casa.

—Deme una dirección.

—No respira. Está colgado. —El llanto y el hipeo se mezclan al responder—. No puedo descolgarlo.

—Deme la dirección de donde está.

Se oye de fondo a los demás compañeros del servicio que atienden otras alertas. Hasta el momento, el día había sido tranquilo. Es un domingo por la mañana y las emergencias del sábado por la noche ya se han atendido. La operadora comienza su turno a las seis de la mañana y a estas horas se ha tomado ya tres tazas de café.

—¿Dónde está? —le vuelve a preguntar.

Ahora la joven al otro lado del teléfono se calma.

—En la calle Värmdögatan 10 B, en Nacka. —La chica pronuncia las palabras con dificultad —. Donde están los pisos de los estudiantes —dice entre sollozos—. Habíamos quedado para estudiar juntos.

—¿Cuál es su nombre?

—Amanda.

—Amanda, ¿qué más?

—Amanda Grenfors.

Las palabras son espesas, confusas, como si no pudiera asimilar lo que está viendo.

—Intente contarme qué ha ocurrido.

Mientras habla, la operadora toma notas. La dirección donde está la chica está muy cerca de la comisaría de Nacka. En pocos minutos la Policía se podrá personar ahí.

—Marcus cuelga del techo de una cuerda —dice la chica—. Tiene la cara azul.

Se le rompe la voz.

La operadora espera. Pasan unos segundos. Luego se oye en voz baja:

—Creo que está muerto.

El portal del edificio está abierto cuando llega la policía. La casa se construyó en los años cuarenta y la cantidad de bicicletas aparcadas delante delata que se trata de una vivienda para estudiantes. Es uno de esos edificios que se rehabilitaron para intentar paliar la enorme necesidad de viviendas estudiantiles que había en la capital.

Los dos policías suben por una escalera y se adentran por un pasillo largo con una decena de puertas a cada lado. Pasan por delante de la cocina, donde una pila de platos sucios llena el fregadero. Sobre uno de los armarios hay una nota escrita a mano: «¡Recoge tus cosas! ¡Tu madre no vive aquí!».

No hay nadie, tan solo una bolsa de basura sin atar en una esquina. Por el olor se puede suponer que lleva ahí bastante tiempo.

Al fondo del pasillo hay una puerta abierta. Junto a la entrada del apartamento, con la espalda apoyada en la pared, hay una chica sentada. Viste vaqueros, zapatillas de deporte negras y un jersey enorme rojo oscuro demasiado grande para su cuerpo delgado.

—¿Te llamas Amanda? —pregunta la policía.

—Hmm.

Una cara surcada por las lágrimas se gira hacia ella. La policía se agacha y roza ligeramente la mano de la joven.

—¿Cómo te encuentras?

—Está colgado allá dentro. —Levanta la mano derecha y señala temblorosa—. Del gancho de la lámpara.

Los policías miran hacia donde indica la chica. Está amaneciendo, en la luz repentina que entra en la habitación se pueden ver pequeñas motas de polvo flotando en el aire. Forman un aura brillante en torno al solitario cuerpo que pende del techo. La cabeza colgando y el ángulo del cuello confirman lo que ya sospechaban.

Marcus Nielsen está muerto.

2

Corría sobre el hielo crujiente a las afueras de Sandhamn. El hielo se resquebrajaba bajo sus pies. El agua lo envolvía y sentía como si los dedos de las manos y de los pies se rompieran, congelados. La fría corriente marina presionaba el aire en sus pulmones e impedía que le llegara oxígeno a la sangre.

Pronto se ahogaría en aquel canal tan profundo. Nadie vendría a rescatarlo porque nadie sabía que estaba allí.

Lloraba.

No quería morir. No de esa manera. No tan solo y sin poder despedirse.

El agua que congelaba su cuerpo le drenaba toda la energía y se arrepentía de todo lo que no había hecho o dicho hasta entonces.

Pero ¿cómo habría podido saber que su tiempo se acababa?

Mientras perdía la sensibilidad del cuerpo se dio cuenta de que su corazón latía más despacio, que estaba perdiendo la conciencia. Pronto un falso calor se extendería a través de las venas, él dejaría de luchar y todo habría acabado.

Sin embargo, no quería morir así. No ahora. No sin Pernilla a su lado.

Tenía tanto frío que se dejó ir. Se hundió de nuevo en el agua fría y notó que se le adormecía el cuerpo. Ya no podía ofrecer más resistencia.

Sonó, estridente, una alarma rabiosa que pedía su atención. Abrió los ojos y entendió que estaba en su cama. Pernilla respiraba profundamente a su lado.

Alargó el brazo y buscó el teléfono sobre la mesita de noche. Los dedos se cerraron en torno al objeto de metal, pero el móvil cayó al suelo.

Dejó de sonar durante unos segundos y al cabo de un rato comenzó de nuevo. Más alto esta vez. El sonido no paraba y Pernilla se movía inquieta a su lado.

—Es tu móvil —murmuró.

Su voz le devolvió a la realidad.

Giró las piernas sobre el borde de la cama, pero cuando fue a apoyar el pie izquierdo en el suelo estuvo a punto de perder el equilibrio. Aún no se había acostumbrado. Se agachó y recogió el móvil.

Al presionar el aparato contra su mejilla, este quedó húmedo por sus lágrimas.

Su voz sonó áspera cuando contestó.

—¿Sí? Soy Thomas.

3

De camino al coche, Margrit Grankvist repasó la escueta información que le había facilitado la jefatura.

Estaba desayunando con Bertil cuando la llamaron. Las dos niñas aún dormían. Bertil alzó la nariz por encima del borde del periódico y enseguida entendió que Margrit tenía que irse.

A esas alturas ya estaba acostumbrado. Margrit esbozó una sonrisa cuando pensó en su marido. Era profesor de instituto, de inglés y sueco. Sabía que algunas de sus amigas no lo consideraban el más interesante de los hombres. Sin embargo, llevaban juntos más de veinte años y tenían dos preciosas hijas adolescentes. Anna terminaría el bachillerato en primavera y Linda lo acababa de empezar.

Margrit abrió la puerta del coche y se sentó en el asiento del conductor. Era una mañana fría, ya empezaba a notarse la llegada del otoño. El veranillo de san Miguel que habían disfrutado durante unas semanas pronto sería sustituido por vientos fríos y cielos nublados. Las noches comenzaban a ser más oscuras. Los días se acortarían hasta tener solo seis horas de luz débil.

Hasta que volviera a cambiar.

A Margrit le costaba cada vez más aguantar el largo invierno sueco. Últimamente había comenzado a soñar con un apartamento en el sur de España. Un lugar al sol para Bertil y ella cuando las niñas se fueran de casa.

El móvil sonó y vio que le había llegado un mensaje con más datos del muchacho muerto. Tenía veintidós años, a ella le parecía un chiquillo. Su hija Anna tenía dieciocho, era tan solo unos años más joven.

Se llamaba Marcus Nielsen. Estudiaba Psicología en la Universidad de Estocolmo y vivía solo en la habitación en la que lo encontraron.

Margrit encendió el motor y salió del garaje marcha atrás. No había demasiado tráfico a esas horas de la mañana. Según sus cálculos, en veinte minutos estaría en la calle Värmdögatan.

Margrit aparcó delante del portal y cerró el coche. Saludó a un policía uniformado que estaba en la escalera y pasó de largo por delante de varios estudiantes, que, vestidos con albornoces, se asomaban desde las puertas de sus apartamentos. La conocida voz del técnico forense ya se oía desde fuera antes de entrar.

El cuerpo aún colgaba del gancho del techo, pero pronto lo descolgarían con cuidado para enviarlo al hospital forense de Solna.

—Buenos días —dijo Nilsson, y se giró hacia Margrit.

Entró en la habitación y echó un vistazo antes de ponerse los guantes de plástico que le ofrecía.

La habitación era sorprendentemente grande para ser un piso de estudiantes. Margrit calculó que tendría unos veinte metros cuadrados. Limpia, a pesar de que la papelera estaba a rebosar de cartones de comida rápida y de que, con toda seguridad, hacía mucho tiempo que no pasaban la aspiradora.

—Cuando yo estudiaba los estudiantes no teníamos tantos lujos —dijo Nilsson detrás de ella —. Entonces te tenías que conformar con una habitación tan pequeña que apenas te podías dar la vuelta.

A la izquierda de la entrada había una cama hecha con esmero, y ante la ventana, un escritorio con una silla giratoria. En una de las paredes Marcus Nielsen había colocado una estantería blanca de Ikea. De esas que, según el *Libro Guinness de los récords*, era la más vendida del mundo. Una puerta enfrente de la cama daba paso a un estrecho baño. Margrit podía ver algunos rollos de papel higiénico a través de la apertura.

—Aquí tienes sus últimas palabras.

Nilsson señaló un papel que yacía sobre la almohada.

—¿Una carta de despedida?

Nilsson asintió y la leyó en voz alta.

—«Perdonadme, pero todo es muy complicado. Marcus.»

Margrit se inclinó y estudió el papel.

—Está impresa.

—Sí.

—No está firmada.

—No.

—¿Dónde está el ordenador? —Observó el escritorio, que estaba lleno de papeles y libros abiertos—. ¿Ya os lo habéis llevado?

—No, no había ningún ordenador.

—Entonces, ¿con qué la escribió?

Nilsson se encogió de hombros.

—Buena pregunta.

Margrit se acercó al escritorio y miró los cajones. Después abrió el armario y se encontró con un montón de ropa que parecía metida allí de forma precipitada. Había ropa sucia y limpia entremezclada. Debajo de la cama encontró una mochila. La abrió, pero estaba vacía.

—Aquí no hay ningún ordenador. —Se giró hacia Nilsson—. ¿Conoces a alguien de su generación que pueda sobrevivir sin ordenador?

—Tampoco parece que tenga impresora.

Nilsson tenía razón. En la habitación no había ni papel ni impresora.

—Si había planeado el suicidio, a lo mejor escribió la nota en otro lugar; en la universidad, por ejemplo —dijo el forense.

—Puede ser.

Margrit se acercó de nuevo al chico. El techo era más alto de lo normal, así que su cara quedaba a la altura de la cintura del muerto.

Llevaba una sudadera gris y unos vaqueros desgastados. Una mancha en la tela revelaba que el esfínter se le había relajado en el momento de morir. El olor le llegó cuando dio la vuelta al cuerpo, y Margrit retrocedió instintivamente apartando la cara. Dio unos pasos hacia atrás para tener una mejor perspectiva.

La cara de Marcus Nielsen había quedado congelada en una mueca grotesca. Tenía los ojos medio abiertos y en una de las comisuras de los labios le colgaban restos de baba. Los labios estaban separados. Margrit vio que había intentado gritar cuando se cerró el nudo.

¿Se había arrepentido en el mismo momento en que sus pies habían perdido apoyo?

¿O se trataba de un espasmo muscular involuntario, provocado por su propio cuerpo?

Su pelo, anormalmente negro, contrastaba aún más con las facciones pálidas de la cara.

—Este no puede ser el color natural de su cabello, ¿no?

—No creo —le contestó Nilsson—. La autopsia lo aclarará.

—¿Cuánto tiempo crees que lleva muerto?

Nilsson se rascó la nariz con el dedo índice.

—Mínimo, cinco o seis horas. El cuerpo empieza a estar rígido.

Margrit miró con atención la soga. Había penetrado con profundidad en el cuello, cuya piel mostraba estrías amoratadas. El cabo de la cuerda estaba atado con un nudo fuerte al gancho del techo.

—¿Cómo se subió? —preguntó para después responder él mismo a su pregunta—. Debió de subirse al escritorio, se puso la soga al cuello y luego saltó desde ahí.

Midió el cuerpo con la mirada. Marcus Nielsen era bastante delgado y no muy alto. A pesar de ello, debía de pesar unos setenta kilos, pensó.

—Y aguantó el peso —dijo a media voz

—¿Te refieres al gancho?

—Hmm.

Nilsson enderezó la espalda y miró el gancho.

—La casa está bien construida. No se puede comparar con las chapuzas que se hicieron en los setenta.

—¿Quieres decir que si llega a vivir en una de esas casas se hubiera salvado?

Fue hacia la estantería y alcanzó una fotografía enmarcada que le quedaba a la altura de los ojos. Se veía al chico junto a un adolescente y una pareja de mediana edad; seguramente serían sus padres y un hermano menor. Unas letras blancas indicaban que la fotografía se había tomado el verano anterior.

La hicieron durante las vacaciones. Parecían estar en un bar en el extranjero. Al fondo se veían casas blancas con puertas de color azul claro. Seguramente estaban de vacaciones en las islas griegas, pensó Margrit, un viaje agradable con toda la familia. Sin saber lo que les esperaba un año después.

El muerto se parecía mucho a su madre. La misma nariz recta y los mismos ojos rasgados. El cabello de la madre era castaño y el de su hijo tal vez también lo fuera antes de teñírselo.

El semblante de Marcus resplandecía. Parecía un muchacho inteligente. No daba la sensación de estar pasando por algo que lo llevaría a suicidarse catorce meses después.

El hermano se parecía al padre. Los dos eran rubios y un poco regordetes. El padre apoyaba un brazo sobre el hijo pequeño y sonreía abiertamente a la cámara. Seguramente les hizo la foto

un camarero.

—Parecía simpático —dijo Margrit.

—La mayoría lo parecen, por lo menos antes de morir.

No era una respuesta sarcástica, solo una afirmación seca.

Humor policial, pensó Margrit. Una forma de mantener la tragedia a raya.

Dejó la foto lentamente en su sitio. Sabía que el padre era funcionario municipal y la madre, enfermera. El hermano menor estudiaba el tercer año de instituto.

Como su Anna.

Aquella quizá fuera la última fotografía de familia. Ya no se harían más. Tenían que informar a los padres lo antes posible. A Margrit no le gustaba nada esa tarea.

Nilsson sacó algo de su enorme maleta negra y desapareció en dirección al baño.

—¿Hay algún indicio de que no sea un suicidio?

Nilsson negó con la cabeza sin girarse.

—En este momento, no. De todas formas, estamos recogiendo las huellas dactilares y biológicas, si las hay.

—¿Dónde está la muchacha que lo encontró?

—Está en la cocina con Torunn. Estaba en estado de shock cuando llegamos.

—No me extraña, dadas las circunstancias.

Margrit echó un último vistazo a los libros de la estantería. Muchos de ellos tenían títulos en inglés relacionados con la Psicología. Los que estaban en el escritorio eran libros de texto.

—Estudiaba Psicología en la Universidad de Estocolmo —dijo Margrit—. Me pregunto si tendría sus propios problemas psicológicos.

Nilsson asomó por la puerta.

—¿Quieres decir problemas como para acabar suicidándose?

4

Nora Linde miró con cansancio la habitación desordenada de su hijo. Desde que Henrik y ella se divorciaron estaba claro que Adam se refugiaba cada vez más en su ordenador. Adam estaba rodeado de montones de ropa, sentado delante del ordenador, pegado a la pantalla, chateando o jugando. Era como si prefiriese el mundo virtual al real. No contestaba cuando ella le hablaba y le costaba quedarse sentado a la mesa más tiempo del necesario para poder dedicar más tiempo al ordenador.

Nora intentaba establecer unas normas, pero era difícil porque Henrik y ella tenían distintos pareceres sobre el tema. De poco ayudaba que insistiera en poner un límite a las horas de juego si Henrik le dejaba jugar todo lo que quisiera cuando estaba en su casa. Si ya era difícil ponerse de acuerdo cuando vivían juntos, ahora era mucho peor.

Tan solo unas semanas después de descubrir la infidelidad de Henrik, hacía ya medio año, Nora había enviado, con efectividad profesional, ya que era abogada, los papeles del divorcio al juzgado.

Como tenían hijos menores de dieciséis años, la ley exigía un período de reflexión de seis meses antes de poner fin al matrimonio.

Nora no necesitaba ningún período de reflexión. Tenía claro que no quería seguir casada con Henrik. Apenas podían intercambiar dos palabras sin acabar riñendo y esperaba hasta el último momento cuando tenía que llamarle. A veces no quedaba más remedio. Con un hijo de seis años y otro de doce había muchas cosas de las que hablar.

De todas formas, cada vez que llamaba tenía la esperanza de que fuese el contestador el que contestara y no él.

La peor vez fue cuando contestó Marie, la nueva pareja de Henrik. Se había mudado para vivir con él en la casa adosada de Saltjöbaden, que había sido la casa de Henrik y Nora durante muchos años. Marie tenía un timbre de voz agudo, estridente, y hablaba rápido y sin freno, como si viviera en perpetua sorpresa ante cómo era el mundo. «Marie Grénier», contestaba de golpe.

Cada vez que Marie respondía, a Nora le ponía de mal humor pensar en lo contenta que debía de estar su exsuegra. Al fin su querido hijo, el radiólogo, había conseguido una mujer que sabía cómo comportarse en los salones elegantes. Era verdad que pertenecía a la pequeña nobleza, pero aun así su familia estaba inscrita en el registro nobiliario mientras que Nora había crecido en una granja.

Era justo lo que la madre de Henrik, Monica Linde, había deseado durante años. Sí, Nora había estudiado Derecho, pero también era cierto que era la única de su familia que había pisado una institución académica.

Pronto iba a ser el cumpleaños de Simon y tendría que celebrarlo con su ex sí o sí. Solo pensar en la fiesta le provocaba dolor de estómago.

Nora tocó con el pie el montón de ropa sucia que estaba en el suelo.

—Adam —gritó hacia la sala de estar donde el chico estaba sentado viendo la tele—, ven y ordena un poco todo esto. —Pasaron unos segundos. Volvió a gritar, esta vez con más fuerza—. ¡Adam!

El sonido de pasos arrastrándose revelaba que el tono imperativo había surtido efecto y que su hosco hijo obedecía.

—¿Siempre te tienes que poner tan pesada?

A pesar de que era lo último que quería, Nora sintió que la irritación crecía en su interior.

—Soy pesada porque me obligas a serlo. Si fueras un poco más ordenado, esto no ocurriría.

—Papá no es tan pesado.

El comentario le dolió. Con certera precisión, Adam le había lanzado un dardo que le había hecho daño.

—Pero ahora estás conmigo, no con papá. —Sabía que se arrepentiría por lo que estaba a punto de decir pero no podía callar—. Además, papá tiene señora de la limpieza y nosotros no nos la podemos permitir.

Su hijo le lanzó una mirada de desprecio por respuesta.

«Quiero que estén conmigo —pensó Nora—. ¿Por qué acabo sermoneándoles?»

Observó su imagen reflejada en el espejo, como si pudiera visualizar sus oscuros pensamientos.

Siempre había sido delgada, pero ahora estaba hecha un palillo. Si no fuera porque su diabetes la obligaba a hacer comidas regulares, no pensaría en comer; en los últimos seis meses había perdido completamente el apetito. La melena roja, que le llegaba hasta los hombros, necesitaba un corte, y tenía unas pronunciadas ojeras bajo sus ojos grises.

Era consciente de que no dormía lo suficiente, pero no sabía cómo remediarlo. La esperaba un maletín con un montón de documentos del banco que tenía que leer antes de empezar la semana. Volvería a pasar una noche en vela hasta las tantas.

—Si quieres, te ayudo —dijo en tono conciliador, y se agachó para recoger los calcetines y calzoncillos sucios de debajo de la cama.

—Hmm.

—Adam, venga. Sé que esto no es fácil, pero tenemos que intentarlo.

—Hmm.

Nora le acarició un brazo.

—Cariño, he pensado que podríamos ir a Sandhamn el próximo fin de semana. ¿Qué te parece? Puedes traer a un amigo si quieres. Tu padre tiene una conferencia, así que estaréis dos fines de semana seguidos conmigo.

Se podía adivinar una débil sonrisa en la delgada cara del niño.

A sus hijos les encantaba ir a la isla y más aún ahora que se habían mudado a Villa Brandska. Probablemente, la casa más bonita de Sandhamn. Nora la había heredado de su vecina, Signe Brand.

Durante el verano habían remozado el interior y empapelado los dormitorios. Incluso Simon había ayudado a empapelar las paredes. Se concentraba tanto que casi bizqueaba del esfuerzo.

No solo habían cambiado de casa en Sandhamn. Nora también había encontrado un luminoso piso de dos habitaciones en una casa en el centro de Saltjöbaden. Los dos hermanos compartían el dormitorio grande mientras que ella se había quedado con el pequeño. La cocina era amplia y soleada, así como la sala de estar. En un pequeño rincón de la cocina había logrado meter un escritorio y allí tenía su oficina. Vivían a un cuarto de hora de su antigua casa.

Adam interrumpió sus pensamientos.

—¿Puedo invitar a Willie?

William Åkerman era el mejor amigo de Adam desde que entró en la escuela. Los dos chicos se habían hecho más amigos aún durante ese último medio año en el que Adam intentaba acostumbrarse a vivir en dos casas diferentes.

Nora puso los brazos sobre los hombros de su hijo y lo abrazó. Cuando era pequeño tenía el pelo rubio platino; ahora lo tenía de color arena. No era tan oscuro como el de Henrik, pero, aparte de eso, padre e hijo eran una copia el uno del otro.

—Claro que sí.

—Gracias, mamá.

El tono de Adam se había dulcificado y Nora notó que el peso que había sentido sobre el pecho se aligeraba.

Empezó a pensar en Thomas, su amigo de la infancia y padrino de Simon. Tenía una casa de verano en Harö, a diez minutos de Sandhamn. ¿Lo llamaría para decirle que el próximo fin de semana iría a Sandhamn?

5

Cuando Margrit se acercó a la cocina, oyó sollozos ahogados y alguien que hablaba en tono tranquilizador. Entró en la habitación y vio que una joven lloraba sentada en torno a una mesa redonda. Junto a ella había una mujer policía de unos treinta años que Margrit conocía. Se llamaba Torunn.

—Amanda —dijo Torunn, y se levantó para hacerle sitio a Margrit.

—¿Cómo estás? —le preguntó Margrit, que se sentó en la silla aún caliente.

—No muy bien —susurró Amanda.

—Entiendo que te cueste, pero ¿me puedes contar cómo encontraste a tu amigo?

—Habíamos quedado en vernos hoy. Teníamos un trabajo para mañana y queríamos acabarlo hoy.

Tenía los ojos grandes. Las lágrimas le habían apelmazado las pestañas, que estaban entrelazadas como si fueran patas de mosca.

—¿Sois compañeros de universidad?

—Sí, estudiamos Psicología. —La cara se le contrajo—. Estudiábamos, quiero decir.

Margrit le palmeó el brazo.

—¿Recuerdas si la puerta estaba abierta cuando llegaste?

—Creo que estaba cerrada.

—¿Cerrada por dentro? ¿Tienes llaves?

Amanda negó con la cabeza.

—No estaba cerrada. Llamé primero, pero como no respondía probé la manilla de la puerta y entré.

Se interrumpió cuando recordó la visión que la había recibido hacía media hora. La boca se le contrajo y se presionó el puño contra ella para no volver a llorar.

Margrit esperó a que la chica hablara, sin presionarla.

—Y estaba allí, colgando del techo —dijo al final Amanda— y con los ojos abiertos a pesar de que estaba muerto. Me miraba fijamente.

Ocultó la cara entre sus manos.

—¿Viste a alguien en el pasillo cuando llegaste?

—No. Todo el mundo dormía. Era temprano.

Margrit puso su mano sobre la de Amanda.

—¿Estás segura de que no había nadie más en el pasillo cuando llegaste?

Se oyeron voces y el sonido de varias personas que se acercaban. Margrit supuso que sería el personal sanitario encargado de llevarse el cadáver. Nilsson ya debía de haber acabado su trabajo.

—No recuerdo nada —dijo Amanda.

—¿Erais muy amigos, Marcus y tú?

Amanda alcanzó un vaso de agua que había sobre la mesa y bebió unos sorbos.

—Bueno, estudiábamos juntos. Sobre todo los últimos semestres. Empezamos el mismo año la universidad, pero no salíamos ni nada de eso.

—¿Sabes si Marcus tenía ordenador?

La cara de la chica reflejó desconcierto, como si no hubiera entendido la pregunta.

—Pues claro que sí.

—No lo hemos encontrado.

Pasaron unos segundos durante los cuales Amanda parecía estar pensando.

—¿Habéis mirado dentro de su mochila? ¿O en la cama? Se pasaba horas en la cama escribiendo.

—¿En el escritorio no?

—No, ahí solo dejaba las cosas.

—¿Sabes si hay alguna impresora en la habitación?

—No, no creo. Nunca he visto ninguna.

—¿Estás segura?

Amanda asintió.

—¿Dónde imprimía sus trabajos? —preguntó Margrit.

La cara de la chica había recuperado un poco de color. Parecía más serena, pero no dejaba de estirar, nerviosa, las mangas de su jersey. Estaban desgastadas y le llegaban hasta los nudillos de los dedos.

—En la universidad hay una impresora donde puedes imprimir los trabajos.

Margrit pensó que no había nada raro en ello. Un suicidio solía planearse con antelación. Si Marcus Nielsen no tenía una impresora era lógico que imprimiese la carta de despedida en otro sitio. Podía haber planeado su suicidio durante semanas, tal vez meses.

Lo único que no encajaba era que le hubiera pedido a Amanda que fuese a su casa ese día. Pero ¿quizá quería que alguien lo encontrara lo antes posible?

—¿Cuándo decidisteis que os veríais hoy?

—El viernes. En la biblioteca, cuando vimos que no acabaríamos el trabajo.

Margrit enderezó la espalda. La silla era dura e incómoda. Era una silla Windsor barata; seguramente habían pagado por ella unas pocas coronas. Por otro lado, los pisos de estudiantes no solían tener precisamente muebles caros.

—¿Se comportaba Marcus de forma extraña últimamente? ¿Lo veías alterado o deprimido?

Amanda negó con la cabeza.

—No, se comportaba como siempre. Por eso no puedo entender que se…

Se le rompió la voz y las lágrimas aparecieron de nuevo en sus ojos. Margrit esperó a que se calmara. En cuanto acabasen acompañarían a la chica a su casa en un coche de la Policía.

—¿Había hablado alguna vez de suicidarse? —dijo después de un rato.

—No, nunca.

La respuesta de Amanda fue muy rápida.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Y erais lo suficientemente amigos para que tú te dieses cuenta si le pasaba algo?

Amanda asintió con tanta violencia que su oscura melena le tapó la cara.

—Sí, hablábamos de todo.

Margrit se inclinó hacia ella.

—Tengo que preguntarte esto aunque sea un poco difícil. ¿Se te ocurre algún motivo por el cual Marcus quisiera quitarse la vida?

—No, ya lo he dicho. —La voz de Amanda se había vuelto firme y ahora miraba a Margrit a los ojos—. Marcus no estaba deprimido. Era una persona reservada, pero no de esa forma.

Los suicidas no siempre cuentan sus planes, pensó Margrit. Pero las estadísticas eran claras. Era más la regla que la excepción que los familiares y los amigos insistieran en que no había nada que indicara que algo no marchaba bien.

Un movimiento repentino le hizo girar la cabeza. Vio que un hombre alto se dirigía hacia ellas.

Su cabello rubio, con alguna cana ya, estaba despeinado. Parecía que solo se había pasado los dedos. Tenía los ojos hinchados, como si se acabara de despertar de un sueño profundo, y caminaba con los anchos hombros echados hacia delante.

Se intuía una leve cojera apenas perceptible que recordaba lo cerca que había estado de morir en el hielo a las afueras de Sandhamn ese invierno.

—Thomas.

DIARIO: 24 DE OCTUBRE DE 1976

Mañana es el día. Tengo que estar en Rindö, a las afueras de Vaxholm, donde se encuentra la escuela de las Fuerzas Especiales.

Papá me ha prometido que me llevará en el coche. A las ocho de la mañana debo presentarme para el servicio. Tenemos que salir a las seis para llegar a tiempo.

Se presentaron casi mil personas. Seleccionaron a cuatrocientas como quintos extraordinarios y solo admitieron al cinco por ciento. Aproximadamente, dos de cada tres suelen acabar la formación.

Papá está orgulloso, no lo esconde. Hizo la mili como cocinero y parecía tenerme envidia cuando le conté que me había presentado.

Mamá se preocupó cuando llegó la carta.

«*¿Te vas a dedicar a esto realmente?*»

Me reí. Me podía ver a mí mismo con la boina verde con el tridente dorado.

La insignia de las Fuerzas Especiales de la Marina.

Cuando tenía diez años viajé con la familia a Estocolmo. Fuimos a ver el palacio real, y junto al puente de Skeppsbron había amarrados varios navíos militares.

Ya nos íbamos cuando llegaron unos soldados desfilando. Llevaban boinas verdes y desfilaban marcando el paso. Todos se parecían, tenían un gesto serio y grave. Justo cuando pasaron por delante de nosotros, uno me guiñó el ojo. Como si yo fuera uno de ellos.

No podía salir de mi asombro.

«*¿Quiénes eran?», pregunté cuando se habían ido.*

«*Las Fuerzas Especiales de la Marina —respondió papá—. Un cuerpo de élite.*»

«*Fuerzas Especiales de la Marina —dije, y metí mi mano en el hueco de la suya—. Eso es lo que seré yo de mayor.».*

JUEVES

(**PRIMERA SEMANA**)

6

La mujer que estaba sentada y esperaba en la recepción de la comisaría de la Policía de Nacka llamó la atención de Thomas desde el primer momento en que entró a la sala. Eran las siete y media de la mañana del jueves.

Estaba pálida e iba sin maquillar. Thomas supuso que tendría alrededor de cuarenta y cinco años, unos pocos más que él. Vestía un plumón negro, corto, y unos pantalones vaqueros algo desgastados en las pantorrillas.

—¡Thomas, hay una persona que os busca a Margrit y a ti! —gritó la recepcionista cuando lo vio entrar.

La mujer se levantó enseguida.

—¿Es usted Thomas Andreasson? —Thomas asintió.

—Me llamo Maria Nielsen. Mi hijo Marcus… —Dudó pero se rehízo—. Mi hijo Marcus murió el domingo pasado. Usted estuvo allí, lo vio.

Thomas recordaba el cuerpo que colgaba bajo la luz del sol que se filtraba por la ventana. La clara luz otoñal y el chico muerto. La quietud de la habitación mientras el personal sanitario cortaba la cuerda y bajaba el cuerpo.

La voz de Maria Nielsen temblaba al hablar.

—Necesito hablar con usted.

—Sígame —contestó, y la guio hacia los ascensores. Al llegar al segundo piso, Thomas sacó su tarjeta para abrir la puerta del pasillo donde se encontraba el equipo de investigación.

Con un gesto interrogador, Thomas le ofreció a Maria Nielsen una taza de café. Ella la aceptó sin decir palabra. Café solo, con dos terrones de azúcar que la mujer dejó caer sobre el brebaje humeante.

Thomas la acompañó a una de las habitaciones pequeñas reservadas a los visitantes. Maria Nielsen se sentó en la silla sin quitarse el plumón.

—Tengo que hablarle de mi hijo —dijo, antes de que Thomas se hubiera sentado—. Marcus no se puede haber suicidado. No es posible. Alguien lo ha asesinado.

—¿Por qué piensa eso?

Thomas clavó su mirada en la cara pálida de Maria Nielsen y se esforzó por mantener un tono de voz neutral. No quería aumentar su desesperación mostrándole sus dudas.

—Lo sé. Marcus nunca había hablado de quitarse la vida. No era una persona infeliz, nunca había estado deprimido o desanimado.

Thomas se inclinó hacia delante.

—Marcus se había ido de casa. ¿No pudo haber sucedido algo que su padre o usted no supieran?

La mujer negó con la cabeza, firme.

—No lo creo. Teníamos muy buena relación. Además, David se habría dado cuenta si algo no hubiera ido bien.

—¿David?

—El hermano pequeño de Marcus. Son como…, eran como gemelos. David está destrozado. Iban a ir a esquiar este invierno. Habían hablado de pasar una semana en los Alpes franceses, después del examen de Marcus en enero.

Sacó un pañuelo de papel arrugado y se sonó la nariz.

—¿Para qué planear un viaje con su hermano si se quería suicidar? —El tono pasaba del desaliento a la agresividad—. Deme una respuesta. ¿Por qué tuvo que quedar con él en tal caso?

Thomas hizo un pequeño gesto con la mano.

—¿Sabe que la autopsia no mostró otra causa que no fuera el suicidio? ¿Recibieron una copia del informe?

La mujer asintió, decidida.

—Eso no significa nada.

—La Policía hizo una investigación en el lugar de los hechos y concluyó que no hubo ningún indicio de delito en la muerte de Marcus. —Thomas la miró con compasión—. Todo apunta a que, lamentablemente, murió por voluntad propia.

Maria Nielsen experimentó una sacudida, como si la hubieran golpeado. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Lo siento —dijo Thomas.

—Alguien ha matado a Marcus. —Maria Nielsen alzó el índice en dirección a Thomas—. No deben archivar la causa. No lo hagan.

—No he dicho que vayamos a hacerlo, pero cuando no encontramos ningún indicio de crimen poco podemos investigar.

El enfado repentino de la mujer fue sustituido con la misma rapidez por la desesperación.

—Por favor. Mi hijo se merece algo mejor.

Se inclinó sobre la mesa y apretó con fuerza la muñeca del policía.

Thomas entendía su dolor, pero también sabía lo que el Viejo, el jefe del equipo, había dicho en la reunión matinal del día anterior sobre recortes y falta de personal. Montones de casos se apilaban encima de las mesas. Un joven estudiante que, según todos los indicios, se había cansado de la vida no podía tener prioridad en las circunstancias actuales.

—¿Tiene hijos?

La pregunta llegó de manera inesperada y, por un segundo, Thomas se quedó sin habla. Tomó un sorbo de su taza de café para ganar tiempo.

—¿Tiene hijos? —volvió a preguntar Maria Nielsen.

—No. Sí.

Él mismo se daba cuenta de lo confusa que sonaba la respuesta. Recordaba la sensación de aquella mañana cuando se despertó y Emily yacía rígida en la cuna al lado de su cama. Cuando todos los intentos de reanimación fracasaron, el personal de la ambulancia tuvo que obligarlo, con violencia, a separarse de la pequeña. Su desaparición había roto el matrimonio con Pernilla y

casi lo había destruido a él también.

—Tenía una niña, pero… murió de pequeña.

Al menos ahora lo podía decir en voz alta. Le había costado mucho tiempo llegar a ese punto.

Maria Nielsen parpadeó. Sin embargo, sus labios reflejaban firmeza. Fijó sus ojos enrojecidos en la cara de Thomas.

—Lo lamento, pero entonces debe de saber cómo me siento. —Su voz se volvió más enérgica—. Tiene que ayudarme. Marcus no se suicidó. Lo sé.

7

Thomas entró en la gran sala destinada a conferencias de prensa donde solían tener las reuniones matinales. Acababa de despedirse de Maria Nielsen y su triste súplica le resonaba aún en los oídos.

El Viejo estaba sentado como siempre en la parte corta de la mesa, junto a Karin Ek, su efectiva ayudante. Enfrente se sentaba Erik Blom, apurando una taza de café. El pelo mojado y su cara enrojecida revelaban que venía directamente del gimnasio. El móvil sonó e hizo una mueca cuando leyó el mensaje.

Thomas imaginó que debía de ser un mensaje de una de las numerosas novias que poblaban la vida del feliz policía. Él nunca había tenido una vida así.

Justo cuando la aguja del reloj se acercaba a las ocho se abrió la puerta y entró Margrit. Se dirigió hacia donde estaba Thomas y se sentó.

—Lo siento —murmuró en dirección al Viejo—, había atasco en el puente de Skurubron.

El Viejo asintió con la cabeza.

Mientras repasaban los asuntos del día, los pensamientos de Thomas volvieron a Maria Nielsen. Le había hecho una media promesa de que no archivaría el caso de su hijo. No porque no pensara que se trataba de un suicidio, sino porque la desesperación de la madre lo había conmovido.

De repente se dio cuenta de que la sala estaba en silencio.

—¿Estás con nosotros? —preguntó el Viejo.

Thomas intentó concentrarse y simular que atendía. Sin embargo, no tenía la menor idea de lo que estaban hablando.

Últimamente perdía la concentración. Era como si su mente no quisiera obedecer. Podía estar pensando en una cosa y de repente pasaba a otra completamente distinta.

—Claro que sí —dijo.

—Bueno, pues damos por finalizada la reunión —concluyó el Viejo.

—Un momento —pidió Thomas.

—¿Sí?

El Viejo lo miraba.

—Marcus Nielsen. —El tono de voz de Thomas sonó más imperioso de lo que pretendía.

—¿Qué pasa con él?

—¿No tendríamos que investigar un poco más su muerte? —El Viejo lo miró interrogante.

—Se ahorcó.

—He estado esta mañana con su madre. Ella no cree que se haya suicidado.

—Fui a casa de su familia el domingo —dijo Margrit—. Nadie quería aceptar que se había suicidado. Los familiares no suelen hacerlo.

—De todos modos, me gustaría dedicarle unas horas —insistió Thomas.

Vio algo en los ojos de Margrit difícil de identificar. Compasión, quizá. ¿O era preocupación por si estaba perdiendo el control?

Había llegado tarde al lugar del suceso, no era la primera vez que pasaba. Todavía le costaba dormir y tomaba somníferos, aunque después estaba somnoliento todo el día. Ocurría que a veces no oía el despertador, se quedaba dormido y no llegaba a las reuniones matinales.

La alternativa era despertarse durante la noche sin poder volver a conciliar el sueño, con los pensamientos dando vueltas en su cabeza como una película interminable.

La falta de sueño le provocaba el mismo efecto que los somníferos.

—Tenía pensado visitar a la familia una vez más y hablar con ellos. —Sonaba un poco inseguro, él mismo se daba cuenta. Se enderezó y, con una voz más firme, añadió—: Creo que nos lo podemos permitir. El chico solo tenía veintidós años.

—De acuerdo —dijo el Viejo—, pero no le dediques demasiado tiempo, ahora que has vuelto te necesitamos en otros frentes.

El Viejo recogió sus papeles y se levantó. La reunión había acabado.

La familia Nielsen vivía en una casa blanca de ladrillo, en un suburbio del norte de Estocolmo. La zona estaba compuesta por filas de pequeños adosados, con parcelas diminutas. Algunas de las casas mostraban señales de haber sido reformadas o de tener añadidos, pero se veía que en un principio todas eran idénticas.

Abrió la puerta un adolescente pálido que parecía cansado. Debía de ser David, pensó Thomas. El hermano pequeño de Marcus.

Se presentó y entró en la casa.

—¡Mamá! —gritó el hijo—, ¡la Policía!

Se oyeron pasos en la escalera y poco después Maria Nielsen apareció en el vestíbulo. Parecía que acababa de llorar: tenía los ojos enrojecidos. Llevaba el pelo recogido con una goma, pero algunos mechones se habían soltado y pendían alrededor de la cara.

—¿Es usted? —dijo sorprendida.

Thomas le extendió la mano.

—Espero no molestar —dijo—. Tengo algunas preguntas. Si es un buen momento.

—Claro. —Se alisó el pelo con un gesto nervioso—. ¿Quiere un café?

Thomas esperaba esa pregunta. Para la gran mayoría de las personas que recibían la visita de la Policía lo habitual era ofrecer café. A veces solía tener un efecto terapéutico.

Negó con la cabeza.

—Gracias, pero no. Solo quisiera saber algo más sobre Marcus.

Siguió a la madre y al hijo a la sala de estar, donde se sentaron. Un gran televisor de plasma dominaba la habitación. Una Xbox apoyada sobre un soporte negro revelaba el interés de los hermanos por los videojuegos.

Ahora solo quedaba un hermano.

—¿Hace mucho que Marcus se fue de casa? —comenzó Thomas.

—El año pasado. Cuando empezó la universidad —contestó Maria Nielsen—. Pero venía a menudo. El sábado pasado estuvo por aquí un rato, por ejemplo.

Se miró las manos.

—Solía traerme la ropa sucia. —Una sonrisa triste se le dibujó en la cara—. Aunque pensaba que tenía que hacer esas cosas él solo, de todas formas no podía evitar ayudarle.

Maria Nielsen alzó la barbilla desafiante.

—Marcus estaba como siempre. Por eso es tan increíble que se haya… —miró hacia la ventana y susurró— … que se colgara esa misma noche.

David tosió cuando la madre pronunció las palabras prohibidas. Thomas intentó ir avanzando con tacto.

—¿Recuerda qué hizo la última vez que estuvo aquí? ¿Dijo alguna cosa fuera de lo normal?

La mujer alzó los hombros en un gesto de abatimiento que mostraba su desasosiego.

—Estaba como siempre. Comió en la cocina y después fue a su habitación.

Thomas se giró hacia David.

—¿Tú estabas en casa?

—Sí.

—¿Viste algo fuera de lo normal en tu hermano?

La boca de David tembló al contestar.

—No, Marcus estaba como siempre. Como mi madre ha dicho.

—¿Hicisteis algo especial el sábado?

—No. Estuvo casi todo el tiempo en la cama navegando por internet.

Thomas se acordó de que aún no había aparecido el ordenador de Marcus ni su teléfono móvil. Era extraño.

—¿Con qué se conectaba?

—Con su ordenador. ¿Con qué, si no?

—No lo hemos encontrado en su apartamento. ¿Estás seguro de que lo tenía consigo el sábado?

David parecía sorprendido.

—Marcus iba con el ordenador a todas partes. Solía llevarlo en la mochila. No se separaba de él.

—¿Puede ser que lo escondiera aquí? —pensó Thomas en voz alta—. ¿Puede estar en su habitación?

Thomas miró a Maria Nielsen.

—Yo no lo he visto —contestó—, pero podemos ir a ver si lo encontramos.

Se levantó y subió las escaleras que conducían al piso superior por delante de Thomas. Abrió la puerta más próxima y se hizo a un lado para dejar pasar al policía.

La habitación de Marcus no era muy grande, apenas ocho metros cuadrados. Tenía una cama, un escritorio y un sofá negro desgastado. Las paredes estaban cubiertas de pósteres y una vieja bandera de los scouts. Thomas se acercó y tocó ligeramente la tela descolorida.

—Marcus era miembro de los scouts cuando era adolescente. Le gustaba el mar —dijo Maria Nielsen—. Era socio de un club de piragüismo que solía hacer recorridos por el archipiélago de

Estocolmo.

Thomas se volvió.

—A mí también me gusta el piragüismo. Tengo una casa en Harö, cerca de Sandhamn, y suelo remar por la zona.

La boca de Maria Nielsen tembló.

—Como Marcus.

—¿Qué tal le iba en los estudios?

Se sentó en la cama y acarició con la mano la suave piel de cordero que había a los pies.

—Marcus se puso muy contento cuando supo que lo habían admitido en la universidad. Hizo la prueba de acceso con buenas notas. No es muy fácil entrar, son muchos los que quieren estudiar Psicología.

—¿Por qué eligió esa carrera?

—Cuando estudiaba bachillerato se empezó a interesar por la Psicología. Fue un profesor quien le despertó el interés. ¿No deja de ser curioso lo que una persona puede influir en las elecciones que uno hace? —Su voz sonaba melancólica.

Thomas miró a su alrededor por última vez. No veía ningún ordenador ni nada fuera de lo normal. Marcus Nielsen había sido hasta su muerte un estudiante como cualquier otro.

Un número de teléfono conocido parpadeaba en la pantalla del móvil.

Si Nora no apretaba la tecla saltaría el contestador. La llamada de Henrik sería grabada y ella podría elegir el momento de escuchar el mensaje.

O no escucharlo.

¿Y si fuera algo importante?

Reacia, apretó el botón para contestar.

—Soy yo.

Al oír aquel tono de despreocupación, la ira creció en su interior.

¿Por qué daba por hecho que reconocería su voz? Era típico de Henrik dar por sentado que sabía que era él. Estaban separados, a pesar de todo, y pronto por fin estarían divorciados. Después de trece años de matrimonio.

—¿Sí?

Nora respondió igual de breve.

—Se me han complicado las cosas de cara a las vacaciones de otoño.

Nora se mordió el labio inferior para no soltar ninguna tontería. No sabía de dónde le venía tanta rabia, pero cuando oía aquella voz sentía como si le estrujaran el estómago.

—Ajá.

—Me han cambiado el horario. Tengo guardia toda la semana, así que no me puedo llevar a los chicos a Londres como había planeado.

—¿No será que Marie te ha propuesto hacer otra cosa?

No acababan de salir las palabras por su boca y ya estaba arrepentida. ¿Cuándo se había vuelto tan gruñona? Tenía que espabilar.

—Mantén a Marie fuera de esto.

Sin embargo, Nora no lo podía evitar.

—Quizá prefieres hacer un viaje romántico con ella. No creo que aguante a dos chicos que están encima de ti todo el tiempo.

—¡Vale ya! —La voz de Henrik sonó como un latigazo.

Nora enrojeció. Respiró hondo y se obligó a reconducir la situación.

—Vas a decepcionar a los chicos.

—Lo sé. —La voz de Henrik sonó reconciliadora—. No ha sido idea mía. Otro radiólogo estará de baja dos meses y hemos tenido que cambiar los horarios.

—Ajá.

Ahora se avergonzaba de su reacción.

—He pensado que podría ir más tarde. Tengo cuatro días libres a finales de noviembre.

—Pero entonces perderán días de clase.

Nora se dio cuenta de lo negativa que sonaba.

—Bueno, tampoco es para tanto —dijo Henrik— .Van a segundo y a sexto. Que falten unos días no es grave. No están en el instituto.

Nora se tragó un comentario amargo.

—No, supongo que no pasa nada, pero tendrás que comunicarlo a la escuela.

—¿Qué hay que hacer?

La rabia volvió a aparecer.

¡Qué cómodo había vivido Henrik todos esos años mientras ella se encargaba de todo! Ella se había encargado de todos los contactos con la guardería y el colegio y él no había tenido que mover un dedo.

Y como agradecimiento, le fue infiel con una enfermera.

—¡Llama a la conserjería y pregunta! —Y colgó.

La cinta policial seguía delante de la puerta del apartamento de Marcus Nielsen. Thomas la alzó con cuidado y abrió la puerta.

Olía a cerrado dentro del apartamento, que, en realidad, era una habitación grande con una ducha. Estaba en penumbra, ya que era un día nublado; la luz del domingo había desaparecido.

Miró a su alrededor sin saber qué buscaba. Tal vez era una pérdida de tiempo estar allí, pero había prometido a Maria Nielsen que intentaría averiguar qué le había pasado a su hijo.

Y sentía que debía hacerlo.

Dedicaría al caso unas horas más, era lo mínimo que podía hacer.

Se puso unos guantes de látex y comenzó a rebuscar entre los libros y los papeles del escritorio.

La mayor parte de lo que había en la mesa estaba relacionado con los estudios de Marcus, pero debajo de uno de los montones descubrió unos manga. Estaban desgastados y uno de ellos tenía una enorme mancha de grasa en la portada.

Thomas sonrió. Con toda seguridad, Marcus necesitaba variar un poco sus lecturas después de tanto texto académico.

De forma metódica, examinó la librería y luego el armario. En lo alto de una de las estanterías había unas camisetas plegadas con cariño. Thomas supuso que Maria Nielsen era quien las había colocado allí de forma tan ordenada, en contraste con el desorden reinante en la

habitación.

Debajo de la cama había una bolsa blanca vacía. La sacó y miró en su interior. Solo contenía un traje de neopreno desgastado. Posiblemente el que Marcus usaba cuando salía con la piragua. Si solía remar por el área de Sandhamn, seguro que se habían saludado alguna vez como suele ser habitual entre los piragüistas.

Thomas tenía su propia piragua y solía ir a remar temprano las mañanas de verano. De repente, le entraron ganas de salir con la piragua. Hacía mucho tiempo desde la última vez.

Después de una hora en el apartamento no había encontrado nada.

Echó un último vistazo a la habitación vacía, apagó la luz y dejó atrás a Marcus Nielsen.

DIARIO: OCTUBRE DE 1976

Somos ocho en el grupo y nos parecemos, todos con el pelo corto y la ropa verde. Como una colección de muñecos de papel que se han cortado siguiendo el mismo patrón.

La transformación comenzó ayer —entré en la peluquería con el aspecto de un chaval sueco normal con el pelo un poco largo y salí rapado al ocho—. Cargado con varias pertenencias, intenté encontrar el campamento.

Ni siguiera hemos conservado nuestros nombres, ahora se dirigen a nosotros con un número y por el apellido. Yo soy el 103. El 1 es el pelotón, y el 3, el lugar que ocupo en el grupo.

Soy el mayor de mi grupo. Andersson es el más joven. Nació en diciembre, por eso es el menor de nosotros. Es simpático aunque poco hablador. Su cama está al lado de la mía.

Somos veinte en total en el campamento y las literas están una al lado de la otra con unos metros de separación.

Kihlberg parece majo, como también lo parece Martinger, que mide casi dos metros y es ancho como la puerta de un granero. Los demás también parecen buena gente; Eklund es el único que no me acaba de caer bien.

Todo el mundo parece nervioso, pero yo he leído todos los folletos que hay y sé que la formación para las Fuerzas Especiales de la Marina exige una buena condición física y una psique fuerte. Solo los mejores son admitidos.

Me he preparado a fondo.

No he dormido más que unas horas cada noche durante los últimos días. Comemos en diez minutos, devoramos la comida a toda prisa, da igual adonde vayamos. Cada cambio de lugar se hace corriendo. Nos despiertan a cada hora, al final no sabes si es de día o de noche, es como moverse dentro de una niebla de falta de sueño continua.

Hacemos flexiones apoyándonos sobre los nudillos, y si alguno de nosotros se cansa, tenemos que empezar de nuevo. Nos hacen sufrir a todos si uno no aguanta. Si nos equivocamos, nos castigan. Todo lo que hacemos es equivocado.

No sé si aguantaré mucho más.

Pasan revista continuamente.

Cuando vine aquí pensaba que los registros eran algo que hacía la Policía o los agentes de las aduanas, pero ahora la palabra registro tiene otro valor para mí. Quiere decir que revisan cada objeto, una y otra vez, para que aprendamos a guardar las cosas en perfecto orden.

Tenemos que doblar la ropa diez veces para que quede bien colocada en el armario. Después el mando la tira al suelo y hay que empezar de nuevo.

Ayer nos íbamos a acostar cuando apareció el sargento. Su presencia significaba revista durante media noche. Cuántas llevábamos ya, no lo sé. No aguantaba más. Noté una opresión en la garganta y cerré los ojos para que nadie notara nada.

Y aun así mis pies se movieron y me coloqué en mi sitio en la fila.

«*El armario manda —gritó el sargento en mi oído y maldijo nuestra incompetencia colectiva —. ¡Esto es un desastre! Aquí solo vale la disciplina prusiana y nada más. ¿Lo entendéis?*»

El sargento entró en la academia unos años antes que nosotros y se reenganchó. Es profesional. Es un veterano. Significa que él manda. Da igual la orden que dé, tenemos que obedecerla.

Su palabra es ley.

VIERNES

(PRIMERA SEMANA)

8

Maria Nielsen estaba de nuevo sentada en la recepción cuando Thomas entró a la jefatura. Alzó tímidamente la mano, como si se sintiera avergonzada de molestarlo de nuevo. Sin decir nada, mostró un pequeño móvil negro.

Thomas se le acercó.

—Hola, Maria —dijo—. ¿Qué es?

—Es el móvil de Marcus. Después de tu visita busqué el ordenador por toda la casa. No lo encontré, pero metido entre la cama y la pared encontré su móvil. Se le debió de caer el sábado mientras jugaba en la cama con el ordenador.

—¿Estás segura de que es el móvil de Marcus?

—Sí, lo reconozco. Es su móvil.

Thomas sopesó el móvil en la mano. Era una buena noticia.

—Ven, sube conmigo y charlamos un rato.

Cuando llegaron al despacho de Thomas, este desbloqueó el móvil.

—La batería estaba a punto de acabarse pero la he recargado —explicó Maria.

Con el pulgar derecho, Thomas recorrió la lista de las últimas llamadas de Marcus. Había hecho dos el último día de su vida. Una a «Casa» y otra a «Amanda».

Thomas continuó rastreando el móvil y encontró un apunte en las notas: «Comportamiento disociativo, emociones reprimidas, recuerdos de eventos traumáticos».

Le enseñó la pantalla a Maria Nielsen.

—¿Sabes qué es esto?

Maria negó con la cabeza.

—No. Lo siento. Parecen términos psicológicos. ¿Tal vez tenga que ver con sus estudios?

Thomas siguió mirando en el móvil, entró en la función de calendario. Se fijó en las últimas semanas de la vida de Marcus. Había algunas anotaciones sobre distintas personas en fechas diferentes: el primero era un tal Jan-Erik Fredell, luego otro que se llamaba Robert Cronwall y un tercero que se llamaba Bo Kaufman. Había una anotación de una visita a la farmacia Beckasinen, a las once, el jueves antes de su muerte.

—¿Reconoces estos nombres? —preguntó Thomas, y le mostró la pantalla del móvil a Maria Nielsen para que los pudiera ver.

—No.

—¿Estás segura?

—Sí, pero si quieres se lo puedo preguntar a mi marido y a David también. ¿Crees que

pueden ser importantes?

Sus ojos le suplicaban una respuesta positiva, que confirmara que había descubierto algo de una importancia decisiva.

¿Le respondería con sinceridad?

Probablemente los nombres no significaban nada, podían ser desde profesores de la universidad hasta viejos amigos. No había nada que, de momento, echara por tierra la teoría del suicidio.

—No lo sé, Maria. De todas formas, comprobaré los nombres. Lo prometo.

Maria Nielsen abrió la boca, como si quisiera seguir la conversación, pero luego la cerró. Sin decir nada más, se levantaron. Thomas la acompañó a la salida.

De vuelta en su despacho, Thomas se asomó al de Karin Ek. Su escritorio estaba como siempre en perfecto orden, incluso los lápices estaban afilados. Había elegantes fotografías familiares colocadas en hilera en sus marcos plateados. Parecía muy ocupada. Miraba fijamente la pantalla del ordenador y el golpeteo de los dedos sobre el teclado se oía de lejos.

Thomas carraspeó para llamar su atención y mostró una nota con los nombres que había anotados en el móvil de Marcus Nielsen.

—¿Me podrías buscar estas personas en el registro? Mira a ver qué conexión encuentras entre ellas y Marcus Nielsen.

Thomas miró una vez más los nombres sin sacar nada en claro. Aún no había ninguna explicación al porqué no habían encontrado el ordenador de Marcus, y Thomas no se podía quitar de la cabeza las palabras del hermano menor: «Marcus siempre llevaba su ordenador a todas partes».

9

Thomas acababa de escribir un informe cuando Pernilla llamó. Eran las once pasadas y estuvo a punto de volcar la taza de té al estirar el brazo para alcanzar el teléfono.

Enseguida se dio cuenta de que la voz de Pernilla sonaba extraña y la preocupación se apoderó de él.

—¿Cuándo vendrás a casa?

—No creo que llegue tarde. ¿Pasa algo?

Silencio.

—¿Estás ahí?

¿Era un sollozo lo que oía?

—¿Ha pasado algo?

—Solo quería saber a qué hora vas a volver.

—Sobre las seis, creo. ¿Compro algo? ¿Te apetece alguna cosa especial?

—Trae algo que te guste. No importa el qué.

Thomas colgó y se apoyó en el respaldo de la silla.

Pernilla no le había dejado durante los meses que pasaron después del suceso de febrero. Estuvo a punto de morir cuando el hielo se quebró bajo sus pies. El personal de la ambulancia tuvo que utilizar un desfibrilador para superar la situación de paro cardíaco que le había provocado la congelación. Se había pasado un mes entero convaleciente en el hospital y ella había ido a visitarlo todos los días.

El pánico que sintió cuando dos dedos de su pie izquierdo comenzaron a ennegrecerse y a encogerse por las lesiones de la congelación no lo abandonaría nunca. Pernilla había calmado su preocupación y lo había consolado cuando se preguntaba si alguna vez volvería a trabajar de policía.

Tras la amputación de los dedos tardó varias semanas antes de atreverse a mirar su pie de nuevo. Solía desviar la mirada hacia otro lado y cuando se ponía los calcetines cerraba los ojos.

Una noche, después de haber bebido bastante y con la habitación en penumbra, se obligó a mirarse el pie. Estaba sentado en el borde de la cama y lo alzó lentamente.

No era tan grave como había creído.

Tuvo que aprender a caminar de nuevo y le dieron una plantilla adaptada al zapato. Ahora solo se notaba una ligera cojera como resultado de la amputación.

«Podrás correr un maratón si quieres —le dijo el médico sin disimular su incredulidad—. Solo es cuestión de entrenamiento y voluntad. Si hubieras perdido el dedo gordo, te hubiera

afectado mucho más al equilibrio y el paso. Tienes que estar contento de que no fuera más grave, que solo fueran los dedos del pie.»

Thomas sabía a qué se refería.

Algunos de los dedos de la mano también sufrieron lesiones por culpa de la congelación. En concreto, de la mano derecha, que no había cubierto con un guante protector.

Al principio, una vez recuperada la conciencia, había sentido angustia por las noches. ¿Cómo podría sobrevivir sin los dedos de la mano derecha? Entonces sería un minusválido de verdad.

Sin embargo, la mano se había salvado de forma milagrosa. La posibilidad de tener lesiones mentales debido al paro cardíaco era un hecho en el que le costaba pensar.

Cuando le dieron el alta en el hospital estuvo de baja un tiempo, hasta el final del verano. Como si fuera lo más natural del mundo, aquel día Pernilla lo esperaba en la recepción y lo llevó a casa. Con la misma naturalidad fue a buscar sus cosas a Gustavberg y las llevó a su casa, el viejo piso en el que habían vivido juntos y con el que ella se quedó después del divorcio.

Pasaron los meses de verano en Harö, donde se fue recuperando. Era como si los años que habían estado separados y durante los que habían llorado cada uno por su lado la pérdida de Emily no hubieran existido. No se atrevía a creer que se habían encontrado de nuevo. Y menos aún que la relación fuera a durar.

Sentía que le faltaba el aliento ante la idea de que algo no marchaba bien. Le picaba el dedo meñique del pie a pesar de que ya no lo tenía. El picor era tan intenso que bordeaba el dolor.

Cuando se iba a rascar el dedo inexistente, alguien llamó a la puerta.

—Thomas.

Su reacción fue tan violenta que Karin se sobresaltó.

—Perdona. No era mi intención asustarte.

La invitó a entrar con un gesto de la mano y señaló la silla destinada a las visitas.

—Estaba pensando en otras cosas.

Karin se sentó y mostró unas páginas impresas.

—Hice un par de búsquedas de los nombres que me diste. —Se puso las gafas que le colgaban del cuello—. Con los dos primeros fue bien, luego se colgó el ordenador. ¿Sabes cuántas veces he pedido uno nuevo? —Arrugó el ceño—. Seguiré buscando, pero de momento toma esto.

—¿Has encontrado algo?

Thomas alcanzó los papeles y los hojeó rápidamente.

—Jan-Erik Fredell acaba de cumplir cincuenta años. Vive con su mujer en la calle Oxelvägen, en Älta.

—¿Tiene hijos?

—Una hija que estudia en Gotemburgo.

—¿Oficio?

—No trabaja. Lleva unos años jubilado.

—Pronto para tener cincuenta.

—Está jubilado por enfermedad. Antes trabajaba como profesor de gimnasia.

—¿Y Robert Cronwall?

—Tiene la misma edad que Fredell. Vive en Lidingö con su mujer. Tienen un hijo que vive

cerca y una hija que estudia en Uppsala.

—¿De qué trabaja Cronwall?

—Es un alto cargo del municipio de Lidingö. Director financiero. Y gana un buen sueldo por lo que se deduce de su declaración de la renta. Thomas intentó pensar si aquella información podía aportar algo determinante a la investigación.

—¿Has encontrado alguna relación con Marcus Nielsen?

—No. Estas dos personas viven en distintos lugares de Estocolmo. Han trabajado en sitios diferentes y tienen oficios que nada tienen que ver con los estudios de Nielsen.

—Callejón sin salida —dijo Thomas para sí mismo.

Estaba dando palos de ciego, lo sabía. Dejó los papeles sobre la mesa.

—Gracias de todos modos.

Eran casi las dos de la tarde cuando Margrit volvió a la comisaría.

Thomas estaba esperándola. Su almuerzo había consistido en dos perritos calientes en el quiosco de enfrente y aún sentía el sabor de la mostaza en el paladar.

En cuanto Margrit colgó su chaqueta en el perchero, Thomas le enseñó el móvil de Nielsen y las hojas que Karin Ek había impreso. Margrit les echó un vistazo. Después se recostó en la silla.

—No es mucho.

—Creo que tendríamos que contactar con Jan-Erik Fredell y Robert Cronwall.

—¿Por qué?

—Porque no acabo de ver clara la muerte de Nielsen.

La duda se dibujaba en los ojos de Margrit. A través de la ventana abierta se oía el piar de una bandada de gorriones. Era difícil pensar que estaban a mediados de septiembre.

—Tenemos un montón de casos… —dijo Margrit— y en este momento no estamos sobrados de gente que digamos.

—Lo sé.

Thomas era consciente de que no había ningún motivo racional para seguir con la investigación, pero Marcus Nielsen se merecía algo más que su muerte fuera clasificada como suicidio y que se archivara el caso.

—Puedo ir yo mismo, no hace falta que vengas conmigo si estás ocupada.

—De acuerdo.

Margrit le despidió con la mano y se volvió hacia su ordenador.

Thomas vio ante él la expresión de la cara de Maria Nielsen y recordó el cuerpo que había colgado bajo la luz del sol cuando entró en el piso de Marcus.

Sintió que le volvían a picar los dedos amputados del pie.

10

Bastaba subirse a bordo del barco para que el estrés desapareciera. La sensación familiar de estar de camino a Sandhamn hacía que Nora se sintiera bien.

—Yo busco sitio —gritó Simon, y se adelantó rápido al resto de pasajeros que bajaban del autobús de camino al barco.

Le gustaba sentarse en el primer piso, al lado de la cafetería, donde se podían ver todas las islas y los islotes entre los que navegaba el barco.

Nora puso a resguardo las maletas y las bolsas de comida y siguió con un paso más tranquilo a su hijo. Adam y Wille la seguían unos metros atrás enchufados a sus iPod.

Las previsiones meteorológicas eran buenas. Les esperaba un veranillo de san Miguel, con temperaturas de hasta veinte grados. Nora planeaba pasar unas horas de descanso bajo el sol. En realidad tendría que aprovechar la estancia para impermeabilizar una ventana. Había tantas cosas que hacer en la casa… Sin embargo, después de pintarla en verano se había quedado sin fuerzas y además aquella semana había tenido mucho trabajo.

Simon ocupó un buen sitio, y mientras los chicos se sentaban, Nora se colocó en la cola de la cafetería. Era un viernes por la tarde, tomaría una cerveza, y los chicos, unos refrescos.

Nora saludó a la camarera y pidió las bebidas. Al darse la vuelta con la bandeja chocó con otra persona y la bandeja cayó al suelo.

—¡Ten cuidado! —gritó.

La cerveza se desparramó por el suelo. La calma que había sentido unos segundos antes desapareció por completo al ver aquel desastre.

—Tranquila —dijo el hombre de cabello castaño con el que había chocado—. Tú también tienes parte de culpa.

Nora lo miró y se dio cuenta de que se conocían.

Era su nuevo inquilino, Jonas Sköld. Alquilaba la vieja casa que había heredado de sus abuelos maternos y en la que vivieron hasta trasladarse a Villa Brandska. Se habían visto en alguna ocasión. El alquiler lo había acordado a través de sus padres. Ella prefería tener a alguien con recomendaciones que alquilar la casa a un extraño.

Se tranquilizó, avergonzada de su reacción.

Jonas Sköld parecía descansado y estaba moreno. Nora observó su cabello despeinado y pensó que probablemente debía de tener la cara enrojecida por el encontronazo.

Se arrodilló y comenzó a colocar las botellas y los vasos en la bandeja.

—Perdona. Ha sido culpa mía —murmuró.

Jonas Sköld sonrió como para quitarle importancia.

—Yo también podía haber ido con más ojo.

Recogió la botella vacía de cerveza y se la dio. Luego le alargó la mano.

—Jonas Sköld. Soy el que alquila tu casa.

Iba vestido con vaqueros y un polo deportivo. Su mirada era clara.

—Sé quién eres. —Nora se incorporó—. Perdona que me haya puesto así. He tenido una semana agotadora.

—No pasa nada. —Señaló las botellas de refrescos que no estaban abiertas—. Parece que se han salvado —añadió, e hizo un leve movimiento de cabeza a la camarera—. ¿Me traerías otra Carlsberg, por favor? —Pagó con un billete de cien y puso la botella en la bandeja—. Bueno, aquí no ha pasado nada.

—Gracias.

Nora iba a irse cuando se dio cuenta de que no quería ser tan brusca. Se paró en seco, con la bandeja en las manos.

—Soy una maleducada. ¿Va todo bien en la casa?

—Sí. —Él guardó la cartera en el bolsillo antes de continuar—. A decir verdad, no he estado mucho, pero ahora voy a recuperar el tiempo perdido. Me dieron un destino en el extranjero con el que no contaba y no he podido ir a Sandhamn en verano.

Nora intentó dar una imagen más amable después del breve enfado.

—Ah, sí, trabajas para la SAS.

Jonas asintió.

—Sí. Tuve que sustituir a un colega y me enviaron a Francia durante casi todo el verano. De todas formas, he tenido tiempo de pintar la puerta de la entrada como prometí.

—¡Qué bien! Realmente necesitaba una mano de pintura.

Las condiciones del contrato de alquiler incluían que el inquilino hiciera pequeñas reformas y algunos trabajos de mantenimiento. Ella ya tenía suficiente con la casa nueva. Le gustaba que su nuevo inquilino se tomara esas tareas en serio.

—Por cierto —dijo Jonas—, ¿puedo quitar algunos objetos de en medio y poner cosas mías? Si voy a vivir ahí tres años, me gustaría tener la casa a mi gusto.

—Claro. No hay problema. Mientras no tires nada que me importe.

—Pensaba guardar las cosas en el fondo del armario —dijo, y le guiñó el ojo.

El guiño le hizo sentirse vieja. Tendría unos diez años menos que ella, como mínimo siete, y deseó que se hubieran encontrado en otras circunstancias. La voz de Adam se oyó entre el barullo de la gente.

—Mamá, ¿vienes o qué?

Nora señaló con un gesto a los chicos, que estaban sentados a la mesa.

—Nos vemos —dijo Jonas, y se fue en dirección contraria.

Cuando se acercaban a Sandhamn, Nora sacó su cartera para pagar el viaje. Después, de camino a la mesa de los chicos, vio otra vez a su inquilino. Estaba sentado en una de las mesas pequeñas de babor, frente a su portátil, concentrado en algo que se parecía a los videojuegos de Adam. En la pantalla, ejércitos romanos luchaban entre sí siguiendo el movimiento del ratón.

Parecía ciego y sordo ante su entorno, y no se percató de su presencia cuando pasó por su lado.

Por lo visto, Jonas Sköld era aficionado a los juegos de estrategia, algo a lo que Henrik nunca hubiera dedicado tiempo. Nora sonrió.

11

Älta era uno de los suburbios más pequeños de Estocolmo, construido en los años sesenta, en plena naturaleza. Estaba en el lado sur del municipio de Nacka y a Thomas le llevó menos de quince minutos llegar allí.

Tras aparcar, observó la fachada de la casa donde, según el padrón municipal, vivía Jan-Erik Fredell. Era un edificio de ocho pisos y no tenía portero automático, así que entró sin problemas.

Una mujer en la cincuentena abrió la puerta. Tenía el pelo corto y liso y llevaba una rebeca que apenas la tapaba.

—¿Sí?

Thomas se presentó y pidió permiso para entrar. Ella le franqueó la entrada a un vestíbulo amplio.

—¡Jan, tienes visita de la Policía! —gritó la mujer, que se presentó como Lena Fredell.

Lo acompañó a una sala soleada con suelo de parqué caro. Thomas se fijó en que el suelo era completamente liso, no había ningún escalón o alzado en los umbrales de las puertas. Cuando vio a una persona delgada que estaba viendo la televisión en la habitación y un andador junto a ella entendió el porqué. Detrás del hombre, un balcón acristalado se abría a un amplio bosque con árboles de hojas verdes y amarillentas.

Cuando Jan-Erik Fredell le tendió la mano para saludarle, esta le temblaba ostentosamente. Thomas intentó ocultar su sorpresa, pero el hombre debió de darse cuenta.

—Tengo esclerosis múltiple —dijo. Se notaba que le costaba hablar—. Disculpe que no me levante.

Alcanzó un mando a distancia con botones más grandes de lo normal y apagó la tele.

—Apareció hace diez años y aquí estoy —continuó con voz pausada—. ¿Qué quiere?

Thomas se sentó en un sillón cercano.

—Estoy investigando una muerte. La de un chico llamado Marcus Nielsen. ¿Lo conoce?

Jan-Erik empezó a toser violentamente y su mujer salió de la cocina. Le golpeó la espalda y le ofreció un vaso con una pajita azul. Cuando el ataque de tos pasó, le dijo a Thomas en tono de reproche:

—Mi marido no se encuentra bien. No debe alterarse. ¿Qué ha pasado?

No había ningún motivo para desconfiar.

—Le he preguntado por un estudiante llamado Marcus Nielsen. Lo hemos encontrado muerto en su apartamento este domingo.

Lena Fredell parecía horrorizada.

—¿El chico que nos visitó la semana pasada? ¿El que estudiaba Psicología?

Thomas asintió.

—Dice que los visitó. ¿Qué día fue?

—A ver… —Frunció el ceño—. Creo que el miércoles pasado.

—¿Me puede hablar de su visita?

Lena Fredell miró a su marido.

—Tú hablaste más con él.

Jan-Erik Fredell se enderezó despacio en el sillón, como si se preparara para hablar. Lena Fredell los dejó a solas.

—Llamó primero para ver si podía venir —comenzó Jan-Erik Fredell con voz ronca—. Estaba preparando un trabajo y quería hacerme unas preguntas.

—¿De qué trataba el trabajo?

—Quería saber cosas de cuando hice el servicio militar.

—¿Por qué? —preguntó Thomas sorprendido.

—Quería escribir sobre los militares en los años setenta.

Thomas pensó que en aquella época todos los jóvenes hacían el servicio militar, salvo aquellos que tuvieran problemas médicos.

—Me preguntó cómo era entonces. Qué cosas hacíamos y cómo lo viví —continuó Jan-Erik Fredell—. Trajo un formulario que rellené mientras hablábamos.

—¿Por qué contactó con usted?

—Creo que fue una casualidad. Había encontrado un libro conmemorativo en el que salía mi nombre.

Un nuevo ataque de tos interrumpió la conversación y Thomas esperó a que Jan-Erik Fredell se recuperara.

—¿Qué le contó?

—Estuvimos hablando de viejos sucesos. Hace mucho tiempo, más de treinta años, y mi memoria ya no es tan buena.

—¿Dónde hizo el servicio militar?

—En las Fuerzas Especiales de la Marina.

Thomas se imaginó a jóvenes con el pelo rapado y ataviados con boinas. Soldados que vivían para lo militar y que tenían que superar increíbles pruebas para demostrar su superioridad.

—¿Estaba destinado en Korsö?

Una sonrisa nostálgica.

—¿Conoce la isla?

—Fui agente de la Policía Marítima durante unos años y hay un refugio en la isla. Además tengo una casa de veraneo en Harö, que no queda muy lejos.

Se notaba que Jan-Erik Fredell estaba cansado, por lo que Thomas hizo una pausa. Los temblores eran peores que cuando había llegado y le colgaba la cabeza como si fuera demasiado pesada y no pudiera mantenerla erguida. La piel arrugada se doblaba en el cuello. Recordaba a un pavo con el pico inclinado.

—¿Notó algo extraño en las preguntas que le hizo Marcus?

Negó con la cabeza, luego sonrió débilmente.

—No lo sé. Siempre estoy cansado. Era un joven simpático. Siento que haya muerto.

—No quiero molestarlo más. ¿Me puede decir alguna otra cosa del trabajo de Marcus?

—Trataba sobre dinámicas de grupo. Dijo el título del trabajo, era en inglés, pero ahora no lo recuerdo.

Thomas pensó que tendría que contactar con el tutor de Marcus en la universidad para averiguar sobre qué trataba el trabajo.

Jan-Erik Fredell se aclaró la garganta y después tosió. Thomas le ofreció el vaso de agua.

—¿Quiere agua?

—Sí, gracias.

Thomas mantuvo el vaso de agua ante él y Jan-Erik Fredell bebió unos sorbos. A pesar de la pajita algunas gotas le salpicaron.

Thomas sintió compasión por él.

No debía de ser fácil estar enfermo y depender de los demás en una edad en la cual se tendría que conservar el vigor, que los actos más básicos como levantarse, beber un poco de agua o ir al baño supusieran un enorme esfuerzo en vez de un acto sencillo.

Lena Fredell entró en la habitación. Parecía que había estado atenta, escuchando la conversación, sin querer molestar.

Thomas se preguntó cuántas veces estaría ahí, escondida, pendiente de ayudar a su marido. La mirada llena de amor que le dirigió hablaba de una gran paciencia.

Se inclinó y secó la barbilla de su marido mojada por las gotas que le habían salpicado.

En el momento en el que se inclinó, Thomas se fijó en una cicatriz pálida que tenía en la frente, probablemente rastros de la viruela.

Luego les dio las gracias y se levantó. Lena Fredell lo acompañó a la puerta.

—¿De qué murió Marcus? —preguntó cuando ya se iba.

Thomas dudó si contestar o no, aunque era una pregunta justificada.

—Se suicidó. Se colgó en su apartamento.

Una sombra de horror cruzó la cara de Lena Fredell.

—¡Qué barbaridad! Nunca lo hubiera dicho, no dio esa impresión cuando estuvo aquí. Pobre familia.

Las palabras de Lena Fredell resonaban aún en la cabeza de Thomas cuando salió por el portal del edificio.

12

Oyó un sonido al girar la llave en la puerta. Como la cerradura de arriba no estaba echada supo que Pernilla se encontraba en casa. Notaba cómo el estómago se le revolvía por la preocupación. Su voz había sonado dudosa, tan tensa que Thomas había regresado a casa inmediatamente después de visitar al matrimonio Fredell. El director financiero Cronwall podía esperar.

Durante la tarde estuvo a punto de llamar a Pernilla unas cuantas veces, pero al final no lo hizo. Le había dicho que no era nada importante y él sabía lo ocupada que podía llegar a estar en la agencia de publicidad. A veces, los mensajes al móvil eran la única forma de mantenerse en contacto.

De pronto cayó en la cuenta de que desde hacía un tiempo Pernilla no parecía encontrarse bien. Estaba muy callada y se acostaba temprano. A ambos les gustaba cocinar, pero últimamente era él quien proponía los platos. Ella mostraba muy poco interés.

¿Quizá no se habían cerrado aún las heridas de la separación?

Después de la muerte de Emily, Thomas estaba destrozado y no podía dejar de pensar que había un responsable del fallecimiento de la pequeña. La persona más cercana era Pernilla. Si no había sido su culpa, ¿de quién era?

Sabía que tenía una deuda que pagar, que se había comportado de una forma imperdonable cuando sus vidas se hicieron trizas.

—¿Hola? —dijo con cautela—. Ya estoy en casa.

Vio los zapatos de Pernilla en la entrada, pero dentro del apartamento no se oía nada. Sobre la cómoda del pasillo estaba su bolso junto a las llaves.

—¿Hola? —repitió un poco más alto.

—Estoy aquí —respondió ella con voz débil.

Thomas tiró la chaqueta sobre una silla del pasillo y se dirigió hacia el dormitorio.

Pernilla estaba acostada de través en la cama, se veía que había llorado. Tenía los ojos hinchados y sujetaba un pañuelo arrugado en la mano. Su cabello rubicundo estaba despeinado y las pecas que había hecho surgir el sol del verano en su rostro destacaban sobre la piel pálida. Las lágrimas le humedecían las pestañas.

—¿Qué ha pasado?

Thomas se sentó en el borde de la cama y la atrajo hacia sí. Olía a jabón y a champú de manzana. Hundió la cara en su cabello.

Permanecieron así un rato hasta que él la apartó para poder verla mejor. Ella intentó sonreír, pero su boca tembló. A Thomas le bajó un escalofrío por la espalda.

Pernilla había estado a su lado durante toda la enfermedad. ¿Había sido demasiado? Todo era culpa suya, él era consciente de ello.

Le acarició una mejilla con el dedo índice y notó su piel suave y caliente.

Después se dio cuenta de que la expresión de sus ojos no era de dolor ni de pena. Era otra cosa. Parecía alegre y asustada a la vez. Daba la impresión de que dudaba si contarle o no lo que tenía en la cabeza.

Sus labios se movieron, pero cuando él oyó las palabras no supo si darles crédito.

Se lo repitió varias veces, pero hasta que ella no volvió a decírselo medio llorando, medio riendo, no la creyó.

—Estoy embarazada otra vez, Thomas.

DIARIO: NOVIEMBRE DE 1976

Los brazos todavía me tiemblan. Me duele todo el cuerpo. Nos hicieron formar en el pasillo, de noche, con los brazos extendidos, y la orden era mostrar distintos objetos, uno cada vez.

No podíamos bajar los brazos por muy cansados que nos sintiéramos. Los músculos nos dolían del esfuerzo, pero no podíamos cambiar de posición ni un milímetro.

«¡El calcetín, muéstralo con el brazo extendido, soldado!», gritaba el sargento.

Estuvimos formando durante una eternidad y nadie se atrevió a abrir la boca para protestar.

«¡Os vamos a adiestrar para ser buenos soldados! ¡Podréis aguantar las exigencias de la guerra!», gritaba en la penumbra.

Alguien protestó y entonces nos ordenaron ponernos en la posición del cazador descansando. Se trata de una postura diabólica. Con las piernas formando un ángulo recto, apoyas la espalda contra la pared. Los músculos del muslo gritan de dolor pasados unos minutos. Sigurd y Andersson fueron los primeros en perder el equilibrio. Cayeron al suelo y se quedaron ahí retorciéndose.

El sargento los observó sin decir nada. Pero me pareció ver desprecio en sus ojos. En especial cuando recorrió con la mirada el tembloroso cuerpo de Andersson.

Por favor, no dejes que me desmaye, me murmuraba a mí mismo, mientras obligaba a mis piernas temblorosas a mantener la posición. Dios, no dejes que me desmaye delante del sargento.

Antes de que nos dieran permiso para acostarnos tuvimos que cantar el himno nacional.

Una y otra vez. Cada vez más alto. Cantamos a pleno pulmón, como locos. Cuando nos acostamos pasaban de las tres de la madrugada y yo estaba mareado por la falta de sueño y el cansancio.

Las últimas noches he dormido en el suelo, para no tener que hacer la cama por la mañana y ganar unos segundos.

Kaufman duerme con las botas y los pantalones puestos para poder llegar a tiempo a formar. Martinger, también. Está prohibido, pero prefieren jugársela. El castigo por llegar tarde a formar es más severo.

Al amanecer nos despertaron otra vez. Teníamos que correr en columna a las duchas. Estaban abiertas y el agua salía con fuerza.

A toque de silbato corríamos en parejas bajo el agua fría, después salíamos y nos colocábamos los últimos, y mientras esperábamos nuestro turno para volver a ponernos bajo el

agua fría nos enjabonábamos.

A través de la ventana abierta entraba el crudo aire de la mañana.

Todos nos hemos alistado voluntarios.

Yo no pienso ser el primero al que envíen a casa.

SÁBADO

(**PRIMERA SEMANA**)

13

Nora abrió los ojos y por un momento no supo dónde se encontraba. Después se dio cuenta de que estaba en la cama de su nuevo dormitorio.

Le encantaba despertarse en Villa Brandska y contemplar la bahía por la mañana. En la ventana había una persiana enrollada de color azul marino, pero nunca la desenrollaba del todo. No quería perderse la sensación de abrir los ojos y ver la bahía ante sí.

Había escogido la habitación que daba al norte, en el primer piso, de cara al mar. La señora Signe había ocupado la habitación orientada al este, que ahora era la de Adam. Una más pequeña, orientada hacia el oeste, y que había sido un trastero, era el dormitorio de Simon.

A Nora le gustaba la luz de su habitación aunque fuera la más fría. Cuando soplaba el viento del norte, las paredes temblaban y, por mucha leña que quemara en la vieja y preciosa chimenea, el frío se colaba en la casa.

Sin embargo, las vistas eran magníficas.

A través de las ventanas divididas y de cristales gruesos se divisaba todo Harö, y al este se vislumbraban las torres de Korsö. Las islas se extendían por el mar hasta que solo se veían sombras oscuras que descansaban sobre aquella agua tan pálida.

Para no pasar frío, Nora se había comprado el edredón más caliente que había encontrado y había colocado un calentador debajo de la ventana para mantener el frío a raya. Con el buen tiempo que hacía esos días, ahora se moría de calor, pero sabía que pronto cambiaría y llegaría el frío de verdad.

No habían hecho muchos cambios en la casa. Habían empapelado los dormitorios con los colores que los chicos habían elegido y habían hecho unos ajustes mínimos en la cocina, respetando su distribución original. También habían comprado un lavaplatos, y unas cuantas capas de pintura blanca sobre el panel de madera de las paredes habían mejorado el aspecto general de toda la casa.

El enorme comedor, con sus sillas bonitas y sus asientos tapizados, no lo habían tocado. El reloj de caja de Mora funcionaba y el porche acristalado donde la señora Signe solía sentarse con su amada perra *Kajsa* estaba como siempre. Incluso la vieja manta continuaba allí.

No tenía prisa por cambiarlo. No pasaba nada por no arreglarlo todo de golpe. Ya tenía suficiente con los problemas de la mudanza a la nueva casa de Saltjöbaden. No se sentía con fuerzas para ponerse a reformar la casa.

Nora se colocó en un lado de la cama para mirar por la ventana. Era casi una experiencia religiosa, pensó, experimentar el nacimiento de un nuevo día. El sol lucía tal y como las predicciones meteorológicas habían augurado. Haría buen tiempo, una demostración de que aún

no había llegado el otoño.

Las habitaciones de los chicos estaban en silencio, claro que solo eran las siete y media. Adam y Wille eran capaces de dormir hasta el mediodía si ella no los despertaba. Simon, como ella, también solía levantarse temprano. Si tenía suerte, iría a verla para estar un rato juntos y dejarse mimar. Pero él también se estaba haciendo mayor y pronto intentaría librarse de sus abrazos.

¿A quién mimaría entonces?

Apretó los labios y puso fin a aquellos pensamientos. Sería culpa suya si no disfrutaba de ese maravilloso sábado.

Con decisión, apartó la manta y las sábanas y saltó de la cama.

Nora cogió la chaqueta de navegar, bajó las escaleras y salió por la puerta blanca. Le echó un vistazo al mar y vio una cadena blanca de barcos que se dirigían a Sandhamn.

El buen tiempo parecía haber animado a la gente a hacer una última salida antes de que el verano se acabara definitivamente. Un elegante velero de la clase Mälar-30, con las velas extendidas, se deslizaba por el estrecho y el sol brillaba sobre su pulcro casco de madera.

A unos muelles de distancia uno de sus vecinos arreglaba redes. Era Olle Granlund. Rondaba los setenta y había vivido en la isla toda la vida. Nora lo conocía desde pequeña. Alzó la mano para saludarlo.

Si la suerte no le sonreía a uno en la pesca o no había tenido tiempo para echar las redes, siempre se podía recurrir a él para pedirle unos corégonos o, quizá, unos filetes de perca.

Olle también solía ayudar en las cosas prácticas de la casa, algo que Nora valoraba mucho ahora que no tenía a Henrik para encargarse de ello. Sabía que debía espabilarse y aprender a manejar las herramientas, por no hablar de las estufas problemáticas o del calentador de agua, pero eran tareas que estaban apuntadas en la lista de «cosas pendientes».

En el fondo se avergonzaba de haber sido tan comodona y haber dejado las cosas prácticas a cargo de Henrik, pero esta división de tareas era una prueba más de cómo su matrimonio había evolucionado hacia una relación conservadora.

Dejó atrás el edificio de la vieja misión con sus ventanas verdes arqueadas y siguió hacia la parte sur de la isla.

El pinar estaba tranquilo, lo único que se oía era el susurro del viento en las altas copas de los árboles. Brezo y arbustos de arándanos se extendían a lo largo del pinar y de algunas ramas colgaban los frutos.

Nora se paró y cogió varias bayas, aunque ya habían perdido su sabor. Julio era el mes ideal para comerlas, ahora en septiembre no estaban muy buenas. De todas formas, había bastantes arándanos rojos. Nora pensó en traer a los chicos y recolectar unos cuantos kilos por la tarde. Incluso su hijo que vivía para los ordenadores no se podía resistir a un bol lleno de arándanos rojos y leche cremosa.

Después de un corto paseo llegó al otro lado de la isla y comenzó a caminar por la playa, donde la hierba de la duna se balanceaba bajo la suave brisa de ese cálido día. Era como si el norte y el sur de la isla tuvieran microclimas diferentes. Cuando soplaba un viento fuerte y frío en la zona norte, la zona sur tenía vientos más suaves y viceversa. Siempre había un lugar donde era posible buscar sotavento.

—¡Hola! —Oyó una voz que gritaba detrás de ella—. ¡Nora! ¡Espérame!

Nora se giró y vio a Jonas Sköld. Estaba a pocos metros de ella. Vestía pantalones cortos y llevaba gafas de sol. Cuando se le acercó vio que calzaba unos náuticos sin calcetines, como si estuvieran en pleno verano.

—Hola, ¿de paseo?

No pudo evitar sonreír ante el típico comentario.

—¿Tan evidente es?

—¿Me puedo unir? —dijo, sin hacer caso de la ironía.

Se puso a andar al mismo ritmo que ella y durante un rato permanecieron callados.

—¿Cómo es el trabajo de piloto? —preguntó Nora para romper el silencio.

Un poco de curiosidad sí que sentía por su inquilino y nuevo vecino. No había oído hablar de que tuviera novia o esposa, solo sabía que era padre de una hija adolescente.

—Bueno, horarios raros y siempre compañeros de trabajo nuevos. Pero tenemos largos períodos de descanso entre los turnos.

—¿Adónde vuelas?

—Hasta ahora he hecho más bien vuelos por el interior de Suecia y Europa. Pero ya he comenzado con vuelos de larga distancia. Mi hija vive conmigo cada dos semanas y he adaptado mi horario en función de eso. Ahora ya es mayor y yo puedo estar fuera más tiempo, pero durante una buena temporada fue agotador vivir entre Estocolmo, Gotemburgo y Malmö.

—¿Cómo se llama tu hija?

—Wilma. —Jonas sonrió—. Tiene trece años.

Metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil. Después de teclear, la pantalla se iluminó con una cara alegre. Una adolescente morena con demasiado maquillaje y el pelo corto y recto.

—Es preciosa.

—¿A que sí? —Se podía adivinar el orgullo en su voz.

—Se parece a ti.

—Quizá en los ojos, pero el color del pelo es de su madre.

Una mujer con un gran labrador pasó a su lado y Nora la saludó. Le sonaba su cara, pero no podía recordar quién era. El perro era precioso.

—Es bonita la casa a la que te has mudado. ¿Es muy antigua?

—¿Villa Brandska? Se construyó a finales del siglo XIX. Es una de las casas más antiguas de la isla. La construyó el capitán de la Marina Carl Wilhelm Brand, cuando trasladaron el viejo molino de viento.

—Ah, ¿por eso el sitio se llama Kvarnberget?[1]

—Sí, Carl Wilhelm aprovechó la ocasión cuando quitaron el molino.

—La casa es realmente un punto de referencia en la isla. Es lo primero que se ve cuando te acercas a Sandhamn.

—Fue un hecho muy comentado en su tiempo. El capitán se gastó un dineral. Tenía una bañera que se apoyaba sobre unas garras de león. Ya te puedes imaginar la cantidad de chismes que se contaban.

—El emplazamiento es fantástico. —Jonas le sonrió.

—A mí también me lo parece, pero necesita mucho trabajo de mantenimiento. No entiendo

cómo la señora Signe conseguía hacerlo todo sola.

—¿La señora Signe?

—La anterior dueña. Era la nieta de Carl Wilhelm Brand.

Nora se calló. No se sentía con fuerzas para contarle toda la historia, que Signe, que había sido como su abuela desde la infancia, se había suicidado y le había dejado la casa a Nora en su testamento, que Henrik había querido venderla y ella se había negado. Las discusiones y la certeza de que, después de todo, ese había sido el comienzo del final de su matrimonio.

—Podríamos decir que dejó la casa a mi cuidado.

—Entiendo.

Jonas carraspeó. Parecía que se había percatado de su cambio de humor porque se paró delante de la superficie brillante del agua y cambió de tema.

—Hace un día precioso.

El negro de una bandada de pájaros contrastaba en el azul del cielo.

Nora miró de reojo a su inquilino. ¿Cuántos años tendría? Su hija tenía la misma edad que Adam. Debió de ser padre bastante joven. No parecía tener más de treinta y tres o treinta y cinco años.

No era muy alto, tan solo le sacaba unos centímetros. Henrik era casi igual de alto que Thomas, que medía un metro noventa y cuatro descalzo. Le resultaba extraño caminar junto a una persona de casi su misma estatura.

No podía evitar preguntarse si él la consideraba mayor. ¿Se notaba que había cumplido cuarenta hacía unos meses?

—Y tú, ¿trabajas de abogada? —La voz de Jonas interrumpió sus pensamientos—. Algo me comentaron tus padres.

—Sí. Trabajo en banca.

—¿Te gusta?

Se vio obligada a pensar. ¿Me gusta?

Dos años atrás le habían ofrecido un trabajo interesante como abogada de asuntos regionales en Malmö. Lo rechazó porque Henrik no quería marcharse de Estocolmo. Ahora seguía en el mismo trabajo bajo las órdenes del mismo jefe, que no le gustaba. De todos modos, en medio del caos de la separación no era momento de buscar un nuevo trabajo. Por otro lado, le gustaban sus colegas y los casos que llevaban.

—No me quejo. Llevo bastante tiempo ahí. Supongo que ha llegado la hora de cambiar, pero todavía no me he puesto a ello.

—Siempre surgen nuevas oportunidades.

En vez de contestar, Nora se agachó para atarse el cordón del zapato. Sintió que se le humedecían los ojos. Nuevas oportunidades. ¿Qué nuevas oportunidades? Le preocupaba que sus hijos se encontrasen más a gusto con Henrik que con ella y odiaba que Marie viviera con Henrik en la misma casa en la que habían vivido ellos. Sentía el divorcio como un gran fracaso. No veía ninguna oportunidad ante sí.

—¿Estás triste? —le preguntó con preocupación Jonas—. Perdona, no era mi intención.

Nora se levantó de forma brusca.

—No pasa nada. Estoy cansada, solo eso. Últimamente, las cosas han sido muy duras.

Buscó en el bolsillo de la chaqueta si encontraba algo con que sonarse la nariz. Encontró una

servilleta de papel.

Jonas se giró y recogió una piedra plana de la arena. La tiró con destreza hacia el mar y la piedra planeó sobre la superficie lisa del agua. Saltó tres veces antes de hundirse. Lanzó otra y esta vez fue mejor: saltó cinco veces antes de desaparecer dentro del agua.

—Toma. —Le puso en la palma de la mano una piedra grisácea que todavía estaba caliente del sol—. Prueba.

Nora la cogió, dudosa. Después hizo un movimiento de muñeca y tiró la piedra. Cuatro saltos.

—¡Muy bien! Toma.

Le dio otra piedra, pero se hundió enseguida. La tercera piedra saltó cinco veces como la suya y Nora comenzó a reír.

—¡Caray, hacía tiempo que no me salía tan bien!

Los cálidos ojos de Jonas se encontraron con los suyos.

—¿A que te sientes mejor ahora?

Sin ningún tipo de vergüenza, le colocó el brazo sobre los hombros y Nora asintió. Sí, se sentía mejor.

Hablaron de todo un poco mientras caminaban de regreso a casa a través del bosque y pasaban por delante de la misión. Ahora veía su casa, su antigua casa, se corrigió Nora, a unos metros ante ellos.

—¿Te puedo invitar a cenar si no tienes planes para esta noche? Después de todo, es sábado.

Nora se paró.

—¿Perdona?

—Te preguntaba si te podía invitar a cenar. Como agradecimiento de que me hayas alquilado la casa.

—No lo sé… Tengo a los chicos conmigo y a un amigo de Adam.

Jonas pasó por alto sus dudas.

—Había pensado que podíamos ir a Dykarbaren. Parece que necesitas que te levanten el ánimo.

Hacía una eternidad que no iba a un restaurante. No había tenido ni tiempo ni fuerzas. Los chicos podían ir a Grillen, les encantaría la oportunidad de comer hamburguesas y patatas fritas.

¿Por qué no?

14

El timbre lo sorprendió. No esperaba visitas y Lena había salido a comprar como solía hacer los sábados por la mañana.

Como no tenían coche, tardaría en regresar. Solía hacer la compra en uno de los grandes supermercados de Nacka Forum. A ella le gustaba el centro comercial y a él no le importaba que saliera un poco. Bastante pesado era encargarse de su cuidado todo el tiempo y necesitaba salir y ver gente.

El timbre volvió a sonar e intentó moverse con más rapidez, pero no podía ir más deprisa con el andador. Coordinaba los movimientos con dificultad y sabía que con el tiempo iría a peor. Le había costado unos cuantos años asumir que había contraído aquella enfermedad tan grave. Esclerosis múltiple progresiva primaria, se llamaba. Era la peor variante. El cuerpo se iba degradando poco a poco, sin mejoría ni pausa.

El sistema nervioso central estaba afectado y no había ningún remedio. A medida que pasaban los meses, los músculos se debilitaban cada vez más y los problemas de equilibrio aumentaban, al igual que los espasmos. Cada vez le costaba más controlar los temblores.

Con la enfermedad había caído en la depresión y la apatía, y sentía un cansancio que no podía superar.

Había perdido peso y sabía que parecía diez años más viejo de lo que era. Él, que años atrás había sido un musculoso profesor de gimnasia, ahora era la sombra de lo que fue. Vivir suponía una tortura, y a veces se preguntaba si no sería mejor dormirse y no despertar jamás.

Era extraño enfermar de tal forma a su edad, le explicaron los médicos, pero podía ocurrir.

No era ningún consuelo, en especial para Lena, que cada vez cargaba con un lastre más pesado. Había reducido su jornada laboral a la mitad para poder cuidarlo. No existía una cura. Tan solo medicinas que retardaban el progreso de la enfermedad; en su caso, cada vez le daban menos resultado.

Una lenta transformación de muerto viviente a muerto era un precio demasiado alto que pagar.

Sin embargo, se lo merecía.

Cuando al final pudo abrir la puerta se quedó de pie, apoyando todo su peso sobre el manillar del andador. Vio algo familiar en el visitante. Estudió su cara. No logró identificarlo, aunque reconocía sus rasgos. Era como si fueran el eco de una amistad enterrada hacía tiempo.

Retrocedió instintivamente, con el andador delante de él como un escudo.

—¿Eres tú?

15

La llamada telefónica se produjo a las quince y veintiocho minutos. Más adelante, Thomas podría recordar la hora exacta porque era el momento en el que se disponía a encender el televisor para ver un partido de fútbol.

Había planeado pasar una tarde tranquila delante de la tele. Por primera vez en mucho tiempo no había pasado la noche en blanco hasta las seis de la mañana. Al contrario, para su sorpresa, se había quedado dormido a las diez. Todavía se sentía aturdido por la noticia que le había dado Pernilla, pero se había instalado cierto halo de esperanza en su interior.

Pernilla se había ido a casa de su hermana para ayudarla con algo y tenía el piso para él solo.

Thomas le había pedido que se lo tomara con tranquilidad, a pesar de que sabía que sonaba como una gallina preocupada por sus polluelos. Sin embargo, esta vez no tenían que correr ningún riesgo.

Habían acordado no contar nada a nadie hasta que el embarazo no estuviera muy adelantado. Era mejor así.

Tras contestar al teléfono tardó solo unos minutos en entender que no habría fútbol esa tarde.

Notó una vieja sensación, algo que se movía en el pecho. Al principio no la identificó, hacía tanto tiempo que no la sentía…

Instinto policial.

Jan-Erik Fredell, vestido, yacía a un lado de la bañera, que estaba llena hasta los bordes. Tenía los ojos abiertos. En la comisura de los labios había un poco de espuma. Una mano estaba doblada como si hubiera intentado asirse a algo pero no lo hubiera conseguido. La cara estaba igual de blanca que los azulejos del baño.

Thomas se quedó ante la puerta. De rodillas, delante de la bañera, estaba Staffan Nilsson, que ya había comenzado a investigar el lugar del crimen.

La puerta que daba al exterior se abrió y Margrit apareció en el umbral. Se quedó ahí, porque el baño era demasiado pequeño para tres personas.

—¿Qué nos puedes contar? —preguntó Thomas al técnico forense.

El técnico lo miró, pero no se levantó.

—Ahogado. Es difícil establecer la hora. El agua afecta a la temperatura corporal.

—¿Hay señales de violencia? —preguntó Margrit, a la vez que estiraba el cuello para ver mejor.

Nilsson negó con la cabeza.

—Por lo que puedo ver ahora, no. Pero habrá que oír qué tiene que decir al respecto el médico forense. Tal vez quería tomar un baño y resbaló, eso hay que tenerlo en cuenta. —Señaló hacia la sala de estar—. La viuda está ahí dentro.

Thomas salió del baño, pasó por delante de Margrit y se dirigió a la sala de estar. Lena ocupaba el sillón donde él mismo había estado sentado hacía menos de veinticuatro horas. Estaba pálida. Thomas cogió una silla y se sentó.

—¿Cómo se encuentra?

Parecía muy afectada.

—Llegué del supermercado —contestó tartamudeando—. Fui a hacer la compra como cada sábado. Jan no contestó cuando grité que ya estaba en casa. Me preocupé. Miré en la sala de estar donde suele sentarse a mirar la tele cuando yo estoy fuera. La tele estaba apagada.

—¿Qué hizo entonces? —le preguntó Margrit, que había entrado en la habitación sin que Thomas se percatara.

—Volví a llamarlo. Fui al dormitorio. Pensé que tal vez se había echado a descansar. Pero tampoco estaba ahí. —Apretó con fuerza el apoyabrazos con una mano—. Luego miré en el cuarto de baño. Y ahí estaba, en la bañera.

—¿Sabe por qué se preparó un baño mientras estaba fuera?

La expresión de la cara de Lena ya desvelaba la respuesta antes de contestar.

—¿Cómo pudo hacerlo? —Se giró hacia Thomas—. Usted lo vio ayer. Apenas podía caminar sin ayuda.

Thomas solo podía darle la razón. Le era difícil imaginarse que la persona con la que había estado el día anterior fuera capaz de ir al cuarto de baño, abrir el grifo de la bañera y meterse dentro. Y menos con la ropa puesta.

—¿Ha notado algún indicio de que hubiera tenido una visita? ¿Sabe si alguien estuvo aquí mientras usted estaba fuera?

—No.

El gesto era desconsolador.

—No solíamos recibir visitas. Cuando Jan enfermó perdimos el contacto con muchas amistades. Era demasiado difícil, la gente se apartó o nosotros mismos, a veces, teníamos que decir que no porque él no se veía con suficientes fuerzas. —Negó con la cabeza—. Nosotros, que teníamos un círculo de amistades tan amplio…

—¿Estaba la puerta cerrada cuando llegó?

Lena Fredell frunció el ceño, pensativa.

—Sí —dijo con lentitud—. Creo que abrí con mi llave.

—¿Es una cerradura de las que se cierran al cerrar la puerta? —preguntó Margrit.

—Sí.

—¿No hubiera sido difícil cerrar desde fuera sin llave?

—No. —La confusión que sentía Lena Fredell se hacía patente en su cara—. ¿Quiere decir que alguien lo ha matado?

—No lo podemos descartar —contestó Thomas.

—Pero ¿por qué? —Los ojos se le quedaron en blanco—. Usted lo vio. Era la sombra de lo que fue. ¿Por qué querría alguien matar a mi marido?

—¿Crees que esto también ha sido un suicidio? —le preguntó Thomas a Margrit cuando regresaban en el coche.

Eran casi las siete.

—¿Es una pregunta retórica?

Sonrió. Por primera vez desde que volvió de la baja, Margrit reconoció al Thomas de siempre.

—Primero, Marcus Nielsen, después Jan-Erik Fredell. Los dos fallecidos en una semana. Demasiada casualidad.

—Pero no es imposible —contestó Margrit—. Un estudiante infeliz que se cansa de la vida, un hombre enfermo al que se le cruza una idea estúpida por la cabeza. Además, podemos pensar que Fredell quiso también acabar con su vida. Dijiste que estaba muy delicado de salud. Quizá no quiso esperar por más tiempo la llegada de la muerte.

Thomas aumentó la velocidad y cambió de carril.

—No hay ninguna señal de que hayan forzado la cerradura para entrar —continuó Margrit.

—Eso no significa nada. Quizá dejó entrar al asesino de manera voluntaria. —Thomas miró por encima de su hombro y volvió a cambiar de carril—. Todavía no hemos encontrado el ordenador de Marcus Nielsen.

—Eso no prueba nada. Pudo habérselo dejado en casa de un amigo la noche del sábado. Si pensaba suicidarse, tal vez incluso lo regaló.

—Lo llevaba consigo cuando fue a ver a sus padres.

Margrit soltó un fuerte suspiro, pero se cuidó de mostrar lo mucho que la aliviaba la obstinación de Thomas. No había vuelto a ser el mismo después de la baja. Se comportaba de forma apática y no abría la boca en las reuniones matinales. El domingo pasado, cuando llegó casi una hora tarde, Margrit dudó incluso de que volviera a ser el de antes.

Ahora su colega había vuelto.

—La autopsia nos dirá si lo ahogaron o si resbaló. Entonces sabremos a qué atenernos.

—Sí, pero pasarán unos días. Tendríamos que hablar con las personas que hay anotadas en el teléfono de Marcus lo antes posible, mejor si es mañana —dijo Thomas, y añadió pensativo—: Y hacernos una idea sobre su vida y sus actividades.

16

¿Qué iba a ponerse?

Nora se ruborizó ligeramente. Aunque faltaban horas para la cena ya estaba pensando en cómo ir vestida.

En realidad, no se podía considerar una cita. Jonas intentaba ser cortés con su casera, pero ella hacía tiempo que no salía a cenar y no podía evitar hacerse ilusiones.

No eran muchas las prendas que colgaban en el amplio vestidor. Era casi como una habitación más, tenía todo lo necesario y una pequeña ventana de ventilación. Los restos de un tiempo en el cual la ropa se llevaba y se usaba de otra forma.

Abrió el último cajón de la cómoda que estaba debajo de la ventana. Tenía un elegante top blanco de verano. Se lo pondría con unos pantalones también blancos.

No, pantalones blancos, no. No quería ir demasiado elegante. Unos vaqueros, mejor.

Después de mirar los vaqueros con detenimiento llegó a la conclusión de que no les vendría mal un buen lavado. Una enorme mancha de grasa se extendía por la pernera izquierda.

Típico, pensó, me debí de manchar mientras preparaba las crepes del almuerzo de los chicos. Si los metía en la lavadora, no se secarían antes de la noche. No tenía secadora y tenía que tender la ropa fuera.

Se quitó los vaqueros y se puso los pantalones blancos de verano. Iba demasiado elegante. Como si fuera a uno de los cócteles veraniegos y no a una cena sencilla en Dykarbaren.

Se pondría los vaqueros, sin duda.

Colgó los pantalones blancos en el armario y fue al baño con los tejanos. Cogió una toalla, la mojó y le puso un poco de jabón. Tal vez podría frotar y quitar la mancha, pensó esperanzada, y se puso manos a la obra.

Diez minutos después tenía toda la pernera izquierda del vaquero mojada y la mancha seguía ahí.

No se rindió.

Se puso los vaqueros y cuando notó la humedad de la tela en la pierna se estremeció. ¿Y si iba a Sommarboden, la pequeña tienda de ropa enfrente de Ångbåtsbryggan, y se compraba algo en las rebajas? Basta, se dijo. No se trata de una cita, solo vamos a cenar.

Frotó un poco más la toalla contra la zona húmeda y después colgó los vaqueros en uno de los ganchos para las toallas. La mancha se notaría menos cuando se secara. Mientras los pantalones se secaban se puso un chándal.

A pesar de que era finales de septiembre, Dykarbaren estaba casi lleno cuando llegó Nora.

El restaurante se había abierto en los años noventa para dar de comer a los alumnos hambrientos que estudiaban submarinismo en Sandhamn. La escuela de buceo había comprado el pequeño establecimiento para ofrecer comida y descanso durante las clases que se impartían en los antiguos astilleros de la zona norte de la isla. La escuela cerró al cabo de unos años, pero el restaurante continuó funcionando. Durante estas fechas solo abrían los fines de semana y cerrarían a final de temporada.

Una enorme barra con un espejo detrás ocupaba una de las paredes. A través del espejo vio que Jonas se había sentado en una de las mesas largas junto a la ventana.

—Hola —saludó, y se sentó en la silla de enfrente.

La mancha de los vaqueros se notaba menos ahora que la tela se había secado. De todas formas, mantuvo la chaqueta en el regazo por si acaso.

Jonas también llevaba vaqueros y una camisa azul celeste arremangada. Nora se agradeció a sí misma no haberse puesto los pantalones blancos.

—Hola. —Jonas se levantó cuando llegó—. ¿Fue bien con los chicos?

—Sí. Les di permiso para ir a Grillen y están de lo más contentos.

Jonas le acercó la carta.

Nora se sorprendió al darse cuenta de que tenía hambre. Saludó con un asentimiento de cabeza a unos conocidos de Sandhamn que estaban sentados unas mesas más atrás y empezó a estudiar la carta. Como siempre, había muchas tentaciones. De primero, eligió huevas de corégono blanco, y de segundo, filete de ternera.

—Háblame de tu trabajo. —Era consciente de que ya habían hablado de eso, pero era un tema de conversación fácil, neutro—. ¿Te gusta?

Jonas apartó la vista de la carta.

—No es un mal trabajo, siempre que haya trabajo. Es un sector con mucha competencia sobre todo para las compañías grandes que tienen que luchar contra las pequeñas low cost. Me gusta, aunque la edad de oro ya ha pasado.

—¿La edad de oro?

—Los buenos tiempos, cuando a los pilotos se los trataba como a dioses y si querían algo les bastaba con señalarlo. Cuando yo empecé a volar vivíamos a cuerpo de rey, siempre en hoteles de cinco estrellas. Ahora todo son recortes. De todas formas, estamos mejor que en las low cost. —Señaló la carta—. ¿Ya has elegido?

Nora asintió. Jonas alzó la mano y el camarero acudió enseguida.

¿Cómo lo hace?, pensó Nora. No era fácil que los camareros del lugar te atendieran tan rápido. Se veía que Jonas tenía carisma.

Bebió un poco de vino. Jonas había sugerido un blanco seco australiano con una seguridad que denotaba conocimiento en la materia. Realmente, estaba muy bueno.

Entró un grupo de cuatro personas. Nora los reconoció, eran amigos de los padres de Henrik. Antes de que pudiera girarse ya la habían reconocido. Con un poco de suerte no comentarían nada.

Frunció el ceño, irritada. A nadie le importaba si cenaba con alguien que no fuera su exmarido. Sin embargo, Jonas era demasiado atractivo y más joven que ella para que se sintiera del todo a gusto con la situación.

Por el rabillo del ojo vio que una de las mujeres dejaba el grupo y se acercaba a su mesa. Era Siv Angern, una de las mejores amigas de su exsuegra, Monica Linde. Al igual que Monica, se cuidaba y lucía un cabello precioso. Iba vestida con una chaqueta marinera bordada de una marca conocida.

Nora se levantó sin entusiasmo para saludarla.

Siv Angern se inclinó para besarla en las mejillas. Modales de la clase alta, pensó, pero así era como se saludaban en el círculo de amistades de sus suegros.

¡Mira que tener que encontrarse con ella justo aquel día!

En tan solo unas horas, Monica estaría al corriente de su salida y le faltaría tiempo para contárselo a Henrik. De alguna forma, Monica se las arreglaría para que se arrepintiera de aquella noche.

—Hola, Nora. ¡Qué alegría verte!

—Hola, hola —contestó ella en tono neutral—. ¿Cómo va todo?

—Aquí, pasando el fin de semana. —Hizo un gesto con la mano en dirección al marido—. Con el barco.

Nora sabía que se refería a un yate grande, el *Princess*, de más de cuarenta pies.

—¡Qué pena lo del divorcio! —continuó Siv Angern—. Erais una pareja perfecta, Henrik y tú. Nunca pensé que os separaríais. Monica está muy afectada, como puedes suponer.

Nora dudaba que su anterior suegra estuviera triste. Nunca se habían llevado bien. Tal vez su suegro, Harald Linde, sí la echaba de menos.

—¿Cómo lo llevan los chicos?

Siv Angern pronunciaba las palabras de la misma forma que Monica Linde, y Nora se preguntó si a todas las mujeres de la clase alta las cortaban por el mismo patrón. Los mismos valores en cuanto a la importancia del vestir y la apariencia, una riada interminable de menciones a personas que conocían, para así dar a conocer quiénes eran sus contactos y a qué círculo pertenecían. Todo muy superficial, sin sentimientos verdaderos.

Esta parte de la convivencia con Henrik no la echaría de menos.

—Pero tú estás bien —continuó Siv Angern, sin importarle que Nora no contestara.

Mostró una sonrisa y miró a Jonas con una mirada cargada de intención.

—Sobrevivo —contestó Nora, ignorando la mirada de Siv Angern—. Encantada de haberte visto. Espero que pases una agradable velada. —Se sentó para indicar que la conversación había acabado.

Por suerte llegó el camarero y condujo a los Angern y sus amigos al primer piso del restaurante. Lejos de su mesa.

—Lo siento. Son amigos de mi exsuegra.

A Jonas parecía divertirle la situación.

—Quizá piensa que estás saliendo con otro hombre y no sabe que solo soy tu inquilino.

La forma en que dijo «tu inquilino» hizo que el corazón de Nora latiera más rápido.

—Comamos.

Tres copas de vino más tarde, el buen humor había regresado. Hacía tiempo que Nora no se sentía tan a gusto.

Cuando salieron de Dykarbaren ya había oscurecido. La noche de septiembre era opaca y las pocas farolas que había no daban mucha luz. Si no hubiera sido por la luna llena hubiesen tenido que ir a ciegas, palpando las paredes de las callejuelas.

Nora llevaba las dos manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. La temperatura había bajado, no quedaba ni rastro del calor que había hecho durante el día.

—Gracias por una cena tan agradable —dijo Jonas.

Se había puesto la chaqueta y se frotaba las manos para entrar en calor.

—Gracias a ti.

Habían llegado a la antigua casa de Nora y se pararon en la entrada. A unos cincuenta metros estaba Villa Brandska y Nora vio que la luz seguía encendida en la habitación de Adam, a pesar de que eran casi las once y media.

—Quizá deberíamos repetirlo —dijo Jonas.

—Por mí, encantada.

Él se inclinó y rozó con los labios la mejilla de Nora.

—Creo que eres la casera más guapa que he tenido.

Esas palabras hicieron sonreír a Nora.

—¿Eso es un cumplido?

—Sí.

Nora se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia su casa con una extraña sensación de ilusión.

DIARIO: NOVIEMBRE DE 1976

Hoy hay escarcha en la ventana. Los demás duermen todavía, pero yo no puedo. Me duele demasiado el cuerpo. Ayer tuvimos la primera marcha, con todo el equipo de combate de quince kilos de peso. Duró todo el día y era casi medianoche cuando volvimos, exhaustos.

En el último tramo de la marcha los mandos nos golpeaban con palos para que no nos hundiéramos en el bosque. Debíamos de parecer borrachos tambaleándonos de un lado al otro. Las piernas se nos doblaban y varios vomitamos. Primero fui yo, después Eklund y Erneskog.

No nos dieron ni de comer ni de beber y a todos nos salieron ampollas y heridas de rozaduras en las manos y en los pies. Algunos están bastante mal. Andersson es el que está peor.

Cuando volvimos pudimos comprobar que tenía los calcetines mojados. El pie izquierdo se le había abierto hasta el hueso y el calcetín estaba rígido a causa de la sangre. Tenía la uña del dedo gordo azul.

La uña del dedo gordo del otro pie se le había caído. Como no había tiritas había intentado protegerse el dedo con papel, pero se había deshecho y había formado una masa que se entremezclaba con la carne. La boca se le estremecía de dolor cada vez que se tocaba el dedo.

Estaba sentado en la cama y se había quitado las botas cuando entró el sargento.

Nos alzamos en posición de firmes, y el sargento se puso delante de Andersson mientras miraba sus pies heridos. Después se rio alto y claro y alzó la mirada hacia la cara de Andersson.

«*¿Estás débil, amigo?», dijo en voz alta. «¿Quieres que llamemos a mamá para que te cuide?*»

Andersson negó con la cabeza sin abrir la boca.

El sargento sonrió satisfecho y se fue.

«*Tendrías que ir al médico», le susurré, cuando el sargento ya no estaba.*

Andersson volvió a negar con la cabeza.

«*¿Después de la primera marcha? ¿Bromeas? Te envían a casa si te quejas, lo sabes*»

Cojeó hacia el armario del botiquín que colgaba en la pared. El suelo se teñía de rojo a su paso.

DOMINGO

(SEGUNDA SEMANA)

17

El reloj digital marcaba las seis y diecisiete minutos cuando Thomas abrió los ojos. Se había quedado dormido a medianoche y no le hubiera venido mal dormir una hora más, pero se sentía descansado.

Pernilla suspiró. Dormía junto a él, de costado, con uno de los brazos sobre la tripa, como si la protegiera.

Thomas la miró con un sentimiento de preocupación y alegría. Era un milagro que esperara un hijo de nuevo. La vez anterior había necesitado de un largo proceso de tratamiento hormonal e inseminación para quedarse embarazada. Cuando Emily murió a los tres meses de vida, la pérdida había sido insoportable.

No había una explicación racional al porqué esta vez no habían necesitado ayuda médica. De todas formas, Thomas sentía una gran alegría de que hubiera sido así.

En la cómoda que estaba ante la ventana había una foto enmarcada de Emily. Yacía desnuda y recién bañada sobre una toalla rosa y mostraba una de sus primeras sonrisas. La foto se hizo unos días antes de su muerte y durante mucho tiempo Thomas no había sido capaz de mirarla. Sin embargo, Pernilla la había colocado ahí hacía unas semanas y, para su sorpresa, a él no le desagradó la idea.

Ahora solía mirar a su hija antes de acostarse. Por primera vez desde que murió podía recordar la alegría que sentía cuando vivía.

Si todo fuera bien esta vez…

Otra pérdida los destrozaría. Entonces más hubiera valido que Pernilla no se hubiera quedado embarazada. Estaba seguro de ello.

Movió la pierna sobre el borde de la cama y se tambaleó al levantarse, como siempre. No se llegaba a acostumbrar a aquella extraña sensación cada vez que apoyaba la planta del pie. Nunca llegaría a entender que su cuerpo ya no estaba intacto.

Descalzo y vestido con la bata, fue a la cocina y encendió la cafetera. Cuando salió el café, lo vertió en una taza, se sentó y comenzó a pensar en el suicidio de Marcus Nielsen.

Se iban a reunir en la comisaría a las ocho y media, y una de sus prioridades era obtener más información acerca de las personas que Marcus había contactado antes de su muerte. Quizá Cronwall o Kaufman podrían contestar a algunas de las preguntas que se planteaban.

Se estaba bien fuera aunque no eran más que las ocho y media de la mañana. Nora decidió sentarse un rato al sol con la taza de café entre las manos hasta que llegara el momento de

preparar el desayuno a los chicos.

Cuando salió a la escalera vio a Olle Granlund sentado en el embarcadero. La saludó y ella le correspondió el saludo.

—¿Cómo te va en tu casa grande?

Nora fue hasta donde se encontraba el hombre y se sentó en el viejo banco hecho con madera recuperada del mar que siempre había estado allí.

—Ya nos hemos instalado, pero la señora Signe sigue presente. Cada vez que oigo el reloj de Mora dar las horas, me imagino que va a salir de la cocina.

Olle Granlund ladeó la cabeza.

—Signe amaba la casa. Era el sitio que más quería del mundo. Está bien que no hayas hecho demasiados cambios y conserves las cosas como estaban.

Nora jugó con la taza entre las manos.

—Hubiera sido un poco extraño quitar los muebles de Signe. Siento como si la casa todavía fuera suya. Sé que suena un poco estúpido.

—No lo creo. Me imagino que la echas mucho de menos.

—Sí. La quería mucho.

—Éramos muchos los que la queríamos. —Le mostró una mirada llena de intención que le sorprendió.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, y le dio un pequeño empujón en el costado—. Eso no me lo has contado.

Olle Granlund entrecerró los ojos mirando al sol.

—Me sacaba diez años —dijo—, pero he de reconocer que la seguía de cerca cuando yo tenía veinte años.

Nora apoyó la espalda contra la pared de detrás del banco.

—No lo sabía. Me lo tienes que contar.

Olle Granlund parecía satisfecho, como si hubiera rejuvenecido de repente.

—Lo intenté una vez una Noche de San Juan. Estaba de permiso de la mili. Creo que fue el verano de 1958. Llegué de Korsö con mi elegante uniforme verde e intenté impresionarla.

—¿Y?

—No salió muy bien. Quise invitarla a un café, pero enseguida me dio calabazas. Me dijo: «¿Qué va a hacer un joven elegante como tú con una vieja como yo?». No había discusión posible.

—Típico de Signe, la verdad.

—Sí, era muy directa. Me fui con el rabo entre las piernas. Pero siempre nos llevamos bien, ella y yo.

Nora vio ante sí a Signe. Su mirada clara, su gesto serio que enseguida se reblandecía ante Simon y Adam, que solían ir a pedirle golosinas.

—¿Sabes por qué no se llegó a casar nunca? Siempre me lo he preguntado, pero nunca me atreví a preguntárselo a ella.

Los puños encallecidos de Olle Granlund se cerraron sobre una cajetilla de tabaco que abrió con un gesto mecánico.

—Dicen que se enamoró de alguien que la abandonó sin motivo.

—Qué lástima.

—Sí, pero son viejos chismorreos y no sé si son ciertos. En teoría ocurrió unos años después de la Segunda Guerra Mundial, cuando yo era un crío.

—Y luego vivió sola en esta casa tan grande. —Nora observó Villa Brandska, que se alzaba detrás de ellos—. Durante todos esos años…

—Y ahora vives tú allí. —Olle Granlund se guardó la cajetilla de tabaco en el bolsillo—. Ya era hora de que una nueva familia tomara posesión de la casa. Una casa tan grande no debe estar vacía. Está bien que te hayas mudado con tus chicos aquí.

Nora miró la hora y se levantó.

—Hablando de los chicos, tengo que prepararles el desayuno.

—Si necesitas ayuda, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias. —Nora le dedicó una sonrisa cálida—. Puede ser que venga antes de lo que crees.

18

—¿Qué sabemos de los dos fallecimientos?

El Viejo se había sentado, como siempre, en el lado corto de la mesa. Eran las ocho y media, y todo el grupo estaba reunido.

A Kalle Lindvwall se le veía espabilado. Sin embargo, Erik Blom tenía cara de sueño. Se había peinado el pelo hacia atrás con un poco de gomina y bebía café de un vaso de cartón del Seven Eleven.

—¿Te acostaste tarde anoche? —le preguntó Karin Ek, que estaba sentada enfrente.

—¡Y que lo digas!

—Todo apunta a que tienes una nueva pareja. No cambiarás.

Antes de que pudiera contestar, el Viejo interrumpió la conversación.

—Al grano. ¿Empezáis vosotros?

Miró a Margrit y Thomas.

Thomas había fijado las fotografías de Jan-Erik Fredell y Marcus Nielsen en la pared y las señaló.

—Se trata de dos personas sin un vínculo evidente. Sin embargo, en una semana las dos están muertas después de su primer y único encuentro. El primero es un estudiante de Psicología criado en Täby y el segundo, un profesor de gimnasia jubilado por enfermedad, residente en el sur de Estocolmo. La primera muerte parece ser un suicidio y la segunda puede que también, pero por el momento no está confirmado. No hay indicios claros de que se trate de homicidio, pero la casualidad es extraña.

El Viejo carraspeó.

—¿Qué puedes contarme sobre la muerte de Fredell?

—Mañana le hacen la autopsia —contestó Margrit—. Entonces sabremos si fue asesinado o si acabó con su vida de manera voluntaria. Estaba muy enfermo y su mujer jura que no tenía enemigos.

—Si supusiéramos que Marcus Nielsen no se suicidó… —dijo el Viejo—. ¿Qué ha dicho el forense? ¿Sabéis, por ejemplo, si murió donde se le encontró?

Thomas echó un vistazo a sus papeles antes de contestar.

—Se ha concluido que murió colgado. Había hemorragias en forma de puntos rojos en los ojos que no se hubieran producido de no haber muerto por asfixia.

—Además, tenemos las manchas de la lividez *post mortem* —añadió Margrit—, que, de no haber muerto en su apartamento, se habrían formado de otra manera.

—Sí, sí —la interrumpió el Viejo—. Sé cómo se forma el *livor mortis*. Pero ¿hemos encontrado pruebas fehacientes de que no se ha suicidado?

—Bueno —contestó Thomas—, la nota de suicidio no está firmada y su ordenador no aparece. Sus padres nos han asegurado que lo tenía consigo el día antes de su muerte. El hecho de que no lo hayamos encontrado es lo más significativo del caso.

—O sea, no hay ninguna prueba concluyente.

El Viejo se inclinó hacia atrás e inspiró.

—¿Habéis investigado posibles motivos? ¿Enemigos, deudas económicas, problemas del pasado?

—Yo me puedo encargar de mirarlo —dijo Erik enseguida—. Karin me puede ayudar a buscar información.

La miró y ella le contestó afirmativamente con un efusivo movimiento de cabeza. No había duda de que la asistente sentía debilidad por Erik.

—Bien —dijo Margrit—. Mirad a ver qué encontráis. Puede que exista una relación entre Fredell y Nielsen que desconocemos. Thomas y yo nos encargaremos de visitar a la gente que Marcus Nielsen vio los días antes de su muerte. Los localizaremos durante el día de hoy.

—Creo que tendríamos que pedir una autopsia más exhaustiva tanto para Fredell como para Nielsen —añadió Thomas—. Además, Fredell estaba vestido cuando se encontró su cadáver, lo cual también es extraño. A lo mejor podemos encontrar algo en su ropa.

El Viejo asintió. Estaba más atento de lo que Thomas pensaba.

—¿Algo más?

—Quizá hay una cosa más que contradice el suicidio de Marcus —dijo Thomas—. No tenía ningún historial médico.

—¿Historial médico? —repitió Karin.

Thomas se giró hacia ella.

—La mayoría de la gente que se quita la vida ha tenido algún tipo de problema médico. Ingreso en el psiquiátrico, ataques de ansiedad, visitas al médico. Sin embargo, el historial de Nielsen estaba limpio. No hay nada.

Erik Blom apuró el café y arrojó el vaso a la papelera. Este rebotó contra el borde y cayó al suelo. Se levantó a recogerlo.

—Thomas tiene razón —dijo, y tiró el vaso en la papelera—. El chico tendría informes médicos de haber querido quitarse la vida.

—La madre de Nielsen —continuó Thomas— jura que era completamente ajeno al suicidio, nunca escuchó esa palabra de sus labios.

El barco que iba a la ciudad partía en quince minutos y Nora metió prisa a los chicos. Llevaban una maleta cada uno, así que tampoco era mucho equipaje, pero tendrían que andar un buen rato hasta el muelle.

Cerró la puerta de la casa, se aseguró de que la ventana de la cocina estuviese cerrada y cogió su maleta.

De camino al puerto pasaron por delante de la casa familiar y miró de reojo hacia el jardín para ver si veía a Jonas.

No había ningún movimiento en la casa. Parecía cerrada a cal y canto. A lo mejor se había

marchado antes de que acabara el fin de semana. Seguro que trabajaba al día siguiente.

Cuando llegaron al puerto vio a lo lejos pequeños grupos de gente que esperaban la llegada del barco. Con el horario de otoño la frecuencia de barcos era menor y el próximo ferry era el de la noche.

Por el rabillo del ojo vio el barco blanco de la compañía de ferries adentrándose por el estrecho.

—¡Venga, chicos! —los alentó—. No podemos perderlo.

Cuando caminaba hacia la pasarela no pudo evitar darse la vuelta una última vez para ver si veía a Jonas.

Desde el quiosco se acercaba un hombre con un periódico. Por un momento pensó que era él, pero después se dio cuenta de que era un extraño.

Hizo un gesto de decepción y subió a bordo.

19

Robert Cronwall vivía en una casa de una sola planta en la zona noreste de la isla de Lidingö, que estaba unida a Estocolmo por un puente en arco.

No había mucho tráfico y Thomas observó las casas que escalaban las empinadas cuestas a ambos lados del puente. En lo alto, a la derecha, estaba Millesgården, el museo al aire libre erigido en el acantilado de Herserudsklippan que había fundado el famoso artista y escultor Carl Milles.

—Las vistas desde allí deben de ser magníficas —dijo Margrit como si le hubiera leído el pensamiento.

—Sí, pero esa zona es carísima.

—Nada es barato en Estocolmo.

Thomas giró a la derecha. El camino continuaba debajo del puente y pronto un cartel les indicó que se acercaban a Islinge.

—¿Cuál es la dirección? ¿Me la repites?

—Calle de Constantiavägen. Tienes que girar a la derecha allí. —Margrit señaló la salida.

Era una casa de ladrillo rojo, parecía una construcción de los años treinta. En el jardín había unos cuantos manzanos nervudos, con las ramas cargadas de frutos. Algunas manzanas yacían en el suelo, estaba claro que el dueño de la casa no se encargaba de recogerlas. Un porche enladrillado del mismo color que la fachada conectaba con una escalera que conducía a la entrada.

Thomas llamó al timbre. Oyeron que se abría la cerradura y ante ellos vieron a una mujer de unos cincuenta años. Iba vestida con un jersey rosa y llevaba unos pendientes de perlas.

—¿A quién buscan? —preguntó al ver a Thomas y Margrit.

Thomas explicó el motivo de la visita.

—Pasen. Mi marido está en la sala de estar.

Les hizo entrar en una habitación con una amplia chimenea, hecha del mismo ladrillo rojo que la casa. A través de un arco podían ver un hermoso comedor donde una gran araña de cristal pendía sobre la mesa. Un aparador con decoraciones doradas estaba apoyado contra la pared del fondo y sobre este había una serie de fotografías. En la primera de ellas se veía a un joven con un birrete de estudiante; en la segunda, un joven con uniforme militar posaba junto a una persona mayor, también de uniforme. Y en la tercera, a una pareja de unos cincuenta años.

Un hombre con unas gafas de leer estaba sentado en un sillón de terciopelo cuando entraron en la sala. Se oía, a bajo volumen, música clásica. Thomas reconoció vagamente la música sin

acertar el nombre de la composición. Una sonata para piano, pero ¿cuál?

El hombre miró con curiosidad a Thomas y a Margrit.

—Thomas Andersson, policía. —Thomas le enseñó la placa—. Nos gustaría hacerle unas preguntas sobre un joven con el que creemos que se entrevistó hace unos días.

Robert Cronwall se quitó las gafas y se levantó. Tenía algunas canas, pero parecía estar en buena forma. Thomas supuso que la bolsa de golf que había visto en la entrada podía ser la explicación.

—Por favor, siéntense. —Hizo un gesto invitador hacia el sofá.

—Gracias —dijo Thomas, y se sentó junto a Margrit.

El sofá era blando. Se hundió en el cojín.

—¿Qué es lo que han dicho que querían?

Margrit se inclinó hacia delante.

—Quisiéramos saber si conoce a un estudiante llamado Marcus Nielsen.

La cara de Robert Cronwall reflejó desconcierto.

—¿Marcus Nielsen? —repitió dubitativo—. No conozco a nadie con ese nombre.

Thomas sacó una fotografía de un bolsillo interior de la chaqueta y se la mostró.

—Era estudiante. Tenía veintidós años y vivía en Jarlaberg.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Robert Cronwall mientras miraba la fotografía.

—Desgraciadamente, ha fallecido —dijo Margrit—. Estamos investigando su muerte.

—Caray. —La respuesta era espontánea—. ¿Qué ha pasado?

—Se suicidó hace una semana —contestó Thomas.

Robert Cronwall miró con consternación a Margrit y Thomas.

—Hemos encontrado su nombre en su móvil y nos preguntábamos si le había visto y, de ser así, sobre qué habló con él —continuó Thomas—. Cursaba estudios de Psicología en la Universidad de Estocolmo.

—Entiendo. —La cara de Robert Cronwall se iluminó—. Hace unos días me llamó un chico que me dijo que estudiaba Psicología. ¿Pudo ser él?

—Es muy probable.

—Entonces, es cierto que hemos tenido contacto.

—¿Cuándo se vieron?

—Solo hablamos por teléfono. No nos vimos. Por eso no lo he reconocido. ¿Cuándo pudo ser? —Robert Cronwall reflexionó unos instantes—. Hace una semana. No me acuerdo con exactitud.

—¿Qué quería? —preguntó Margrit.

—Quería entrevistarme.

—¿Por qué? —dijo Thomas.

—Para que le hablara de la época en la Escuela Militar de la Marina. Fui cadete. —Cronwall señaló con la cabeza la fotografía del aparador—. Estaba haciendo un trabajo para la Universidad de Estocolmo y quería saber cosas sobre mi experiencia allá, pero le sugerí que era mejor que llamara a la Marina.

—¿Por qué?

—Pensé que no tenía mucho que contarle. Estoy ocupado con otras cosas y no tengo tiempo

para que me entrevisten para un trabajo universitario. —Un destello de lamento apareció en los ojos de Robert Cronwall.

—¿Cuánto tiempo duró la conversación con Marcus Nielsen? —preguntó Thomas.

—Fue muy breve. Llamó, se presentó, dijo que quería hacerme unas preguntas. Me negué y colgó. Unos minutos. No mucho más. —Robert Cronwall miró su reloj de pulsera—. Si me disculpan, tenemos una comida con nuestro círculo del Rotary Club y muchas cosas todavía por hacer. Soy el presidente rotario de Lidingö y eso implica ciertos deberes.

Pronunció las últimas palabras de tal forma que Thomas no pudo evitar pensar si tenían que ponerse en posición de firmes.

Cronwall se levantó para indicar que la conversación había acabado.

—Lamento la muerte del joven —dijo—, pero no tengo nada más que decir.

—Solo una última pregunta —insistió Thomas—. ¿Conoce a una persona llamada Jan-Erik Fredell?

Robert Cronwall se acarició la barbilla con la mano derecha.

—No sé. No me suena de nada. Reconozco mejor las caras que los nombres. —Encogió los hombros, como pidiendo perdón por ello—. ¿Quién es?

—Era profesor de gimnasia, pero estaba jubilado por enfermedad desde hacía unos años. También ha muerto. Creemos que puede existir un nexo de unión entre Marcus Nielsen y él.

—Lo siento. No me suena de nada.

Margrit le entregó una tarjeta de visita.

—Si se acuerda de algo, llámenos —dijo Margrit.

—¿Puedo preguntarle sobre otro asunto? —añadió Thomas—. ¿Cómo se llama la pieza que sonaba cuando hemos llegado?

Cronwall lo miró.

—Era Frank Liszt, *Liebestraum n.3*. Se dice que escribió una sonata para cada amante. Tenía unas cuantas, como es sabido.

Cuando llegaron al vestíbulo, Thomas vio a la esposa, Brigitta Cronwall, a través de la puerta entreabierta que daba a la cocina. La mujer alzó la mano a modo de saludo, pero no salió a despedirse.

Lo último que vieron antes de dejar la casa fue su espalda inclinada sobre algo que parecía una pierna de cordero.

DIARIO: NOVIEMBRE DE 1976

Por la mañana estuvimos en el campo situado en el sur. De repente, el sargento nos ordenó formar una columna. Tensó una cuerda delante de nosotros y nos dio orden de que la saltáramos de uno en uno. Cuando acabamos con nuestros torpes saltos, el sargento se burló de nosotros.

«*Acabáis de saltaros el almuerzo», dijo, riéndose.*

Después no nos dieron nada de comer hasta la cena.

Esa noche estábamos jugando a las cartas.

«*Venga, Andersson», dijo Eklund mientras repartía las cartas. «Eres el único que no ha contado ninguna aventura con tías.*»

A Eklund le gusta hacerse el duro y lanzó a los demás unas miradas cargadas de significado.

«*A ver si va a ser que no te has tirado a ninguna.*»

Eklund suele ser un poco grosero. Su padre es carnicero y él ha trabajado en la carnicería desde la adolescencia. Eklund presume de saber cómo se puede sobrevivir en la naturaleza. «Cazas un conejo», dice. «Lo coges de las orejas y lo golpeas hasta que muera. Cuando se le salen los ojos, está muerto. Luego solo hay que degollarlo y trocearlo. No hay que olvidarse de quitarle los intestinos, que si no sabe a mierda.»

Le encanta soltar ese tipo de comentarios.

Andersson enrojeció. Me recordó a mi hermano pequeño, cinco años menor, cuando me burlaba de él por algún motivo. La misma incapacidad de situarse, la impotencia de no encontrar una respuesta rápida al comentario.

Nunca he oído a Andersson hablar de ninguna chica. La única foto que se ha traído es la de su madre. Está sentada en la hierba abrazada a su hermana pequeña. La vi en su taquilla una vez que se había olvidado de cerrarla bien.

«*¿Nunca te has corrido?», continuó Eklund, y soltó una risotada. «Cuenta.*»

De repente, el sargento apareció en la entrada. La risa de Eklund se cortó en seco, pero el sargento lo había oído.

«*¿Tenemos a un virgencito en la parroquia?*»

Saboreó las palabras.

Nadie dijo nada. Andersson intentaba desesperadamente decir algo. Las orejas le ardían, rojas.

«*Quizá un inmaduro sexual.*»

No dijo nada más, pero Andersson giró la cabeza mientras su cara enrojecía. Me dio pena,

justo cuando iba a decir algo entró Kilhberg corriendo.

«*El capitán Westerberg viene hacia aquí», jadeó.*

En un instante todos nos pusimos firmes, el sargento también. La cadena de mando era clara y el sargento se integró en nuestra hilera como todos los demás cuando el famoso capitán entró.

«*Soldados, mañana tenemos visita. El jefe de la compañía viene a vernos y espero de vosotros lo mejor.*»

«*Sí, capitán», contestamos todos al unísono.*

Andersson se había colocado cerca de la pared, al lado de Martinger, que le sacaba una cabeza. Vi como Martinger lo cubría como para protegerlo de posibles comentarios del sargento. Kihlberg se puso al lado, de tal forma que no se le veía.

Andersson miraba al suelo.

LUNES

(SEGUNDA SEMANA)

20

—Soy Saschen.

No tenía por qué presentarse. Thomas reconoció la voz del forense. Además habían trabajado juntos tantas veces que reconocía su número cuando aparecía en la pantalla del móvil.

Saschen se había hecho famoso. Había testificado en un sonado juicio a un violador que había atacado a varias mujeres. El forense había demostrado que el autor dejó las mismas huellas en las víctimas tras analizar el arma que había utilizado. Gracias a su testimonio se le pudo asociar a una serie de violaciones brutales y lo habían entrevistado todos los periódicos.

—Sí que has madrugado. ¿Hoy no tenías que estar sentado en el sofá delante de la tele?

Eran las siete y media de la mañana y Thomas acababa de llegar a la comisaría y de sentarse en su despacho.

—Ja, ja. —Saschen no parecía divertido—. Anoche estuve trabajando hasta las tantas para que Margrit y tú no tuvierais que esperar. Tendríais que venir.

—Iremos antes del almuerzo.

—¿Qué crees que habrá encontrado? —le preguntó Margrit a Thomas cuando caminaban desde el aparcamiento hasta el edificio bajo, en la zona del hospital de Karolinska, donde estaba el Instituto Forense.

Había hojas secas sobre el césped. Soplaba un aire más frío que los días anteriores.

—Ahora lo veremos.

Thomas no tenía muchas ganas de hablar. Pensaba en la conversación que había tenido con la madre de Marcus Nielsen justo antes de irse.

Había llamado una vez más para saber cómo iba el caso y durante la conversación se dio cuenta de lo mal que lo estaba pasando la familia. El hermano menor, David, no quería ir a la escuela y Maria estaba de baja. El padre también estaba desesperado.

Le había suplicado que encontrara al asesino de su hijo, pero Thomas no sabía qué decir para consolarla.

La verdad es que seguían sin saber si se trataba o no de un suicidio.

Thomas abrió la puerta de la sala de autopsias donde solía trabajar Oscar Henrik Saschen. El forense los recibió. Detrás de él se podía adivinar un cuerpo tendido sobre una mesa metálica alargada.

Hasta sus narinas llegó el característico olor de los órganos corporales. Era distinto al olor de cadáver. Recordaba más bien al expositor de un carnicero sin una refrigeración adecuada, en el

que hubiera piezas de hígado, riñones y corazón. Un olor dulzón y nada agradable.

—Bienvenidos —dijo Saschen, sin tenderles sus manos enfundadas en guantes de plástico.

Margrit no perdió el tiempo en formalidades.

—Cuéntanos. ¿Qué has encontrado?

El forense quitó la tela que cubría el delgado cuerpo de Jan-Erik Fredell y lo señaló con unas pinzas.

—Muerte por ahogamiento. No hay duda. Tiene agua en los pulmones, agua dulce, pero… —Hizo una pausa para que los dos policías asimilaran sus palabras—. Parece como si alguien le hubiera presionado con fuerza sobre los hombros antes de su muerte.

Saschen se colocó detrás de Margrit. Eran casi de la misma altura.

—Agáchate.

Margrit le dedicó una mirada difícil de interpretar, pero obedeció. Se agachó hasta quedar casi unos quince centímetros por debajo del forense. Este le colocó las manos encima de los hombros con los dedos sobre las clavículas y los pulgares atrás. Después presionó.

—¡Ay! ¿Qué haces? —Margrit estuvo a punto de caer al suelo por la presión.

—Enseñaros cómo ocurrió. —Saschen soltó a Margrit y continuó—. La piel sobre las clavículas muestra huellas dactilares. Dedos extendidos que se han hundido en la piel. En la espalda hay unas señales de presión que solo las uñas de los pulgares pueden causar. Si alguien se coloca así, desde arriba, es muy fácil obligar a una persona a mantenerse bajo el agua hasta que deja de respirar.

Margrit se frotó la clavícula e hizo un movimiento circular con los hombros para restablecer la circulación.

—Bueno —dijo el forense—. Tampoco es para tanto.

La expresión de Margrit indicaba claramente que le golpearía si volvía a utilizarla para escenificar alguna de sus conclusiones.

—¿Lo ahogaron?

—Parece ser que sí. A no ser que Fredell estuviera hecho de goma y se pudiera agarrar a sí mismo por detrás. Es la única forma de que lo haya podido hacer él.

—Apenas podía moverse —dijo Thomas—. Tenía esclerosis múltiple. Estuve con él el día anterior a su muerte.

—Entonces fue otra persona la que lo mantuvo bajo el agua hasta que se ahogó.

—Asesinato —dijo Margrit—. ¿Qué relación puede tener con la muerte de Marcus Nielsen?

—Es difícil saberlo. —Saschen se acarició la barbilla—. No fui yo quien hizo esa autopsia, pero he leído el informe y no hay ningún error en el trabajo de mi colega. En ese caso todo apunta a un suicidio. No hay moratones inexplicables ni restos biológicos de otra persona sobre el cuerpo. La muerte se produjo en el lugar en el que se le encontró.

Thomas se acercó para estudiar de cerca las marcas sobre el cuerpo de Fredell.

Tal como había explicado el forense, suaves marcas azules se extendían bajo la piel, y le pareció ver el rastro de unos dedos que habían presionando sin piedad.

Sin conseguirlo, intentó imaginarse a la persona a la que pertenecían esos dedos. ¿Quién era capaz de asesinar a un enfermo?

El forense dirigió la mirada a un ordenador que había sobre la mesa. La pantalla estaba llena de letras.

—Ah, sí. La víctima estaba borracha.

Thomas se giró.

—¿Cómo?

—Estaba ebrio en el momento de su muerte. Había ingerido grandes cantidades de whisky. ¿Sabes si tenía problemas con el alcohol?

Thomas recordaba la estantería en el baño, encima del lavamanos. Había un montón de medicinas. Cajas blancas con triángulos rojos con mensajes de advertencia.

—Estaba muy enfermo y tomaba muchos medicamentos. Me parece poco probable que bebiera en esas condiciones. Hablaremos con su mujer.

—No recuerdo haber visto botellas de alcohol cuando llegamos —dijo Margrit, pensativa.

—¿Estás segura?

Thomas se dio la vuelta hacia Saschen.

—¿Podría ser que el asesino lo hubiera obligado a beber para que le resultara más fácil dominarlo?

—Debía de ir armado.

—Sí. El asesino quizá lo obligó a ir al baño y a ponerse al borde de la bañera.

—Eso podría explicar por qué no he encontrado otras huellas —dijo el forense.

—Tendremos que registrar el apartamento a ver si encontramos alguna botella —dijo Margrit —. A lo mejor podemos conseguir alguna huella dactilar.

—Una última cosa —añadió Saschen—. El agua en los pulmones. Primero pensé que era espuma de jabón normal, pero después la volví a examinar. No era jabón normal, era un jabón suave de color verde. Parece ser que vertieron jabón suave en el agua de la bañera.

—¿Por qué? —preguntó Thomas.

—¿Cómo lo voy a saber?

Thomas suspiró ante la reacción de Saschen. El forense a veces era muy susceptible.

—No quería decir eso. ¿Es venenoso? ¿Empeoró la situación de la víctima de alguna forma?

—No. Solo es una observación. No sé qué quiere decir.

Jabón suave de color verde, ¿qué significará eso?, se preguntó Thomas.

Sobre la mesa del despacho de Thomas había unas páginas impresas. Habían comido tarde, unas salchichas con puré de patatas y ensalada de gambas, compradas a todo correr. Eran casi las tres.

Thomas sacó las hojas de la carpeta de plástico. En la primera había una fotografía y debajo una corta biografía de Bo Kaufman escrita por Karin.

Thomas leyó el informe varias veces y luego se fue a ver a Margrit, que estaba sentada delante de su ordenador. La flecha pequeña se movía mientras ella, concentrada, iba avanzando con el ratón.

Alzó la mirada cuando él se sentó en la silla de enfrente y estiró las piernas.

—Acabo de repasar todo lo que Erik y Karin han averiguado sobre Fredell y Nielsen —dijo —. Y no existe la más mínima relación entre ellos. Nada.

Hizo un gesto de frustración y alcanzó una manzana mordida que comenzaba a tener los bordes marrones.

—Bo Kaufman —dijo Thomas.

Margrit mordió la manzana.

—¿Qué? —preguntó, sin dejar de masticar.

Thomas le mostró el documento.

—Karin ha buscado información sobre el último nombre de la agenda de Marcus.

Margrit la leyó rápidamente.

—Vive en Brandbergen, es soltero y subsiste gracias a la ayuda social.

—Sí.

—Tampoco se puede establecer una relación.

—No, excepto que la familia Fredell vive en Älta, que como Brandbergen también es un suburbio del sur de Estocolmo.

Margrit no entendió la broma y le dedicó una mirada interrogativa. Después miró la hora y apagó el ordenador.

—He localizado a la tutora de Marcus Nielsen —dijo Thomas.

—¿Y cómo te ha ido?

—No he podido hablar con ella. Le he dejado un mensaje en el contestador.

—De acuerdo.

Margrit recogió apresuradamente todos los papeles de la mesa y los metió en el armario que tenía a sus espaldas.

—Esperemos que llame pronto —dijo—. Me tengo que ir. Vamos a celebrar el cumpleaños de mi hermana. ¿Podemos encargarnos de Bo Kaufman mañana? No creo que esperar veinticuatro horas para hablar con él vaya a cambiar las cosas.

Thomas entendió que lo decía por la visita a Cronwall, que no había dado ningún resultado. No la podía contradecir. Era más práctico dedicarle más tiempo a Fredell, que sí que había sido asesinado.

Estudió la fotografía de Bo Kaufman.

¿Nos estamos equivocando o tienes respuestas que darnos?, se preguntó. ¿Nos puedes contar por qué Marcus Nielsen colgaba muerto en su habitación y Jan-Erik Fredell murió asesinado en su bañera?

El hombre de la fotografía en blanco y negro le devolvió la mirada, mudo.

21

El apartamento estaba a oscuras cuando Nora abrió la puerta. Henrik había recogido a los niños en la escuela y se quedarían con él toda la semana. Eso significaba que no vería a Simon y a Adam durante siete días. Sabía que los chiquillos necesitaban también a su padre, pero no podía evitar echarlos de menos.

De repente, aparecieron las lágrimas sin que las pudiera contener.

Una voz interior le susurraba que aquello no era natural. Un niño de siete años y otro de doce tenían que ver a su madre todos los días, no una semana sí y otra no. Ella necesitaba verlos cada mañana y cada noche.

Nora entró en la habitación de los chicos sin quitarse el abrigo. Se acostó en la cama de Simon, rodeada de peluches. Buscó su pijama debajo de la almohada y lo olió. El olor de su hijo la hizo llorar aún más. Estuvo encogida en la cama un buen rato con el pijama en la mano.

Finalmente, miró la hora en el reloj y vio que eran casi las siete y media. Tenía que hacer la cena, pero no tenía hambre. Además, le dolía en el alma poner la mesa para uno cuando deberían ser tres.

Tenía que comer, aunque solo fuera por su diabetes.

Los buenos amigos habían intentado animarla diciéndole que ahora tendría tiempo para ella. Que tener un poco de tiempo para sí misma era fantástico, le había dicho alguna que otra amiga casada, mientras de fondo se oía a sus niños armando jaleo.

El que decía eso no tenía ni idea.

Nora enterró la cabeza en el pijama de Simon y se preguntó qué estaría haciendo su hijo. Seguramente se estaría bañando antes de acostarse. Se imaginó su antigua casa y vio ante sí a Simon en la bañera con todos sus juguetes de plástico. Sollozó de nuevo.

Con gran esfuerzo se levantó de la cama y se secó las lágrimas. Tenía que tomarse la insulina y comer algo. Preparó una bandeja con sopa de tomate y un par de sándwiches y se fue a la sala de estar. Se sentó delante del televisor y lo encendió. Acababan de empezar las noticias. Sin prestar mucha atención, escuchó la sintonía familiar. Como siempre, dominaban los desastres: el gran caos financiero mundial y otras noticias negativas.

De repente, la tele mostró un rostro que le sonaba. Nora se enderezó en el sofá. ¿Conocía a esa persona? Algo en él le resultaba familiar.

«Una persona gravemente discapacitada ha sido asesinada en su casa el pasado fin de semana —dijo el locutor—. La víctima se llama Jan-Erik Fredell y se ahogó en su bañera mientras su mujer estaba de compras.»

La pantalla mostraba un edificio de un suburbio con varios coches de la Policía aparcados delante. Justo cuando la imagen se alejaba le pareció ver a Thomas. ¿Se encargaba del caso?

Jan-Erik Fredell.

Intentó hacer memoria. Era buena fisonomista y no solía olvidar a las personas con las que se encontraba.

El presentador pasó a otra noticia que trataba sobre el sector financiero, pero ella seguía intentando recordar de qué conocía al fallecido. Sacó el portátil de la bolsa, lo encendió y buscó el nombre de Jan-Erik Fredell.

Pasados unos segundos la pantalla se llenó de links. La mayoría de las referencias eran de la noticia que acababa de oír, pero también había un link a la escuela Enskedeskola, los profesores del año 1981.

Entonces cayó en la cuenta.

Jan-Erik Fredell había sido su profesor de gimnasia hacía veintiséis años. Nora iba a octavo y Fredell acababa de salir de la facultad. Todas las chicas de la clase estaban enamoradas de él. Era ancho de espaldas, musculoso y tremendamente guapo, con el pelo corto rubio ceniza y una sonrisa encantadora. Nora y sus amigas habían hecho todo lo posible por llamar su atención. Era como tener una estrella de Hollywood en la escuela.

Su anterior profesora había sido una mujer estricta que se tomaba su cargo de profesora de gimnasia demasiado en serio. Con ella, la asignatura había perdido toda la gracia, porque los obligaba a realizar distintos ejercicios gimnásticos que no le gustaban a nadie.

Sin embargo, Jan-Erik Fredell les mostró que el deporte era otra cosa. Con él podían jugar al béisbol y al fútbol; él hacía los equipos para que nadie se sintiera excluido. Incluso las carreras de orientación por el bosque eran divertidas. El entusiasmo reinaba en sus clases, y cuando Nora finalizó sus estudios, se dio cuenta de que Jan-Erik Fredell había sido uno de los mejores profesores que había tenido. Un hombre al que realmente le importaban los alumnos.

Ahora estaba muerto. Asesinado en su propia casa y sin haberse podido defender.

Qué muerte más triste. Y qué transformación más desoladora.

Era difícil asimilar que el hombre de la tele que había muerto era su adorado profesor.

Nora decidió que enviaría una tarjeta a la viuda para expresar sus condolencias y contar lo que su marido había significado para ella durante los años escolares.

El teléfono sonó.

—Hola, mamá.

Era Simon.

—Hola, cariño.

Se lo imaginó vestido con el pijama de los hipopótamos descoloridos. Adam había comenzado a dormir en calzoncillos, pero Simon todavía llevaba pijama, y su favorito era uno de franela azul con hipopótamos que había heredado de su hermano.

—Solo quería darte las buenas noches.

—Oh, pequeñín —dijo Nora—. Estoy contenta de que me llames. Pensaba en ti hace un rato.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches. Que descanses. Nos vemos el lunes.

—¿Cuánto falta para el lunes?

—Siete días, cariño.

—¿Tanto?

—Pasan rápido, cielo.

La voz de Simon sonaba triste y eso a Nora le dolía.

—¿Tienes a Nalle Palle contigo?

Simon adoraba a su peluche. Era un osito gris tan desgastado que en algunos lados asomaba el relleno. Se lo llevaba a todos los sitios. Era lo primero que metía en la maleta cuando iba a casa de Henrik.

—Sí.

—Dale un beso de buenas noches de mi parte.

—Vale.

Se hizo el silencio, parecía como si Simon no quisiera colgar. Nora no se sentía con fuerzas para finalizar la llamada.

—¿Estaba rica la cena?

—No.

Sonaba disgustado.

—¿Qué has comido?

—Marie ha hecho una ensalada con algo raro dentro. Queso frito asqueroso con semillas asquerosas.

—No digas que la comida es asquerosa.

—Era asquerosa, superasquerosa.

—Seguro que era bulgur o cuscús.

—No sé cómo se llama, pero no estaba bueno. No he cenado casi nada.

—Tienes que comer, cariño. Si no te despertarás hambriento a medianoche.

—Sí, mamá.

Nora comprendía a su hijo. Ni el bulgur ni el cuscús eran comida para niños de su edad. Henrik debería saberlo.

—Me puedes llamar mañana si quieres para darme las buenas noches, pero ahora tienes que irte a la cama.

Se oyó un ruido de fondo y la voz de Henrik.

—Simon, no son horas de hablar por teléfono. Mañana tienes colegio.

—Sí, papá.

—Buenas noches, cariño —dijo Nora, y colgó.

Miró la televisión sin atender a lo que decían. Las lágrimas le quemaban los ojos.

22

El reloj estaba a punto de dar las diez de la noche. Desde la cama, oía a Thomas trajinando en la cocina. Había llegado tarde.

Normalmente solía estar despierta hasta las tantas de la noche, pero ahora estaba tan cansada que hasta le daba vergüenza. A las nueve de la noche ya se le caían los párpados. La otra vez fue igual, los primeros tres meses de embarazo solo quería dormir.

Se le empezaba a notar la tripa. Había comenzado a hincharse antes que cuando esperaba a Emily. Casi no podía abrocharse los vaqueros. El pecho se le había hinchado, por eso se dio cuenta de que algo pasaba. Los sostenes le molestaban y le apretaban. A pesar de los indicios, tardó unas semanas en acumular el coraje suficiente para hacer el test de embarazo. Había hecho tres seguidos, esperando expectante ante el resultado, fuera positivo o negativo.

Era tan remota la posibilidad de que pudieran ser padres de nuevo que ni se lo había planteado. La vez anterior había pasado mucho tiempo hasta que se dieron por vencidos y se sometieron a un tratamiento de fertilidad.

Fue un milagro que al final, después de varios tratamientos, se quedara embarazada de Emily. No era creyente, pero en aquella ocasión había dado las gracias a Dios.

Cuando Emily murió, la alegría se tornó en una tristeza tan profunda como nunca había experimentado antes. Cada paso dolía, cada movimiento le exigía un esfuerzo enorme. El dolor se apoderó de su existencia. Era como observar la vida a través de un filtro que no dejaba ver otro color que no fuera el gris. Las lágrimas no aligeraban el dolor. Aun así, lloraba hasta que le escocían los ojos.

Pernilla sintió un nudo en la garganta y cambió la almohada de sitio para ahuyentar los malos recuerdos. Era fácil caer de nuevo en el desasosiego y la desesperación. Estaba convencida de que ya había superado la muerte de su hija, pero los sentimientos por la pérdida podían aflorar en cualquier momento. Son las hormonas, se dijo. Había tenido ganas de llorar también cuando esperaba a Emily. Todas las embarazadas estaban muy sensibles y sus sentimientos eran una auténtica montaña rusa. No era extraño sentirse así.

Se acarició la barriga con las yemas de los dedos e intentó imaginarse la vida que crecía en su interior. La semana siguiente tenían cita con el médico y verían, gracias a los ultrasonidos, a su hijo por primera vez.

En el trabajo no había hecho gran cosa. Había estado navegando en la red la mayor parte del tiempo. Al recordar que había buscado información sobre la muerte súbita en bebés una mueca le tensó la mandíbula. También había buscado información sobre la probabilidad de que esto sucediera a otros hijos de la misma familia. Había buscado toda clase de palabras clave para

encontrar estadísticas tranquilizadoras. Según las investigaciones, existían pocas posibilidades de que el caso se diese dos veces.

La alegría de estar embarazada se mezclaba con el miedo a que algo fuera mal. No podía evitar pensarlo, aunque sabía que no ayudaba en nada. Al revés. La ponía en un estado muy negativo, cuando lo que tenía que hacer era generar pensamientos positivos para darle al feto un entorno de seguridad.

Pensamientos felices, pensó, recordando el cuento de Peter Pan. Uno tiene que tener pensamientos felices para poder volar.

Thomas había renacido desde que le había contado que estaba embarazada. Había recuperado la alegría de vivir que perdió durante el verano que estuvo luchando para asimilar las pesadillas y acostumbrarse a la nueva forma de andar.

Una vez más se acarició la tripa. ¿Cuándo se había quedado embarazada?

Como no creía que pudiera quedarse de forma natural, no había tomado ninguna medida de protección ni tampoco había prestado atención a la menstruación.

Pernilla se giró de espaldas e intentó echar cuentas. Era veinticuatro de septiembre y estaba en la octava semana. Tuvo que haber sido en la segunda mitad de julio, cuando todavía estaban en Harö. De repente se acordó.

Hacía una mañana preciosa y ella se despertó pronto. Habían tenido unos días soleados y los pronósticos decían que seguiría igual hasta la semana siguiente. Fue al embarcadero y tomó un baño a primera hora. Desnuda, ya que era temprano y no había nadie cerca.

Su casa, una granja reformada, estaba en una pequeña bahía y los vecinos más cercanos eran los padres de Thomas y su hermano Stefan con su familia. Entre las casas crecía una vegetación tupida, una muralla verde que creaba intimidad y te ocultaba de las miradas.

El agua estaba casi a veinte grados. Cuando emergió a la superficie, unos eideres pasaron a su lado a un ritmo pausado. El olor a algas la rodeó y se despejó la frente de los mechones mojados. Estuvo sentada un rato mientras el sol le secaba las gotas de agua de la espalda.

Cuando volvió a la casa, Thomas seguía durmiendo. Yacía de lado y le recordó a cómo era cuando se vieron por primera vez un verano en Estocolmo hacía ya diez años. La barba de pocos días le hacía parecer más joven y ella sonrió pensando en el roce contra su piel. Su cabello estaba un poco húmedo a la altura de la sien, y la fina manta de verano estaba hecha un ovillo a los pies de la cama.

Pernilla se acostó a su lado y sintió la diferencia de temperatura entre su piel y la del dormido Thomas. Estaba moreno y se veía claramente la marca del bañador. Estuvo así un rato, quieta, disfrutando del contacto. Luego lo besó en el cuello. Él se movió un poco hacia ella y ella metió una de sus piernas entre las suyas a la vez que pegaba su cuerpo al de él.

Al principio se quedó quieto, como si aún durmiera, pero ella supo que, aunque tuviera los ojos cerrados, estaba despierto. Sus labios formaban una sonrisa casi imperceptible. Luego se apoyó en un codo y la miró a través de los ojos entrecerrados. Sus caras estaban a unos pocos centímetros cuando se acercó a besarla. Luego la abrazó y ella se adormiló entre sus brazos.

DIARIO: NOVIEMBRE DE 1976

«Hoy vais a aprender a pasar frío.»

El sargento pronunció las palabras con una sonrisa, como si acabara de contar un chiste.

Eran las cinco de la mañana y nos habían despertado de madrugada, sin previo aviso, cuando aún era de noche.

Me he empezado a acostumbrar a este ritmo, a ser despertado en cualquier momento. Lo inesperado también forma parte del entrenamiento.

Nos dieron orden de formar en la cuesta. Estábamos a cero grados y una fina capa de nieve cubría el suelo.

«Hoy vais a aprender a pasar frío», repitió el sargento.

Miré a mi alrededor, nadie parecía entender qué quería decir. Sin embargo, por el entusiasmo de su voz intuí que no debía de ser nada bueno.

El sargento iba el primero de la fila y los demás lo seguíamos. Pasamos el campo del sur. Había poca luz en el bosque y no se veía bien. Él estaba bastante ocupado en ver dónde ponía los pies mientras caminaba. Al final llegamos a una zona que quedaba al oeste del campamento. Parecía un antiguo campo de cultivo. Había surcos de barro y charcos de agua. Una fina película de hielo en la superficie y escarcha en los bordes.

El sargento alzó la mano en señal de alto. Obedecimos en silencio. Como siempre, formamos a la espera de sus órdenes.

Hemos aprendido lo que se espera de nosotros.

«Desprendeos de la mochila y el abrigo», ordenó.

Miré a mi alrededor un poco dubitativo, pero como nadie protestó y todo el mundo comenzó a obedecer, hice lo mismo.

«Doblad el abrigo y dejadlo sobre la mochila», dijo.

«Sí, sargento», contestamos alzando la voz, al unísono.

«Quitaos la boina y los guantes», dijo después.

«Sí, sargento», contestamos otra vez, colocándolos sobre el montón.

Él decide y nosotros obedecemos, más sencillo no puede ser.

El frío vino de inmediato. Mordía las mejillas y se extendió rápidamente por todo el cuerpo. Todos teníamos la atención centrada en el sargento, pero este nos hizo esperar. Parecía disfrutar con la pregunta no formulada verbalmente: ¿Y ahora qué va a pasar?

Mientras los segundos de la madrugada pasaban, el sargento miraba hacia delante sin prisa por decir nada.

«Acostaos de espaldas», dijo al final.

Nosotros obedecimos.

El suelo estaba congelado y se me quedó la pierna derecha metida dentro de un charco. No pasó mucho tiempo hasta que todo mi cuerpo temblaba de frío.

Intenté mover la cabeza para ver si podía ver a los demás. Todos estaban tumbados con la cara mirando al cielo. Nadie protestaba, pero podía ver a los que estaban cerca de mí ateridos. Tenían los labios azules y sus cuerpos temblaban igual que el mío.

Andersson estaba tumbado a mi izquierda. Todo su cuerpo tiritaba por el frío.

Pasó el tiempo. Primero un cuarto de hora, luego media hora. Intenté no pensar en nada, era más fácil aguantar así. Los minutos pasaban y yo empezaba a entrar en un estado de duermevela.

En algún momento el sargento decidiría que ya habíamos aguantado lo suficiente. Hasta entonces solo quedaba resistir.

Después de una eternidad —quizá había pasado una hora o más—, escuché a Andersson hacer un ruido raro.

Tardé un rato en entender de qué se trataba.

Le castañeaban los dientes con tal fuerza que parecían disparos.

El sargento también lo oyó. Fue hacia él y lo miró tenso.

«Sargento», consiguió articular Andersson, «pido permiso para levantarme».

«Permiso denegado», contestó el sargento.

Había sido valiente al atreverse a hablar. Yo no hubiera sido capaz. Mientras estaba en el suelo, lo admiré en silencio. El muchacho no habla mucho pero tiene muy claro lo que es correcto y lo que no.

Después de un rato el sargento dejó que nos levantáramos. A todos menos a Andersson. Estuvo tumbado un cuarto de hora más.

Mientras me levantaba lo miré de reojo, pero él no me devolvió la mirada. La tenía fija en el cielo gris.

Cuando el sargento le dio permiso para levantarse, no le obedecieron las piernas. Tuvimos que ayudarle entre todos para volver al campamento. Martinger, que es el más fuerte de todos nosotros, lo cargó a sus espaldas el último trecho.

No pudimos entrar en calor con una ducha de agua caliente.

No podíamos tener agua caliente porque estaban haciendo «reparaciones». Tuvimos que meter a Andersson entre mantas gruesas, con la ropa puesta, para que recuperara la temperatura corporal.

Hoy realmente hemos aprendido a pasar frío.

MARTES

(SEGUNDA SEMANA)

23

Las casas altas de Brandbergen parecían un monumento a la ciega fiebre constructora de los años sesenta, cuando Estocolmo tenía que dotarse de suburbios para acoger a la gente que acudía del campo y de otros países en busca de trabajo.

A ambos lados del portal, las paredes estaban cubiertas de pintadas, y el cristal de la ventanilla de una puerta, que seguramente conducía al sótano del edificio, estaba roto.

—¿Nos arriesgamos a dejar el coche aquí? —preguntó Margrit.

Como para reafirmar sus palabras dirigió la mirada hacia una bicicleta con los radios de las ruedas rotos, que estaba apoyada contra la pared al lado de algo que parecía un simulacro de parterre en el que no había más que unos hierbajos y unos dientes de león. Las flores que probablemente se plantaron en su día se habían dado por vencidas hacía tiempo.

—La pregunta es si es mejor o peor mostrar que somos de la Policía —contestó Thomas.

Al fondo vio a unos muchachos de pie fumando y vestidos con chaquetas con capucha. A esa hora deberían estar en la escuela. Thomas se preguntó si estaban esperando la ocasión para desmontar algunas piezas del coche o si no tenían otra cosa mejor que hacer que fumar en la calle.

—Uno de nosotros a lo mejor se tendría que quedar en el coche —dijo Margrit.

—Vamos. No pasará nada —contestó Thomas tras cerrar la puerta.

El vehículo tenía una alarma potente, si alguien intentaba hacer algo probablemente la oirían y podrían actuar antes de que la cosa pasara a mayores. Si hubiera sido su Volvo, quizá hubiera actuado de forma distinta, pero era uno de los coches de policía camuflados de la comisaría.

Se metió las llaves en el bolsillo y se dirigió hacia el portal.

En un cuadro con los nombres de los vecinos vio que Bo Kaufman vivía en el cuarto piso de los trece que tenía el edificio. El ascensor funcionaba, pero estaba lleno de pintadas como el resto del portal. Thomas se preguntó cómo harían las familias cuando se estropeaba el ascensor. A juzgar por los destrozos del entorno, no creía que los vándalos lo indultasen.

Llegaron a la cuarta planta y tocaron el timbre del piso de Kaufman. Según la información de Karin, vivía solo y recibía ayuda de los servicios sociales. No habían encontrado información sobre ninguna ocupación ni empleo fijo.

Thomas volvió a tocar el timbre. Esta vez dejó el dedo sobre el botón un rato.

Oyeron unos pasos que se arrastraban y la puerta se entreabrió.

—¿Sí?

—¿Bo Kaufman? Somos de la Policía y queremos hablar con usted.

Thomas vio que Bo Kaufman intentaba cerrar la puerta. Agarró el quicio con una mano y su mirada se encontró con unos ojos inyectados en sangre. Bo Kaufman soltó la manilla y dio un paso hacia atrás. La puerta se abrió y vieron a un hombre vestido con una camiseta blanca sucia que se abombaba a la altura del estómago.

—Joder, no he hecho nada.

—Nadie ha dicho lo contrario —dijo Margrit—, pero necesitamos hablar con usted. ¿Podemos pasar?

Margrit y Thomas entraron en el piso, que estaba amueblado de forma sencilla. Siguieron a Kaufman hasta la cocina. Se sentó en una de las tres sillas situadas al lado de una mesa estrecha. Una vieja nevera, con el tirador fijado con cinta aislante, ocupaba una de las paredes. El fregadero estaba rayado y lleno de vajilla sucia. A juzgar por los vasos sin fregar y los ceniceros llenos de colillas, últimamente Bo Kaufman había celebrado varias fiestas.

Los temblores, la piel enrojecida y las botellas vacías indicaban un alcoholismo avanzado. Quizá complementa la ayuda social con algún trabajo en negro, pensó Thomas. Había visto casos similares.

Margrit apartó un montón de folletos publicitarios del asiento de una silla, pero dejó uno para sentarse encima, antes de situarse frente a Kaufman.

Thomas buscó dónde sentarse y encontró un taburete debajo del fregadero.

—¿Ha tenido visita? —preguntó Margrit.

Bo Kaufman se acarició el pelo que acababa formando unos rizos a la altura de la nuca. Tenía la cara hinchada, y Thomas se preguntó si estaba sobrio. Probablemente no. En su estado, el alcohol no se iba del cuerpo. Seguramente antes de que bajara el contenido de alcohol en sangre tenía que volver a beber.

—Estuvieron unos colegas en casa anoche.

—¿Vive solo?

—Hmm. —Se encogió de hombros—. Estuve con una tía un tiempo, pero se largó.

—¿Hijos?

—No los veo a menudo.

Thomas sacó del bolsillo interior una foto de Marcus Nielsen y la dejó sobre la mesa.

—¿Conoce a este chico?

—No —dijo, después de dedicarle una mirada rápida a la fotografía.

—Mírelo con atención —le conminó Margrit—. ¿Puede ser que se lo haya encontrado alguna vez?

Kaufman agarró la fotografía con mano temblorosa. El negro de las uñas contrastaba con el borde blanco de la foto.

—No he visto a este pavo en mi vida.

—¿Está seguro?

—Sí, ya se lo he dicho.

Soltó la fotografía.

—Se llamaba Marcus Nielsen y estudiaba Psicología en la Universidad de Estocolmo —explicó Thomas—. Está muerto. Encontramos su nombre en su móvil.

Sus ojos se movieron inseguros.

—¿Por qué?

—Eso es lo que intentamos averiguar.

—¿No tiene ni idea de por qué Marcus podía tener su nombre en su móvil? —preguntó Margrit.

—No.

Kaufman rebuscó en su bolsillo y sacó una cajetilla de tabaco arrugada. Encendió una cerilla y dio una calada profunda al pitillo.

Margrit se inclinó hacia delante. Su expresión firme le indicó a Thomas que intentaba que Kaufman bajara la guardia.

—¿Qué hizo el fin de semana pasado y este sábado?

—¿Qué?

Margrit lo intentó de nuevo.

—¿Qué hizo el fin de semana pasado y este sábado?

—No lo sé. Supongo que estaba con los colegas.

Bo Kaufman parecía sobrepasado, miraba a Thomas como buscando una explicación, o simpatía quizá, pero a Thomas le costaba sentir empatía hacia él. El desinterés de Kaufman en contestar a sus preguntas no ayudaba. Al hombre le importaba muy poco el mundo mientras tuviera algo que beber.

—¿Tiene a alguien que lo pueda corroborar? —dijo Margrit cruzándose de brazos.

Esperó su respuesta sin ceder la mirada.

Los ojos de Kaufman se llenaron de ira y alzó el índice en su dirección.

—Joder, ¿me queréis hacer cargar con el muerto? Yo no he hecho nada.

—Solo queremos saber dónde estuvo el fin de semana pasado y este sábado. Nada más.

Margrit continuó mirándolo.

Kaufman dio una calada al cigarrillo. Cuando expulsó el humo se le iluminó la cara.

—Tobbe estuvo aquí todo el día. Hablad con él si queréis. —Después la voz se volvió quejumbrosa—. No recuerdo muy bien lo que hice el fin de semana pasado. No se me puede acusar por tener mala memoria. No lo he visto en mi vida, ya os lo he dicho.

Thomas decidió cambiar de perspectiva.

—¿Conoce a alguien llamado Cronwall, Robert Cronwall?

Kaufman volvió a dar una calada profunda. Después negó con la cabeza sin decir nada.

—Y a esta persona, ¿la conoce?

Thomas sacó una fotografía de Jan-Erik Fredell y la dejó al lado de la de Marcus. Parecía que había una diferencia de edad entre ambos de cincuenta años a pesar de que era poco más que la mitad.

—No lo he visto en mi vida, lo juro. ¿Es un vecino?

—Se llamaba Jan-Erik Fredell. ¿Lo conoce?

Kaufman empezó a toser violentamente. Se levantó para tomar aire y volvió a toser inclinado sobre el fregadero.

Margrit se acercó a él para palmearle la espalda, pero él rechazó su mano con un gesto y se apoyó sobre el fregadero. Cuando el ataque pasó buscó un vaso y lo llenó de agua.

Después de beber, encendió otro cigarrillo y aspiró el humo.

—¿Todo bien? —preguntó Margrit.

—Tengo tos crónica —murmuró con voz ronca y se secó unas lágrimas que el ataque de tos le habían provocado.

—¿No tendría que dejar de fumar?

—Eso me dijeron en el ambulatorio. El doctor me dijo que tenía que dejar de fumar y de beber. —Hizo una mueca—. Unos sabiondos, eso es lo que son. ¿Qué saben ellos en realidad? Si lo dejo, mejor que me acueste y espere a que me llegue la hora.

Soltó el humo lentamente. La nicotina parecía darle cierta seguridad porque se sentó y volvió a mirar la fotografía de Jan-Erik Fredell otra vez, ahora con interés. La estudió, mientras con la otra mano sujetaba el cigarrillo.

—Se llamaba Jan-Erik Fredell —dijo Thomas—. Murió el sábado, tenía cincuenta años.

Algo parecía moverse en el interior del hombre. Cerró los ojos y soltó la fotografía como si se hubiera quemado.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Jan-Erik Fredell.

—¿Este es Fredell?

—Sí.

—Jan Fredell. ¡Joder, parece un viejo!

Tú tampoco estás muy en forma, pensó Thomas.

—Tenía esclerosis múltiple. Casi no podía moverse.

—¿Está muerto?

—Lo han asesinado —aclaró Margrit—. El sábado.

—¡Joder!

—Alguien lo ahogó en su bañera.

Bo Kaufman gimió cuando entendió el alcance de las palabras de Margrit.

—¿Estás segura? —dijo con voz ronca.

—Sí. Intentamos averiguar por qué. ¿Nos puede ayudar?

Kaufman encendió un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior antes de arrojarlo en un plato.

—¡Joder! —dijo, y se levantó de golpe.

Fue al fregadero y miró las botellas de cerveza vacías. Después de algunos intentos encontró una a la que le quedaba un poco. Se la llevó a la boca y la apuró. Después se quedó un rato con el cigarrillo en la mano, balanceándose adelante y atrás, apoyado sobre los talones.

—Fredell, asesinado. ¿Por qué?

Thomas comenzaba a cansarse de repetirle las cosas al borracho.

—No lo sabemos. Nos preguntamos si sabe algo que nos pueda ayudar. ¿De qué se conocían?

Bo Kaufman inclinó la cabeza sobre los desgastados azulejos y cerró los ojos. Una moto que arrancaba rompió el silencio.

Thomas pensó en el coche. De momento no había sonado la alarma.

Después de unos segundos, Kaufman abrió los ojos y habló.

—Hicimos la mili juntos.

—¿Dónde? —preguntó Margrit.

—En la Artillería de Costa. —Parecía nostálgico—. Estábamos en las Fuerzas Especiales de la Marina.

Otro más. Thomas sentía que Kaufman estaba cada vez más lúcido.

—¿Cuándo?

—En los setenta. Primero en Waxholm y después en Korsö, en las afueras de Sandhamn. —Kaufman se levantó de la silla—. Esperad.

Desapareció en dirección a la sala de estar dejando a los dos policías solos en aquella cocina tan sofocante. Oyeron que un cajón se abría y se cerraba. Luego otro.

Margrit hizo un gesto de disgusto.

—Apesta. Casi no se puede respirar en esta cocina.

Justo cuando iba a abrir la ventana entró Kaufman con un viejo y desgastado álbum de fotos con las tapas rojas. Abrió el álbum y señaló una fotografía en la que se le veía vestido de militar con boina. Al fondo, en la imagen, Thomas creyó adivinar la fortaleza de Waxholm.

—Este soy yo. El recluta Kaufman, a sus órdenes.

Se puso en posición de firmes e hizo un torpe saludo militar. Ahora Thomas sí que sintió compasión por él, por el joven que se perdió en algún momento de su existencia. ¿Cuándo se torció su vida?

Kaufman se sentó y pasó varias hojas hasta que llegó a una fotografía, a mitad del álbum, de un grupo de soldados que posaban sin camiseta en una playa. Había una serie de canoas varadas y lucía el sol. Parecía que había sido tomada por la tarde, ya que las sombras eran alargadas. Al fondo se veían unas barracas de madera y un bosque. Los soldados sonreían abiertamente a la cámara.

Se les ve totalmente despreocupados, pensó Thomas.

—Este soy yo.

Bo Kaufman señaló a un muchacho que estaba en medio. Era bien parecido, con un torso musculoso y moreno y de aspecto saludable. La diferencia con el hombre que tenían ahora delante era estremecedora, costaba imaginar que fueran la misma persona.

¿Cómo podía alguien cambiar tanto?

—¿Está Jan-Erik Fredell en la foto? —preguntó Margrit.

—Sí.

Kaufman se inclinó y señaló con el índice sucio a uno de los chicos que sonreía rodeado por los amigos.

—Es este.

Jan-Erik Fredell podía haber sido familia de Bo Kaufman. El mismo corte de pelo y el mismo cuerpo atlético. Miraba a la cámara con una mano apoyada en la cintura. También estaba moreno y se le veía despreocupado.

También él había cambiado.

—¿Son estos sus compañeros de la mili? —preguntó Margrit—. ¿Son de la misma quinta?

—Sí, todos pertenecíamos a la misma compañía. Estábamos en el primer pelotón.

Thomas intentó recordar cómo era la organización militar en la Artillería de Marina. Los soldados se dividían en pequeños grupos para operar de forma efectiva y para que la unidad y la comunicación funcionaran bien. Entre cuatro y cinco grupos formaban un pelotón. Permanecían

juntos durante todo el entrenamiento.

Thomas había hecho el servicio militar a bordo de un dragaminas en el Báltico. Fue una decisión lógica después de haber pasado tantos veranos en el archipiélago de Estocolmo. Sin embargo, nunca se había sentido atraído por las Fuerzas Especiales de la Marina, a pesar de que estaban a un tiro de piedra de Harö. El que hubiera una unidad militar seleccionada y especial que se sintiera superior a las demás era un concepto perverso. Una idea elitista con la que no se sentía para nada identificado.

—¿Quién más aparece en la fotografía?

Bo Kaufman se rascó la cabeza.

—Vamos a ver… —Señaló al chico que estaba a su lado—. Este es Kihlberg, era el jefe del grupo. Un tío genial.

—¿Kihlberg, qué más?

—Sí… No sé… En aquella época no usábamos los nombres. Solo los apellidos y el número.

Bo Kaufman aspiró aire y lo soltó sonoramente.

—A mí me llamaban ciento ocho. Yo era ciento ocho Kaufman.

Thomas observó que Kaufman había cambiado el tono de voz. De repente, parecía sentirse más capaz y no una persona acabada. Era como si un eco de la vida castrense se hubiera infiltrado en su voz y hubiera hecho renacer al joven disciplinado que fue.

Margrit señaló a otro soldado que estaba a la derecha de la fotografía.

—¿Quién es?

—Este es —dijo Kaufman lentamente—, este es Erneskog. Compartimos habitación en Korsö.

—¿Erneskog, qué más?

Apagó un cigarrillo y encendió otro. El aire de la pequeña cocina estaba tan lleno de humo que a Thomas le empezó a picar la garganta. Se levantó.

—¿Puedo abrir la ventana?

Kaufman ignoró la pregunta. Frunció el ceño mientras intentaba recordar hechos de hacía treinta años.

—A ver… Su nombre era… Sven. Sven Erneskog, y el otro que está a su lado… —Se calló —. Eklund. ¡Joder, sí! Es Stefan Eklund.

Kaufman parecía contento por aportar algo a la investigación y miró triunfante a los policías.

—Aún me funciona la cabeza. Todavía me quedan unas cuantas neuronas.

Thomas apuntó los nombres.

—¿Recuerda los nombres de los otros dos? —dijo Margrit, y señaló con la cabeza a los dos soldados que faltaban por identificar.

—A ver… Se llamaban…

Una expresión de desconcierto se adueñó de la cara de Kaufman. El labio superior le temblaba y Thomas pensó que estaba a punto de echarse a llorar. ¿Le había afectado tanto hablar de viejos recuerdos? ¿O se acababa de dar cuenta de su propia decadencia?

—No lo recuerdo. Nada. —Su cara adoptó una expresión triste—. Jamás pensé que llegaría a olvidar.

Thomas miró la fotografía de nuevo.

—¿Nos la podemos llevar? Le prometo que se la devolveremos, pero antes nos gustaría hacer una copia.

Sacó la fotografía del álbum y la sostuvo en la palma de la mano. El último sol de la tarde lucía sobre los torsos desnudos de los soldados. Uno de los hombres sujetaba en una mano una boina con el emblema brillante de las Fuerzas Especiales de la Marina.

Hacía treinta años Kaufman había pertenecido a la élite militar. Ahora solo quedaban los restos.

24

—Está hecho una pena —dijo Thomas al tiempo que encendía el motor.

A pesar de sus temores, el coche estaba intacto. Los chicos habían desaparecido.

—Ese es de los que se matará bebiendo —añadió mientras señalizaba el giro a la izquierda.

Había empezado a llover y Thomas puso los limpiaparabrisas en marcha. Eran cerca de las tres de la tarde.

—No ha sido para nada agradable —contestó Margrit en voz baja.

Los dos se habían encontrado con ruinas humanas a lo largo de sus años de policía. Drogadictos que habían hechos cosas terribles para calmar el mono y víctimas de maltratos apenas reconocibles. Habían visto apartamentos destrozados y trozos de cadáveres que revolvían el estómago.

—Una no se acostumbra nunca.

—No, pero quizá sea bueno. —Thomas cambió de marcha—. No acostumbrarse nunca, quiero decir.

—Mientras nuestros hijos no acaben así.

Parecía como si a Margrit el encuentro con Kaufman le hubiera afectado más de lo normal. Era una policía experimentada, no solía perder los papeles y podía enfrentarse a toda clase de situaciones. A pesar de ello, Anna y Linda, sus dos hijas adolescentes, eran una fuente constante de preocupaciones, y le había contado más de una vez sus temores a Thomas.

Como policía, sabía bien qué les podía pasar a las chicas que no tenían suficiente cuidado. Por eso Margrit era una madre sobreprotectora, siempre estaba discutiendo con sus hijas sobre dónde poner los límites.

Su marido, Bertil, no tomaba parte en el asunto y desaparecía cuando las mujeres de la casa empezaban a discutir, y eso la hacía sentirse frustrada.

—Linda estaba borracha cuando llegó a casa el sábado —dijo después de un rato—. Vomitó en el jardín de la entrada. Luego intentó excusarse diciendo que tenía un virus intestinal. —Margrit soltó una risa triste—. Un virus intestinal. ¿De verdad se pensaba que me lo iba a creer?

—¿Qué pasó?

—Al final, confesó. Había estado con unos amigos y habían jugado a ver quién se bebía más chupitos de tequila. ¡Chupitos de tequila! Ya tiene suficiente edad para no hacer tonterías.

—Solo tiene diecisiete años. A esa edad no se piensa demasiado. Quieres hacer más por ellas de lo que eres capaz. ¿Cómo eras tú a su edad?

—Ya hemos hablado de ello —continuó Margrit, sin responder a la pregunta de Thomas—.

Sabes lo peligroso que es para una chica joven estar tan borracha como para no poder defenderse. ¡Dios mío!

Se apartó el flequillo con un gesto de rabia.

Thomas ajustó la ventilación con la mano. El coche de policía camuflado era un modelo antiguo y siempre hacía demasiado frío o demasiado calor.

—Si se encontraba tan mal como dices, a lo mejor aprendió una lección. Debió de sentirse fatal al día siguiente. —Thomas volvió a ajustar la ventilación—. No te preocupes. No creo que Linda haga muchas tonterías.

—Esperemos. —Margrit miró a través de la ventanilla—. Me quedo preocupadísima cuando sale. Es tan pequeña… y no tiene mucho con lo que defenderse si alguien la ataca.

Linda se parecía a Margrit, que era delgada y fibrosa sin un solo gramo de grasa de más en el cuerpo. Sus dos hijas eran guapas y tenían una bonita melena rubia que les cubría la espalda.

Bastaba con que un solo hombre se sobrepasara, eso lo sabían Thomas y Margrit. Cada verano la Policía recibía una denuncia tras otra de chicas borrachas que habían sido víctimas de unos hechos que las perseguirían hasta el fin de sus vidas.

Entendía por qué Margrit estaba tan preocupada, pero tampoco quería aumentar su preocupación.

—Seguro que Linda estará tranquila durante un tiempo —le dijo a su compañera, a la vez que le daba unas palmaditas tranquilizadoras en el brazo—. Si tuvo una buena resaca por beber demasiado tequila, estoy seguro de que no va a probar el alcohol durante una temporada.

—Seguro que no lo va a hacer —contestó Margrit con severidad—. Está castigada sin salir con sus amigos todo el mes.

25

Thomas estaba sentado en el escritorio e intentaba hacerse una imagen del caso. Delante de él tenía un montón de papeles de los interrogatorios y notas que había ido tomando y que estaba repasando.

Erik Blom y Kalle Lidwall se habían entrevistado con distintas personas con las que Marcus Nielsen había tenido relación. Desde parientes hasta compañeros de clase y otros estudiantes que vivían en el mismo edificio que él.

La imagen que iba surgiendo de Marcus era la de un universitario normal. Sacaba buenas notas y era un estudiante motivado. Tal vez un poco friki, como lo había calificado uno de sus compañeros de estudios. Solía quedarse despierto por las noches jugando a videojuegos o navegando por la red, y le gustaba chatear con amigos virtuales de todo el mundo. No había nada que pareciese apartarse de un comportamiento normal ni que fuera interesante para la investigación.

Alguno de los entrevistados había contado que Marcus habló de su intención de trabajar con jóvenes cuando acabara los estudios; había solicitado información acerca de un curso de especialización en psicología aplicada a la juventud. Su madre le comentó que el hermano menor había sufrido acoso durante un tiempo en la escuela. Quizá este hecho había despertado su interés por la cuestión.

A la pregunta directa de si Marcus podría haber regalado o perdido su ordenador, la respuesta unánime de todos los entrevistados había sido que no. Todos ellos coincidían en que Marcus no iba a ningún sitio sin el portátil.

Thomas tenía el presentimiento de que parte de la solución del caso estaba en el ordenador. Tomó un sorbo del té tibio y hojeó el segundo montón de papeles, que consistía en las entrevistas a los vecinos, conocidos y familiares de Jan-Erik Fredell. Todos habían sido entrevistados con minuciosidad durante los últimos días.

Según Lena Fredell, era impensable que alguien hubiera querido matar a su marido. Había sido profesor de gimnasia casi toda su vida y un profesor muy querido. En múltiples ocasiones fue nombrado el mejor profesor de la escuela.

La mujer se negaba a creer que su marido tuviera enemigos. Insistía en que seguramente había sido obra de un atracador. Era verdad que, desde hacía un tiempo, varias bandas se dedicaban a atracar a ancianos en sus casas, pero a Thomas le costaba creer que este fuera el caso. El asesinato parecía planeado a conciencia. Además, no había desaparecido dinero de casa de los Fredell.

Si los ladrones hubiesen sentido frustración ante el escaso botín que había en la casa, habrían

actuado de otra forma. Un golpe mortal en pleno ataque de furia, un disparo precipitado, eso sí que lo habría aceptado. Sin embargo, ahogar a una persona vestida en su propia bañera era algo demasiado premeditado. Indicaba un motivo distinto al de robar dinero u objetos valiosos.

Interrogar al vecindario no había dado ningún resultado. Pocas personas estaban en casa un sábado soleado al mediodía, que fue cuando atacaron a Jan-Erik Fredell. Nadie había advertido nada fuera de lo normal.

Thomas se quedó un rato mirando el informe de los policías que habían entrevistado a los vecinos de Fredell. La pregunta era cuánto tiempo dedicó el asesino a matar a Jan-Erik Fredell.

Descolgó el teléfono y llamó a Saschen.

—Soy Andreasson —dijo cuando el forense descolgó—. Tengo una pregunta sobre Fredell. ¿Tienes idea de cuánto tiempo duró todo?

—¿Quieres decir cuando murió ahogado?

—Sí, cuánto tardó en morir.

—No mucho —respondió Saschen tras una pausa—. Hasta que tuvo demasiada agua en los pulmones…

Thomas esperó la continuación.

—¿Cuánto se tarda en llenar una bañera? —dijo Saschen.

Thomas se paró a reflexionar antes de responder. Él solía ducharse, no bañarse. ¿Cuánto tardaba en llenarse una bañera?

—Un cuarto de hora quizá. No más de veinte minutos.

—Entonces, supón que tardas quince minutos como máximo en meterte en el piso y obligar a Fredell a entrar en el baño. Añade veinte minutos para llenar la bañera. Metes a Fredell dentro. Luego, seis o siete para ahogarlo, si es que el asesino se quiso asegurar. ¿Cuánto llevamos?

—Entre treinta y cinco y cuarenta y cinco minutos.

—No había huellas dactilares que no fueran de la casa, así que probablemente el asesino llevaba guantes.

—Una buena planificación.

—Sí, muy bien hecha. Tienes frente a ti a un asesino eficaz.

Thomas colgó pensativo. Había tardado como máximo tres cuartos de hora en asesinar a un hombre enfermo. Un asesino calculador había entrado en el piso, había obligado a un Fredell vestido a meterse en la bañera y luego lo había ahogado con sus propias manos.

¿Por qué matarlo de ese modo?

Había formas mucho más sencillas de acabar con una persona. ¿Por qué había elegido el asesino ese método?

Thomas se levantó y dio unos pasos para hacer circular la sangre de las piernas. En el edificio de enfrente una mujer fumaba a escondidas, por ley estaba prohibido fumar en los espacios de trabajo. Thomas tenía colegas que, después de años como fumadores, se habían pasado a los chicles de nicotina mientras murmuraban con amargura que no era humano obligar a la gente a salir a fumar fuera con el frío que hacía. Sin embargo, a aquella mujer adicta al tabaco parecían importarle poco las prohibiciones.

Thomas dejó de mirarla y siguió reflexionando.

El asesino tuvo que tener un arma para obligar a Fredell a meterse en la bañera. Por lo tanto, también era posible que hubiera obligado a Marcus Nielsen a simular un suicidio. Bajo la

amenaza de un arma debió de obligar al joven a subirse a su escritorio, ponerse la soga al cuello y luego dar un paso mortal en el aire.

Habían enviado a analizar la cuerda empleada para colgar a Marcus Nielsen. Con un poco de suerte tal vez encontraran una fibra o alguna otra cosa que demostrara que había habido una segunda persona en la habitación. Si el asesino tenía un arma, probablemente una pistola, ¿por qué no disparó? Era mucho más sencillo apretar el gatillo. Con un silenciador nadie hubiera oído nada.

Las reflexiones, una vez más, acababan en un callejón sin salida.

Thomas se sentó en la silla. Cogió un papel para intentar ordenar todos los datos en una especie de cuadro, pero se quedó quieto con el bolígrafo en la mano.

Puede que la muerte de Marcus Nielsen no tuviera nada que ver con la de Jan-Erik Fredell. Aún no había evidencias concluyentes que relacionaran ambas muertes.

De no ser así, surgía otra pregunta: ¿por qué querría alguien ocultar que la muerte de Marcus Nielsen era un asesinato mientras que en el caso de Jan-Erik Fredell no se ocultaba?

No tenía sentido.

Thomas apuntó sus preguntas, pero no por ello se le aclararon las cosas.

Sacó el móvil de Marcus Nielsen y empezó a buscar en la agenda para asegurarse de que no habían pasado nada por alto. Cuando ya había repasado todos los nombres abrió el calendario.

En uno de los últimos días de la vida de Marcus Nielsen había un apunte relacionado con la farmacia Beckasinen. Estaba en Farsta, como descubrió Thomas al buscarla en el ordenador.

Se acercó a uno de los montones de papeles y encontró lo que buscaba.

Marcus Nielsen fue un chico sano hasta su muerte y no tomaba medicación alguna. Tampoco tenía ninguna alergia.

¿Por qué había escrito el nombre de una farmacia en un barrio lejos de su apartamento y de la casa de sus padres? Si necesitaba ir a una farmacia, le hubiera bastado la primera que tuviera a mano, por ejemplo, la de Nacka Forum, que estaba a cinco minutos.

Thomas decidió acercarse hasta la farmacia.

DIARIO: DICIEMBRE DE 1976

No nos castigan. Lo que nos sucede no se puede llamar nunca castigo.

Los mandos solo reparten recompensas.

Recompensas.

Nos recompensan con interminables flexiones y constantes prácticas de la posición del cazador descansando. Corremos alrededor del patio del campamento a varios grados bajo cero o nos hacen saltar como ranas bajo aguaceros.

No sabía que los músculos y algunas partes del cuerpo pudieran doler tanto. El dolor en los pies es lo peor. A veces quisiera no sentir mis pies. El dolor los convierte en enemigos, cuando no me obedecen son como un símbolo de cómo mi cuerpo se niega a colaborar conmigo.

Cada día mis hinchadas plantas de los pies me recuerdan lo que me espera.

«*No valéis más que los perros», nos dice el sargento. «Tenéis que aprender a obedecer.*»

Sin embargo, a los perros se les trata mejor. A los perros los motivan y los recompensan para que adopten cierta conducta, no los castigan físicamente de forma constante.

Kaufman perdió su máscara antigás ayer. Sabía lo que le esperaba.

Una recompensa, una gran recompensa.

La buscó por todo el campamento. Al final estaba en la taquilla medio llorando mientras repasaba su contenido seguramente por décima vez. Era como un niño aterrado por haber perdido su juguete nuevo. Estaba tan asustado que no sabía qué hacer.

Lo único que sabía con certeza era que el sargento pensaría en una desagradable «recompensa» por la pérdida.

El sargento sonrió cuando Kaufman finalmente se atrevió a decir lo que le había pasado. Luego hizo una mueca como si le diera pena. Después señaló el patio de barracas.

«*Salta sobre los nudillos dos vueltas.*»

Kaufman empalideció.

Tenía los nudillos destrozados por culpa de las flexiones interminables, y las palmas de las manos hechas tiras de tantas veces que había obedecido la continua orden «abajo-arriba».

Cuando la costra de las heridas comenzaba a curarse, le tocaba otra vez.

«*¿No puedo hacer otra cosa? Lo que sea, sargento.*»

Se le rompía la voz al hablar.

El sargento se columpió sobre sus talones mientras pensaba en lo que Kaufman había dicho. No hizo ni un gesto, más bien parecía sorprendido.

«*¿Te niegas a cumplir una orden…? ¿Es eso lo que pretendes?*»

Kaufman negó con la cabeza.

Es el más entrenado del grupo. Un viejo nadador de élite que aguanta más que el resto en los ejercicios. No es el más inteligente, pero sí un buen compañero. Hace lo que se le ordena sin cuestionarlo.

Ahora era un chico apaleado, de espalda ancha y cuello grueso, que suplicaba compasión.

«*Entonces, haz lo que se te ordena.*»

Kaufman obedeció.

Estuvimos inmóviles viéndolo saltar como una rana alrededor del patio. El sudor le caía a chorros por la cara. En la última vuelta comenzó a emitir pequeños gemidos que no pudo reprimir.

Cuando acabó se desmayó.

Tuvimos que llevarlo al hospital y le pusieron la vacuna contra el tétanos. El médico dijo que tenía las manos infectadas y que probablemente arrastraría problemas de por vida.

Ahora está acostado a dos camas de la mía y lo oigo gemir.

Obtuvo su recompense.

MIÉRCOLES

(SEGUNDA SEMANA)

26

Realmente habían renovado Farsta Centrum, pensó Thomas cuando aparcó el coche. El adormecido centro comercial del sur de Estocolmo presumía ahora de tener una mayor oferta de comercios.

Cerró la puerta tras de sí y esperó a que Margrit saliera. Eran las once menos veinte.

La farmacia Beckasinen se encontraba en la parte posterior del centro comercial. Una cola enorme esperaba al lado de la caja y Thomas vio que había quince números de espera para ser atendido. Algunos ancianos aguardaban pacientemente su turno mientras un hombre con un abrigo, que acababa de llegar, miraba con rabia el número que le había tocado como si con su irritación la cola fuera a desaparecer.

Thomas se acercó a una mujer que vestía una bata blanca y que estaba en el mostrador de información. Una pequeña placa informaba de que su nombre era Annika Melin.

La mujer le sonrió de forma impersonal. Seguramente se esperaba una pregunta sobre algún medicamento o en qué estantería estaba la pasta de dientes. Se veía que estaba acostumbrada a responder docenas de preguntas de ese tipo.

Thomas le mostró la placa de policía.

—Me llamo Thomas Andreasson y soy de la Policía de Nacka. Necesito hablar con el dueño de la farmacia.

Su sonrisa se esfumó y adoptó una actitud expectante.

Thomas sonrió intentando tranquilizarla y así contrarrestar el efecto que le había producido que le mostrase la identificación policial. No era la primera vez que le pasaba.

—¿De qué se trata? —dijo al final.

—Me gustaría hablar de ello con el dueño de la farmacia.

—Soy yo.

—Solo queremos hacerte unas preguntas —intervino Margrit—. Será un momento.

La mujer los miró dudosa.

—Podemos ir a otro lugar, así evitamos hacerlo aquí. Solo nos llevará unos minutos.

Annika Melin les hizo un gesto con la mano para que la siguieran.

—Podemos hablar en el comedor del personal.

Thomas se fijó en que llevaba una amplia túnica prenatal bajo la bata abierta. Debía de estar en el quinto o sexto mes de embarazo.

Ayer por la noche se había dormido con la mano sobre la tripa de Pernilla, intentando imaginar la vida que crecía en su interior. Era un milagro, no había otra palabra que lo

describiera mejor.

—¿Cuándo sale de cuentas?

—Todavía me queda —murmuró—. Para después de Navidades.

Les hizo pasar por una puerta que daba a una habitación donde había una cafetera encendida. Enfrente había un sofá redondo, del mismo color que el del logotipo de la farmacia. Sobre una mesilla se apilaban varias revistas con nombres médicos.

—¿Café?

Annika Melin se acercó a la cafetera. Thomas negó con la cabeza, pero Margrit hizo un gesto afirmativo.

—Gracias.

Mientras Annika Melin servía el café, Thomas se sentó en el sofá. Esperó a que la farmacéutica tomara asiento.

—Estamos investigando una muerte y quisiéramos saber si una persona llamada Marcus Nielsen ha visitado esta farmacia las últimas semanas.

—¿Marcus Nielsen?

—Aquí tiene una foto —contestó Margrit al tiempo que le enseñaba una imagen del chico—. Estudiaba Psicología y tenía veintidós años. Tenía apuntado el nombre de esta farmacia en su agenda antes de morir. ¿Sabe si estuvo aquí?

—Uf. Entra mucha gente a la farmacia todos los días.

Bebió un sorbo y dejó la taza sobre la mesilla.

—Entiendo que en su trabajo llega a ver a mucha gente, pero él tenía una apariencia especial con ese pelo tan negro —intentó animarla Margrit.

Annika Melin se acarició el pelo y luego se pasó el dedo por una tirita que tenía en la frente.

—Lo siento, pero no sé cómo les puedo ayudar.

—Intentamos averiguar por qué la dirección de esta farmacia estaba en su agenda.

Annika Melin volvió a coger la taza y dio otro sorbo al café.

—¿Puede beber café? —preguntó Margrit—. Cuando yo estaba embarazada no podía ni con el olor. Fue una de las pocas veces en mi vida que lo he dejado voluntariamente.

Thomas, que era testigo de la cantidad de cafés que bebía Margrit al día, asintió en silencio. Margrit confirmaba todos los tópicos literarios de la novela negra en la que los policías no paraban de beber café a todas horas.

—No he tenido ningún problema.

—Bueno, mejor —dijo Margrit con una sonrisa.

Annika Melin consultó la hora en el reloj de pulsera que llevaba en la muñeca izquierda.

—¿Falta mucho?

Thomas negó con la cabeza.

—No. Solo queremos enseñarle unas fotografías más.

Margrit extendió sobre la mesa las fotografías de Bo Kaufman, Jan-Erik Fredell y Robert Cronwall.

—¿Sabe si alguna de estas personas ha estado aquí? Están relacionadas con Marcus Nielsen antes de su muerte.

Al ver las fotografías Thomas pensó en lo distintos que eran los hombres entre sí.

Jan-Erik Fredell, marcado por su enfermedad, de pelo blanco y rostro demacrado. Bo Kaufman, consumido y con la cara hinchada. Miraba directamente a la cámara y parecía un preso americano en uno de esos carteles de SE BUSCA. Robert Cronwall, al contrario, tenía un aspecto sano y feliz.

Margrit señaló la fotografía de Jan-Erik Fredell.

—Este hombre murió el sábado, poco después de haberse entrevistado con Marcus Nielsen. Intentamos averiguar si existe alguna relación entre ellos.

Annika Melin estudió las fotografías. Parecía confusa ante las imágenes.

—O sea, ¿creen que Marcus estuvo aquí? ¿Por qué?

—No lo sabemos. Es lo que intentamos averiguar.

—Entiendo que es difícil acordarse de todo el mundo que entra en la farmacia. Puede mostrarles las fotografías a sus compañeros. Si alguno identifica a alguien, me gustaría que contactara con nosotros.

Annika Melin miró la hora de nuevo.

—Prometo que les preguntaré a mis colegas si lo han visto. Lo siento, pero tengo que atender a los clientes —dijo con un deje de irritación en la voz, a la vez que cogía la fotografía de Marcus Nielsen.

Thomas miró a Margrit.

—Bueno —dijo ella—, no la molestamos más. Pero lo dicho, si alguien identifica a Marcus Nielsen contacte con nosotros.

Annika Melin se levantó, con un movimiento rápido se acarició la barriga y asintió.

DIARIO: DICIEMBRE DE 1976

Mañana a primera hora zarparemos en el trasbordador que nos llevará desde Oxdjupet hasta Värmdölandet.

Toca la marcha de la tropa de élite. Es la cuarta y la última prueba para conseguir la ansiada boina. La maniobra solo tiene un objetivo: separar el grano de la paja. Los reclutas que no aguanten serán apartados del resto de la tropa.

Son cinco días de infierno con poca comida y menos sueño. Después nos espera la boina con el emblema del tridente de oro y las palabras mágicas: «Gorra fuera, boina puesta».

Partimos dentro de un rato. Llueve a cántaros. Es una lluvia fuerte que empezó a caer anoche. Ha golpeado contra las ventanas durante horas.

He repasado mi equipo tres veces para asegurarme de que lo llevo todo.

Andersson se ha vendado los pies para poder resistir. Tiene las plantas rojas e hinchadas después de las marchas de los últimos meses, pero si uno ha de ser de la tropa de élite debe aguantar.

Hemos desfilado bajo una lluvia fría e incesante. Cincuenta minutos de marcha, diez minutos de descanso. Cada seis horas hacíamos un descanso para comer, pero la mayor parte de las veces no nos daban tiempo, ya que daban la señal de ataque o cualquier otro aviso que nos obligaba a recogerlo todo e irnos.

Estaba agarrado a una correa que colgaba de la mochila de Kaufman, que caminaba delante de mí. Detrás de mí iba Andersson, que también se agarraba a una correa que salía de mi equipo. Kihlberg encabezaba la columna y Sigurd la cerraba.

Íbamos uno a remolque del otro.

En el momento de coronar una zanja, el sargento se colocó con las piernas abiertas delante de nosotros.

«*Escuchad, mierdas. La forma más fácil de superarla es poner un pie en el centro.*»

Los que siguieron el consejo se mojaron los pies. Luego tuvieron que continuar la marcha con las botas y los calcetines empapados.

Se reía de nosotros.

Llegó la noche y al día siguiente seguimos la marcha.

Todos teníamos ampollas en los pies. Las que más me dolían eran las de las plantas. Cuando explotaban, la piel se resquebrajaba, porque cada paso lo daba sobre sangre y pus.

Un repentino tirón de mi correa me paró.

Andersson había dejado de moverse. Estaba con la boca abierta y la mirada perdida.

Después empezó a hablar.

«*¿Quieres abono? Son setenta y cinco coronas», murmuró en tono amable.*

Eran palabras sin sentido.

«*¿Abono de rosas o de caballo?», siguió, y miró más allá de mí hacia alguien que no existía. «El abono es importante, abono de vaca de primera, si no, no crecen las flores. ¿Qué tipo de abono quieres?*»

Deliraba.

No era la primera vez que pasaba. Muchos tenían delirios. Era una combinación de poco sueño y comida escasa, bajos índices de azúcar en la sangre y falta de líquidos.

Andersson continuó diciendo cosas sin sentido sobre su abono y mirando alrededor.

Kihlberg reaccionó. Dejó la columna y se acercó a nosotros. Sacó del equipo una tableta de chocolate que llevaba escondida y le metió a Andersson unas onzas en la boca.

Eso le hizo volver en sí. Los ojos todavía los tenía abiertos de par en par, pero logró controlarse.

«*Ven, tenemos que continuar», le dijo Kihlberg mientras le colocaba la correa en la mano.*

Dobló los dedos de Andersson en torno a la correa para que no la soltara. Después lo empujamos para que comenzara a caminar.

A continuación, fue el turno de Erneskog.

Se tumbó en el suelo y se encogió. De puro cansancio, comenzó a llorar como un niño.

El sargento se acercó y le dio una patada. «¿Hombre o ratoncito?», gritó, pero Erneskog solo gemía. Al final, susurró «ratoncito» al sargento. «Ratoncito, ratoncito.»

Martinger consiguió levantarlo. Medio en volandas, medio a rastras lo llevó hasta Myttingeviken.

Con la ayuda de una cuerda teníamos que atravesar la cala, de sur a norte, donde montaríamos las tiendas y podríamos descansar.

Cuando llegamos nadie se atrevió a quitarse las botas. Hubiera sido imposible ponérselas de nuevo.

Entonces empecé a tener alucinaciones.

Me olía a comida y vi un pollo asado delante de mí. Alargué la mano y estaba convencido de que tenía un muslo de pollo en la mano que me estaba comiendo. La mandíbula se me movía masticando una comida inexistente.

Ahora estamos de vuelta en el campamento. Todavía tengo frío. Bajo la luz del fuego de campaña nos dieron nuestras boinas. A todos.

He estado despierto noventa horas. Una cosa irracional.

Sin embargo, lo hemos logrado.

JUEVES

(SEGUNDA SEMANA)

27

Thomas acababa de llegar a la oficina tras la reunión matinal cuando sonó el teléfono. No reconoció el número.

—Andreasson.

—Hola. Me llamo Susanna Albäck. Soy la tutora de Marcus Nielsen.

Su voz era clara, no parecía la de una mujer mayor. Thomas calculó que debía de tener treinta años como mucho.

—Gracias por responder a nuestra llamada.

—Siento no haber llamado antes. He estado en una conferencia en París y he tenido problemas con el buzón de voz. No he oído los mensajes hasta hoy. ¿De qué se trata?

Thomas le explicó el motivo por el que habían contactado con ella y cayó en la cuenta de que Susanna Albäck no sabía que uno de sus estudiantes había muerto.

—Oh, Dios mío —dijo, y tomó aire—. Perdone un momento.

Sonaba como si buscase algo con que sonarse. Thomas oyó cómo arrancaba una servilleta de papel y esperó a que se recuperara.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo finalmente.

—Intentamos reconstruir los últimos días de la vida de Marcus, pero no encontramos su ordenador. Nos preguntamos si hay algo relativo a sus estudios que nos pueda ayudar en la investigación.

—Me parece raro lo del ordenador. Marcus siempre llevaba el portátil encima.

La frase fortaleció las sospechas de Thomas de que el ordenador lo habían robado.

—Hemos buscado por todos lados. Incluso en los contenedores y en los alrededores de su piso. Tampoco está en casa de sus padres.

—Entiendo.

—Hemos pensado que quizá nos podría ayudar. ¿En qué estaba trabajando Marcus antes de su muerte? ¿Tiene algún correo electrónico o algún escrito que podamos ver?

Tras un silencio, la voz de Susanna Albäck sonó espesa.

—Estoy en casa, ahora iré a la universidad a recoger todo el material que tenga de Marcus.

—Fantástico. Llámenos en cuanto pueda, por favor.

Susanna Albäck llamó al cabo de una hora. Thomas estaba sentado con Margrit cuando vio su número de teléfono en la pantalla.

—He reunido todos los documentos que he recibido de Marcus.

—Bien. ¿Podría escanearlos y enviárnoslos por correo electrónico?

Susanna Albäck contestó dudosa.

—Lo siento. No tenemos escáner en la facultad. ¿Puedo fotocopiarlo y enviarlo por correo ordinario? Les llegaría mañana.

—Bien.

Margrit le dio un empujón.

—Pregúntale qué ha encontrado.

—¿Qué tipo de material nos va a enviar? —Oyó que Susanna Albäck pasaba las hojas.

—Tengo su índice de fuentes y el resumen del trabajo que estaba haciendo. Se titula «Dinámicas de grupo en ámbitos cerrados».

—¿Qué quiere decir?

Thomas activó la función de altavoz para que así Margrit también pudiera escuchar la conversación.

—Marcus cursaba tercero de Psicología y este otoño estudiaba un módulo que trata sobre las estructuras y los procesos que determinan la interacción entre personas dentro de distintos grupos.

Thomas emitió un sonido afirmativo. El lenguaje académico no era precisamente su fuerte.

—La parte más importante de la investigación es la que trata sobre las reglas, el liderazgo, la adopción de decisiones y los conflictos dentro de los grupos y entre ellos.

La voz de Susanna Albäck había adoptado un tono académico, como si estuviera dando una clase, y Thomas se preguntó si todos los profesores universitarios eran igual de aburridos. A lo mejor era una manera de controlar su inseguridad ante la situación.

—En el módulo se trata tanto la comunicación verbal como la no verbal, así como, dentro de la temática de la asignatura, métodos de investigación y deducción aplicados.

—Perdón —terció Thomas—, pero nos sería de gran ayuda que nos explicara más en concreto qué es lo que hacía Marcus.

Susanna Albäck pareció perder el hilo.

—Oh, claro. El módulo incluye un trabajo de campo en el cual los estudiantes deben describir y analizar estructuras y procesos en un grupo. El trabajo se asignó al principio del curso, hace cuatro semanas.

—Ajá.

—La extensión de los trabajos es de unas treinta páginas. Tienen que analizar una situación real contextualizada en un marco histórico y teorético. El punto de partida son las teorías sobre dinámica de grupos que se estudian en el módulo.

—¿Cuál era el tema del trabajo de Marcus?

—Quería investigar cómo funcionaban los grupos militares sometidos a una presión fuerte.

Margrit miró a Thomas.

—Cómo una presión exterior afecta a la dinámica de grupo e influye en la lealtad grupal —continuó Susanna Albäck—. Qué ocurre con las normas internas como consecuencia de los factores externos.

—¿Qué quiere decir esto en lenguaje entendible? —preguntó Margrit.

—Mi colega Margrit también escucha nuestra conversación —aclaró Thomas.

—Explíquese —insistió Margrit.

—Marcus había decidido centrarse en una unidad militar concreta. Después de investigar y de hacer varias entrevistas, eligió una unidad conocida por someter a sus reclutas a situaciones muy duras.

—¿Qué quiere decir?

—Algunas unidades militares someten a sus reclutas a entrenamientos que pueden resultar crueles e inhumanos porque quieren seleccionar a los mejores —se interrumpió para tomar aire —. La teoría es que quienes superan las pruebas quedan unidos para siempre y construyen una imagen fuerte de sí mismos, tanto individual como colectiva, que reafirman de manera grupal. Esto provoca una lealtad extrema dentro del grupo y finalmente se forma lo que popularmente se conoce como soldados de élite.

—¿Este era el objeto de su investigación?

—Sí. La idea era que investigaría cómo un grupo de esas características reacciona, tanto física como psicológicamente, ante situaciones difíciles, y qué influencia se puede observar en la dinámica interna. También tenía que mostrar si, con el paso de los años, quedaban secuelas en los miembros del grupo.

—¿Sabe qué soldados eligió? —preguntó Thomas.

Se oyó el timbre de un teléfono y la tutora se disculpó. Thomas oyó que le decía a alguien que le llamaría en diez minutos.

—Perdón. ¿Puede repetirme la pregunta?

—¿A qué militares estaba investigando Marcus?

Hubo una pausa. Se oyó como si Susanna Albäck extrajese una hoja de un montón de papeles.

—La Artillería de Costa. Iba a escribir sobre una unidad del año 1976.

—¿Por qué se remontó tan atrás en el tiempo?

—Se ve que en aquella época era muy duro. Además, sucedieron una serie de incidentes en los setenta que hacían que el trabajo de campo fuera más interesante.

—¿De qué unidad hablamos? —Thomas se inclinó hacia el teléfono.

—Las Fuerzas Especiales de la Marina.

28

Karin Ek entró en la oficina de Thomas con una funda azul en una mano.

—Aquí tienes la copia de la foto que me pediste. ¿Devuelvo el original?

—Sí, gracias.

Karin dejó la funda con la fotografía de Kaufman y desapareció por el pasillo. A lo lejos, Thomas oyó que sonaba su móvil y luego escuchó a Karin pedirle a alguien, probablemente a su hijo pequeño, que aún vivía en casa, que no se olvidara de la ropa de deporte cuando fuera a judo.

Sacó la fotografía de la funda. Debía de haberse tomado en verano porque había flores en la playa. Aparte de Kaufman había seis personas más. Cuatro estaban identificadas: Jan-Erik Fredell, Sven Erneskog, Stefan Eklund y una persona apellidada Kihlberg. Dos estaban sin identificar.

Era un grupo de soldados que habían servido hacía treinta años. Uno de ellos, Jan-Erik Fredell, estaba muerto. Marcus Nielsen, que se había interesado por el grupo, también estaba muerto.

¿Qué vida debían de llevar ahora los otros soldados de la imagen: Erneskog, Eklund, Kihlberg y los dos sin identificar?

Thomas se sentó ante su ordenador y decidió empezar a investigar a las personas de quienes tenía su nombre completo. Escribió Sven Erneskog, la pantalla parpadeó y luego aparecieron los resultados de la búsqueda.

Solo encontró a una persona que se llamara Sven Erneskog. Vivía en Västerås y estaba empadronado en la calle Graningevägen 7. No había nadie más inscrito en el listín telefónico con ese nombre.

Thomas probó con Stefan Eklund. La búsqueda dio trece nombres en toda Suecia, con direcciones en distintas ciudades.

Demasiada gente para averiguar cuál de ellos había hecho la mili en Korsö en los años setenta.

Borró el nombre y buscó Kihlberg. Había quinientas personas que se apellidaban Kihlberg. Sin su nombre de pila sería imposible localizarlo. Pediría a Karin que buscara a Stefan Eklund y a Kihlberg. Mientras tanto podía buscar más información sobre Erneskog.

Después de un rato, obtuvo el número del carné de identidad de Erneskog. Lo buscó en el registro criminal y de sospechosos.

Nada.

Thomas pensó que, si hubiera figurado en algún otro caso, su nombre aparecería en los registros de los sistemas relacionados con los archivos de las distintas comisarías de distrito. En ellos había desde denuncias archivadas hasta anotaciones de personas que habían surgido en distintas investigaciones sin haber sido objeto de denuncia.

Solo quedaba reconocer que sería de gran ayuda disponer de un archivo policial para toda Suecia, como siempre habían demandado. Entonces hubieran podido acceder fácilmente a toda la información disponible sobre Erneskog con solo pulsar un botón.

Ahora tenía que hablar con alguien que trabajaba dentro del distrito policial donde vivía Erneskog.

Thomas marcó el número de la sección policial de Västermanland.

—Hasse Rollén —contestó un hombre pasados unos segundos.

Thomas se presentó y explicó brevemente el motivo de su llamada. Le dio a Rollén el nombre de Sven Erneskog y le pidió que mirara si aparecía algo sobre él en sus registros.

—Un momento y lo miro —contestó Rollén. Después de un par de minutos volvió al aparato —. Está muerto.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Cuándo murió?

Oyó que tecleaba en el ordenador.

—Hace una semana y media.

—¿Puedes ser más específico?

—Murió el dieciséis de septiembre.

Thomas notó cómo le subía la adrenalina.

—¿Cómo murió?

—A ver… Lo encontraron muerto en su casa.

—¿Sabes algún detalle más?

—Tendrás que hablar con la persona que se encarga del caso. La inspectora Maria Mörk.

Rollén le facilitó el número y Thomas colgó después de darle las gracias por su ayuda. Se quedó un rato sentado con el teléfono en la mano. Una persona más de la fotografía había muerto. Además, el mismo fin de semana que Marcus.

Era imposible que fuera una casualidad.

Marcó el número de Maria Mörk, pero no respondió. Eran casi las ocho de la tarde, seguramente ya se había ido a casa.

Se levantó y bostezó. No había parado en doce horas. No era extraño que se sintiera cansado.

La conversación con la inspectora Mörk tendría que esperar al día siguiente.

Antes de irse le dejó una nota a Karin para que buscara información sobre los trece Stefan Eklund del país. Cada vez parecía más urgente localizar a las personas que posaron para la fotografía aquel día de hacía treinta años.

29

Thomas se sentó en el coche para irse a casa. El reloj digital del salpicadero marcaba las ocho y diecisiete.

La fotografía de los soldados no se le iba de la cabeza. Había estado en Korsö en muchas ocasiones, ya que la Policía Marítima tenía un refugio allí. Sin embargo, no sabía nada sobre la isla.

Antes de salir del aparcamiento llamó a Nora.

—Soy Thomas.

—Hola. No se oye muy bien.

—Debe de ser porque voy en el coche. Te quería preguntar una cosa. Tú que tienes relación con Sandhamn, ¿qué sabes sobre las actividades de las Fuerzas Especiales de la Marina en Korsö?

—¿En Korsö? ¿Por qué?

—Estamos con una investigación que puede tener relación con la isla.

—Acabo de llegar a casa. Deja que me quite el abrigo y te llamo en un momento.

Nora entró en la sala de estar y se sentó en el sofá con el teléfono en la mano. Se quitó los zapatos de una patada y se aposentó con las piernas dobladas.

¿Qué sabía de Korsö?

Nora visualizó la torre de la isla ante ella. El edificio oscuro que vigilaba la entrada este de Sandhamn. Una isla fortificada que siempre había sido un sitio prohibido durante su infancia. A veces, de pequeña, veía soldados vestidos de camuflaje que pasaban remando con expresión seria.

Nunca había estado allí.

Marcó el teléfono de Thomas, que contestó enseguida.

—Hola de nuevo. No sé mucho, pero creo que la mayor parte de la isla se desmanteló en los años noventa. ¿Por qué lo preguntas? Suenas un poco misterioso.

—¿Has oído alguna historia sobre la isla? ¿Algún rumor extraño?

—Bueno. Recuerdo que en los noventa unos periodistas intentaron desembarcar y se armó un buen jaleo.

Los reporteros habían intentado demostrar que la seguridad en la isla era casi inexistente. Habían fondeado un velero delante de Korsö para filmar la base a escondidas.

En vez de las imágenes de la base militar, fueron los periodistas los protagonistas. Tumbados

en la playa con las manos atadas a la espalda y vigilados por soldados armados con gesto adusto. A las cadenas rivales les faltó tiempo para difundir esas imágenes, no sin cierta alegría.

—Ya me acuerdo, pero busco sucesos más antiguos o escándalos. ¿Te suena alguno?

—¿Qué quieres decir exactamente?

La voz de Thomas sonó un poco dubitativa, como si no supiera a ciencia cierta qué buscaba.

—No lo sé. Seguro que hay rumores o chismes antiguos de algo que en algún momento llamó la atención.

Nora vio que tenía una carrera en la media y no pudo evitar tocarla. Enseguida se hizo el doble de grande.

—Ah, olvídalo. No sé qué es lo que busco en realidad. Solo te quería preguntar si habías oído algo, dado que tu familia lleva tantos años en Sandhamn.

—Lo siento. No sé mucho. —Nora se acordó de la conversación con Olle Granlund en el embarcadero—. Pero tengo un vecino que hizo la mili allí hace muchos años. Le puedo preguntar.

—Gracias. Tampoco te esfuerces demasiado. De todos modos, si vas a Sandhamn este fin de semana, habla con él.

Nora se imaginó la entrada de Sandhamn. La casa de la aduana del siglo XVIII que se alzaba bajo las casas rojas. Las boyas blancas que se mecían ante los pantalanes. También le vino a la mente Jonas, que sonreía mientras levantaba su copa en Dykarbaren. Podría irse el viernes. ¿Por qué no?

—Creo que iré —dijo—. Henrik tiene a los niños esta semana. Puedo preguntarle a Olle, si quieres.

—Llámame si averiguas algo.

—Claro. O nos podemos ver allí. ¿No tenéis pensado ir a Harö?

—Puede ser, aunque yo tengo que trabajar.

—Podrías venirte con Pernilla. ¿A cenar, quizá?

—Estaría bien. Te llamo el sábado.

Nora se acordó del telediario.

—Te vi en la tele, por cierto. Daban la noticia del asesinato de uno de mis viejos profesores. Jan-Erik Fredell. ¿Llevas tú la investigación?

—Se podría decir que sí.

Thomas se quedó sin habla cuando Nora le habló de un encuentro con su profesor en el metro. Vestía uniforme militar y llevaba boina. Iba a una maniobra militar para reservistas.

—Por cierto, era de las Fuerzas Especiales de la Marina. ¿Por eso me preguntas sobre Korsö?

Nora se quedó sentada en la oscuridad cuando acabó de hablar por teléfono.

Thomas se había callado como una tumba después de su pregunta sobre Fredell y Korsö. Le había molestado un poco que primero él le hiciera preguntas y cuando ella había querido saber el motivo, él no le respondiera. La conversación acabó sin que ella hubiera sacado nada en claro.

Estaba casi igual de oscuro dentro que fuera, pero Nora no tenía fuerzas para levantarse y encender las luces. Se hundió en los cojines del sofá.

Al día siguiente era viernes y acababa la semana. Los fines de semana que no tenía a sus

hijos eran los peores. Los días laborables se podían llenar de trabajo y, de vez en cuando, sacaba tiempo para ir al gimnasio o quedar con una amiga. Un miércoles por la noche, por ejemplo, alguna podía salir a tomar una copa o ir al cine a ver una película «para chicas». Pero el fin de semana era de la familia. Entonces, no había forma de quedar. Quizá fuera mejor así, porque alguna vez la habían invitado a comer y la situación había resultado un poco forzada.

La gente no sabía cómo reaccionar ante un divorcio y se solía generar tensión. Había quien decía que no quería decantarse por ninguno de los miembros de la pareja, pero se enredaban en complicadas explicaciones sobre lo difícil que era elegir entre invitar a Nora o a Henrik a la misma fiesta. Otros querían que les abriera el corazón y eran demasiado directos sobre la nueva pareja de Henrik: ¿qué le parecía? ¿Cómo se había tomado el que se hubieran ido a vivir juntos a su antigua casa? ¿Qué opinaban los chicos?

Las preguntas no paraban, a pesar de los intentos de Nora por cambiar de tema. Cada vez que asistía a una de esas comidas, acababa prometiéndose a sí misma que no volvería a aceptar una invitación de ese tipo. A algunos amigos simplemente ya no los veía. Había dejado de tener contacto con la pandilla con la que Henrik salía a navegar desde la infancia, pero tampoco los echaba de menos.

Se levantó triste y encendió la lámpara. Después, con el mando a distancia, buscó el canal de noticias en la tele.

Debería comer algo, pero no tenía apetito. Además, se había olvidado de ir a comprar y solo quedaban cereales y leche. De todos modos, su nivel de azúcar le exigía que tomara algo enseguida.

De pronto echó de menos Sandhamn y la calma que reinaba allí. Si hacía la maleta esa noche, podía irse al día siguiente nada más salir del trabajo. Quizá saliera un poco antes para no ir con prisas.

En Sandhamn la soledad era más llevadera, a pesar de que Villa Brandska era el doble de grande que el apartamento de Estocolmo. Si se ponía nostálgica, siempre podía visitar a sus padres o a algún conocido, o intercambiar cuatro palabras con el vecino.

En Sandhamn daba igual si estaba casada o soltera. A nadie le importaba que se acabara de separar.

Allí era simplemente ella misma, Nora.

DIARIO: ENERO DE 1977

Hoy haremos un ejercicio en el hielo. Vamos a marchar todo el día, con el equipo completo, y acabaremos la marcha atravesando el canal que hay frente a Waxholm. La temperatura ha estado bajo cero durante semanas, así que todos los días tienen que abrir el pasaje con un rompehielos.

El canal parece un rasguño negro en el hielo. Una ancha boca abierta en la cual flotan pedruscos grises de hielo.

El hielo patina y los témpanos pueden volcar si pisas en el sitio equivocado. Hay que mantenerse en movimiento porque de lo contrario es muy fácil caer al agua.

El sargento nos ha explicado cómo tenemos que atravesar el canal y llegar al otro lado saltando sobre los témpanos de hielo.

El año pasado patinó un muchacho cuando intentó cruzar al otro lado. El sargento explicó que pilló una neumonía y lo echaron. Sonrió con un desprecio que no daba lugar a equívocos.

Después se fijó en Andersson. Lo observó durante un buen rato, sin decir nada, como si supiera que Andersson fracasaría en el intento.

El mensaje era claro: las vas a pasar canutas mañana y yo estaré a tu lado para verlo.

«*¿Duermes*?»

Casi me había quedado dormido cuando escuché la voz de Andersson en la oscuridad. La habitación estaba en silencio, alguien roncaba junto a la puerta. A través de una ventana cercana entraba un rayo de luz blanca de la luna llena.

«*¿Duermes?», volvió a preguntar Andersson en voz baja.*

«*Casi», murmuré.*

«*No sé si me atreveré a saltar sobre los témpanos mañana.*»

La voz sonaba ahogada, tensa. Como si estuviera a punto de llorar. Rechacé el pensamiento; un miembro de las Fuerzas Especiales no lloraba.

«*Estuve a punto de ahogarme en un agujero en el hielo cuando era pequeño. Mi padre me sacó en el último momento.*»

Me giré en la cama y volví mi cabeza hacia él. En la oscuridad era difícil ver sus facciones pero intuí que me miraba.

«*No te preocupes. Irá bien.*»

«*¿Y si no va bien?*»

La respuesta era un susurro.

Se oían ruidos suaves en la noche. Gemidos y respiraciones de los compañeros. Se adivinaban las siluetas de los cuerpos que dormían profundamente tapados hasta la cabeza con las mantas grises. Kaufman dormía boca arriba, como un bebé.

«*No nos van a matar», susurré, «aunque a veces lo parezca. Es parte del juego que nos traten con dureza. Lo sabes.*»

Mi intención era hablar con despreocupación, pero yo mismo oía lo torpes que sonaban mis palabras.

«*Nos sueltan sobre el hielo porque saben que no hay ningún peligro.*»

Un sonido como un sollozo ahogado.

«*¿Estás seguro?», la voz de Andersson se hizo más firme. «¿Tú crees?*»

«*Claro.*»

Me obligué a parecer seguro, más seguro de lo que en realidad me sentía.

«*Si te caes, te sacamos. No pasa nada, no serás el primero que se haya caído. Seguramente la intención es que alguno se caiga para que así podamos usar los crampones y ejercitarnos en salvamento sobre hielo.» Me di la vuelta. «Necesitamos dormir. Nos van a despertar temprano. Ya oíste lo que dijo el sargento.*»

En la oscuridad podía intuir el contorno de Andersson. No dijo nada. Al otro lado tosía Sigurd y se enredaba con la manta en el sueño.

Una vez más pensé en que Andersson se parecía mucho a mi hermano pequeño. Igual de torpe en los movimientos, igual de deseoso de integrarse. ¿Qué haces aquí si tienes miedo de un canal abierto en el hielo?, pensé. ¿Qué haces aquí?

Estábamos exhaustos de la marcha antes de llegar al canal. Me humeaba el aliento en torno a la boca y el aire frío me hería los pulmones. Jadeante, me puse de rodillas para descansar unos segundos antes de que llegara mi turno.

Estaba tan cansado que me dolía respirar.

De alguna forma logré pasar al otro lado. Andersson iba detrás de mí, era el último del grupo, todos los demás ya habían cruzado el canal. Cuando me giré, Andersson estaba entre los témpanos.

Un haz de luz del faro los barrió e iluminó su rostro, que cabeceaba arriba y abajo mientras intentaba saltar sobre los témpanos. Tenía el mismo color gris que el hielo.

Estaba aterrado. Tenía miedo de continuar y aún más miedo de quedarse ahí. Tenía los ojos muy abiertos y le faltaba poco para sufrir un ataque de pánico.

El hielo crepitaba a nuestro alrededor.

De repente pareció como si Andersson perdiera el equilibrio. Se tambaleó, yo mantuve la respiración. Avancé unos pasos, si caía en el agua tendría que intentar sacarlo aunque sabía que no llegaría a tiempo.

De reojo vi la silueta del sargento. Estaba totalmente quieto, serio.

Andersson agitó los brazos para recuperar el equilibrio, no parecía que lo fuera a conseguir. Pero alargó las manos, movió una de las piernas y, de alguna forma, logró saltar a otro témpano y luego a otro y a otro hasta que al final llegó a mi lado.

Agotado, se hundió en el suelo. Su respiración pesada era lo único que se oía en la noche.

Una respiración jadeante y profunda.

El sudor de la frente le brilló cuando el haz de luz del faro pasó sobre nosotros.

Alargué la mano para ayudarle a levantarse.

«*Ven, tenemos que seguir. Si no, perderemos al resto del grupo.*»

El sargento ya había dado la orden de marchar. Kihlberg se quedó rezagado, al inicio del bosque, mirando hacia nosotros.

«*Ahora voy», murmuró Andersson. «Ahora voy.*»

Entonces se inclinó hacia delante y vomitó sobre sus botas.

VIERNES

(SEGUNDA SEMANA)

30

La reunión matinal ya había empezado cuando Thomas entró en la sala. Llevaba el informe del laboratorio forense estatal en la mano.

—Perdón —dijo, y mostró los papeles—, pero la impresora no acaba de funcionar bien.

—¿Qué es? —preguntó el Viejo.

—El resultado del análisis de la cuerda con la que Marcus Nielsen se colgó. No deben de dormir: llegó a medianoche.

El grupo lo escuchaba atentamente.

—Cuenta —le apremió Margrit, impaciente.

Se inclinó hacia atrás y cruzó los brazos. La apertura de la camiseta dejó entrever las clavículas de su cuerpo delgado.

—Han encontrado fibras que no coinciden con la ropa que Marcus Nielsen llevaba puesta. —Thomas miró al grupo—. Y ADN que no es suyo.

Margrit y Karin lo miraron.

—¿Qué quiere decir? —dijo Erik Blom, y asió su bolígrafo.

—Podemos comparar su ADN con el de un posible asesino.

—O podemos identificar a un dependiente que vende cuerdas —dijo el Viejo, seco.

Tenía razón y Thomas lo sabía. El ADN no significaba nada en ese momento de la investigación. Pero más adelante sí podría servir como indicio técnico para relacionar al asesino con la muerte de Marcus Nielsen. Podría ser un factor determinante que diera al fiscal la posibilidad de arrestar a alguien por el crimen.

Si es que era un crimen y no un suicidio.

—Menos da una piedra —dijo Margrit—. Ha sido más rápido de lo normal. ¿Cuánto podemos tardar en comparar el resultado con nuestra base de datos de ADN?

—Puede llevar un tiempo —contestó Erik.

Thomas asintió.

—A no ser que tengamos a un sospechoso con el que comparar —dijo Margrit.

—Lo mismo que con las huellas dactilares —prosiguió, gruñón, el Viejo—. El resultado del análisis solo nos ayuda en caso de tenerlo registrado en nuestros archivos. —Se rascó la nuca—. Pero algo es algo —acabó en tono conciliador.

El Viejo se giró hacia Kalle Lindwall, que hasta el momento no había abierto la boca. Parecía tener la cabeza en otro lado, pero se enderezó cuando vio que el Viejo dirigía su atención hacia él.

Kalle era el más joven del grupo y el que más sabía de informática.

—Kalle, encárgate de esto.

—De acuerdo.

Kalle escribió unas notas en su cuaderno. Thomas se dio cuenta de que no se trataba de uno de los blocs que solían tener en el almacén a disposición del cuerpo. Estaba encuadernado como si fuera un libro de tapa dura, con la cubierta de cuero estampada en oro. Thomas sabía que se podían comprar cuadernos como ese en las librerías de moda. Pernilla tenía uno igual.

Le hizo gracia que su tímido colega mostrara su gusto por lo estético.

—¿Cómo ha ido con los teléfonos? —preguntó el Viejo—. ¿Habéis encontrado algo?

Kalle hojeó su elegante cuaderno de notas.

—Jan-Erik Fredell no tenía móvil, pero hemos investigado su teléfono fijo. También hemos rastreado las llamadas de Marcus.

—¿Has encontrado algo interesante?

—Marcus Nielsen llamó tanto a Cronwall como a Fredell. Las fechas coinciden. Por otro lado, no hemos encontrado ninguna llamada perdida para contactar con la última persona que tenía anotada.

—¿Quieres decir Kaufman? —preguntó Margrit.

—Exactamente.

—Kaufman negó haber tenido ningún contacto con él.

—Entonces, coincide —continuó Kalle, e hizo un gesto de asentimiento con las manos—. Sin embargo, llamó a otra persona que me parece interesante para la investigación.

—¿Quién?

—Sven Erneskog. El nombre que nos diste después de la conversación con Bo Kaufman.

Thomas se enderezó en la silla.

—Sven Erneskog. —Margrit repitió el nombre lentamente—. Uno de los soldados de la fotografía que Kaufman nos enseñó.

—Ha muerto.

—¿Qué dices? —preguntó el Viejo.

—Sven Erneskog ha muerto. Hablé con la Policía de Västerås ayer. Murió hace menos de dos semanas.

Kalle silbó y Margrit le lanzó a Thomas una mirada llena de significado. Se dio cuenta de que había sido un error no haber empezado por ahí. Había querido esperar a hablar con Maria Mörk y tener todos los detalles.

—¿Cómo murió?

—No lo sé. Solo me dijeron que había muerto.

Thomas echó un vistazo al reloj para ver cuánto tiempo había pasado desde que llamó para contactar con Maria Mörk.

—He dejado un mensaje a la policía responsable, pero aún no me ha llamado. La volveré a llamar si no me contacta pronto.

El Viejo se recostó contra el respaldo de su asiento, que crujía preocupantemente bajo su peso. Debía de haber engordado veinte kilos como mínimo y empezaba a rozar la obesidad. A

pesar de ello, no ponía ningún empeño en bajar de peso y era el primero en hincarle el diente a los bollos y las galletas que se servían en la reunión matinal diaria. Su alianza estaba tan hundida en la carne de su dedo hinchado que apenas se veía.

Sin embargo, tenía una capacidad formidable para dirigir el trabajo policial. Además, era hábil a la hora de tratar con fiscales y jefes superiores, y sabía cómo garantizar que su equipo trabajara con tranquilidad a pesar de que los continuos recortes de presupuesto solían mermar su buen humor.

—Aquí pasa algo raro —se dirigió a Thomas—. Has estado en lo cierto todo el tiempo: es imposible que se trate de una serie de suicidios.

Thomas nunca se hubiera imaginado oír estas palabras de reconocimiento. El Viejo no era de los que se prodigaban en elogios.

Thomas se levantó y se dirigió hacia la pizarra, donde habían fijado las fotografías de Marcus Nielsen y Jan-Erik Fredell. Con un rotulador, escribió el nombre de Sven Erneskog en letras mayúsculas.

—Kalle —dijo el Viejo—, tienes que averiguar todo lo que puedas de ese tipo.

Kalle asintió.

—También hay que encontrar al resto de los que aparecen en la fotografía —dijo Thomas, y se giró hacia Karin—. ¿Has visto mi mensaje? ¿Te encargarás de hacerlo lo antes posible?

—Claro. En cuanto acabe la reunión.

Thomas miró a Margrit.

—¿Qué te parece una visita a Berga?

—¿Berga?

—Buena idea —dijo el Viejo, que entendió a qué se refería Thomas—. Es donde está la base central de las Fuerzas Especiales de la Marina. Es hora de que habléis con alguien de la base sobre sus actividades en Korsö en los años setenta.

31

Como si alguien hubiera escuchado todo lo que se había dicho en la sala, a la vuelta de la reunión a Thomas le esperaba una nota sobre la mesa de su despacho. «Ha llamado Maria Mörk, de la Policía de Västerås», decía.

Cuando la colega de Västerås descolgó el teléfono, él se presentó brevemente.

—He intentado contactar contigo esta mañana, pero estabas en una reunión. —Con una mano, abrió el cajón donde solía guardar sus apuntes y sacó la carpeta del caso. Después cogió un cuaderno y un bolígrafo—. Tengo algunas preguntas respecto a Sven Erneskog, que murió hace una semana más o menos. Me dijeron que tú te encargabas de ese deceso.

—Sí.

—¿Me puedes contar cómo sucedió?

—A ver… Tengo que mirar mis apuntes. El mensaje solo decía que te tenía que llamar, pero no especificaba el porqué.

De pronto pareció como si hubiera colgado el teléfono. Mientras esperaba, Thomas estudió una vez más la fotografía que habían tomado prestada a Bo Kaufman. Estaba claro que cada vez era más urgente contactar con Stefan Eklund y el resto de las personas de la foto.

—A ver —dijo Maria Mörk—, ahora lo tengo delante, en el ordenador. Fue el vecino de Sven Erneskog quien lo encontró. Solían dar un paseo los domingos por la mañana, pero ese domingo no apareció a la hora convenida.

A Marcus Nielsen también lo habían encontrado muerto un domingo por la mañana y el forense había calculado que su muerte debió de ocurrir en algún momento entre las diez horas y las doce y dos minutos de la noche del sábado.

Era difícil creer que fuera una coincidencia.

—¿Qué fue lo que pasó?

—El vecino esperó un rato a Erneskog. Después llamó a la puerta de su casa, también intentó hablar con él por teléfono. Cuando vio que nadie contestaba, se preocupó. Erneskog solía ser extremadamente puntual.

Como todo viejo militar, pensó Thomas. La precisión militar parecía que no abandonaba al cuerpo aunque hubieran pasado treinta años.

—El vecino tenía una copia de la llave de la casa y entró. Y encontró a Erneskog, muerto.

—¿Cómo murió?

—Ahogado.

—¿Me lo puedes repetir?

—Murió ahogado. Estaba dentro de la bañera.

No podía ser una coincidencia que dos personas que habían sido de las Fuerzas Especiales en el mismo pelotón hubieran muerto de la misma forma.

—¿Se le hizo autopsia?

—Sí, siempre se realiza en caso de muerte en un domicilio. No sé si está lista. Espera un segundo. —Dejó el auricular otra vez—. No, aún no ha llegado el informe. No está considerado algo urgente.

—¿Sabes quién se encarga de la autopsia? ¿Me lo puedes decir?

—Claro, pero tendré que hacer unas gestiones. Lo averiguo y te envío su nombre por correo electrónico.

—¿Llevasteis a algún técnico al domicilio?

—¿Qué te crees, que los de Västerås somos de pueblo?

La voz amable de Maria Mörk se había endurecido un poco.

—Perdona. —Thomas quiso quitarle hierro al asunto—. No quería insinuar nada, solo preguntaba.

—Claro que enviamos a los técnicos al lugar de los hechos. —Maria Mörk aún sonaba ofendida—. Aunque no sospechamos que sea ningún crimen.

—¿Cuál es vuestra teoría?

—Parece ser que fue un accidente. Encontramos una botella vacía de whisky en el cuarto de baño. No es la combinación ideal estar borracho y meterse en una bañera llena de agua.

Así que Erneskog estaba también borracho cuando murió. Como Fredell.

—Entiendo.

—Probablemente se quedó dormido por el alcohol y se deslizó dentro del agua.

—¿Cómo estaba la casa?

—No había indicios de que hubiera ocurrido nada extraño. Ni la puerta ni los marcos de las ventanas estaban forzados. Ningún mueble roto. No faltaba nada. La cartera estaba en un bolsillo del pantalón y tampoco se habían llevado la televisión ni el ordenador.

—¿Vivía solo?

—Sí. Tenía una relación estable, pero su pareja estaba de viaje con una amiga cuando murió.

—Así que tiene coartada.

—Sí. Hemos hablado con ella y nos ha confirmado que no falta nada en la casa. —Maria Mörk hizo una breve pausa—. No hay ningún indicio de que se haya cometido un crimen.

Thomas reflexionó.

¿Podía contarle a Maria Mörk lo de Fredell? Decidió no hacerlo, quizá más adelante, cuando hubiera hablado con el forense, según lo que este le contara.

—Dime, ¿el baño olía a jabón?

—No lo recuerdo, pero el muerto estaba en un cuarto de baño, así que es muy posible.

—Esto va a sonar un poco extraño, pero te tengo que preguntar una última cosa: ¿Erneskog estaba vestido?

Maria Mörk soltó una carcajada.

—No. ¿Conoces a alguien que se bañe vestido? Como es obvio, estaba desnudo.

32

No había mucho tráfico de camino a Berga. Thomas tomó la autopista hacia Slussen. Se mantuvo en el carril izquierdo para luego desviarse por la carretera setenta y tres hacia Nynäshamn.

Algunos barcos esperaban, pacientes, a que se les dejara pasar desde el lago Mälaren al mar. El ajetreado y vetusto lugar todavía funcionaba, a pesar de todo. Hacía unos días el periódico local había mencionado la necesidad de hacer una serie de reparaciones de mejora.

Thomas miró el reloj del salpicadero. Les habían dado hora a la una en punto con una tal capitán Harning, que era la relaciones públicas de la base naval de Berga.

Como Thomas había estado en la base naval de Muskö, conocía el camino a Berga, que quedaba al lado.

Dejaron Globen a mano derecha, y Thomas se sorprendió de lo esférico que era el estadio. De cerca parecía una pelota de golf gigante.

La mujer alta que fue a su encuentro los saludó con firmeza. Era rubia y llevaba el pelo recogido en una coleta delgada. Iba vestida con un uniforme azul oscuro con charreteras de color oro. A pesar de llevar uniforme, Thomas pensó que parecía muy femenina. A lo mejor era por las brillantes polainas blancas.

—Capitán Elsa Harning —se presentó, y les enseñó dónde debían inscribirse como visitantes.

Los llevó a través de un pasillo largo que conducía a una habitación destinada a reuniones con bonitas vistas al gran puerto. Al fondo se veían unos buques grises amarrados en un gran pantalán. En las rodas había pintadas letras y cifras de color blanco. A la derecha, unas edificaciones de ladrillo rojo.

—Las vistas son lo mejor que podemos ofrecer. También tenemos café.

Señaló hacia una mesa oscura sobre la cual se disponían unas cuantas tazas de café. Las sillas recordaban a muebles ingleses antiguos. Elsa Harning vertió café de un termo.

—¿En qué les puedo ayudar?

—Tenemos una serie de preguntas sobre un grupo de las Fuerzas Especiales de la Marina que estaba activo en los años setenta.

—Los años setenta. Fue antes de mi llegada aquí.

—Lo suponemos —intervino Thomas—. Seguramente muchas cosas han cambiado desde entonces.

—Las Fuerzas Especiales de la Marina son nuestro cuerpo de élite. Han existido en Suecia durante cincuenta años. Supongo que saben que el cuerpo estuvo activo cerca de Vaxholm hasta

hace poco. Se trasladaron a Berga el año pasado.

Thomas buscó su mirada.

—Tengo una casa de veraneo en Harö, al lado de Korsö.

—Entonces sabrá que la importancia de Korsö ya no es la misma.

—Sí, eso he oído. ¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Elsa Harning—. Eso se lo tendrá que preguntar al Parlamento. Son los que deciden los recortes en Defensa. Tener menos recursos obliga a hacer cambios, es lo que pasa, y no todos son populares. Algunas de las decisiones trajeron como consecuencia el traslado de la unidad a Berga.

—¿Nos puede contar un poco sobre las unidades de los cuerpos especiales? —preguntó Margrit.

—La misión principal de los cuerpos especiales es proporcionar un servicio de inteligencia a las demás unidades anfibias. El combate es su segunda misión, que se realiza o bien en grupo o por pelotones. Hablamos de soldados con una formación extrema y que llevan a cabo un entrenamiento estricto antes de ser considerados operativos.

Margrit escuchaba con interés.

—¿Qué implica eso?

—El que se presenta a los cuerpos especiales debe estar en una excelente forma física. Las pruebas de acceso son muy duras y exigen estabilidad psíquica, una buena forma física, talento en general y, cómo no, buena vista, buen oído y salud.

Thomas recordó su propia quinta. Jóvenes formados en fila, la timidez ante el examen médico.

—Para comenzar, se les somete a unas duras pruebas a nivel psicológico y físico antes de la admisión. La idea es que su voluntad, su fuerza y su actitud sean puestas a prueba.

—¿Nos puede dar algún ejemplo?

—Por ejemplo, tienen que correr diez kilómetros y someterse a una serie de pruebas de resistencia; entre otras, a una marcha con todo el equipo. Además, son entrevistados por psicólogos y examinados por fisioterapeutas y médicos.

—¿Y después?

—Los que son admitidos reciben formación durante once meses. En este período se entrenan en el archipiélago de Estocolmo. La formación consiste en distintos ejercicios, como tareas de reconocimiento, combate nocturno, entrenamiento en interrogatorio de prisioneros, servicio de armas y servicios especiales.

—Suena muy duro.

Los ojos de Margrit no dejaban de mirar a Elsa Harning.

—El objetivo es averiguar cuáles son sus límites. En una situación controlada en tiempo de paz, no en un ambiente de guerra. A esa situación se enfrentarán cuando las tropas participen en misiones de paz en el extranjero.

Margrit frunció el ceño.

—¿Se envía a las Fuerzas Especiales?

—Puede suceder.

—¿Alguna vez han tenido gente poco deseable en el grupo?

—¿Se refiere a locos armados con ganas de pelear?

La elección de las palabras hizo que Margrit perdiera la iniciativa.

Thomas se dio cuenta de lo hábil que era Elsa Harning. Era muy profesional, a pesar, o quizá, gracias al uniforme.

—Más o menos —contestó Margrit en tono débil.

—Ha pasado, pero no es lo normal. Tenemos unos patrones de selección muy sofisticados para impedir que ocurra una cosa así.

—¿Siempre ha sido igual?

—Supongo. De todas formas, los métodos se mejoran con el tiempo.

—¿Cómo era en los años setenta? —preguntó Thomas.

—No me atrevo a responder a esa pregunta. No hace mucho tiempo de eso. Y aunque había más voluntarios que hoy, también pasaban por un proceso de selección.

Thomas sacó la copia de la fotografía de Kaufman y la puso sobre la mesa.

—Buscamos información sobre estas personas. Estaban destinados en el mismo grupo que el dueño de la fotografía. —Thomas lo señaló—. Es este, el del medio, Bo Kaufman.

Elsa Harning cogió la fotografía y la miró detenidamente.

—¿Cuándo se tomó?

—A finales de los setenta. En algún momento del mes de julio de 1977.

—¿Puede ser que estén en Korsö?

—Sí.

Elsa Harning lanzó una dura mirada a Thomas.

—¿Puedo preguntar por qué buscan a estos hombres? El Departamento de Defensa ayudará en todo lo que pueda a la Policía, pero me gustaría saber qué es lo que sucede exactamente.

—Lo entendemos. El motivo es una serie de muertes que han sucedido en las últimas semanas. —Se acercó a Elsa Harning—. Este es Jan-Erik Fredell —dijo, y lo señaló con el índice —. Murió ahogado en la bañera, en su casa, el pasado sábado, estaba gravemente enfermo de esclerosis múltiple. Después tenemos a Sven Erneskog, que murió apenas hace dos semanas. Al igual que Fredell, murió ahogado en la bañera. De momento no sabemos si su muerte fue por causas naturales o no.

Thomas desplazó la fotografía más cerca de Elsa Harning.

—Además, una tercera persona relacionada con las otras dos ha muerto en circunstancias poco normales.

Se vio un cambio de expresión en la cara de Elsa Harning, que reflejaba que entendía la seriedad de su visita.

Thomas continuó identificando a los soldados fotografiados.

—Junto a Erneskog tenemos a una persona llamada Stefan Eklund. Al lado de él, uno que se apellida Kihlberg, no sabemos el nombre y hay muchas personas con este apellido. Era el jefe del grupo. —Thomas tomó un sorbo de café antes de continuar—. De los demás no tenemos datos. No sabemos ni su nombre ni dónde viven.

—Necesitamos saber quiénes componían el grupo e identificarlos para así localizarlos —añadió Margrit, y miró fijamente a Elsa Harning.

Thomas volvió a tomar la palabra.

—Tenemos una serie de muertes de las cuales una de ellas es un crimen. El único nexo de

unión que hemos podido establecer entre las víctimas es que hicieron el servicio militar juntos en los setenta. Además, tenemos un tercer fallecido, un joven universitario que se interesó por su pasado militar. Más no sabemos, por desgracia.

Si Elsa Harning estaba preocupada por la información que le estaban facilitando no lo demostró. Sin embargo, sus ojos indicaban concentración y seguía atentamente sus explicaciones.

Lo único que sí mostraba una preocupación creciente era el hecho de que manoseaba continuamente su reloj. Un elegante reloj de pulsera que movía de un lado a otro de la muñeca.

—Por ello necesitamos contactar con el resto de los miembros del grupo. Tenemos que hablar con ellos.

—Entiendo —contestó Elsa Harning—. Haré todo lo posible para conseguir información. Tengo que poner a alguien a buscar en los archivos una información que tiene treinta años de antigüedad. No todo está informatizado y es posible que tengamos que buscar en las microfichas, lo que nos llevará un poco más.

Consultó la hora en el reloj.

—Hoy es viernes, y ya es tarde. No me atrevo a prometer nada hasta pasado el fin de semana.

—Cuanto antes, mejor.

—Haré lo que pueda —aseguró la oficial—, pero de esto se encarga personal civil y tienen un horario laboral sobre el que lamentablemente no tengo autoridad.

Elsa Harning se levantó para acompañarlos a la salida. Se paró en la puerta y se giró hacia Margrit.

—¿Tienen alguna hipótesis de lo que sucede?

—Ninguna que podamos compartir en este momento de la investigación. Lo siento.

Lo cierto es que no tenían ninguna hipótesis, pensó Thomas. A cada paso que daban, surgían más preguntas. Como un espejo que se hubiera quebrado por la mitad, todas las fisuras iban hacia direcciones opuestas.

33

El teléfono de Thomas sonó justo cuando dejaban atrás Skarpnäck, de camino a Nacka.

—Soy Grönstedt.

Thomas tardó unos segundos en comprender que se trataba del forense de Västerås. Debía de haber recibido el mensaje que le había dejado antes de ir a Berga.

—Tenías unas preguntas sobre una autopsia. Era la de un tal Sven Erneskog. —La voz era grave y tenía un marcado acento dialectal escanés.

Thomas se preguntó qué hacía un escanés en Västerås, pero como era lógico podía haber miles de explicaciones.

—Sí, correcto. ¿Habéis hecho la autopsia?

—Noooeee —dijo. El dialecto era tan cerrado que costaba entenderlo—. Vamos con retraso. Falta personal. Seguramente la haremos el lunes, no creo que hoy nos dé tiempo.

—¿No has examinado el cuerpo todavía?

—He hecho una breve inspección ocular.

Thomas dudó un momento, luego dijo:

—Creemos que la muerte de Erneskog puede estar relacionada con una o más muertes que se han producido en la zona de Estocolmo.

Grönstedt respiró hondo. A Thomas le sonó como si alguien rascara el auricular.

—Eso cambia las cosas. Nos daremos un poco de prisa.

—¿Me puedes hacer un favor?

—Claro que síiiieee. —El dialecto volvió a tomar el mando.

—¿Puedes mirar si hay señales de yemas de dedos debajo de la piel u otra cosa que indique uso de violencia?

Grönstedt entendió enseguida qué quería decir Thomas.

—¿Quieres decir si alguien lo ha ahogado?

—Sí.

—Lo miraré. —Una pausa breve—. En otras palabras, no crees que se trate de un accidente.

—Eso mismo. Hace poco hemos tenido un caso parecido en Estocolmo.

Thomas resumió el dictamen de Saschen tras la autopsia de Fredell.

—De acuerdo. Te envío una copia de la autopsia en cuanto la tengamos lista.

Thomas carraspeó y Grönstedt entendió que quería algo más.

—¿Algo más?

—La verdad es que sí.

—Dime.

—¿Puedes mirar si hay rastros de jabón en los pulmones o en el cuerpo?

—¿Jabón normal, de fregar el suelo, por ejemplo?

—Sí.

Lena Fredell observó el dormitorio. Durante varios días había limpiado la casa con un celo furioso que la había llevado de habitación en habitación. Ahora no quedaba ni una mota de polvo en el piso. Había limpiado cada listón y fregado todos los suelos. También el congelador y la nevera.

El cansancio la pudo, cayó sobre una silla y se puso a llorar.

No había sido capaz de dormir en casa desde que encontraron a Jan y no pensaba hacerlo nunca más.

En cuanto hubiera borrado las huellas de los desconocidos que habían entrado en su casa con sus vozarrones y sus preguntas insensibles, dejaría las llaves a una inmobiliaria.

Solo podía pensar en lo que había pasado durante momentos breves. Si se paraba a pensar con detenimiento, notaba una presión en el pecho y tenía dificultades para respirar. ¿Qué tipo de persona era capaz de atacar a un hombre enfermo sin posibilidad de moverse? La única respuesta era que se trataba de un monstruo.

Había estado en su casa. Había entrado en todas las habitaciones y había obligado a Jan a meterse en la bañera y después lo había mantenido debajo del agua hasta matarlo.

Lena Fredell sintió escalofríos al pensar en ello. Evitaba entrar en el baño porque veía ante sí la cara aterrorizada de su marido. La angustia que debió de sentir al no poder respirar.

Durante los últimos años se había hecho a la idea de que Jan moriría antes que ella. A medida que su enfermedad evolucionaba, la seguridad de que se quedaría sola se hacía más patente, y un día se dio cuenta de que lo había aceptado.

Había llegado a formar parte de su día a día, como despertarse por la mañana y acostarse por la noche. Él iba a morir y ella enviudaría demasiado pronto. Nada podía cambiar por mucho que se enfadara o llorara.

Esta realidad hizo que apreciara los momentos que pasaban juntos. En vez de lamentarse de lo pesado que se hacía el día a día, valoraba el hecho de poder hacer su vida más fácil. Se había sentido feliz de nuevo, a pesar de que llevaban una vida muy distinta a la que habían planeado.

En la salud y en la enfermedad, habían prometido hacía veinticuatro años ante el cura y, para su sorpresa, descubrió que la enfermedad también tenía sus momentos alegres. El agradecimiento en la mirada de su marido cuando ella sabía lo que quería sin necesidad de que él lo dijera. El amor que expresaba la palmada de una mano temblorosa. Fue su objetivo que él mantuviera la alegría de vivir a pesar de que el cuerpo lo traicionara, y se sentía llena de una energía que no sabía que poseyera.

Pero nunca se había imaginado que la dejaría de esta forma.

El funeral se celebraría en la iglesia de Nacka el próximo viernes. Había repasado con el cura los salmos que se cantarían y la decoración de la iglesia. Después del entierro habría café y bocadillos en la casa parroquial. No se sentía capaz de invitar a los asistentes a su casa. No, después de lo que había pasado.

Muchos de los viejos amigos de Jan la habían llamado. Amigos que desaparecieron durante la enfermedad, pero que ahora se querían despedir. A buenas horas.

¿Dónde estuvieron durante los años difíciles cuando la enfermedad se agravó? Tendría que ignorarlos, pero no se sentía con fuerzas para actuar con orgullo. En cuanto las cuestiones prácticas estuvieran resueltas, se mudaría. Annelie estudiaba en Gotemburgo y a ella le gustaba la ciudad. Se podía ir a vivir allí y estar cerca de su hija.

Lena Fredell se levantó haciendo un gran esfuerzo, apoyándose en la cabecera de la cama. Abrió el armario para encargarse de la ropa. No había más habitaciones que limpiar, pero sí cosas que tirar. Tenía que repasar la ropa de Jan y decidir qué se podía dar. La mayoría, con toda seguridad, acabaría en la basura, pero alguna prenda se podía salvar.

Tardó una hora en repasar el primer armario. Cuando hubo acabado, estaba todo repartido en dos grandes bolsas de basura. Una con ropa para tirar y la otra para la Cruz Roja. Lena Fredell abrió el segundo armario, donde guardaban las fotografías y papeles viejos. Sacó uno de los álbumes y lo abrió. Una niña sonriente de cuatro años, con el pelo rizado y las mejillas rosadas, se encontró con su mirada, y los ojos de Lena se llenaron de lágrimas.

Annelie siempre había sido alegre y despierta, una verdadera niña de papá. Había tenido a su padre a sus pies toda la vida. La Policía se tuvo que encargar de llamarla para contarle lo que había pasado. Ella no había tenido fuerzas. Ahora solo quedaban ellas dos.

Se subió al taburete para poder llegar a la estantería superior. Entonces vio un espacio vacío entre las carpetas. Faltaba una. ¿Dónde estaría? Después lo recordó. Jan la tenía consigo cuando Marcus estuvo de visita. ¿Se la había dejado al estudiante con lo celoso que era de sus papeles? ¿Por qué lo habría hecho?

34

Cuando Nora subió a bordo del barco que se dirigía a Sandhamn soplaba un viento frío. Eran un poco más de las seis de la tarde y había comenzado a oscurecer. Ligeras agrupaciones de nubes tapaban el cielo, pero las predicciones daban buen tiempo. Esperaba que, por lo menos, se cumplieran durante unos días.

Pronto llegaría la oscuridad otoñal y tendrían que pasar meses hasta que regresaran las noches claras y tibias del verano.

Nora sintió escalofríos. Le gustaba estar en Sandhamn en otoño, pero sentía tristeza por los meses de frío y nieve que la esperaban.

Con una mano se ajustó la bolsa que le colgaba del hombro y saludó al marinero que estaba en la pasarela y que se encargaba del amarre del barco. Después entró y se dirigió como siempre a las escaleras que llevaban al primer piso. Al igual que a Simon, a ella también le gustaba sentarse en la cafetería a contemplar las islas y los islotes por los que pasaban.

Buscó un sitio. A esas alturas del año solía haber sitios de sobra, a diferencia del verano, en el que hordas de turistas invadían los barcos. A veces casi no se podía respirar a bordo y mucho menos sentarse.

Vio un perfil familiar en una de las mesas de la esquina y sintió un cosquilleo en el estómago.

Jonas Sköld levantó la mirada. Una sonrisa iluminó su cara.

—Hola. ¿También vas a Sandhamn este fin de semana?

Nora asintió.

—Me parece que sí.

Se levantó y apartó sus cosas.

—Aquí hay sitio.

Dio unos pasos y se hundió en el sofá que había enfrente.

—¿Estás sola? ¿Esta vez no viene ninguno de los chicos contigo?

Negó con la cabeza.

—Están con su padre. —Hizo un esfuerzo para quitarle amargura a su voz.

—Entonces ya somos dos sin hijos este fin de semana.

Nora intentó acordarse del nombre de su hija. No le había hablado mucho de ella cuando cenaron juntos. Hablaron de otras cosas.

—Wilma está con su madre —continuó él—, pero empieza a tener una edad en la que poco le puedo decir. Me contento con que aparezca de vez en cuando.

—¿Le gusta Sandhamn?

—Este año ella tampoco ha ido mucho. Hubo un cambio de planes, como te conté. Pero el próximo verano seguro que se queda unas cuantas semanas.

—Sandhamn es un lugar perfecto para los jóvenes. Hay un montón de cosas para la gente de su edad: tenis, windsurf y toda clase de actividades.

Jonas se rio.

—¿Trabajas para la agencia de turismo de Sandhamn? Eres realmente buena como publicista de la isla.

Nora se interrumpió, avergonzada.

—No era mi intención sonar como un folleto publicitario. —Se pasó la mano por el pelo—. He estado aquí cada verano desde que nací y me emociono con facilidad. No lo puedo evitar.

Hacía calor y se quitó la chaqueta; la colgó del respaldo. Se bajó un poco la cremallera del forro polar.

—He entendido la indirecta. No pienso cansarte hablando del tema.

—No pasa nada. A mí también me gusta Sandhamn. —Jonas se levantó con la cartera en la mano.

—¿Quieres algo?

Nora se lo pensó un instante.

—Una cerveza me sentaría bien.

Siguió con la mirada a Jonas. Vestía un jersey oscuro y vaqueros. Una vez más pensó en lo bien que estaba. No era una belleza escultural, como Henrik, que tenía un perfil griego. Los rasgos de Jonas eran más anchos, más suaves en cierta medida. Henrik era de pelo oscuro tirando a castaño, y tenía los ojos del mismo color que el pelo. Los de Jonas eran azules. Pensó que tenía unos ojos muy bonitos. Qué pena que fuera tan joven…

Jonas volvió con dos botellas de cerveza en una mano y dos vasos en la otra. Lo dejó todo sobre la mesa y sirvió las bebidas. El líquido dorado llenó de espuma los vasos y su aroma llegó hasta Nora.

—Salud —dijo Jonas—. Al fin viernes.

Ella tomó un sorbo de aquella cerveza tan suave y notó cómo se le relajaban los músculos. Con una mano soltó la pinza que le sujetaba el pelo y lo dejó caer sobre sus hombros.

—¿Te quedas hasta el domingo?

—Sí, cambiamos cada fin de semana. Adam y Simon no vuelven hasta el lunes por la tarde. ¿Y tú?

—Tengo que irme el domingo por la mañana. Vuelo a Bangkok por la noche.

—Suena maravilloso. Llevas una vida de lujo.

—No te creas. —Dejó su vaso sobre la mesa—. Las nuevas reglas de la Unión Europea nos permiten trabajar once horas seguidas. Cuando llegamos, vamos directos al hotel a dormir. De vuelta, nos esperan otras once horas.

Nora debió de parecer sorprendida porque Jonas alzó una ceja.

—También tiene sus ventajas. Entre vuelo y vuelo tenemos algo de tiempo libre que solemos dedicar a estar en la piscina del hotel o a ir de compras. No te puedes imaginar los encargos que nos hacen. Algunas azafatas lo tienen como un ingreso extra.

—Comparado con escribir contratos de crédito no me parece tan terrible.

Nora pensó en su despacho en el banco. Los montones de documentos, el libro azul de leyes sobre el escritorio, la estantería con libros de temática jurídica y las hileras de carpetas. Un hotel en Tailandia no parecía una mala alternativa.

De fondo se oían los motores del barco. Más allá de las anchas ventanas se divisaban las islas como siluetas sin color bajo la luz crepuscular. Los altavoces chisporrotearon detrás de ellos: «Como no tenemos pasajeros para Idholmen, hoy seguiremos directos a Sandhamn. El próximo muelle será Sandhamn».

Nora observó a Jonas con los ojos entrecerrados. Era fácil sentirse a gusto en su compañía. Se había quitado el jersey y ahora estaba en mangas de camisa. Parecía en buena forma, seguro que se cuidaba.

Se avergonzó de sus pensamientos.

Jonas había extendido uno de sus brazos sobre el respaldo del sofá, y con la mano del otro brazo sujetaba la cerveza. Se podía adivinar una barba de días que se le dibujaba sobre la cara como una sombra. Nora se tuvo que controlar para no acariciarla. En vez de eso, cerró los ojos y se hundió en el sofá. El silencio la relajaba. Era viernes y estaba de camino al archipiélago.

Por primera vez en mucho tiempo, no sentía un fin de semana sin niños como una interminable serie de horas que tenían que pasar antes de volver a estar con sus hijos.

Abrió los ojos y notó la mirada de Jonas.

DIARIO: FEBRERO DE 1977

Estoy preocupado por Andersson. El sargento disfruta cada vez que tiene que expulsar a alguien. Es como un depredador que espera a su presa, y parece que ha decidido hundir a Andersson.

Creo que Andersson lo presiente. Cuando duerme tiene tics, murmura en sueños y no para de dar vueltas en la cama durante toda la noche.

Kihlberg hace todo lo posible para cubrir a Andersson. Ha sido elegido jefe del grupo y, al igual que Martinger, se preocupa por nosotros.

Hace unos días tuvimos que hacer las camas ocho veces. Por la noche todo el mundo se acordó de la familia del sargento.

Andersson fue el que lo hizo en voz más alta.

Demasiado alta.

El sargento estaba detrás de la puerta del pasillo y lo oyó todo. Entró en la habitación con una sonrisa de oreja a oreja como si estuviera feliz con la ocasión que se le presentaba.

Mierda, pensé, cuando me di cuenta de que lo había oído todo. ¿Ahora qué pasará?

El sargento fue directamente hacia Andersson, ignorándonos a los demás.

«*Arco chino», le gritó. «Apoyado sobre la frente.*»

El arco chino es el peor de los castigos.

Andersson palideció. Después se agachó hacia el suelo duro. Colocó las manos a la espalda y alzó el cuerpo de tal manera que quedó como una v invertida, solo la frente y los dedos de los pies tocaban el suelo.

Vi que empezó a sudar por la frente.

El arco chino es terrible. Después de quince segundos sientes como si la cabeza estuviera atornillada, después de treinta segundos, es una tortura.

Pocos aguantan un minuto.

Andersson solo aguantó un rato. Luego cayó al suelo y se retorció con los ojos cerrados por el dolor.

El sargento lo miró con desprecio.

«*¡Ve por una pala!», gritó.*

Después le ordenó que cavara una zanja para una letrina. De un metro de profundidad como mínimo.

«*¡Rápido, Andersson!», gritó.*

Andersson consiguió levantarse del suelo y empezó a cavar.

Nevaba mucho. El termómetro indicaba trece grados bajo cero. La nieve llenaba la zanja a medida que Andersson cavaba. Estuvo cavando durante más de una hora, pero la tierra del suelo estaba congelada. La única forma de avanzar era picar centímetro a centímetro.

Tampoco era posible.

Lo vi a través de la ventana de la cantina. Una figura solitaria que parecía una sombra bajo la nevada. Tendríamos que haber estado allí todos, pero el sargento había decidido ensañarse con él.

Al final, Andersson se rindió y entró.

Sobre su gorra había una película de hielo y nieve. Se presentó ante el sargento que estaba sentado a una mesa jugando a las cartas con otros dos mandos.

Temblando de frío se puso firme ante el sargento.

«*Pido permiso para terminar de cavar», dijo.*

Se le veían los labios azules y tenía tanto frío que le costaba articular las palabras.

El sargento lo miró con un gesto interrogante. Después dio una calada al cigarrillo y lo apagó lentamente. Con su cabello rubio y su frente altiva parecía un oficial salido de una vieja película de guerra.

«*¿Tiene la zanja un metro de profundidad?*»

Arrastró las palabras.

Andersson negó con la cabeza. Las manos le temblaban.

Estaba de pie con las piernas abiertas y mantenía las manos detrás de la espalda, pero vi que tenía tanto frío que no las podía tener quietas. Los lóbulos de las orejas estaban blancos.

El sargento rio, pero los ojos reflejaban frialdad. Unas grietas finas en una cara sin ningún rastro de piedad.

En ese momento lo odié.

«*El dolor es la forma más alta de placer, Andersson», dijo el sargento sin mirarlo. Luego asió una carta y la lanzó sobre la mesa.*

«*Venga, deja que el chaval entre en calor», dijo uno de los mandos.*

De nombre Kolsum, es teniente. Veterano, como el sargento, con fama de ser un tipo legal. Kolsum hizo un gesto hacia Andersson.

«*El chaval parece un témpano. Ya basta.*»

El sargento pareció dudar, después se encogió de hombros y cogió una carta del mazo que había en la mesa.

«*Llena la zanja», dijo, sin dirigirle la mirada a Andersson.*

SÁBADO

(SEGUNDA SEMANA)

35

La mano que desenroscó la tapa de la botella tembló.

Bo Kaufman soltó una maldición. No entendía por qué tenían que complicar tanto el hecho de abrir una botella. Se secó el sudor de las manos en el pantalón y lo intentó de nuevo.

Con un golpe seco, consiguió abrir la botella y tomó un buen trago.

Desde que la Policía había ido a verlo no había parado de beber. Era consciente de que estaba en baja forma, peor que nunca. Le costaba concentrarse y el temblor de las manos se le había extendido por todo el cuerpo.

Hacía días que apenas comía, pero no tenía nada en la nevera. No le quedaba tabaco y pronto le pasaría lo mismo con el alcohol. Esta era su última botella.

Tenía que bajar al centro comercial antes de que cerrara la licorería, de lo contrario se vería obligado a comprarle alcohol a cualquiera. Y prefería no hacerlo, costaba más y no había garantías de que fuera de calidad.

Entró en el pequeño baño para mear. Intentó no mirarse en el espejo, pero vio una imagen fugaz de su cara cuando se puso delante de la taza del váter.

Parecía una ruina.

¿Por qué cojones se habían presentado los policías a husmear en su casa?

Cuando acabó, se remojó la cara y las axilas. Después se lavó los dientes, por primera vez en días, y se puso una camiseta limpia.

Tenía que salir antes de que las tiendas cerraran y no podía parecer un vagabundo, ya que se podían negar a venderle alcohol. No hubiera sido la primera vez que le pasaba.

Sintió que le faltaba el aire cuando llegó al dormitorio y se sentó en la cama deshecha.

Durante treinta años había intentado mantener los recuerdos a raya. Le había costado su mujer, una vida ordenada, la relación con su hijo.

Todavía estaba aterrorizado.

Cuando los policías le preguntaron no se atrevió a decir palabra. Simuló no entender, como si no recordara nada. Se sentía igual de sometido ahora que entonces. La angustia desaparecía solo con el alcohol. Una angustia negra como la noche, que lo consumía y lo desgarraba.

Durante años trabajó como electricista. Se comportaba de día y solo bebía por las noches y los fines de semana. Tenía que conducir en el trabajo y prefería no arriesgarse, no quería que lo pillaran en un control de alcoholemia.

Cuando su hijo era pequeño tuvieron unos años buenos. Entonces logró mantener la maldad a raya. Pensaba en su hijo e intentaba resistir. Habían sido felices durante esa época. Pero al final

volvieron las pesadillas y lo único que hacía la realidad tolerable era el vodka que le corría por la garganta.

Muchas veces se había prometido que lo dejaría antes de que las cosas se salieran de madre. Fueron promesas vacías.

Cuando el chico llegó a la adolescencia no aguantó más. El chaval se avergonzaba de su padre y desaparecía con sus amigos en vez de estudiar. Eva se cansó de quejarse y de decirle lo que tenía que hacer. Durante años le había suplicado que buscara ayuda. Lo amenazó con abandonarlo si no cambiaba y al final cumplió su palabra.

En cierto modo, él sabía que acabaría así. En el fondo siempre había esperado que lo abandonaran, no se merecía otra cosa.

No después de lo que hizo.

No había ninguna ayuda para él. Ya era demasiado tarde.

El timbre agudo del teléfono rompió el silencio y Bo Kaufman dio un respingo. No solía recibir llamadas. Le llamaban tan poco que casi se alegraba cuando un joven operador le intentaba vender algo. Por lo menos escuchaba una voz humana; le gustaban sobre todo las de las chicas jóvenes que intentaban venderle algún producto o le informaban de una oferta. El teléfono siguió sonando.

Bo Kaufman se levantó y fue hacia el aparato que colgaba de la pared del pasillo. Justo cuando iba a levantar el auricular, el teléfono dejó de sonar.

Se quedó de pie mirando embobado el aparato, que tenía unas manchas de grasa con la forma de dedos.

Volvió a sonar.

—Kaufman —respondió con voz ronca.

No reconoció la voz pero contestó a la pregunta.

—Sí, estoy en casa.

DIARIO: MARZO DE 1977

Esta mañana me ha dado un ataque de pánico cuando íbamos a realizar la prueba de las máscaras antigás. O peor aún, me he derrumbado, literalmente.

Nos formaron y nos metieron por parejas dentro de una habitación oscura llena de gas. Había tanto humo que era imposible ver nada, los mandos tenían que iluminar la salida con linternas; de lo contrario aún seguiríamos allí.

Las instrucciones eran claras. Teníamos que entrar en la habitación, quitarnos la máscara, aspirar profundamente y luego volvernos a poner la máscara.

Después teníamos que pedir de forma correcta permiso para salir de la habitación antes de que nos dejaran pasar.

Durante el ensayo de la prueba nos enseñaron que el gas mostaza huele a ajo mientras que el gas de nitrógeno de mostaza huele a pescado. El gas, si estás nervioso, te mata en unos minutos.

Mientras esperábamos, en la fila crecía la preocupación. Uno tras otro abandonaban la habitación después de hacer el ejercicio y parecía que se les iban a salir los pulmones por la boca de tanto que tosían.

Kaufman salió corriendo, cayó de rodillas y vomitó. Primero fueron arcadas hasta que al final vomitó solo bilis mientras se agitaba arrodillado en el suelo.

Cuando llegó mi turno me faltaba el aire. Sentía que la sien me palpitaba. Me puse la máscara, pero me quedé clavado en la entrada de la habitación. Con un rudo empujón del sargento y tropezando unos pasos, me adentré en la habitación.

«*Muévete», murmuró tras su máscara.*

Di unos pasos. A mi lado vi que dos del grupo jadeaban con la mirada perdida.

Con las manos temblorosas me quité la máscara y respiré el humo.

El efecto fue inmediato.

Quería vomitar, toser y escupir. Me dolía terriblemente la garganta y las manos, que estaban sin protección. Me puse la máscara enseguida pero de poco me sirvió. Creí que me moriría allí mismo.

Martinger me levantó.

Parecía inmune al gas. Después supe que algunos reaccionan de esta forma. No les afecta.

«*Cálmate», me gritó. «Respira dentro de la máscara. Tienes que respirar*».

Se le caían los mocos mientras gritaba sin control. Lo arañé para liberarme y liberar la cara de la máscara.

Martinger no me soltó.

Después me contó que el gas queda impregnado en la ropa. Si me hubiera quitado la máscara, el gas que tenía en la ropa me habría subido a la cara.

Habría sido mucho peor.

Todavía me duelen los ojos. Nunca olvidaré el pánico que sentí.

36

Eran más de la una y Nora se sentía intranquila. Había dormido bien y no se había despertado hasta las nueve. Todo un récord personal.

Después de un largo desayuno decidió tomarse el día con calma. Se había traído algo de trabajo del banco, pero pensaba dejarlo para el domingo por la noche.

No tenía ganas de pensar en el trabajo ese fin de semana, así que se sentó en la terraza con un libro.

Fue a la cocina para hacerse un café con leche, con la misma cantidad de leche que de café. Así lo había bebido siempre desde que, en algún momento de la adolescencia, aprendió a apreciar el sabor del amargo brebaje.

Nora no se había acostumbrado a que la cocina de la señora Signe fuera ahora suya, a pesar de que había colocado sus cosas. Sus cortinas con puntillas todavía colgaban, recién lavadas pero sin ningún retoque.

Se sentó en una de las sillas blancas que rodeaban la mesa. Estaban desgastadas y descoloridas, pero a Nora le gustaban. No todo tenía que estar blanco y reluciente.

A través de la ventana vio que el serbal estaba lleno de frutos. Según la sabiduría popular, era una señal segura de que sería un invierno frío. Las hojas habían empezado a cambiar de color y algunas comenzaban a tener unos bellos tonos rojos y amarillos.

Olle Granlund estaba en el embarcadero, entretenido con algún quehacer. Nora recordó la promesa que le había hecho a Thomas. Tenía que preguntarle sobre Korsö.

Rápidamente se puso la chaqueta y se calzó unos náuticos que habían visto días mejores. Cerró la puerta y bajó hacia los pantalanes.

—Hola. ¿Cómo va?

Olle Granlund se dio la vuelta.

—Hola, Nora. ¿Vienes cada fin de semana?

—Sí, casi se podría decir que sí.

Nora se sentó en el banco que se apoyaba sobre unas piedras. Trozos de alga de color marrón claro flotaban mecidas por las olas delante de ella. El aire era fresco y límpido.

—Está tan bonito por estas fechas.

—Y te libras de los turistas.

—Sí, se está mucho más tranquilo. Aquí en la parte norte es tranquilo incluso en julio, aunque ya sea temporada alta.

—Recuerdo cuando casi no había gente por aquí. No se estaba tan mal.

Los turistas eran un tema de conversación permanente en la isla, casi como el tiempo. Si uno no tenía nada de qué hablar, siempre podía maldecir a los que invadían la isla en verano, cuando el puerto se llenaba de gente, acababan yendo en bicicleta en lugar de en coche porque no había otra forma de moverse por el pueblo.

—Sabes que los necesitamos para la supervivencia de la isla —dijo Nora como tantas otras veces—. ¿Cómo iban a sobrevivir, si no, los comercios en los que tú y yo compramos?

Olle Granlund soltó un benévolo bufido de desacuerdo. Llevaba un mono vaquero azul. Nora vio que de uno de los bolsillos sobresalía una cinta métrica muy usada.

Acarició con la mano la suave plancha de madera. Estaba caliente del sol y se preguntó cuántas veces había estado sentada en ese banco mirando cómo el sol se hundía en el mar.

¿Cómo podría abordar el tema de Korsö? Si le contaba que la Policía se interesaba por la isla, puede que no le contase nada. Se decidió por decir una media verdad.

—Hay una cosa que me intriga. El otro día me contaste que habías hecho el servicio militar en Korsö. Tengo un amigo que está interesado en la historia de la isla. ¿Recuerdas algo de cuando estuviste allí?

Olle asintió.

—Sí que lo recuerdo. ¿Hay algo en especial que quieras saber?

Se hizo el silencio mientras Nora reflexionaba.

—¿Sabías que fueron prisioneros de guerra rusos quienes construyeron el faro en 1747? —dijo Olle Granlund, interrumpiendo sus pensamientos.

Nora negó con la cabeza.

—¿Cuándo llegó la artillería de costa?

—A ver, déjame pensar… —Olle Granlund se recostó en el banco—. Fue durante la época de entreguerras. Cuando la amenaza bélica planeaba sobre Europa. Desde aquí se podría cerrar el acceso marítimo a Estocolmo, en caso de invasión. Creo que empezaron a instalar la artillería pesada a mitad de los años treinta. El equipo central se montó en la torre.

Nora sabía que el faro de Korsö fue sustituido por el de Sandhamn, que comenzó a operar en 1869. Ahora era una torre. La torre de Korsö.

—¿Toda la isla estaba fortificada?

—Lo estuvo al final, porque fueron construyendo distintas defensas. Cuando yo estuve allí, la mayoría de los túneles ya estaban construidos. Después se continuó construyendo a mediados de los noventa, que fue cuando se desmanteló. La batería se quedó sin munición y la mayoría de las defensas se derribaron o se inutilizaron. Todavía se usa en verano, pero no con el mismo fin que antes.

Olle hablaba con la espalda recta y gesticulando. A Nora no le costó imaginárselo como el joven soldado que fue una vez.

—¿Cómo sabes tanto de la isla? Pareces una enciclopedia viviente.

—En tiempos, fui de las Fuerzas Especiales. —La voz de Olle sonaba distinta—. Hay una asociación para viejos veteranos como yo, así es cómo uno se entera de lo que pasa en la isla. De vez en cuando, nos reunimos allí. Los soldados que la ocupan suelen enseñarnos a los viejos las cosas modernas de las que disfrutan ahora.

—Está muy cerca. —Nora giró la cabeza en dirección a Korsö, que se dibujaba más allá de la bahía—. Y no sé nada de ella.

—¿No has estado nunca?

—Pues claro que no. Está prohibido.

Olle Granlund le dirigió una larga mirada.

—Lo siento. Soy así. Soy abogada, hago lo que me dicen que puedo hacer.

—¿Quieres que vayamos de excursión? —Olle señaló su viejo fueraborda, que estaba amarrado en el pantalán con el motor a bordo.

—¿No está prohibido viajar a la isla?

El anciano le dedicó una sonrisa llena de picardía.

—¿Crees que alguien va a detenernos cuando desembarquemos?

Nora negó con la cabeza.

—Entonces…

Se levantó y se dirigió a la barca sin esperar respuesta.

37

Eran casi las dos de la tarde cuando Thomas se dio cuenta de que tenía que irse a casa. Había dedicado toda la mañana a repasar en la comisaría el material que no había tenido tiempo de leer durante la semana, pero tampoco había sacado nada en claro. Estaba harto de los montones de documentos y le dolía la espalda.

Marcó el número de Pernilla para decirle que salía para casa.

—Llego en un rato. ¿Quieres que compre algo por el camino para la cena?

—No sé. No tengo mucha hambre. —Pernilla se rio—. Ya sabes por qué.

—Me pararé en el supermercado a ver si veo algo.

—¿No nos vamos a Harö este fin de semana? ¿No es demasiado tarde ya?

Thomas tenía ganas de irse al archipiélago. Aunque solo fuera por un día prefería estar allí que en la ciudad. Pero Pernilla estaba cansada y en esas fechas no salían muchos barcos. Puede que incluso ya hubiera salido el último.

—Sí, puede ser. De todos modos, Nora nos ha invitado a cenar si vamos. ¿Puedes llamarla y decirle que no vamos a ir?

—¿Se va a molestar?

—No te preocupes. Lo comentamos, pero tampoco concretamos nada.

—De acuerdo. Nos vemos dentro de un rato. Conduce con cuidado.

Apenas pasó un minuto y el teléfono sonó.

Thomas, que pensó que era Pernilla la que llamaba, porque ya sabía qué quería para la cena, contestó enseguida.

—¿Eres Thomas Andreasson? —Oyó un inequívoco dialecto escanés.

—Sí.

—Soy Grönstedt, de Västerås. Me alegra saber que la Policía de Estocolmo trabaja los fines de semana.

—Tú también, por lo que veo.

—Oye, Andreasson, maaaaeee me despertaste la curiosidad. —Una vez más pronunciaba me como maaaaeee, y Thomas se imaginó a un corpulento y bonachón escanés—. Hemos hecho la autopsia a Erneskog esta mañana.

Thomas agarró el teléfono con fuerza.

—¿Y la conclusión es?

—Muerte por ahogamiento. Tenía agua en los pulmones y estaba muy borracho en el momento de morir. El índice de alcohol en sangre era de uno coma cinco. Debió de beberse casi

entera la botella de whisky que se encontró al lado de la bañera.

Thomas abrió un cajón para sacar un cuaderno y tomar nota.

—¿Algo más?

—Me diste una buena pista. No encontré ninguna señal de presión en el cuerpo, pero tampoco creo que fuera necesario.

—¿Por qué?

—Porque hay una señal redonda alrededor del pecho. Un claro moratón que tuvo que producirse antes de la muerte.

—¿Puede tener una explicación natural?

—No. Tuvo que producirlo un objeto sujetado por otra persona. Se ve claramente que a la víctima la agredieron con ese objeto, presionando en diagonal, desde arriba.

—¿Tienes idea de qué pudo ser?

—No hay palmas de manos que dejen este tipo de señal.

—¿Cómo es?

—Totalmente redonda. De unos cinco centímetros de diámetro. Podría ser un bate de béisbol.

Thomas intentó imaginarse a Erneskog en la bañera, totalmente borracho y con la cabeza apenas fuera del agua.

El asesino no debió de necesitar mucha fuerza para mantenerlo debajo del agua presionando con un objeto fuerte y largo. Debió de estar entre tres y cuatro minutos. Seguramente solo se resistió al principio.

—¿Puede ser que resbalara? —preguntó Thomas, aunque no estaba convencido de ello.

—Mostraría otras marcas. Si hubiera resbalado y se hubiera hecho daño, tendría marcas por todo el cuerpo. Además, en la periferia de los moratones habría pequeñas fragmentaciones.

—Entiendo.

—Con toda probabilidad, Erneskog fue asesinado.

—¿Es lo que crees?

—Sí.

Eso significaba que se trataba de un asesino en serie. El caso era tan grave como temía.

—Además —continuó Grönstedt—, tenías razón con lo del jabón. Había jabón tanto en el agua de la bañera como en los pulmones de Erneskog.

38

Cuando atravesaron el puerto, a pesar de estar ya en otoño, Nora vio que había varios veleros amarrados. El muelle grande frente al edificio del Real Club Náutico parecía abandonado y no había nadie sentado en la terraza del bar.

Soplaba una brisa fresca, que hacía ondear el pelo de Nora. El sol lucía en el cielo y Nora se protegió los ojos para ver mejor. Pasaron el islote de Lökholmen y su entrada de mar. Una zona poco profunda donde solía estar el campamento de vela. Estaba vacía. Todos los barcos se los habían llevado a Saltjöbaden, donde se encontraba el nuevo edificio del club. El agua se rizaba en la entrada por la ligera brisa.

Olle hizo un viraje amplio y entró en la bahía de Korsö, que estaba limitada por la isla de Kroksö al oeste. Nora vio el ancho embarcadero de cemento. Iba paralelo al muelle de madera que seguía la línea de la costa. En las excursiones con la familia había visto barcos pintados de camuflaje amarrados allí.

Olle Granlund apagó el motor y colocó la barca al lado del muelle. Nora la amarró y saltó sobre el pantalán. Se quedó parada, un poco nerviosa, y miró a ambos lados. No se veía a ningún soldado. Lo único que vio fue unas gaviotas que planeaban alto sobre el agua en busca de comida.

—Ven —dijo Olle Granlund—. No hay ningún peligro.

Nora lo siguió. Un camino de asfalto en malas condiciones, invisible desde el mar, conducía a una plaza delimitada por casas de dos plantas, de color rojo, con puertas negras y claraboyas.

—Estas son las instalaciones.

—Qué grande que es todo.

—Hay mucho más. A la izquierda hay otro camino que lleva a un grupo de casas parecidas.

Nora se paró ante un edificio con unas ventanas divididas. La fachada era de color marrón oscuro y unos escalones daban a una ancha puerta doble.

—Esta es la cantina. Aquí podías comprar tabaco y otras cosas.

Nora miró a su alrededor. Era como estar en una ciudad fantasma. Todo estaba en su sitio, solo faltaban las personas.

—Vamos a la torre —propuso Olle.

El camino era más largo y empinado de lo que se había imaginado. Cuando llegaron a lo alto de la torre le faltaba el resuello, pero las vistas merecían el esfuerzo. El mar Báltico se extendía ante ellos, infinito. El faro de Almagrundet se podía adivinar justo donde el mar y el cielo se

unían formando una especie de niebla azul. Unas pequeñas islas destacaban a lo lejos como si fueran florecitas de color marrón. El mar estaba tan liso que a Nora no le costó entender que la gente de la Edad Media creyera que el mundo era plano.

—No sabía que Korsö fuera tan abrupta.

—Por eso esta isla es perfecta como punto de observación y defensa. De importancia estratégico-militar, como se suele decir.

A poca distancia había una casa pintada de blanco que se erguía sobre una colina alta. Olle Granlund señaló aquella construcción tan sencilla.

—Esa es la antigua casa del farero. ¿Has oído hablar del farero Avén?

—Creo que sí.

—Fue un cultivador de rosas legendario. Elias Sehlstedt, el poeta, escribió unos versos sobre él un día de san Juan. Empezaban así: «¡Suenen las campanas por Avén! / ¡Banderas y saludos! / ¡Que sus flores te den la felicidad!».

—¡Qué bonita! —Nora admiró la torre.

En la fachada de piedra se adivinaban algunas aspilleras. En lo alto de la torre había una construcción con pequeñas ventanas alrededor. Recordaba a una torre de control con vistas en un radio de trescientos sesenta grados.

—¿Has estado arriba?

—Muchas veces. En el centro hay una cocina y un dormitorio. No son espacios muy amplios, pero sí lo suficientemente grandes.

Olle Granlund palmeó el edificio como si fuera un viejo amigo.

—Además, la torre se usaba en algunos de los entrenamientos de los soldados.

—¿Cómo?

—Entre otras cosas, tenían que bajar con una cuerda por la fachada como entrenamiento.

—¿Bromeas?

Observó lo alta que era la torre. Tener que bajar por ahí le parecía terrible. No había donde agarrarse, nada que amortiguara el duro golpe contra el suelo de piedra.

—Te puedes matar.

—Seguramente existía ese riesgo —Olle Granlund sonrió—. Pero si uno tenía que convertir a unos muchachos en hombres…

—Es una auténtica locura. No se puede someter a unos reclutas a situaciones tan peligrosas. No en el Ejército sueco, por lo menos.

—Tendrías que saber la de cosas que podían ordenar a los reclutas de las Fuerzas Especiales. Esto no es lo peor que te podían pedir.

Una sensación de malestar invadió a Nora.

—¿Cosas como qué?

Olle Granlund giró el rostro como si se hubiera arrepentido de haber hablado. Comenzó a caminar de nuevo sin decir nada.

De repente, a Nora, la sombra de aquella torre tan alta le pareció amenazadora.

DIARIO: MARZO DE 1977

Hoy han venido unos periodistas de visita. Estábamos en grupo cuando pasaron y oímos que preguntaron sobre las actividades que se hacían aquí.

¿Era cierto, como decía el rumor, que había oficiales con tendencias sádicas?

«*Se habla mucho sobre la formación», dijo un muchacho con unas gafas de aviador tornasoladas y un polo color crema. Parecía alterado, como si esperara una revelación.*

El capitán Westerberg negó con la cabeza. Era unos quince centímetros más alto que el delgado periodista. Westerberg se inclinó y explicó que algunos mandos podían pecar de «exceso de ambición» a veces. Nada más.

Después mostró una sonrisa encantadora, como si lo que el periodista había preguntado fuera un hecho totalmente ajeno a él. Fue raro, porque el periodista dejó pasar el asunto y se fue.

Tendrían que conocer al sargento, pensé con furia, entonces sabrían lo que es un cabrón de verdad.

El otro día leí un artículo sobre su padre en uno de los periódicos de la tarde. En la fotografía que lo ilustraba, el padre lucía un uniforme de almirante, con medallas y bordones, y estaba situado junto a otros altos mandos. Por lo visto, había habido una visita de buques extranjeros y lo habían invitado a la recepción real que se hacía por ese motivo.

No podía dejar de preguntarme si el sargento había leído el artículo con su padre. ¿Se parecen padre e hijo? ¿Son igual de cabrones?

Los otros mandos se podían comportar mal a veces, pero nadie llegaba tan lejos con sus castigos como el sargento. A veces me pregunto si está en sus plenas facultades.

Pero nadie dice nada, nadie actúa.

Seguramente es porque su padre conoce al jefe de la compañía. Todos estos altos mandos se conocen y se hacen favores.

39

Margrit contestó a la tercera señal cuando Thomas la llamó desde su despacho.

—Me ha llamado el forense de Västerås. Erneskog también ha sido asesinado.

—Primero, Fredell, y después, Erneskog.

—Y, probablemente, Marcus Nielsen.

—Sí, me parece que también lo tenemos que clasificar como asesinato.

Margrit sonó cansada como si se diera cuenta de las implicaciones que conllevaba lo que acababa de decir.

—Parece que tenemos un asesino en serie en acción.

—Sí, la pregunta no es solo quién, sino por qué.

Se hizo un silencio.

—Necesitamos esos nombres del Ejército. Lo antes posible.

—Voy a intentar meterle prisa a Harning.

—Hazlo. Puede haber más…

Thomas no terminó la frase. Margrit entendió lo que intentaba decirle.

—¿Kaufman?

Thomas miró el reloj. Le había prometido a Pernilla que iría a casa a cenar, pero una sensación desagradable crecía dentro de él.

—Lo llamaré y me aseguraré de que está bien. Si no contesta, voy a su casa.

—¿Solo?

—Iré con cuidado.

Olle Granlund guio a Nora hacia el este, más allá de la torre. Ahora el bosque iba perdiendo presencia para dar paso a arbustos y hierbajos que crecían entre las grietas. Había enormes rocas grises esparcidas por doquier. Nora tenía que ir con cuidado para no golpearse.

Después de un rato, llegaron a un búnker de cemento con el techo plano, construido en el acantilado. Cuatro aperturas rectangulares estaban orientadas hacia el mar.

—Esto se llama un nido de águila —dijo Olle—. Debajo de las aspilleras había una mesa de madera para la ametralladora y la munición.

Nora observó la extraña formación que sobresalía de la piedra. Se confundía con la naturaleza, pero no del todo. Era una especie de combinación extraña de piedra ancestral con material de construcción moderno.

—¿Cuántos búnkeres hay en la isla?

—Muchos. La mayoría están mejor camuflados que este o han sido demolidos. —Señaló con el dedo—. Allá abajo había una entrada para la rampa de lanzamiento de cohetes antiaéreos.

Olle se dio la vuelta y escupió el tabaco sobre los hierbajos. Un grupo de mosquitos sobrevoló el punto en el que cayó, como una nube de polvo que después desapareció en todas direcciones.

—Hacia allá está la montaña del metro.

—Curioso nombre. ¿Por qué se llama así?

—Allí estaba la sala de guerra. Se construyó en los años ochenta y la entrada era un túnel redondo de chapa ondulada que recordaba al túnel de un metro.

Nora miró el paisaje. Había algo triste en aquel entorno abandonado a su suerte después de tantos años.

—Debió de costar mucho dinero construir esto. Es difícil entender que se abandonara.

—Hay dependencias por toda la montaña: habitaciones para urgencias, corredores para comunicarse, sala de máquinas, almacén de municiones. Todas las puertas estaban hechas a prueba de gases por si el enemigo usaba gas venenoso.

Gas. Esa palabra hizo que una sensación desagradable recorriera el cuerpo de Nora.

—¿Se puede entrar?

Olle Granlund negó con la cabeza.

—Todo está sellado. —Caminó unos metros hasta el borde—. Pero este búnker se mantiene perfecto. Mira.

Nora se acercó.

De cerca el cemento parecía fundirse con las rocas. En sus grietas habían crecido algunas plantas. Habían pasado casi setenta años desde su construcción y el cemento se fragmentaba lentamente.

Bajó unos escalones para así quedar a la altura de las aspilleras. Algo sobresalía de una de las esquinas y Nora se agachó. Entre dos placas había un papel amarillento. Las letras estaban impresas con una tipografía vieja, como si se hubieran escrito con una máquina de escribir.

«ETIQUETA DE IDENTIFICACIÓN para adherir al equipo perteneciente al herido (enfermo, muerto)», ponía con letras descoloridas.

Era una etiqueta para identificar a los cadáveres.

No había mucho tráfico. Thomas siguió por la autopista a la velocidad permitida de noventa por hora. Con una mano sujetaba el volante y con la otra marcó el número de Bo Kaufman. No contestaba, al igual que cuando lo llamó desde la comisaría.

Una voz metálica le comunicaba que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura y que podía llamar más tarde.

—¡Contesta ya!

La preocupación crecía cada vez que pulsaba el botón de rellamada.

Thomas iba a intentarlo de nuevo cuando escuchó el sonido como de una explosión o de un disparo. Fue tan de improviso que se le cayó el móvil de la mano.

Tocando la bocina se acercaba hacia él un camión en la curva. Iba dando bandazos y había invadido su carril. El pesado remolque que llevaba detrás se movía sin control, se inclinaba en un

ángulo extraño y parecía a punto de volcar hacia el lado de Thomas. En la cabina del camión, detrás del volante, vio la cara blanca y asustada del conductor, que no paraba de tocar la bocina.

Thomas actuó instintivamente.

Pisó el freno mientras intentaba evitar el remolque.

Fuera, fuera, tenía que evitarlo. Nada más importaba.

El Volvo era pequeño comparado con el enorme camión que se abalanzaba sobre él. Si el remolque volcaba, estaba perdido.

Con todas sus fuerzas, pisó el freno para disminuir la velocidad a la vez que daba un volantazo.

El Volvo patinaba y él luchaba por mantener el control. Si los frenos se encasquillaban, iría directamente hacia el otro vehículo. Sería un choque frontal. El asfalto estaba húmedo. ¿Eso era bueno o malo? No lo recordaba con exactitud. La distancia entre él y el camión se reducía.

Thomas apretó los dientes.

40

Habían andado haciendo un semicírculo y se acercaban al muelle. Olle le había mostrado a Nora más entradas y otros accesos sellados. Si no hubiera sido porque él se los había enseñado, la mayoría le hubieran pasado desapercibidos. Estaban bien camuflados en el entorno.

Unos metros antes de llegar a la playa, pasaron junto a una montaña cercada por redes de acero. El verdor penetraba por la red y se enredaba con el metal. Era casi imposible distinguir dónde estaba la entrada.

—Ahí dentro pasé muchas noches —dijo Olle, y la señaló—. Son muchos los recuerdos que se despiertan al pasear por aquí.

La frase le recordó a Nora la pregunta de Thomas sobre viejos rumores.

—¿Has oído hablar de que pasaran cosas extrañas aquí? —preguntó con tacto.

—¿Qué tipo de cosas extrañas?

Nora se encogió de hombros.

—Ya sabes, historias, rumores. En sitios como este debe de haber toda clase de leyendas sobre las pruebas a las que se sometían a los soldados y cosas así.

Se alzó una ligera brisa. El aire chocó, frío, contra su mejilla.

—Sí, Nora, no sé. Claro que hay viejas historias. —Una sombra pareció enturbiar su mirada —. Pero no me acuerdo ahora mismo de nada en especial. —Dio unos pasos y luego se paró.

—Tienes que entender que los hombres destinados aquí iban a convertirse en soldados de élite. Su resistencia se ponía a prueba hasta la extenuación. Se intentaba provocar una agresividad controlada. El objetivo era crear soldados que no se detuvieran ante nada para así poder cumplir sus objetivos.

—Eso es fascismo puro y duro. —Las palabras salieron de su boca sin que Nora pudiera impedirlo.

Olle Granlund acusó aquellas palabras.

—Nunca había pensado en ello.

Algo se movió entre los hierbajos. A lo lejos se oía un barco.

Nora cerró los ojos e intentó imaginarse cómo era el sitio cuando estaba habitado por cientos de soldados. Jóvenes con el pelo rapado, tan aleccionados que obedecían órdenes despiadadas e irracionales sin cuestionarlas ni protestar.

Nora pensó en Adam y Simon, con sus cuerpos infantiles y sus mejillas sonrosadas. ¿También se les podría presionar hasta el límite en un ambiente así? Se acercó a una de las enormes puertas y tocó el metal. Una sensación de claustrofobia la invadió. No se podía imaginar

cómo sería estar encerrada en una habitación húmeda y pequeña excavada en la montaña, rodeada de armas y de soldados callados y nerviosos. Todos con un solo objetivo en la mente: detener al enemigo al precio que fuera.

¿Cómo se superaba una formación tan dura? Una cosa así tenía que marcar para toda la vida. Y, después de aquello, esas personas ¿en qué se convertían?

41

Cuando los dos vehículos estaban a punto de chocar, Thomas consiguió girar. El Volvo siguió unos metros y al final logró frenar. La parte delantera del camión pasó a pocos metros de distancia, pero el remolque rozó la parte delantera del Volvo lo suficiente para que el vehículo diera un pequeño salto hacia delante y se parara en seco con el capó empotrado en la cuneta.

La fuerza de la colisión lanzó a Thomas a un lado, pero el cinturón de seguridad impidió que saliera disparado. El coche permaneció sobre las cuatro ruedas sin volcar. Se estremeció por última vez y se quedó sentado. El airbag no se había activado.

El silencio reinaba a su alrededor.

Al cabo de un rato, Thomas se dio cuenta de que todavía agarraba el volante con ambas manos. Tenía el pulso desbocado y la espalda bañada en sudor.

Intentó obligarse a respirar con calma, con regularidad. En el espejo retrovisor vio su cara pálida. El camión se había parado a unos veinte metros de él. El remolque invadía el carril contrario.

Se dio cuenta de que el conductor estaba golpeando la ventanilla. Con un enorme esfuerzo, se obligó a soltar el volante y a bajarla. Un penetrante olor de goma quemada entró dentro del coche.

—¿Estás bien?

El camionero tenía acento finlandés. Parecía muy asustado y sudaba.

Thomas asintió y abrió la boca.

—Creo que sí. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha reventado una rueda.

El camionero señaló la parte trasera del camión y vio que dos de las ruedas estaban totalmente deshinchadas.

—Un estallido y perdí el control. Y de repente apareciste. ¡Joder!

Thomas se dio cuenta de que el cinturón de seguridad le hacía daño. Con movimientos lentos, se lo quitó y abrió la puerta. Le temblaba todo el cuerpo y posó con cuidado sus pies sobre el asfalto. Una sensación repentina de vértigo lo obligó a apoyarse en el coche.

—Tengo que pedir que me remolquen—dijo el camionero—. Manoseaba, nervioso, su móvil —. El jefe no se va a poner muy contento. Ya venía con retraso. La carga va a Södertälje.

Thomas intentaba pensar. Le costó abrir la cartera para sacar su placa.

—Soy policía.

El conductor empezó a sudar más. Grandes gotas se le acumulaban en la cara y le caían desde

la nariz a la camisa.

—No he bebido. Ha sido un accidente. Lo puedes ver. Las ruedas explotaron. No ha sido culpa mía.

Thomas guardó la placa con la mano temblorosa.

—Vas a tener que hacerte la prueba de todas formas.

—Lo juro. No he bebido ni una gota.

—Bien —replicó Thomas, cansado.

Tenía que quedarse hasta que llegara la Policía y los servicios de asistencia. Había que cortar la carretera antes de que alguien chocara contra el remolque. El Volvo seguramente se podría remolcar hasta el asfalto, pero llevaría un tiempo. Tenía que llamar a Pernilla.

Poco a poco, se le activó el cerebro.

Kaufman.

Buscó el móvil dentro del coche y lo llamó. Sin respuesta.

42

Cuando Olle y Nora llegaron al puerto eran más de las tres de la tarde. Nora le dio las gracias por la excursión y se fue a su casa.

Había sido una experiencia interesante ir a Korsö, pero la excursión le había dejado un mal sabor de boca. Le inquietaban los relatos de Olle sobre las distintas pruebas que tenían que superar los soldados.

Se estiró sobre el sofá de mimbre de la terraza. El sol lucía y sin darse cuenta se durmió. La despertó el teléfono.

—Hola, soy Pernilla.

—Hola —contestó Nora, medio dormida pero contenta de oírla.

Thomas era otra persona desde que había vuelto con Pernilla. Su viejo Thomas, su mejor amigo desde la infancia, volvía a ser el de antes después de unos años duros.

A Nora siempre le había gustado Pernilla. A diferencia de Henrik, ella no tenía nada en contra de la larga amistad que los unía.

—¿Venís a cenar esta noche?

—Lo siento. Thomas ha llamado hace un rato. Sigue en el trabajo. No nos da tiempo a tomar el barco.

Una noche más sola.

Nora no quería reconocerse a sí misma la ilusión que le hacía encontrarse con sus amigos.

—¡Qué pena!

Hizo todo lo posible para mantener un tono de voz neutro y no revelar su decepción.

—Sí, es una pena, pero Thomas está trabajando mucho últimamente. ¿No te importa?

—No te preocupes. Puedo cenar en Värdshuset o prepararme algo y ver un rato la tele.

Hasta ella misma se dio cuenta de que sonaba patético.

—Ahora tengo mala conciencia.

Nora se esforzó para sonar alegre.

—No pasa nada. Además, ¿vendréis el martes, que es el cumpleaños de Simon? Quedé en eso con Thomas hace un tiempo.

—Claro que iremos.

Sonó como si no supiera que estaban invitados. Con toda seguridad, Thomas se había olvidado de decírselo.

—¿Quiere algún regalo en especial?

Nora se imaginó a su hijo con piezas de colores esparcidas sobre el suelo.

—Cualquier juego de Lego. Puede pasarse horas construyendo cosas.

—Bien. Le compraros un Lego.

A través de la ventana, Nora vio a dos turistas japoneses que fotografiaban su casa. Algunos turistas se paraban ante la casa para admirarla.

—¿Estará Henrik también? —preguntó con prudencia Pernilla.

—Sí, por desgracia. No puedo prohibirle que venga al cumpleaños de su hijo.

—¿Y Marie? —dijo Pernilla, con voz temerosa.

—No. No pinta nada. No es su hijo el que cumple años. —Nora se dio cuenta de que no podía hablar de Marie sin parecer enfadada—. Habrá tarta de mazapán y nata. Es la favorita de Simon —dijo con fingida alegría.

—Suena bien. A Thomas también le gusta esa tarta. Nos vemos el martes.

Pernilla colgó. Nora miró el móvil. ¿Qué podría hacer esa noche? No quería estar sola con sus pensamientos. Era fácil ponerse triste y atormentarse con todo lo que había pasado entre Henrik y ella.

Si por lo menos se hubieran separado porque se había acabado el amor. Entonces, hubiera sido más fácil. No habría dolido tanto. Sin embargo, el detonante del divorcio fue que ella descubrió que le había sido infiel. Su traición había sido doble.

Y, para colmo, su nuevo amor se había instalado en la casa familiar.

Nora odiaba pensar que aquella mujer desayunaba en el mismo sitio donde ella se había sentado con la primera taza de café de la mañana y que se acostaba en la misma cama que Henrik y ella habían compartido.

Si Simon se despertaba por la noche y entraba en el dormitorio para buscar consuelo, yacía otra mujer al lado de su padre. Eso era lo que más le dolía.

En un momento de clarividencia, se dio cuenta de que no podía viajar hacia atrás en el tiempo. No quería estar casada con Henrik. Después de todo, la que había insistido en el divorcio había sido ella.

Todo hubiera sido más sencillo si él no se hubiera mudado tan rápido con Marie.

¿Cómo podía Henrik hacer borrón y cuenta nueva tan deprisa?

Después de catorce años de matrimonio y dos hijos, tendría que estar triste porque todo acabara de esa manera. No habían cumplido su mayor cometido: educar a sus hijos en una familia feliz y llena de amor.

La habitual sensación de fracaso la invadió y notó que se le humedecían los ojos. Se levantó y fue a la cocina a hacerse un café. A lo mejor la pondría de mejor humor.

Contempló su antigua casa.

Jonas le había dicho en el barco que también estaba solo ese fin de semana. ¿Y si lo invitaba, para corresponder la cena del fin de semana pasado? Prefería cenar con él que estar sentada sola en casa toda la noche.

Como si hubiera leído sus pensamientos, la puerta de la casa se abrió y apareció Jonas.

Nora lo saludó con la mano y antes de que se pudiera arrepentir abrió la puerta y cruzó los metros que separaban ambas casas.

Jonas salió a su encuentro.

Nora dudó. Le costaba proponerle que cenaran juntos.

—Hola. ¡Qué día más bonito!

No era muy original, pero a Jonas no pareció importarle.

—¡A que sí!

—Siempre suele hacer bueno aquí, incluso cuando llueve en Estocolmo. A veces se ven las nubes sobre la península mientras nosotros disfrutamos del sol.

No podía parar de hablar. Nerviosa, metió las manos en los bolsillos y pensó en cómo abordar el tema.

El cabello de Jonas estaba húmedo y tenía un poco de espuma de afeitar en una oreja.

—Había pensado ir a cenar a Värdhuset —dijo Jonas.

Nora sintió que el valor le fallaba.

—Me parece una buena idea. Que te lo pases bien.

Con rabia, sacó las manos de los bolsillos y se dio la vuelta para volver a casa. Estaba enfada consigo misma. Ahora tendría que pasar la noche sola. Tendría que haberle invitado a cenar en su casa.

Oyó la voz de Jonas a su espalda.

—¿No quieres venir? Pensaba pasar por tu casa a preguntártelo.

Nora se dio la vuelta enseguida. Todo iba bien.

—Encantada. Claro que sí. —Respiró hondo—. La verdad es que había pensado en invitarte a casa, ya que tú me invitaste la semana pasada.

A Jonas pareció gustarle su propuesta.

—Voy a buscar dinero.

—No hace falta. Yo llevo —dijo Jonas y mostró una cartera de cuero.

Nora se dio la vuelta y quedaron el uno enfrente del otro. Siempre se sorprendía cuando lo miraba directamente a los ojos.

—Era yo la que tenía que invitar.

—No te preocupes. Ya lo arreglaremos.

—No. Esta vez me toca a mí. En un minuto vuelvo.

Sin darle tiempo a responder, Nora corrió hasta su casa. Subió las escaleras a toda velocidad y se cambió rápidamente. Se puso un jersey elegante y se cepilló el pelo. Sacó un brillo de labios del bolso. En el espejo, vio de soslayo que había cogido un poco de color en la cara en la excursión a Korsö. No estaba tan mal después de todo, pensó Nora, y sonrió a su imagen reflejada en el espejo.

43

Pasaron unas cuantas horas hasta que volvieron a abrir la carretera al tráfico. Mientras tanto se habían formado largas filas de coches en ambas direcciones, y cuando Thomas al fin pudo irse tardó un rato en salir del atasco.

Consultó la hora en el reloj. Había hablado con Pernilla a las tres y eran las seis. Había pensado en llamar a Margrit para que se encargara de Kaufman, pero no creyó que tardasen tanto en remolcar el coche, y le pareció poco operativo que ella tuviera que atravesar media ciudad cuando él ya estaba a medio camino.

Sin embargo, cuando se desvió hacia la casa de Kaufman comenzó a arrepentirse de su decisión. Estaba agotado y lo único que quería era irse a casa a dormir. Seguía impactado por la colisión y, con toda seguridad, su cuerpo acabaría acusándolo. Le dolía el costado, donde se le había clavado el cinturón de seguridad.

Pero ahora no podía dar marcha atrás.

Kaufman seguía sin contestar al teléfono.

Una mujer con un carrito pasó al lado de Thomas cuando este bajó del coche. Thomas le sonrió con amabilidad, pero la mujer le giró la cara. La reacción lo sorprendió, aunque igual en aquel barrio estaba justificada. Dejó a un lado sus reflexiones y siguió hacia el portal de Kaufman. Con un poco de suerte existiría una explicación sencilla al porqué no le contestaba. Seguro que se había quedado dormido después de una borrachera y no oía el teléfono. Si Thomas tocaba el timbre con suficiente insistencia, Kaufman acabaría despertándose.

Y después por fin se podría ir a casa a dormir.

No funcionaba el ascensor. Thomas tuvo que subir a pie hasta el cuarto piso. Una vez allí inspeccionó las puertas. A través de la puerta de un vecino se oía un conocido programa de televisión. A Thomas le sonaba la sintonía. De los otros pisos no se oía nada pero había gente porque salía olor a comida.

Llamó un par de veces, pero no abrió nadie. Agarró el pomo de la puerta. No estaba cerrada y se abrió.

El cansancio desapareció al momento debido a la subida de adrenalina. Thomas sacó su pistola. Miró hacia el interior de la casa y entró. Pasó por delante de la cocina. Parecía incluso más sucia que la última vez que estuvo allí. Apestaba a tabaco y a cerveza. Una pila de latas llenaba el fregadero.

Con paso lento siguió hacia la pequeña sala de estar. Había un sofá lleno de manchas y una mesa con marcas de botellas de cerveza. Esos eran los únicos muebles, aparte de una televisión vieja en una esquina.

Kaufman no estaba en el salón.

Thomas se dirigió hacia el cuarto de baño. Asió el pomo de la puerta con cuidado y lo giró.

Luego abrió.

Lo único que vio fue la taza sucia del váter. La corriente que se produjo al abrir la puerta movió la cortina del baño y le llegó el olor de orín. Instintivamente dio un paso hacia atrás. El olor era repugnante. ¿Cómo podía aguantar Kaufman tanta miseria?

Pero ¿dónde estaba?

El apartamento seguía en silencio y Thomas miró a su alrededor. Solo le quedaba un sitio por ver.

El dormitorio.

La puerta no estaba cerrada, solo entornada. Thomas dio unos pasos y la abrió con un movimiento rápido.

De espaldas en la cama, entre sábanas sucias, yacía Bo Kaufman con la boca abierta.

Muerto.

DIARIO: ABRIL DE 1977

Mañana nos trasladan a Korsö. La isla queda enfrente de Sandhamn.

Vamos a estar allí hasta finales de agosto, casi cinco meses. Viviremos en lo que llaman el campamento de Korsö, un grupo de barracas, al este del muelle grande.

Dormiremos en habitaciones de dos o cuatro camas. Pequeñas habitaciones con literas, donde hay poco sitio para moverse. Va a ser agradable dejar de dormir en el pabellón con todos los ronquidos y murmullos durante la noche. Estoy cansado de eso.

Donde los barcos amarran hay una gran piedra en la que está grabado el juramento de las Fuerzas Especiales: «Yo (miembro de las Fuerzas Especiales) juro ante nuestro protector Torleif ser un ejemplo para los demás soldados, dar lo mejor de mí mismo en todas las situaciones, ser un buen compañero y no rendirme nunca. Portaré nuestro símbolo, la boina y el tridente con honor y respeto».

Este es el juramento que nos empuja a seguir.

44

Pasaron las horas en el pub sin que Nora se diera cuenta. Pidieron una cerveza y luego otra ronda. Ahora estaba un poco borracha.

La tristeza de la tarde había desaparecido. La conversación con Jonas fluía sin problemas. No paraban de hablar y ella reía con las historias que él le contaba sobre los pasajeros y sus aventuras a bordo. Era un narrador nato.

Durante el tiempo que estuvieron en el pub, el local se fue llenando. Casi todas las mesas estaban ocupadas y un murmullo agradable reinaba en la estancia. En la barra había algunos habitantes de Sandhamn y no paraban de servir cervezas. Ellos estaban sentados un poco aparte del resto de los clientes en una de las mesas que solo eran para dos.

—¿No tienes hambre? —preguntó Nora, que notaba que el estómago empezaba a protestar —. ¿Quieres que comamos aquí o vamos al comedor?

—¿Qué prefieres?

—Me gustaría ir al comedor de arriba. Todavía es temprano y a lo mejor conseguimos una mesa en la terraza acristalada. Tendríamos vistas sobre todo el puerto. —Nora se levantó—. Ven.

Cogió su chaqueta y Jonas la siguió sin protestar. Parecía más bien divertido por el hecho de que Nora tomara las riendas.

Bajaron la pequeña escalera de piedra y caminaron unos metros hacia la entrada del comedor. La pesada puerta de roble chirrió cuando la abrieron. Entraron y Nora señaló una habitación decorada al estilo antiguo.

—Aquí tienes la parte más antigua de Värdshuset, allí está la que fue una de las casas de la isla, donde se fabricaba aguardiente en el siglo XVIII. Era el único consuelo que les quedaba a los campesinos de Eknö cuando los destinaban obligados a Sandhamn para hacer de prácticos en los barcos que iban a Estocolmo hace ya más de trescientos años.

Jonas echó un vistazo rápido mientras Nora subía por la pequeña escalera hacia el comedor.

Solo estaban ocupadas la mitad de las mesas, así que no tuvieron ningún problema en conseguir un rincón con vistas al mar. Había oscurecido y el iluminado restaurante Seglar, al otro lado del puerto, se perfilaba con claridad contra el azul oscuro del cielo. La silueta con la pequeña torre roja encima era un clásico de Sandhamn.

Nora pidió su plato favorito: estofado de pescado y una copa de vino blanco. Jonas, un bistec y un vino tinto. La camarera les sirvió las bebidas con prontitud.

—Cuéntame cosas de tu hija.

—Wilma, la adolescente más cabezota del mundo. —Jonas se apoyó en el respaldo de la silla

y prosiguió con una voz más suave—. Tiene trece años y no puede vivir sin su móvil y sin su ordenador.

—Yo también tengo uno así.

Nora pensó en Adam, su precoz, orgulloso hijo, que se parecía a su padre. Igual de talentoso e igual de obstinado.

Una sensación de calor inundó su pecho.

—Llena el suelo de ropa y rompe a llorar si se ha dejado su jersey favorito en casa de Margot, mi ex —dijo Jonas mientras jugaba con el mantel—. De vez en cuando se acurruca junto a mí en el sofá cuando vemos la tele, pero cada vez menos. Se está haciendo mayor.

—¿Le cuesta vivir contigo una semana sí y otra no?

Nora se sentía obligada a preguntarlo. Notaba como si algo la taladrara por dentro cada vez que hacía las maletas de los chicos.

Jonas reflexionó antes de responder.

—No lo sé. Era pequeña cuando nos separamos y siempre ha sido así. Vivimos cerca y de momento ha ido muy bien.

—Pero ¿nunca te ha dicho nada al respecto?

—No.

Nora se sintió aliviada. A lo mejor ella se preocupaba en exceso.

—¿Margot se ha vuelto a casar?

—Sí, hace unos años. Nuestra relación se rompió al poco de nacer Wilma.

Nora se dio cuenta de que la conversación se estaba convirtiendo en un interrogatorio.

—¿Tiene más hijos?

—Sí. Su marido tiene un hijo de otra relación. Es un tremendo rompecabezas en los días de fiesta. De momento, todo cuadra.

Jonas alzó el vaso como brindando porque todo iba bien.

—¿Tenéis una buena relación?

—Sí, la verdad es que sí. Hace diez años que nos separamos de mutuo acuerdo. Éramos demasiado jóvenes e inmaduros para que funcionara. Wilma no entraba en los planes, su nacimiento fue un imprevisto. Ahora nos ayudamos. Si tengo algún vuelo, ella se encarga y viceversa.

—Parece ideal.

—Sí, se puede decir que sí. ¿Cómo haces con tu ex?

—¿Cómo hacemos?

Nora tardó en contestar. A veces se imaginaba que le sería imposible coincidir en algo con Henrik. Daba igual el tema, porque siempre acababan en terribles discusiones y peleas.

—No hemos llegado a establecer una rutina. Solo llevamos separados un año. —Hizo un gesto de cansancio.

—¿Te cuesta?

Nora miró a un lado. Tuvo que tragar saliva antes de responder.

—Sí.

—Mejora con el tiempo, te lo prometo. Con el tiempo uno se monta su vida y logra mantener una cierta distancia. Los primeros momentos de una separación son duros. Después se arregla.

Créeme.

Jonas le sonrió como para darle ánimos y Nora se relajó.

Para su sorpresa se dio cuenta de que se había bebido todo el vino. De reojo vio que Jonas apenas había tocado su copa.

—Es un vino muy bueno —dijo como para disculparse—. Delicioso.

Jonas llamó a la camarera y le pidió que trajera una botella.

Aquel gesto caballeroso le agradó. Cortó un trozo de pan, lo untó con mantequilla y disfrutó con el sabor en su boca.

—¿A qué curso va Wilma?

—Acaba de empezar séptimo, pero parece mayor. El cambio comenzó este verano. De repente, empezó a salir y a maquillarse. Antes me contaba cosas de sus amigos y sus novios, pero ahora ya no me cuenta nada. Ya no puedo entrar en su habitación sin llamar antes. La puerta está siempre cerrada.

A Nora no le costaba nada reconocerse en lo que contaba.

—Son los peores años.

—Eso dicen. Inocentemente pensé que sería más sencillo cuando creciera. Pero esta fase también es pasajera. —Hizo una pausa—. ¿Es más fácil con chicos?

—¿Qué puedo decirte? —Nora sonrió—. No tengo experiencia con chicas. Pero Adam está en plena pubertad. Tiene unos cambios de humor impresionantes. —Era un alivio saber que había más jóvenes difíciles de llevar aparte de su hijo—. Llevamos unos cuantos asaltos, Adam y yo. Simon todavía es pequeño, menos mal. Ya sabes lo que dicen: niños pequeños, problemas pequeños.

La camarera se acercó a la mesa con su pedido. El estofado de pescado olía tentador.

A Jonas le sirvieron el bistec con patatas fritas y salsa bearnesa. El plato de Nora comparado con el de él era de lo más saludable.

Cuando Jonas inclinó la cabeza para comer le brilló el collar. Nora vio que llevaba grabado el nombre de su hija y se emocionó al verlo.

—¿Nunca has querido tener más hijos?

Jonas dejó los cubiertos y alcanzó el vaso de vino. Lo giró entre sus dedos. El líquido rojo desprendía un tono rojizo y se mecía ligeramente.

—Lo he pensado alguna vez. Pero nunca ha habido ocasión de…

Dio un trago al vino. Su mirada era todo un enigma.

45

—Vete a casa a dormir —le recriminó Margrit—. Estás muy pálido.

Era como si una bandada de insectos se hubiera apoderado del pequeño piso. El silencio sobrenatural fue sustituido por las voces de las personas que examinaban el lugar. Nilsson, el técnico forense que se había encargado de Fredell, fue requerido en el lugar. Estaba ocupado en el dormitorio.

Una agente entró en la cocina e hizo un gesto de desagrado.

—¡Uf, parece una pocilga!

Era como si husmear en la cocina fuera peor que tocar al muerto en el dormitorio, pensó Thomas. Tal vez tocar un cadáver formaba parte de la normalidad del trabajo, pero una cocina sucia atentaba contra su idea de la higiene personal. Notaba que se quedaba sin fuerzas. Se había sentado en una de las sillas de la cocina con la cabeza apoyada en el brazo y este sobre la mesa.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —le preguntó Margrit.

Thomas cayó en la cuenta de que llevaba horas sin comer, desde el perrito caliente que se tomó antes de meterse en el coche. Era lo único que había comido aquel día aparte del desayuno.

—Toma. —Margrit sacó del bolso un Toblerone y se lo dio—. Come.

Agradecido, rompió un trozo generoso y se lo metió en la boca. Después se sintió mejor.

—Me han contado lo del accidente. Ahora mismo tienes demasiadas cosas en la cabeza. —El tono era más bien preocupado, no recriminatorio—. Tendrías que quedarte en casa y tomártelo con calma, por lo menos hasta mañana.

Thomas meneó la cabeza, pero Margrit no cedió.

—Acabas de regresar de una baja por enfermedad. Tienes que ir con cuidado, no vayas a recaer.

Tenía razón, lo sabía. Pero ahora mismo estaban pasando demasiadas cosas. Descansaría más tarde. Se levantó y se fue al dormitorio, donde Nilsson llevaba trabajando un buen rato.

—¿Cómo va?

El técnico forense se levantó. A pesar de su corpulencia, se movía con agilidad. Sus gruesas manos estaban enfundadas en guantes de plástico y sujetaba unas pinzas.

—Como seguramente habrás visto, no hay una causa clara de la muerte. No le dispararon, no lo acuchillaron. No hay señales de violencia.

El cuerpo yacía tal como Thomas lo había encontrado.

De espaldas, con los ojos cerrados.

Kaufman vestía una camiseta y unos vaqueros. La camiseta estaba sorprendentemente limpia.

¿Iba a ir a algún sitio?

—¿Hablamos de una muerte natural? ¿Quieres decir que Kaufman no fue asesinado?

Parecía posible pero no probable. Tres personas de la misma unidad militar que se habían suicidado en solo unas pocas semanas.

Imposible.

Nilsson negó con la cabeza y miró hacia la cama. Thomas giró la cara. Al lado del muerto había una almohada cubierta con una funda roja.

—Ahí tienes el arma del asesino.

Nilsson alzó la almohada con cuidado y con la pinza cerrada sobre una de sus esquinas.

Thomas estudió la tela roja. Una suave, casi indistinguible, huella redonda se veía junto a otras manchas más claras.

—El asesino lo ahogó con la almohada —dijo en voz baja Thomas al técnico forense—. Mientras dormía. A lo mejor ni siquiera se despertó si estaba borracho. Unos minutos con la almohada sobre el rostro y listos.

—El forense dirá si estaba o no borracho, pero seguramente tienes razón.

Thomas olfateó la habitación. ¿Olía a whisky? Las otras víctimas habían bebido whisky antes de ser asesinadas. La última vez que había visitado a Kaufman solo había botellas de cerveza vacías.

El whisky era una bebida cara para quien necesitaba beber hasta caer rendido todos los días.

—¿Has encontrado alguna botella de whisky?

—Bajo la cama había una vacía.

—Examínala con detenimiento. —Le costaba, pero tenía que plantear la pregunta—. ¿Cuándo murió?

—No hace mucho tiempo. —Nilsson miró el reloj—. Unas horas quizá. El cuerpo aún no está rígido.

Unas horas.

¿Se hubiera salvado la vida de Kaufman si unos centímetros cuadrados de rueda hubieran aguantado un kilómetro?

—Thomas.

Era Margrit quien lo llamaba. Estaba en la puerta.

—Creo que sé por qué la puerta no estaba cerrada. Mira. —Se trataba de una cerradura que solo se podía cerrar girando la llave—. Si el asesino no tenía la llave, no podía cerrar desde fuera.

—Así que el asesino es alguien que no tiene llave de la casa. O sea, un desconocido…

—Sí y no. Suficientemente conocido para que Kaufman lo dejara entrar. La puerta no está forzada. Pero no tan cercano como para tener una copia de la llave.

Thomas asintió.

—La pregunta es si se trata del mismo asesino —dijo Margrit mientras se acariciaba su pelo corto y rojizo. En ese momento, le entró un mensaje en el móvil—. Bertil me pregunta si voy a llegar tarde. Su primo viene a cenar esta noche.

Tecleó dos letras y envió el mensaje. No era difícil adivinar qué había contestado.

—Dos ahogados, un muerto por asfixia y otro, probablemente, ahorcado —resumió pensativa.

—Los métodos son distintos. Y no sabemos si Marcus murió por voluntad propia. —Thomas se dio la vuelta—. Espera, quiero comprobar una cosa.

Se fue al dormitorio y Margrit lo siguió. Nilsson los miró sorprendido cuando los vio aparecer.

—Me juego lo que quieras a que tiene jabón en los pulmones —dijo Thomas.

—¿Jabón? El técnico forense pareció reflexionar.

—Los otros tenían jabón. Jabón suave. ¿Puedes mirar si encuentras rastros de jabón?

Nilsson se giró y mostró una bolsa de plástico cerrada.

—Ahora no se puede saber. He encontrado este vaso al lado de la botella de whisky. Lo analizaré a ver si encuentro huellas.

Margrit se apoyó en la pared y se cruzó de brazos.

—¿Qué significa el jabón?

—Una buena pregunta. Me gustaría tener una buena respuesta. —Thomas se giró hacia Nilsson—. Llámanos en cuanto encuentres algo.

—De acuerdo.

Fueron a la sala de estar para que el técnico pudiera trabajar con tranquilidad. Margrit quitó unos periódicos del sofá sucio y se sentó. Thomas se acomodó en la butaca.

—¿Por qué todos han sido asesinados en fin de semana? —preguntó Margrit—. Tiene que haber una razón.

—Yo también lo he pensado. Le costaba concentrarse. Sentía la cabeza pesada y como una presión alrededor de las sienes. Se apoyó en el respaldo y cerró los ojos.

—Es como si el asesino tuviera un horario semanal, por muy raro que suene. Pero ¿qué implica eso?

Thomas se obligó a abrir los ojos.

Margrit sacó su agenda y comenzó a hojearla.

—Es como si estuviera sometido a un horario estricto —dedujo—. Alguien que no puede dejar su puesto de trabajo, un profesor, por ejemplo. Esos no pueden hacer escapaditas para delinquir. —Mostró una sonrisa irónica.

Thomas se esforzaba para no perder la concentración. Le dolía el pecho.

—¿Qué me dices de alguien que viaja todas las semanas? —sugirió.

—Eso es. Alguien que solo está en Estocolmo los sábados y los domingos. Esa podría ser la explicación. El asesino no está en la ciudad el resto de la semana. ¿Qué clase de trabajo puede tener entonces?

Un bostezo repentino se apoderó de Thomas. No lograba ocultar el agotamiento.

Margrit guardó la agenda en el bolsillo.

—Ahora te vas a casa a dormir. Alguien te tiene que acercar. No estás en un estado decente para conducir. Yo me quedaré un rato más.

Thomas asintió, cansado.

—Llamaré al Viejo para informarle.

Le costó levantarse. Comenzaba a sentirse mal, tenía ganas de vomitar y tragaba saliva para intentar detener las arcadas.

Una idea se formó en su cabeza. Buscaban a una persona que trabajaba o vivía fuera de

Estocolmo y que solo podía ir a la ciudad cuando tenía el día libre.

Se paró en el quicio de la puerta.

—¿Qué me dices de un militar destinado en otra localidad?

En cuanto pronunció las palabras se dio cuenta de su importancia.

Otro miembro de las Fuerzas Especiales. Alguien que seguía en active.

46

La oscuridad reinaba fuera de la ventana, pero en el horizonte se veía una media luna pálida.

Nora removió el poco café que quedaba en la taza. Se preguntó cómo era posible que el tiempo hubiera pasado tan deprisa. Había bebido mucho vino, pero no se sentía borracha, solo graciosa y alegre.

Jonas no había protestado ante su interrogatorio, pero había aportado de vez en cuando sus propias preguntas y reflexiones. No había hablado de ninguna novia y ella tampoco le había preguntado.

Ahora no parecía que hubiera tanta diferencia de edad entre ellos. Tenían hijos de la misma edad, así que no debía de ser tan joven. Su cabello se rizaba un poco a la altura de la nuca. Removió el café una vez más.

—No creo que le quede mucho más a la taza que el fondo —dijo Jonas y le rozó la mano.

Nora soltó la cuchara.

¿Había sido casualidad o la había tocado intencionadamente? Hacía tanto tiempo que nadie la tocaba como mujer. Y aún más tiempo desde que deseara que alguien lo hiciera.

Nora empezó a ensortijar un mechón de pelo para ocultar su confusión.

—Tienes razón. —Sonrió tímidamente.

Las otras mesas estaban vacías. La camarera se les había acercado en un par de ocasiones como si quisiera darles prisa pero sin molestar en exceso.

Ahora volvía.

—Perdonad, la cocina va a cerrar. Si queréis algo más, lo tenéis que pedir ahora.

—Estamos bien. ¿O quieres algo más? —le preguntó Jonas.

—No. Estaba muy bueno. ¿Nos dices qué te debemos? —dijo Nora. A pesar de las protestas de Jonas, alargó el brazo para sacar la cartera de la chaqueta.

—Esta noche invito yo. Ese era el trato.

Thomas se fue a dormir en cuanto llegó a casa. El cuerpo le dolía de cansancio y le palpitaba el pie donde antes tenía el dedo.

A las once se despertó con una sed terrible. Tenía la lengua rasposa y le costaba tragar saliva. Era como si se le hubiera secado la boca. El dormitorio estaba a oscuras y la acompasada respiración de Pernilla era lo único que interrumpía el silencio.

No le había contado lo ocurrido, solo le había dicho que había sido un día agotador. No quería cargarla con el hecho de que, una vez más, había estado a punto de perder la vida. Era

parte de la rutina de un policía, pero aun así sabía que ella se lo tomaría a mal. Era lo último que necesitaba en su estado.

Sin encender la luz, se levantó y entró en el cuarto de baño. Bebió dos vasos de agua antes de saciar la sed y sentirse mejor.

Agotado, se apoyó con las dos manos en el lavamanos y miró su reflejo en el espejo. Tenía los ojos hinchados y se sentía viejo y exhausto. No sabía si podría levantarse por la mañana, vestirse e ir a trabajar. Ahora le parecía una tarea imposible.

El recuerdo del remolque que se movía de un lado a otro en la carretera le vino a la cabeza. El pánico cuando el coche no le obedecía. Apretó la pila con tanta fuerza que se hizo daño. Sentía cómo le palpitaba el pecho y se dio cuenta de que estaba respirando por la nariz en cortos jadeos. Soltó la pila. Metió dentro la cabeza y se lavó la cara con agua fría hasta que desaparecieron las palpitaciones. Con movimientos torpes, volvió a llenar el vaso de agua y se lo bebió a tragos lentos. Cuando iba a dejar el vaso, chocó con el borde de la bañera.

Recordó el cadáver de Jan-Erik Fredell. La cara sin vida que descansaba bajo la superficie del agua. Grönstedt había enviado fotografías de Sven Erneskog. Yacía casi en la misma posición. Boca arriba en una bañera llena hasta los bordes con la cabeza hundida en el agua. De pronto Thomas entendió por qué Bo Kaufman había sido asfixiado con una almohada. Vio ante sí el pequeño baño del piso de Kaufman. No cabía más que la taza, una pila y una ducha estrecha. El asesino se había visto obligado a usar otro sistema. No había bañera en casa de Kaufman.

DOMINGO

(TERCERA SEMANA)

47

Nora y Jonas pasearon lentamente agarrados del brazo de regreso a casa desde el restaurante. Pasaba de la medianoche. Caminaron por delante del pequeño montículo por donde los niños solían deslizarse hasta desgastar los pantalones. También pasaron por el viejo muelle destinado a las pequeñas embarcaciones y cuyas protecciones contra el viento al final de los pantalanes recordaban a los viejos tiempos. La mayoría de las casas estaban a oscuras y no se cruzaron con nadie. Quedaba poco para llegar a la entrada de Villa Brandska.

Nora se giró hacia Jonas. Estaban muy cerca uno del otro. Tan solo los separaban unos centímetros. Sintió que su cuerpo respondía a aquella cercanía. El cuello de su chaqueta náutica rozaba su barbilla, pero Nora no cedió.

Le podía dar un pequeño abrazo para desearle las buenas noches. No enviaría ninguna señal fuera de lugar. Alzó las manos con cuidado para evitar malentendidos. Olía muy bien.

En vez de retroceder, él la rodeó con sus brazos con una seguridad que hizo que el corazón le latiera más deprisa. Estuvieron así un buen rato. El calor de Jonas la acogía. Había olvidado qué era sentir a alguien tan cerca. La calentaba como si estuviera ante el fuego de una chimenea.

Ahora se sentía más ebria que antes. Pequeños temblores le recorrían el cuerpo, pero se mantuvo quieta, con miedo a que si se movía la magia acabara. Levantó la cabeza y miró a Jonas directamente a los ojos. No podía saber qué pensaba, pero daba igual. Sus labios se encontraron y de repente solo importaba su boca, su lengua, su cuerpo contra el suyo.

Era agradable dejarse llevar y perder el control. Ella que siempre había sido fría. Una parte de su ser celebraba el atrevimiento.

Después de un buen rato, sintió un escalofrío. La temperatura había bajado mucho, no debía de haber más de diez grados. Se le dormían los dedos de los pies y no podía dejar de tiritar.

—Entra —fue todo lo que dijo—. Aquí no nos podemos pasar toda la noche.

Le tendió la mano y lo llevó a lo largo del vestíbulo de la casa. Sin encender la luz, lo condujo por las escaleras hacia su dormitorio.

Mi dormitorio, pensó antes de notar las manos de Jonas debajo del jersey. Es mi dormitorio y aquí traigo a quien quiero.

Con impaciencia, intentó quitarse la ropa y quitársela a la vez a él. Buscaba con la mano dentro de los pantalones de Jonas mientras bajaba la cremallera de los suyos. Sus manos se encontraron con las de él buscando lo mismo y se excitó con el contacto de sus dedos en su piel desnuda.

Echó la manta a un lado y se acostaron. Enlazó sus piernas en torno a él y sintió su calor. Con

el dedo gordo y el índice le recorrió la espalda y siguió más abajo.

Jonas la giró de espaldas delicadamente.

Colocó sus manos en torno a su cara con tanta delicadeza que apenas las notaba. Sentía las palmas secas y calientes contra sus mejillas y, una vez más, la miró a los ojos, tan cerca de los suyos.

Las luces de la habitación estaban apagadas, pero la media luna los iluminaba desde la ventana. La luz blanca atenuaba la oscuridad otoñal y alargaba las sombras sobre la cama.

—Ven —susurró Nora.

—Eres tan bella —le dijo él al oído—. Eres tan bella, Nora.

DIARIO: MAYO DE 1977

Joder, qué día. Qué asco de día.

Nos han despertado temprano por la mañana. Teníamos que correr Tarzanbanan, una pista americana en la que te tienes que arrastrar y reptar por casi toda la isla de Korsö.

Sin desayuno, solo la orden de formar con los monos puestos.

Cuando abrí la puerta lloviznaba y el cielo era gris. La niebla se había retirado, pero vi que permanecía en el horizonte.

Me había comido una tableta de chocolate que tenía escondida. Vi que otros también tenían chocolate escondido. Sigurd y Kaufman masticaban frenéticamente mientras formábamos.

Después de una hora de correr y hacer escalada llegamos a un largo túnel subterráneo. No se veía nada en la entrada. Miramos con aprensión la apertura.

El sargento sacó un cuchillo y una linterna para asustar a las serpientes que pudieran estar en la entrada.

«Adentro», gritó.

Me agaché y repté unos metros. Me apoyaba en los codos. Estaba muy oscuro y era tan estrecho que apenas podía pasar. No había otra forma de avanzar que reptando.

De repente noté algo que corría sobre mi espalda y jadeé.

«¿Qué pasa?», me preguntó Kihlberg, que estaba delante de mí.

«Nada», murmuré y continué.

De pronto no podíamos avanzar. Me golpeé contra unas botas y me di cuenta de que Kihlberg estaba parado. Al segundo siguiente tenía la cabeza de Andersson detrás de mis suelas.

Parecía que llevábamos allí quietos una eternidad.

Si alguien cegaba el túnel no saldríamos de allí. Estaríamos atrapados como ratas.

Me pregunté si esta era otra de las pruebas de los mandos para probar nuestra resistencia.

Seguramente. Pero ¿cuánto tiempo estaríamos así?

Para mantener la calma, intenté respirar despacio y con regularidad y me arañé la mano. El dolor físico hacía que me fuera más fácil no pensar que estábamos encerrados.

Al final hubiera hecho cualquier cosa por ver la luz del día. Después de una eternidad, Kihlberg empezó a moverse. Aliviado, lo seguí todo lo rápido que pude hacia los acantilados, hacia la luz.

Afuera nos esperaba la zanja de mierda.

Una vieja tradición en Korsö.

El ejercicio finalizaba atravesando una zanja llena de agua, de unos diez metros de largo y

uno de ancho. Estaba llena de plantas podridas y mierda humana.

Literalmente.

Había habido rumores de que antes del ejercicio habían vaciado las letrinas en la zanja. Los mandos se rieron cuando se contó durante la comida.

«Mañana os toca la zanja de mierda», y nos dedicaron una sonrisa mientras estudiaban la expresión de nuestras caras.

Ilusionados.

«Huele mal de cojones», dijo el sargento. «Adivinad dónde caga cada quinta antes de abandonar la isla.»

Había una reja de madera a diez centímetros de la superficie que dejaba un espacio mínimo para la boca y la nariz del que nadaba.

Al final de la zanja la reja bajaba de tal forma que uno se veía obligado a bucear para superarla y subir por el estrecho pasaje entre la reja y la pared de la zanja para poder salir al otro lado.

«Evitad tragar agua», advirtió el sargento. «No es bueno para la salud.»

Miré el agua sucia y me vinieron náuseas. El vapor que emanaba de allí era asqueroso.

Después aspiré profundamente, cerré los ojos y me metí en el agua. Era más difícil de lo que pensaba, me hundí hasta los hombros, pero conseguí no acabar bajo la reja.

El asqueroso líquido me llegaba hasta la barbilla y me obligué a continuar. Cuando me superó las orejas tenía ganas de vomitar. Peor que el olor era la impotencia de ver que el cuerpo se hundía en el hedor.

Miré al cielo para respirar a través de la nariz y avancé con ayuda de la reja. De repente se acabó. Tenía que bucear para superarla.

Tomé aire y me sumergí para buscar desesperadamente el agujero por el que salir de allí. Estaba tan concentrado que ya no pensaba en la mierda.

Cuando llegué al otro lado me acosté boca abajo para que toda la porquería que se había quedado enganchada en el mono se escurriera hacia la zanja.

Detrás de mí les tocó a Martinger y a Andersson.

Cuando su cabeza emergió del agua marrón, el sargento estaba colocado con las piernas abiertas ante Andersson.

El uniforme del sargento estaba recién planchado, parecía que iba a ir de paseo de sobremesa en un parque señorial.

«Eso no parece muy correcto, Andersson.» Sonrió con frialdad e hizo un gesto cargado de intención. «Tendrás que repetirlo. Venga, sé buen chico y nada de vuelta para que todos veamos que lo has entendido bien.»

Pensé que Andersson iba a romper a llorar. Las mandíbulas se le cerraron y los ojos se le empequeñecieron. Por un momento, creí que iba a golpear al sargento.

Kihlberg hizo un gesto como si quisiera acudir a ayudar a Andersson, pero este se sumergió de nuevo.

De vuelta a la mierda.

Joder.

48

La luz del alba entraba en la habitación cuando Nora se despertó. Intentó mirar en su reloj qué hora era, pero su brazo izquierdo estaba debajo de Jonas y no quería despertarlo. Calculó que serían alrededor de las cinco o cinco y media.

Sentía como si no hubiera dormido mucho. No tenía resaca, a pesar de todo el vino que había bebido durante la cena. A lo mejor más adelante, cuando el cansancio la alcanzara, notaría el efecto del alcohol.

Como no habían bajado la cortina, vio a Jonas con claridad bajo la luz del amanecer. Dormía boca arriba y respiraba con regularidad, aunque de vez en cuando se interrumpía con una especie de silbido. No era un ronquido sino más bien un ligero carraspeo. Decidió que le quedaba bien.

Observó su cara. El pelo de la barba era oscuro, como el de la cabeza, pero comenzaban a aparecer algunas canas. Eso le gustaba, tan joven no era. Aún no se había atrevido a preguntarle la edad.

Junto al nacimiento del cuero cabelludo tenía una peca que solía quedar oculta por el flequillo, y ahora que tenía el pelo echado a un lado se veía. Alargó la mano para tocarla, pero se detuvo. ¿Y si se despertaba? Quizá desaparecería la magia de ese momento. Sin embargo, ya lo deseaba, sentía el deseo en el cuerpo. Llevaba tiempo sin sentir algo así.

¿Y si lo de ayer había sido un gran error del cual se arrepentiría cada vez que se encontraran por la calle? Aquel pensamiento le revolvía el estómago. Jonas era piloto y padre divorciado. A lo mejor solo estaba interesado en encuentros fugaces. No podía ilusionarse con que fuera algo más, aunque era lo que ella quería.

Le rozó suavemente el hombro con los labios antes de seguir contemplando su cara. Sus párpados se movían como si estuviera soñando. Un sueño bonito, esperaba.

No, se dijo Nora, ha estado bien. Lo que había sucedido entre ellos no era para arrepentirse, acabara como acabara la historia.

49

Thomas entró en la sala de reuniones con paso cansado. Podría haber dormido un poco más. No había despertado a Pernilla, le había dejado una nota en la que decía que se había ido a trabajar. Por el camino se compró una gran taza de café que se había bebido para intentar despertarse.

Margrit alzó la vista cuando entró. Se había sentado en la parte larga de la mesa y deslizó una fuente con bollos de canela hacia él.

—¿Cómo te encuentras?

Thomas bostezó como respuesta.

El Viejo entró en la sala seguido de Kalle Lindwall, Erik Blom y Karin Ek. Se sentaron y Karin cerró la puerta.

Margrit resumió lo sucedido en el piso de Kaufman el día anterior. Había fijado una fotografía del fallecido en la pared para que se viera de forma clara cómo encontraron el cadáver.

Thomas giró el cuello y las vértebras le crujieron.

—Tiene que ser el mismo asesino —dijo.

—¿A pesar de que no estaba en la bañera? —preguntó el Viejo.

—¿Cómo ahogas a alguien si no hay bañera? —contestó Thomas.

Vio en los ojos de Margrit que ella compartía su teoría.

—La víctima tenía una ducha, no una bañera —dijo lentamente—. No podía matarlo de la misma forma que a los demás.

—El asesino tuvo que improvisar. —El comentario seco del Viejo sonó cómico adrede.

—Eso si no conocía el apartamento de Kaufman —añadió Thomas.

No le costó imaginarse cómo había sucedido.

El timbre suena y Kaufman deja entrar al asesino. Este echa un vistazo al cuarto de baño, ve que solo tiene una ducha y se da cuenta de que tendrá que actuar de otra forma.

¿Dónde podía actuar en el apartamento, qué lugar podía sustituir al cuarto de baño?

Probablemente, al asesino no le costó mucho cambiar de plan. Todo lo que tenía que hacer era empujar al hombre alcoholizado en dirección al dormitorio.

¿Se dio cuenta Kaufman de lo que le iba a suceder? Con suerte, no.

Thomas se levantó y se acercó a la pizarra. Con un rotulador dibujó la habitación de Kaufman.

—El asesino entró o Kaufman lo invitó a entrar —dijo, y trazó una flecha roja en la entrada.

Margrit siguió la explicación.

—De alguna forma, probablemente amenazándolo con un arma, consiguió que Kaufman se

acostara en la cama y se emborrachara. Lo suficiente para que no ofreciera resistencia.

—Que en el caso de Kaufman no debía de ser mucha —dijo Thomas.

—Después utilizó la almohada —remató el Viejo.

—Fredell también dejó entrar a su asesino voluntariamente —señaló Erik Blom mientras jugaba con el capuchón de su bolígrafo.

—Por algún motivo no le tenían miedo al asesino.

—Debían de tener alguna relación —apuntó Margrit—. Se conocían.

Karin alzó la vista de su cuaderno de notas.

—¿Si amenazó a sus víctimas con un arma por qué no los mató con ella?

Thomas volvió a su asiento. Él también se había hecho esa misma pregunta.

—Puede haber una explicación sencilla —respondió Erik Blom—. No tenía un silenciador. Un disparo en un apartamento hace muchísimo ruido. El riesgo de ser descubierto aumenta.

—Además, si se dispara a poca distancia, es sucio —intervino Kalle—. Salpica la ropa, hay más huellas biológicas.

Margrit asintió.

—De momento su actuación ha sido eficaz y aséptica —dijo—. No hemos encontrado pistas del asesino. Todo está muy bien planeado.

—Menos la almohada —recordó Karin Ek.

—Sí, no estaba en el plan original —prosiguió Thomas—. Con un poco de suerte podremos encontrar su ADN en la funda de la almohada. Tuvo que emplear su peso para presionar la almohada contra la cara de Kaufman.

—Un asesino inteligente —resumió el Viejo—. Lo suficientemente frío para enfrentarse a un contratiempo y astuto para encontrar una solución.

—Parece como si aumentara el grado de dificultad —añadió Karin Ek.

Todas las miradas se centraron en ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Thomas.

—Comenzó con el más fácil, Fredell, luego siguió con el alcohólico.

—¿Y Erneskog? —protestó Margrit—. ¿Cómo sabes que matarlo fue «sencillo»? —Marcó las comillas en el aire con un gesto.

Karin Ek no supo qué responder.

—En cierta medida, puede ser que tengas razón —dijo Thomas tras reflexionar—. El asesino tiene un plan. Elige en qué orden se va a enfrentar a sus víctimas. Y ahora está seguro de sí mismo, de lo contrario no hubiera sido capaz de encontrar una solución en el piso de Kaufman.

—¿Crees que se está entrenando? —Una vez más Karin Ek planteaba un nuevo interrogante.

—¿Que se entrena?

—Cada vez es más difícil, un poco más complicado. Pensaba en el judo que hace mi hijo. —Karin Ek se humedeció los labios con la lengua—. Puede sonar un poco forzado, pero no he podido evitar asociarlo con su entrenamiento, en el que el grado de dificultad va aumentando.

Thomas cerró los ojos. Si Karin tenía razón y era muy probable que la tuviera, había más personas en la lista del asesino. Se estaba entrenando de cara a futuros asesinatos.

¿Quién sería el siguiente?

Alguien llamó a la puerta y el sustituto de recepción asomó la cabeza con un periódico en la

mano.

—Acaba de salir. ¿Lo habéis visto?

El Viejo alcanzó el periódico y lo mostró de tal forma que todos pudieran ver la portada.

«El asesino de los fines de semana», ponía en letras grandes. El Viejo leyó el texto.

—Bueno, ahora la gente está al tanto de nuestra investigación. —Su tono denotaba irritación —. Aquí aparece casi todo lo que sabemos de las últimas muertes.

—¿Cómo se han enterado?

—Un asesinato entre el sábado y el domingo tres semanas seguidas —contestó Margrit a Karin—. Se publicaron muchas cosas sobre Fredell la semana pasada. Un enfermo al que atacan en su casa es un buen material para los periodistas. Solo era cuestión de tiempo que averiguaran el resto.

El Viejo lanzó con brusquedad el periódico a un lado.

—Nos encargaremos de la prensa después de la reunión. ¿Voluntarios? —Resopló, pero sin convicción.

Hubo un silencio tenso.

Thomas se levantó y volvió a la pizarra. Con un rotulador azul escribió jabón en letras mayúsculas.

—¿Qué papel juega el jabón? Al menos dos de las víctimas tienen restos de jabón en el cuerpo, según la autopsia. Creo que encontraremos lo mismo en el de Kaufman.

—¿Para qué sirve el jabón? —Margrit pensaba en voz alta—. Lavas, limpias objetos, frotas manchas.

—A lo mejor el asesino tiene algún cuelgue con el jabón —contestó Erik Blom, y se pasó los dedos por el pelo peinado hacia atrás, en el que brillaba una capa de gel fijador—. Algo relacionado con agua y limpieza. —No se había afeitado, pero aquella barba de varios días parecía dejada adrede y no un descuido.

A Thomas le recordaba a un publicista más que a un policía honrado.

—Quizá se lave las manos —sugirió Erik.

—¿Te puedes explicar?

—Se me ocurre que el asesino quiere decir que no es culpable. Que, de alguna forma, no es su culpa.

Thomas dudaba. Si Erik tenía razón, era el asesino el que debía someterse a la limpieza y no la víctima.

—No lo creo —dijo—. Creo que el jabón tiene que ver con los asesinados.

—¿Se encontró jabón en la autopsia de Marcus Nielsen? —preguntó el Viejo.

Thomas lo pensó un momento.

—No, que yo sepa.

—El chico es mucho más joven que los otros —reflexionó el Viejo—. ¿Puede haber algo en la diferencia de edad que determine el uso del jabón?

—¿Quieres decir que, de alguna forma, fuera más «limpio»? —Margrit volvió a dibujar las comillas en el aire—. ¿No tan culpable como los otros?

—Algo así.

—Es posible, pero extraño. Yo no lo entiendo.

Thomas se quitó el jersey grueso y lo dejó sobre la silla.

—¿De qué son culpables, en tal caso? —preguntó—. ¿Qué tenía que limpiar en sus víctimas?

Se miraron.

Nadie en la sala tenía una respuesta.

Margrit acompañó a Thomas a su despacho y se sentó en una de las sillas para las visitas. Se había llevado el periódico y buscó la página del artículo. El periodista tenía bastante claro el orden de los sucesos, pero no conocía todos los detalles.

—Por lo menos no lo han asociado con los militares —dijo Thomas cuando acabó de leerlo.

—No puedo localizar a Elsa Harning. Le he dejado varios mensajes en el contestador y no me responde.

—Necesitamos el nombre del resto de los miembros del grupo. —Thomas se levantó y se fue al pasillo—. ¡Karin! —gritó—. ¡Te necesitamos!

Karin salió de su despacho. Un poco sonrojada, pero con una expresión de satisfacción en la cara, como si supiera lo que quería de ella. En su mano llevaba dos carpetas de plástico.

—¿Cómo ha ido con Eklund y Kihlberg? —le preguntó Thomas.

—Precisamente ahora iba a venir a verte. He llegado aquí a las siete por ti.

—Gracias.

Thomas alcanzó las carpetas que le tendía Karin y entró en el despacho, donde estaba Margrit.

En una de las carpetas ponía «Leif Kihlberg» y en la otra «Stefan Eklund». En la última solo había una hoja. Thomas la sacó.

—Eklund ya no vive en Suecia. Dejó el país en los ochenta para irse a vivir a Australia. Karin no lo ha podido localizar.

—¿Qué sabemos de Kihlberg?

Thomas hojeó la carpeta.

—Vive en Gotemburgo.

—O sea que no vive en Estocolmo —dijo Margrit, pensativa—. ¿Crees que ha podido visitar la capital los últimos fines de semana?

Thomas entendió lo que quería decir.

—Creo que tenemos que ir a Gotemburgo a preguntárselo personalmente.

Thomas recordó las palabras del viejo pianista de jazz Count Bassie: «No es la música lo importante, sino los tonos que no oyes».

¿Cuáles eran los tonos que debían escuchar?

50

Cuando Nora se despertó estaba sola en la cama. Eran más de las diez, se había quedado dormida. Primero se sintió decepcionada al ver que Jonas se había ido. Luego recordó que el viernes por la noche le había dicho que tenía un vuelo a Bangkok el domingo. Probablemente había tomado el primer barco a Stavnäs para llegar a tiempo.

Hundió la cabeza en la almohada y se quedó un rato más en la cama, medio despierta, medio dormida, mientras los pensamientos se sucedían. No hacía más que imaginarse a Jonas a la luz de la luna. El perfil de su cuerpo cuando dormía respirando con regularidad, su estómago contra su espalda cuando ella lo despertó al alba, su dulce sonrisa.

Al final se levantó y se puso el albornoz. Quería esperar antes de vestirse, no quería ducharse y que desaparecieran los olores de la noche. Se decidió por darse el lujo de tomar el café en la terraza.

Todavía se sentía extraña cuando no tenía que encargarse de nadie ni hacer el desayuno al resto de la familia, pero por primera vez en mucho tiempo era un alivio estar sola.

Cuando llegó a la cocina había una nota sobre la mesa.

«Un abrazo, Jonas», escrito en lápiz.

Al lado había un vaso lleno de agua y un capullo de rosa a punto de abrirse. Seguramente la había cortado del rosal que trepaba por la pared y que aún mostraba las últimas rosas del otoño.

Aquel detalle romántico la llenó de alegría y se inclinó un poco para oler la flor. Su leve aroma le recordó al verano. Aunque hubiera sido solo una noche, no se había tratado de ningún error.

En el momento en que Nora iba a cerrar la puerta de la entrada, oyó que alguien la llamaba. Cuando se dio la vuelta vio a Olle Granlund en la verja.

—¿Te vas?

—Sí, por desgracia tengo que trabajar, y mañana vienen los chicos. —Bastaba con pronunciar esa palabra para que los echara de menos.

Nora miró el reloj. El barco partía en quince minutos. Era el último del día y no lo quería perder. La falta de sueño de la noche anterior comenzaba a hacer mella. Había intentado dormir un rato por la tarde, pero había sido imposible. Metió las llaves en el bolsillo y se dirigió hacia Olle Granlund.

Tenía un papel manuscrito en la mano. Parecía arrancado de un viejo cuaderno, en el borde se veían cuatro agujeros redondos y una ligera mancha dactilar.

—Encontré el poema que te intenté recitar en Korsö. Te lo he escrito.

Nora se emocionó.

—Gracias. Muchas gracias. —Alcanzó el papel y leyó en voz baja:

¡Suenen las campanas por Avén! ¡Banderas y saludos!

¡Que sus flores te den la felicidad!

Aquí eres tu propio capitán

y no estás sometido a ninguna campana.

En la habitación de la torre alta tocarás el cielo.

Allí podrás estar como un sol y celebrar.

Y mantener la luz sobre las crestas azules.

Y guiar a los hijos del mar.

—Gracias por pensar en mí. Es bonito.

A Nora le pareció que el viejo se sonrojaba.

—Pensé que te gustaría.

Nora miró la hora. No podía llegar tarde al muelle.

Olle Granlund parecía querer decirle algo más, pero no sabía cómo.

—Pensé en lo que me preguntaste ayer sobre los rumores sobre las Fuerzas Especiales.

—¿Sí?

Olle Granlund parecía temer que alguien lo oyera.

—¿Te acuerdas de lo que te conté? Que las Fuerzas Especiales se entrenaban para ser duros con otros y entre ellos.

Nora asintió en silencio.

Olle cambió el punto de apoyo de un pie al otro. Sus ojos tenían una expresión triste.

—A veces las cosas se torcían. Algunos oficiales se pasaban de la raya.

Nora sintió que se metía en asuntos íntimos que en realidad no le importaban. Se sacudió aquel reproche y siguió escuchando.

—Dentro del Ejército había mucha rudeza —prosiguió Olle—. Había gente muy desagradable. Algunos se pasaban de la raya porque les gustaba. No porque fuera necesario.

Nora dejó la maleta en el suelo y esperó la continuación.

—Sádicos refinados, si he de ser sincero. Había uno en particular que tenía muy mala fama. Escuché contar a un soldado que quería que lo echaran, no aguantaba más. La presión era demasiado grande para él.

—¿Qué ocurrió?

—Se cortó con un cuchillo. Se hizo una incisión profunda en la pierna y no podía participar en las marchas. Pensó que no les quedaría más remedio que enviarlo a casa.

—¿Lo hicieron?

—No. El mando era un auténtico cabrón. Ni se inmutó cuando vio lo que el chaval se había hecho. «Córtate la otra pierna también», le dijo.

Las palabras estremecieron a Nora.

—¿Es eso cierto?

Olle Granlund agachó la cabeza.

—Eso no es lo peor.

Nora captó la tristeza en el anciano, y algo más. Vergüenza por un compañero de armas.

—¿Hay algo aún peor?

—El soldado logró salir de allí, pero murió en un accidente de coche poco después. Se dice que el sargento hizo un brindis en el local de los mandos porque había sido un inútil como soldado y se alegraba de su muerte.

—Me parece increíble.

—Sí, pero, como te he dicho, algunos eran unos cabrones. La excepción que confirma la regla.

Olle Granlund se acarició el pelo gris. A pesar de la edad tenía una buena cabellera.

—La mayoría eran buenos soldados. Siempre hubo una buena causa tras las Fuerzas Especiales de la Marina. Su misión era proteger Suecia de posibles agresores. Para ello se debía probar a fondo la resistencia de los soldados.

Nora se dividía entre el deseo de oír más y llegar a tiempo al barco.

—¿Te acuerdas de cómo se llamaba la persona de la que hablas?

Olle se rascó la nuca. Su mono vaquero tenía manchas marrones en las rodillas, probablemente había estado agachado arreglando algo.

—Hace tanto tiempo que ya no me acuerdo. —Se tocó la oreja, decepcionado—. Pero intentaré averiguarlo.

Nora agarró la maleta.

—¿Sabes cuándo estuvo en activo?

—En los setenta.

DIARIO: MAYO DE 1977

«Mi padre», dijo Andersson.

Estábamos sentados en la parte norte de Sandhamn en una montaña alta a la entrada del puerto. Detrás de nosotros había un gran edificio de algún comerciante con unas buenas vistas.

Por una vez nos habían dado un permiso nocturno y la promesa de ir a Sandhamn.

A la gente del pueblo no les gustan nuestras visitas, opinan que somos demasiados violentos. Por eso hay un acuerdo tácito de que permanezcamos en Korsö y evitemos ir a Sandhamn.

Pero no nos lo pueden prohibir. A veces nos dan permiso para ir. El trayecto entre las dos islas dura solo diez minutos y hacía tiempo que esperábamos ir.

Esa noche amarramos el barco pintado de camuflaje en el amarre del práctico. Éramos veinte hombres y fuimos a comer a la posada.

Al acabar, el grupo se fue a Seglarkrogen a bailar, pero Andersson y yo nos fuimos a Kvarnberget y nos sentamos con una cerveza a ver la puesta de sol. Habíamos bebido bastante, pero no estábamos borrachos, solo un poco achispados.

Yo acababa de recibir una carta de mi madre. Ella y mi padre se iban a separar. Y Andersson, bueno, tampoco debía de tener muchas ganas de bailar.

Eran casi las once y todavía no había oscurecido. Un interminable cielo iluminado con una luz preveraniega se extendía ante nosotros. A lo lejos viraba un carguero en dirección al Báltico. La parte alzada del barco, de color rojo, destacaba entre los pinos, y el bosque parecía el escenario de una película de dibujos animados.

Me vi obligado a hacerle la pregunta que me roía desde hacía un tiempo. Di una calada al cigarrillo mientras pensaba cómo formularla.

¿Por qué no enviaba a los militares a la mierda?

¿Por qué dejaba que el sargento se pasara con él de esa manera todos los días?

No era justo que aguantara tanto.

«¿Por qué dejas que el sargento se pase tanto contigo?», le pregunté al final.

Reprimió un gemido. Primero pensé que no me contestaría. Pero luego movió la boca, de manera casi imperceptible, bajo la luz crepuscular. Algunas pelusas blancas de su mejilla le temblaron.

«Mi padre».

«¿Tu padre?», pregunté.

Sonaba un poco estúpido, me di cuenta.

Di una última calada y apagué el cigarrillo contra la roca húmeda. Debajo de nosotros se

extendían las ramas desnudas de los abedules. Habían comenzado a brotar las hojas en los árboles del archipiélago y los arbustos de lilas que rodeaban las casas estaban sacando los primeros brotes verdes.

Andersson se encogió de hombros.

«*Mi padre estuvo aquí después de la guerra. Es capitán en reserva y siempre habla de sus amigos de la Artillería de Marina.*»

Bebió de la lata y se limpió la boca con el dorso de la mano.

«*Fue de las primeras promociones y siempre habla de su época como miembro de las Fuerzas Especiales, de cuando estuvieron destinados aquí todo ese año, de todas las putadas, del frío y hambre que pasaban, aunque lo aguantaban todo por la patria. Aún tiene el recuerdo de la guerra muy fresco.*»

Parecía que hablaba para sí mismo. Su tono de voz había bajado.

«*Cada año se va de maniobras militares. Una semana por lo menos. Después vuelve a casa y presume de ello. "No soy un viejo todavía", dice. Algunas veces se reúnen en casa él y sus compañeros de la Marina. Beben y brindan por los viejos tiempos. Mi madre tiene que ir de un lado a otro sirviéndoles. Acaban borrachos como cubas. Arman jaleo durante toda la noche.*»

Un suspiro lleno de amargura le salió del fondo del alma.

«*Al día siguiente está de resaca y mi madre y mi hermana tienen que limpiar y ordenarlo todo.*»

A lo lejos lucía el faro de Getholmen. El cielo había cambiado de color y ahora era de un azul oscuro. El haz de luz cortaba la oscuridad.

Una lancha motora pasó delante de nosotros con la luz roja de babor encendida.

«*¿Qué crees que hubiera dicho si hubiera pedido destino en otro regimiento? ¿O si me hubiera hecho objetor de conciencia?*»

Andersson miró más allá del horizonte y prosiguió sin mirarme.

«*¿A lo mejor "qué bien, hijo, que tomas tus propias decisiones" o "buena suerte" tal vez?*»

Un tono amargo marcó sus palabras. Apretó la lata de cerveza tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos.

«*No quiero que me expulsen y volver a casa con el rabo entre las piernas. Quiero superarlo.*»

Miró cómo había quedado la lata de cerveza.

«*Y después le diré a mi padre que se vaya a la mierda.*»

51

—Thomas. Thomas, deberías despertarte ya.

El sonido de la voz de Pernilla se abrió camino lentamente en la conciencia de Thomas. Por la tarde, el cansancio lo había superado, se había ido a casa y había caído rendido sobre la colcha de la cama.

—¿Cuánto he dormido? —murmuró.

—Mucho. —Su voz sonaba preocupada—. Son casi las seis.

Pernilla le acarició la mejilla. Thomas sentía el contraste de la palma de su mano fresca contra su piel caliente.

—¿Cómo te encuentras?

Se dio la vuelta y miró al techo.

—Hecho polvo.

—No puedes forzarte así. Recuerda que esta es la primera gran investigación desde que volviste.

Se acercó a Pernilla y hundió la cara en su pelo. Como siempre tenía un olor fresco, a recién lavado. Thomas permaneció así, inmóvil un par de segundos. Después levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de ella.

—No te preocupes por mí. Lo más importante está aquí dentro.

Rozó con su mano la tripa levemente redondeada. ¿Había crecido la última semana? ¿O era solo su imaginación?

—Bichito —dijo—. Nuestro pequeño bichito.

—¿Bichito?

—Tenemos que pensar un nombre. —Su mirada encontró la de Thomas y él se vio sorprendido por su alegría—. Necesitamos al menos un nombre provisional para el futuro miembro de la familia. ¿Tienes una propuesta mejor que bichito?

La arrastró hacia él y ella se tumbó de costado, pegada a su cuerpo. Thomas casi se había vuelto a dormir cuando oyó su voz otra vez.

—Ah, ayer te llamó alguien.

Thomas se apoyó sobre el codo y la miró interrogante.

—¿Por qué no me has despertado?

Pernilla sacudió la cabeza.

—Dormías profundamente. Lo he intentado, pero ni te inmutaste.

Thomas se quitó la manta de encima y se levantó.

—No pasa nada. Voy a ver quién es, por si acaso.

Salió al vestíbulo y sacó el teléfono del bolsillo de la chaqueta. Llamada perdida, ponía en la pantalla. Era un número de Estocolmo, pero no lo reconocía.

Apretó un botón, marcó el número y esperó.

—Fredell.

¿Era Lena Fredell, la esposa de Jan-Erik Fredell, la que contestaba? A Thomas le sonaba la voz, pero no estaba del todo seguro.

—Soy Thomas Andreasson. ¿Hablo con Lena Fredell? Creo que ayer me llamó.

—Me llamo Annelie Fredell, soy su hija.

Con el teléfono en la mano, Thomas entró en la cocina y se sentó en una silla.

—Tengo una llamada perdida de su número de hace un par de horas.

—Seguramente era mi madre. Espere un momento que la llamo.

Pasaron un par de segundos y después se oyó otra voz de mujer en el teléfono. La voz sonaba cansada y apática.

—¿Sí?

Encontrar a su marido asesinado debía de ser una situación horrible de sobrellevar, pensó Thomas. Lena había sido el pilar de la familia durante la enfermedad del marido. ¿Era la dependencia del marido de donde sacaba toda su energía? ¿Se le habían agotado las fuerzas?

—Hola, Lena, soy Thomas Andreasson. Creo que ha tratado de contactar conmigo. ¿Quería algo en particular?

—Espero no molestarle.

—No se preocupe. —Thomas oía que estaba al otro lado de la línea, pero permanecía en silencio—. La escucho con atención —dijo.

Una respiración breve, luego pareció que Lena Fredell se decidía.

—Sí. —La voz sonaba débil—. He descubierto algo que creo que debería saber.

—Dígame.

—A lo mejor carece de importancia, pero quiero decírselo de todos modos. —Tosió—. Cuando limpiaba los armarios ayer, encontré los diarios de Jan.

—¿Escribía diarios?

—Sí, siempre, hasta que la enfermedad lo hizo imposible. Solía escribir un rato antes de apagar la luz. A veces me preguntaba si no tenía el sueño secreto de ser escritor. Tenía un estilo muy hermoso.

—Entiendo.

Thomas abrió el cajón superior de la cocina para buscar algo con lo que anotar. El primer bolígrafo no tenía tinta, pero el segundo sí. Se pasó el teléfono a la mano izquierda para poder escribir con la derecha.

Lena Fredell tragó saliva.

—El día que Marcus Nielsen vino de visita nos preguntó sobre el servicio militar de Jan.

—Sí, su marido me lo contó.

—Como ya sabe, Jan tenía problemas de memoria. Estaba muy debilitado por la enfermedad. Marcus le preguntó sobre el servicio militar y al final Jan me pidió que sacara los diarios. —Se calló—. Quería hojearlos mientras hablaban —dijo después de un silencio— para tener algo que

le ayudara a recordar.

Esos viejos diarios podrían ser útiles para encontrar al resto del grupo, pensó Thomas. Entonces no tendrían que esperar a que el Ejército buscara en sus archivos.

Quizá podían averiguar más cosas gracias a los apuntes de Jan-Erik Fredell.

Thomas escuchaba tenso.

—Jan estuvo rebuscando en las páginas de los diarios —siguió Lena Fredell— y Marcus estaba muy interesado en lo que contaba. Pasaron juntos un buen rato.

—¿Puedo ver esos diarios? —preguntó Thomas.

—No encuentro el que estuvieron consultando. Creo que Jan se lo dejó a Marcus. Le costaba mantener conversaciones demasiado largas. Puede que Marcus se lo llevara prestado.

—¿Sabe qué hay en ese diario?

La voz de Lena Fredell era más fuerte, menos temerosa e insegura. Como si ya no dudara de que había tomado una decisión acertada al contactar con Thomas.

—No, nunca me dejó leerlos. Jan siempre los tuvo guardados.

Pero ¿por qué Fredell se los enseñó a un desconocido si eran secretos?, se preguntaba Thomas. No tenía lógica.

—Jan era meticuloso con sus diarios. Los guardaba en cajas cerradas —siguió Lena Fredell —. Era impropio de él prestarlos. De hecho, no le gustaba hablar sobre la mili, al contrario que a otros hombres.

—¿Por qué?

—No sé. Pero me sorprendió que quisiera hablar con Marcus Nielsen.

—¿No le dio ninguna explicación?

—No —carraspeó—. No sé si fue porque Marcus Nielsen encontró su nombre en un libro conmemorativo; a lo mejor fue eso lo que le motivó. Ahora nunca lo sabré. A lo mejor me hubiera dado una explicación con el tiempo, pero… —Se oyó un sollozo apenas perceptible—. Me olvidé del asunto después de su muerte. Estaba tan conmocionada cuando nos vimos. Ha sido ahora, ordenando los armarios, cuando he descubierto que faltaba uno de los diarios.

—No se preocupe —la tranquilizó Thomas—. Una última pregunta. ¿Cómo era la caja?

—Era negra, con un pequeño cerrojo y tenía grabado el año. En la que Marcus se debió de llevar ponía 1977. Tengo una estantería llena de diarios de distintos años. Pero no los he leído. No he abierto ninguno.

Thomas se preguntaba por qué insistía en el hecho de que no los había leído, como si tratara de convencerlo. ¿Tenía remordimientos?

Estaba seguro de no haber visto ninguna caja parecida en el piso de Marcus Nielsen. Para asegurarse tendría que controlar el registro, pero se hubiera dado cuenta de haber estado ahí. ¿Podría estar en casa de los padres de Nielsen?

—Gracias por su ayuda, Lena —dijo—. Ha hecho bien en llamarme y contármelo.

Thomas se quedó sentado con el teléfono en la mano y repasó los apuntes que había tomado durante la conversación.

Ahora faltaban tanto el ordenador de Marcus como el diario de Jan-Erik Fredell. No podía ser una coincidencia.

Thomas estaba en el baño con el cepillo de dientes en la mano cuando sonó el teléfono. Vio

en la pantalla que era Nora.

¿Qué quería a esas horas?

Nora fue al grano, como siempre.

—Estuve con mi vecino Olle ayer, como me pediste. Me contó bastantes cosas sobre las actividades militares en la isla de Korsö.

Thomas fue a la sala de estar y se tumbó en el sofá. Pernilla se había acostado sobre las nueve y no quería molestarla. Se apoyó en el respaldo del sofá y trató de luchar contra el sueño. No conseguía sacudirse el cansancio, a pesar de que había dormido toda la tarde.

—¿Qué te dijo?

—Olle describió la isla de Korsö como un lugar peculiar, cuando menos —dijo Nora—. Me explicó que presionaban a los reclutas hasta que se desplomaban. Entonces llegaban al punto en que se fortalecían y se convertían en verdaderos soldados de élite. Él los llamaba unidades de élite con una destreza singular para el combate. No me parece muy sano, si quieres saber mi opinión. —Se oía un tintineo, como si estuviera vaciando el lavaplatos y metiendo los vasos y la vajilla en el armario—. Parece ser que hubo oficiales que sobrepasaron todos los límites —continuó Nora.

Hizo un resumen de la historia del soldado que se autolesionó.

—¿Qué me dices? —preguntó Nora.

—Me parece increíble. ¿Te mencionó algún nombre?

—Habló de un oficial que era especialmente sádico, pero no se acordaba de cómo se llamaba.

Después de colgar, Thomas permaneció pensativo en el sofá.

Las palabras de Nora resonaban en sus oídos: «Presionaban a los reclutas hasta que se desplomaban».

¿Había alguien al que habían presionado demasiado hacía treinta años?

LUNES

(TERCERA SEMANA)

52

El largo pasillo con las paredes pintadas de blanco parecía interminable. Thomas y Pernilla se equivocaron varias veces de dirección antes de llegar a la pequeña recepción. Encima de la ventanilla había un letrero donde ponía «Ecografías» en pequeñas letras azules.

Pernilla tuvo que recordárselo a Thomas por la mañana. Con un suspiro, esperó mientras él llamaba a Margrit desde el coche para decirle que no podía ir antes de las diez. Tendrían que tomar un tren más tarde a Gotemburgo.

Una amable enfermera les hizo pasar a una habitación con las persianas bajadas. Bajo la tenue luz se podían ver diferentes aparatos; en uno de ellos parpadeaba una luz verde.

Le dijeron a Pernilla que se tumbara en la camilla y que se subiera la camiseta. La enfermera le untó en el estómago un gel transparente.

—¡Me había olvidado de lo frío que era! —exclamó Pernilla.

Thomas se mantenía en un segundo plano.

No había dicho nada durante un buen rato y Pernilla vio que tenía la cara tensa. La situación parecía incomodarle. Buscó su mirada sin obtener respuesta.

Si algo iba mal, era mejor saberlo ahora, antes de que su bichito naciera y se convirtiera en una persona de verdad, en alguien que ella pudiera sostener en sus brazos, besar y abrazar.

Era mejor perder un feto que un bebé, pensó Pernilla, pero también había que rebelarse contra esa idea.

—Te puedes sentar —le dijo la enfermera a Thomas, y señaló un taburete de tres patas al lado de la camilla.

Thomas se sentó y Pernilla le dio la mano y la apretó para animarle. Pero él seguía con la cara tensa y estaba sentado con la espalda tiesa como una tabla.

Exactamente así estaban cuando vieron a Emily la primera vez, pensó Pernilla. Se le hizo un nudo en la garganta y trató de deshacerlo tragando saliva.

Esta vez iría bien, tenía que ir bien.

La puerta se abrió y entró un médico. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, recogido en una bonita cola de caballo. Parecía demasiado joven para su cargo, como si acabara de salir de la universidad.

Pernilla se dio cuenta de que lo que pasaba no era que el médico fuera demasiado joven, sino que ella y Thomas se habían hecho mayores. Él tenía cuarenta y uno, y ella iba a cumplir cuarenta en noviembre.

Padres viejos, en todas las categorías. Pero no padres primerizos.

El médico les estrechó la mano a modo de saludo.

—Me llamo Peder Backlund. Bienvenidos.

Pernilla lo recibió con una sonrisa tensa.

—Vamos a ver lo que tenemos aquí —dijo, y puso en marcha el ecógrafo.

Con mano experimentada, guio la sonda de metal sobre la tripa de Pernilla. El contacto con la piel era aséptico y frío. El pequeño monitor junto a la camilla se iluminó y apareció una imagen verde grisácea y muy granulada—. ¿Estás en tu novena semana, verdad?

Pernilla asintió.

—¿Cómo te sientes?

—Muy cansada, pero aparte de eso, bien.

—¿Tienes náuseas? —El médico movía su mirada entre la tripa y la pantalla mientras hacía preguntas.

—Bastantes, sobre todo por la mañana. Pero creo que pasarán pronto, al menos eso espero.

Pernilla miraba fijamente la pantalla cuadrada. Delante de sus ojos veía con nitidez una pequeña figura acurrucada que solo medía unos centímetros.

Tenía una vida ahí dentro. Un corazón que latía. De vez en cuando se le movían los brazos, pequeños movimientos gobernados por instintos y reflejos ancestrales. La minúscula cabeza se ladeó un poco como si se preguntara quién había ahí fuera. Quién miraba a escondidas. Los párpados, apenas distinguibles en la imagen difusa, eran tan solo puntos negros, y asomaban las manos, o lo que serían las manos en unos meses.

Un pequeño pez que nadaba en el mar creado por su útero.

Pernilla sintió cómo una sensación de alivio le invadía el cuerpo.

—Ahí está. Mira, Thomas. —Se giró hacia él—. ¿Lo ves? Es nuestro bebé.

Thomas seguía sentado en silencio, pero ya más relajado. En la penumbra, Pernilla vio cómo le brillaban los ojos.

Peder Backlund describió con voz suave lo que la sonda captaba detrás de la capa de piel y músculos.

Era curioso, pensó Pernilla, curioso e incomprensible, que el alargado instrumento que presionaba contra su estómago pudiera producir esas imágenes. Que fuera posible ver a su hijo mucho tiempo antes del parto y que un doctor pudiera determinar si todo estaba en orden, a pesar de que el embrión solo tenía un par de meses.

—Aquí están las piernas y aquí podéis ver los brazos —dijo el doctor Backlund. —Movía el instrumento en círculos, ejerciendo una leve presión que no era desagradable, pero que le hacía sentir un poco de frío—. Y aquí tenemos la columna vertebral del pequeñín. —Repitió el movimiento circular y se inclinó para ver mejor en la pantalla—. Veamos —murmuró.

Pernilla se asustó.

—¿Hay algún problema? —dijo, con los labios tirantes.

El aire era espeso. De repente le costaba respirar. Peder Backlund sacudió la cabeza al mismo tiempo que se giraba.

—No os preocupéis, solo tengo que mirar una cosa. Esperad un momento.

Se estiró para alcanzar el tubo de gel y untó otra capa sobre el estómago de Pernilla, que esta vez no dijo nada al sentir la crema fría sobre su cuerpo.

Inquieta, estudiaba la cara del doctor tratando de entender lo que no decía. Esperaba que no

hubiera ningún problema.

No podía pasar otra vez.

El cuerpo le dolía de la inquietud. Apretaba la mano de Thomas fuerte, tan fuerte que él se soltó con cuidado. No dijo nada, solo le acarició el pelo, pero ella sabía que él estaba igual de nervioso que ella.

Lo único que se oía en la pequeña habitación era el zumbido de la ventilación. El doctor sacó un estetoscopio y se puso los auriculares. Escuchó con atención durante unos minutos. Después subió el volumen del ecógrafo.

¿Eran los latidos de su bebé? Sonaba como si latiesen descompasados. ¿Era una mala señal?

—¿Es este vuestro primer hijo? —preguntó Backlund.

Thomas negó con la cabeza.

—Tuvimos una niña hace un par de años —susurró Pernilla—, pero murió de bebé.

En la pantalla, las sombras se juntaban y separaban, como una pantomima en blanco y negro, donde las formas hacían dibujos que al siguiente segundo se deshacían.

—Bien —dijo Backlund—. Ya está listo. —Esbozó una sonrisa llena de complicidad—. Ahora puedo deciros el sexo del bebé. ¿Queréis saberlo?

Pernilla buscó la mirada de Thomas y después asintió, muda. El miedo no desaparecía.

—Mirad aquí.

El doctor Backlund se quitó el estetoscopio y señaló hacia un punto que parpadeaba en la pantalla, donde hacía un minuto la pequeña cabeza ondeaba como si fuera una brizna a merced del viento.

Pernilla se sentó para verlo mejor.

La sombra se había girado un poco y le parecía que ahora podía distinguir algo. No pudo evitar apoyar las yemas de los dedos sobre la pantalla.

—Felicidades —dijo el doctor—. Vais a tener una niña.

53

Las lágrimas de Pernilla no pararon de brotar durante todo el camino desde el hospital, pero le insistió a Thomas que no tenía de qué preocuparse.

—Soy feliz. Te lo aseguro. —Hablaba tan rápido que él no alcanzaba a oírla bien—. No me lo puedo creer. Vamos a ser una familia otra vez. No me lo puedo creer —repitió.

—Tómatelo con tranquilidad. Todavía nos falta un trecho por recorrer.

Cuando la dejó en el trabajo, se preguntó si lo hubiera aguantado todo si no lo hubieran podido aclarar desde el principio. El examen con los ultrasonidos había confirmado que el embarazo iba bien. De pronto, se atrevían a creer en el milagro.

Aún bajo la impresión del dictamen médico, entró en la recepción de la comisaría. Había quedado en encontrarse con Margrit antes de ir a la estación. Al salir del ascensor en la tercera planta, Margrit ya estaba en el pasillo.

—He localizado a Leif Kihlberg. Está en Estocolmo. O mejor dicho, llegará aquí esta tarde, así que he quedado con él mañana a las ocho y media en su hotel.

—Entonces no tenemos que ir a Gotemburgo. Mejor.

Margrit lo miró indagadora.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. —Thomas hizo todo lo posible para ocultar su turbación.

—¿Estás seguro?

La sospecha brilló en los ojos de Margrit. Se acercó a él sin dejar de mirarlo. Thomas capituló, la conocía demasiado bien.

—He ido al ginecólogo con Pernilla. —Antes de que Margrit pudiera decir algo, Thomas se adelantó—. Vamos a ser padres. —Thomas sonrió feliz—. Será una niña.

—Oh, Thomas. —Por una vez Margrit parecía emocionada—. Ven conmigo.

Dio media vuelta y entró en su despacho. Thomas la siguió y se sentó en el sofá destinado a las visitas. Se dio cuenta de que no podía dejar de sonreír, todo el cansancio del día anterior había desaparecido. Margrit cerró la puerta tras ellos.

—Enhorabuena. ¡Es fantástico!

—Creíamos que ya no podríamos ser padres, por lo menos de forma natural —añadió en voz baja—. Nunca pensé que tendríamos una segunda oportunidad.

Las facciones duras de Margrit se relajaron y Thomas vio una alegría sincera en sus ojos. Su frente arrugada se alisó y se levantó para darle un cálido abrazo.

—Me alegro mucho por vosotros. Os lo merecéis, especialmente después de todas las

tristezas y decepciones.

Como si se avergonzara de lo que acababa de decir, volvió a ponerse detrás de la mesa y se sentó.

—No vamos a contarlo de momento. Pernilla solo está de nueve semanas.

—Entiendo. No diré nada. —Suspiró profundamente y juntó las manos—. Se acabó dormir por las noches.

—Lo sé. O mejor dicho, creo que lo sé. La verdad es que no tengo ni idea de cómo será esta vez. Me parece que estoy soñando.

Llamaron a la puerta y entró Karin Ek.

—Buenos días —dijo dirigiéndose a Thomas, que no se dio por aludido—. ¿Has podido descansar?

—Le conté que tenías que tomártelo con tranquilidad después del accidente del sábado —explicó Margrit.

Thomas le dio las gracias con la mirada.

—Estoy mucho mejor.

—El Ejército ha dado señales de vida.

Karin Ek enseñó un mazo de papeles. En la parte superior se veía un sello gubernamental.

—¿Lo envía Elsa Harning? —preguntó Margrit.

—Sí.

—A ver. —Thomas cogió los documentos. Miró el contenido y se levantó—. Karin, ¿le puedes decir al resto de la gente que tenemos que reunirnos ahora mismo? —dijo, girando la cabeza mientras se alejaba por el pasillo.

54

Thomas había fijado con chinchetas en la pizarra las distintas hojas. Cada folio contenía la biografía de una persona, con sus datos personales y una fotografía de hacía treinta años. Los jóvenes se parecían entre sí de un modo escalofriante. Todos miraban fijamente a la cámara, como hipnotizados por la lente.

Thomas leyó en voz alta:

Leif Kihlberg, jefe de grupo
Anders Martinger
Björn Sigurd
Jan-Erik Fredell
Bo Kaufman
Sven Erneskog
Stefan Eklund.

—Bueno, ahora sabemos quiénes integraban el grupo de Kaufman. Podemos agradecérselo a Elsa Harning, del Ejército —dijo en tono irónico.

Con un rotulador, puso una cruz negra delante del nombre de las tres víctimas de la investigación: Fredell, Kaufman y Erneskog.

—A Kihlberg lo vamos a entrevistar mañana por la mañana. Trabaja como asistente del jefe de bomberos en uno de los municipios limítrofes a Gotemburgo. Está casado en segundas nupcias y tiene dos hijos del primer matrimonio, de veintitrés y veinticuatro años. —Thomas hizo una pausa y dio un paso atrás—. Björn Sigurd continuó su carrera dentro del Ejército y sirvió en el extranjero varias veces. Entre otras cosas, en las fuerzas de paz desplazadas a Bosnia.

—Un guerrero nato —dijo Kalle Lindwall.

Thomas habría jurado que había visto un brillo de admiración en los ojos del joven policía.

—Un momento. —Thomas se paró—. Sigurd está muerto.

—¿Cómo? —reaccionó Margrit.

—A ver. —Thomas siguió leyendo—. Murió en acto de servicio cuando estaba destinado en Bosnia. Viajaba en un camión que pasó sobre una mina antipersona. Todos los que iban dentro murieron.

Parecía que a Kalle Lindwall le había afectado la noticia.

—¿Tiene familiares? —preguntó Erik Blom, que no dejaba de hacer ruido con su bolígrafo.

—Sí, su esposa. Anne-Marie Sigurd. Es enfermera. No pone nada sobre si tenían hijos.

—¿Quién nos queda? —quiso saber Kalle Lindwall.

—Martinger y Eklund —contestó Margrit—. Stefan Eklund emigró a Australia en los noventa y no tenemos su dirección.

—Estoy en ello —dijo Karin Ek en tono de disculpa—, pero no es tan sencillo encontrar a un sueco emigrado a Australia. No son muy rápidos en responder al otro lado del mundo. Menos mal que el sistema del DNI sueco permite que con solo teclear las cifras se pueda localizar a la persona.

Thomas leyó la última biografía.

—Anders Martinger entró en el Ejército del Aire. Pilotó el avión Viggen, pero después se pasó a la aviación comercial y a finales de los años ochenta ingresó en la SAS. Vive en Sigtuna y también se ha casado dos veces. Tres hijos. Uno de diecinueve años y dos hijas de quince y cinco años. Su actual mujer, Siri, es azafata.

—¿Quedan emocionalmente disminuidos cuando se les corta el pelo? —Margrit carraspeó—. ¿O son demasiado machos para casarse una sola vez?

—Suecia es el país con mayor número de separaciones, si cuentas las parejas de hecho —le informó Karin Ek—. No creo que tenga que ver con las relaciones amorosas de los miembros de las Fuerzas Especiales.

—Si exceptuamos a Kaufman, no les ha ido tan mal a los exsoldados —intervino el Viejo.

Margrit bufó de nuevo.

Mientras mantenía la mirada fija en la pizarra, Erik Blom siguió haciendo ruido con el bolígrafo. Una y otra vez y otra hasta que Karin no aguantó más.

—¿Puedes parar?

—Siete personas —dijo Margrit, pensativa— hicieron la mili juntos hace treinta años. Uno ha muerto en un accidente, tres han sido asesinados y una persona joven que quiso obtener información sobre ellos también.

Erik Blom se levantó de improviso y fue hacia la pizarra. Soltó los folios que Thomas había colgado antes y los ordenó de nuevo. Después los volvió a fijar en otro orden.

Stefan Eklund
Sven Erneskog
Jan-Erik Fredell
Bo Kaufman
Leif Kihlberg
Anders Martinger
Björn Sigurd

Erik volvió a sentarse sin decir nada. No hacía falta.

—Están por orden alfabético. El cabrón los mata siguiendo el abecedario.

—Uno detrás de otro —dijo Blom.

—Con precisión militar, querrás decir —intervino Karin Ek, y se sonrojó—. Perdón, no he podido evitarlo.

—Leif Kihlberg puede ser el siguiente de la lista —dijo Margrit lentamente—. Y el próximo, Martinger.

El silencio en la sala se podía cortar con un cuchillo.

—Hay otra posibilidad —dijo Thomas, que todavía estaba delante de la pizarra—. Es cierto que Martinger o Kihlberg pueden ser las próximas víctimas del asesino. —Se pasó las manos por su pelo claro mientras sopesaba lo que iba a decir—. Pero también uno de los dos puede ser el asesino…

—¿Un exsoldado que mata a sus antiguos compañeros?

—Supongamos que —prosiguió— hay alguna antigua rencilla en el grupo, algo que pasó en aquella época. Por algún motivo que no sabemos no ha salido a la superficie hasta el día de hoy. —Thomas señaló las biografías de Leif Kihlberg y Anders Martinger—. Un piloto y un bombero. Dos personas con oficios específicos que exigen mantener la cabeza fría en situaciones críticas. El *modus operandi* del asesino indica que se trata de una persona inteligente y con capacidad de improvisación.

Se imaginó otra vez el dormitorio de Kaufman. Lo único que había necesitado era un arma, una botella de whisky y una almohada. Una media hora y listos.

—Quedan dos con vida y viven en Suecia. Son Martinger y Kihlberg —continuó—. Además los dos tienen trabajos que podrían explicar por qué los asesinatos suceden los fines de semana. Kihlberg vive en Gotemburgo y Martinger viaja por trabajo.

La cara de Margrit expresaba duda.

—Creo que Elsa Harning dijo que existía un gran sentimiento de lealtad entre los miembros del grupo. ¿Crees que estarían dispuestos a matarse?

A Thomas le hizo reflexionar lo que acababa de decir Margrit.

—Son soldados que están entrenados para mantenerse fríos. Nada les podría impedir cumplir sus objetivos.

—El fin justifica los medios —resumió Erik Blom.

—Eso es. —Thomas asintió—. Con un entrenamiento así puedo imaginar que atacara a sus compañeros. Si es necesario, en una situación extraordinaria.

—¿Por qué suceden los asesinatos aquí y ahora? —preguntó Kalle Lidwall.

Thomas se encogió de hombros.

—No lo sé. Tiene que ser un motivo muy personal. De lo contrario, las cosas no sucederían como están sucediendo.

—No tiene que ser una venganza —opinó Margrit—. Quizá se trata de mantener un secreto. Una información que no tiene que salir a la luz.

—Es una acción muy extrema matar a tres personas, puede que cuatro, para que un secreto no salga a la luz —intervino el Viejo desde su asiento en el lado corto de la mesa.

—Sí —respondió Thomas—, pero este grupo es extremo.

—No entiendo todavía qué papel juega Marcus Nielsen en todo esto —dijo Karin Ek.

Thomas pensó en la llamada de Lena Fredell.

—La esposa de Fredell me llamó y me contó que Marcus Nielsen probablemente tomó prestado uno de los diarios de su marido.

—¿Qué contenía? —preguntó Karin Ek.

—No lo sabía. Nunca se los dejó leer. He revisado el inventario de las pertenencias de Nielsen y en el piso no había ningún diario. Parece ser que ha desaparecido.

Thomas tuvo una revelación.

¿Tuvo Jan-Erik Fredell la necesidad de contar algo que había vivido? Fredell sabía que no le quedaba mucho tiempo. A lo mejor vio en el diario la oportunidad de contar el secreto que había guardado durante tantos años.

Cuando el azar le trajo a Marcus Nielsen lo pudo entender como su última oportunidad de arreglar las cosas. El estudiante se convirtió en su mensajero.

Fredell nunca llegó a sospechar el alcance de la catástrofe que había desencadenado.

—Podría ser que Marcus Nielsen encontrara algo en el diario —dijo Thomas.

—Debió de ser dinamita pura para desencadenar esta serie de asesinatos —siguió Erik.

Al asesino lo domina una furia interior. Sus actos lo demuestran, pensó Thomas.

—Y entonces, ¿cómo supo el autor del delito lo que Marcus Nielsen había descubierto? —dijo Kalle Lidwall, y cruzó los brazos. Su pelo rapado le recordaba a Thomas las fotos de las tropas de élite que colgaban en la pared.

—Sabemos con quiénes habló Nielsen y entre ellos no hay sospechosos —contestó—. Otros ya están muertos. Difícilmente se han asesinado ellos mismos.

—Entonces Nielsen debió de contactar con el asesino de otra manera —continuó Erik.

—Espera un momento. —Kalle se llevó la mano a la frente—. Hemos revisado las llamadas que Marcus hizo desde su móvil, pero ¿no iba muy a menudo a casa de sus padres?

—Es verdad —dijo Margrit.

—No hemos revisado las llamadas realizadas desde allí. Marcus pudo utilizar el teléfono de sus padres para contactar con el asesino.

—¿Puedes hacerlo ahora mismo? —preguntó el Viejo.

Margrit se enderezó en la silla. La mirada en sus ojos profundos era más intensa de lo normal.

—No te olvides de Stefan Eklund, con el que no logramos contactar —dijo Margrit—. Él puede ser el comodín del juego.

Thomas pensaba lo mismo.

—Tenemos que averiguar lo antes posible el paradero de Eklund —dijo—. Entretanto nos ocuparemos de las dos personas que todavía siguen en el país.

—Mañana veremos a Leif Kihlberg —explicó Margrit.

—¿Y Martinger? —preguntó Thomas, y se contestó a sí mismo—. Tenemos que encontrarlo ya.

Margrit se giró hacia Karin Ek.

—Haz todo lo que puedas para averiguar la dirección actual de Stefan Eklund. Si es necesario, exige que te ayude la oficina del Ministerio de Asuntos Exteriores. Llama también a Elsa Harning, a ver si nos puede echar un cable.

Karin tomó nota en su cuaderno.

—Dalo por hecho.

—Tenemos que averiguar si Martinger y Kihlberg tienen coartadas —dijo Margrit dirigiéndose al Viejo.

Thomas ya se había levantado y salía de la sala.

55

Nora salió temprano del trabajo para recoger a los niños en el colegio. El sol brillaba, pero no calentaba como la semana anterior. Estaban a trece grados. Aparcó el coche delante del colegio de Simon y bajó con el bolso colgado del hombro. Gritos y risas llenaban el recinto del patio. Reconoció a uno de los viejos maestros de Adam en el portal.

Los dos hermanos habían ido al colegio de Igelbodaskolan desde primero, pero Adam se había cambiado a la centenaria Samskolan cuando acabó quinto. Allí iría Simon dentro de unos años.

Descubrió a su hijo pequeño entre un grupo de niños que colgaban como monos de una estructura pensada para trepar por ella situada en el centro del patio.

—¡Simon! —gritó y se acercó—. ¡Eh, Simon!

Se paró y giró la cabeza. Cuando el niño la vio bajó y corrió hacia ella.

Nora se agachó y extendió sus brazos.

—Hola, cariño.

Lo abrazó y le olió el pelo hasta que él se liberó de ella.

—¿Todo bien?

—Sí.

Se le notaba preocupado.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes que tengo que traer helado mañana?

En sus cumpleaños, todos los niños tenían que llevar helado para invitar al resto de la clase.

—No te preocupes. Está en el congelador de casa.

Nora intentó darle la mano, pero él no se dejaba. Demasiados amigos cerca, pensó Nora. Cuando comenzara el próximo curso se acabarían los días de peque.

—¿Nos vamos? Tengo hambre.

—¿No os han dado merienda?

—Sí, pero tengo hambre.

Se palmeó el jersey a la altura del ombligo. El gesto era tan de niño pequeño que Nora no pudo evitar sonreír.

—Vale. Vamos a buscar a Adam primero. ¿Podrás aguantar?

—Hmm.

Adam solía volver de la escuela solo, pero como era lunes llevaba consigo su mochila.

En verdad, no le importaba ir a recoger a Adam al colegio. En los últimos tiempos, había dejado de hacerlo y le venía bien la excusa de la mochila.

—Venga. Nos vamos ya.

Justo cuando fue a arrancar sonó el móvil. Nora dio un respingo.

¿Sería Jonas?

Buscó en el bolso y sacó el móvil llena de ilusión. Había esperado todo el día a que diera señales de vida. Pero cuando abrió el buzón de mensajes vio que se trataba de alguien totalmente distinto.

«Simon se ha dejado el libro de inglés en casa. ¿Podrás pasar a buscarlo?», ponía en letras blancas sobre el fondo verde.

La sensación de alegría se transformó en la opuesta.

Cada vez que había sonado el teléfono durante el día se había emocionado pensando que era Jonas. Esperaba nerviosa su llamada. Aquella excitación le recordaba cuando era adolescente y tenía que hacerse desear y no mostrar demasiado interés, algo que ya entonces le desagradaba. Pero era difícil no caer en esa vieja costumbre.

Habían pasado dieciséis años desde la última vez que estuvo soltera y aún se sentía una extraña en el juego entre hombres y mujeres. No tenía ni idea de cómo iba la cosa en la actualidad y menos qué reglas imperaban cuando te acostabas con alguien.

Irritada, metió el móvil en el bolso.

Habían pasado una noche juntos, eso era todo. Tenía que dejar de pensar en él y seguir con su vida. Además, se encontraba al otro lado del globo terráqueo, en Tailandia.

Nora notó que Simon la miraba y dejó de pensar en Jonas.

El libro de inglés.

Marcó el número de Henrik. Contestó después de dos tonos.

—Soy Nora. He visto tu mensaje. Pasa por casa y deja el libro en el buzón.

—No me da tiempo. Salgo muy tarde del hospital.

—Eres tú el que te has olvidado del libro.

¿Por qué tenía que molestarse ella en recoger el libro si era Henrik el que no tenía en orden las cosas de Simon? No le apetecía nada ir a su antigua casa y ver a Marie en la cocina.

—No fue mi intención.

—Lo entiendo, pero tengo muchas cosas que hacer esta semana. Trabajo a jornada completa como tú.

—Tengo pacientes que no puedo abandonar. —El tono de Henrik era condescendiente. Como médico, estaba habituado a que lo obedecieran. Era un médico respetado poco acostumbrado a que lo cuestionaran—. Venga. Tú puedes dejar un momento tus créditos bancarios, no creo que pase nada. La escuela de Simon debería ser más importante.

Típico de Henrik.

Su trabajo siempre era más importante que el suyo. Por una vez Nora no se enfadó ni se puso triste. Se sintió poseída por una enorme calma.

—Entonces, te propongo que lo dejes para mañana por la mañana cuando vayas al trabajo. A lo mejor te tendrás que levantar un poco antes. Adiós. —Nora colgó antes de que pudiera protestar.

Sacó la lengua a su imagen reflejada en el espejo retrovisor en un gesto infantil de triunfo. Ni

se había enfadado ni había dejado que se saliera con la suya. Solo había dicho lo que quería, como una persona adulta.

Era una sensación nueva.

En Samskolan el ambiente era más tranquilo. Había grupos de jóvenes, pero no jugaban en el patio como en el colegio de Simon.

Nora miró la hora. Adam debía de haber acabado hacía diez minutos. La solía esperar en la puerta, pero no se le veía.

Pidió a Simon que esperara en el coche y bajó a buscarlo.

Adam estaba bajo un roble con un grupo de jóvenes de su edad. A su lado había una chica con una larga melena que le caía sobre la espalda. Iba vestida con una falda vaquera con bordados rosas. Había algo en la forma en la que se apoyaba en el árbol que hizo que Nora se parara a contemplarlos. ¿No estaban agarrados de la mano? Se acercó para verlos mejor. Entonces Adam alzó la vista y vio que Nora se acercaba. Recogió la mochila del suelo y le dijo algo a la chica. Ella se inclinó hacia él y le susurró al oído. Después Adam fue hacia Nora.

Ella intentó abrazarlo, pero él la evitó con un movimiento de cabeza. Se tuvo que contentar con acariciarle el pelo.

—Deja, mamá.

Abrió la puerta del coche y lanzó la mochila sobre el asiento trasero. Después se sentó a su lado.

Nora intentó encontrar las palabras precisas.

—Solo estoy contenta de verte. No te he visto en una semana —dijo con alegría—. Os he echado mucho de menos. Como madre puedo hacerlo.

Él se relajó.

—Yo también te he echado de menos.

Ahora aceptaba que le diera una palmadita en la mejilla.

—Por cierto, ¿quién era? —dijo, intentando no parecer interesada.

—¿Quién?

—La chica con la que estabas hablando.

—Se llama Lisa.

—¿Va a tu clase?

Adam se encogió de hombros. Nora interpretó el gesto como un sí.

—¿Lisa qué más?

—Qué importa. —Se giró y miró por la ventana.

Nora no dijo nada pero imaginó que debía de ser su primera novia. Su hijo se estaba haciendo mayor.

Arrancó el coche y comprobó si podía salir marcha atrás del aparcamiento. Se sentía mucho mejor cuando los niños estaban en casa.

56

A Karin Ek no le costó mucho averiguar el paradero de Anders Martinger. Cuando entró en el despacho de Thomas, estaba un poco despeinada, como si, nerviosa, se hubiera estado tirando del pelo.

—He hablado con el responsable de personal de la SAS.

—¿Y?

—Anders Martinger va de camino a Nueva York. Volverá el miércoles por la mañana. Su avión aterrizará en Arlanda a las diez y media.

—Por lo menos, estará seguro hasta entonces.

—O no.

Thomas sabía lo que Karin quería decir. Si Martinger era el asesino, Leif Kihlberg estaba seguro durante dos días. Eso les daba mucho margen de maniobra.

—Les pedí que nos enviaran el horario de sus vuelos en septiembre. —Se adentró en el despacho—. Martinger ha estado en Suecia los últimos tres fines de semana.

Thomas la invitó a sentarse.

—Cuéntame más.

Karin se sentó y colocó una pierna sobre la otra.

—El domingo, cuando encontraron los cuerpos de Marcus Nielsen y Erneskog, Martinger empezaba a trabajar por la noche. Entonces voló —se interrumpió para mirar sus papeles— a Copenhague para hacer la ruta Copenhague-Chicago al día siguiente. El fin de semana siguiente lo mismo. Tenía la ruta Copenhague-Nueva York y comenzaba a trabajar el domingo por la noche en un vuelo Estocolmo-Copenhague.

—¿Y el último fin de semana?

Karin Ek respondió en un tono de satisfacción.

—Lo tenía libre. Cuatro días. Los pilotos trabajan por turnos y él tenía un fin de semana largo.

Martinger había estado en Suecia los días que los tres fueron asesinados.

—Buen trabajo. Por cierto, ¿te han dado un número de teléfono? ¿Sabes dónde podemos contactar con él?

Karin le pasó un papel.

—Aquí tienes su móvil, pero no lo vas a poder localizar antes de las ocho de la tarde, hora sueca. Te he anotado la dirección del hotel donde se aloja.

—De acuerdo. Gracias.

Había tardado una hora en hacer las compras y deshacer las mochilas de los chicos. Ahora ya tenía la ropa en los armarios y la lavadora en marcha.

Nora sacó el móvil y abrió su buzón de mensajes. A pesar de que se había prometido por la mañana no mirarlo.

Nada.

Era por lo menos la decimoquinta vez que miraba si le había entrado algún mensaje, pero no lo podía evitar. Sabía que Jonas había ido a Bangkok y que estaría allí toda la semana. Aun así podría dar señales de vida, pensó.

¿Había sido su noche un entretenimiento, una ocasión que había aceptado cuando se le presentó? Mientras no le hubiera dado la impresión de ser una recién separada desesperada que se acostaba con cualquiera… Se sintió una desgraciada solo de pensarlo.

Guardó el móvil en el bolso y se fue a la cocina para preparar la comida.

Una cosa era segura. Si no daba señales de vida, pasaría de él. Bajo ninguna circunstancia quería arriesgarse a ser rechazada. Ya tenía suficiente con que Henrik se hubiera juntado con otra mujer en tan poco tiempo. Como si los años que habían pasado juntos hubieran sido una anécdota.

¿Quería volver a ver a Jonas Sköld?

Cuanto más pensaba en ello más confundida se sentía. Habían pasado una tarde y una noche maravillosas. Después del adormecimiento primaveral las horas con Jonas habían sido un regalo.

Pero no quería que la hirieran y abandonaran otra vez. Y nunca más quería volver a tener una relación como la que tuvo con Henrik. Es la última vez que me someto, se dijo con amargura. Sintió que la rabia se apoderaba de ella al pensar cómo se había adaptado a los deseos y costumbres de Henrik. Mientras él trabajaba o navegaba, ella se había encargado de la casa y los niños. Una vez tras otra había cedido.

Con un gesto decidido sacó la olla para hervir los tortellini que Simon había pedido para cenar. Cogió el paquete de sal de la estantería de la despensa y colmó una cucharilla que vertió en el agua. Luego tapó la olla y subió el fuego al máximo.

Una sola noche, y él ya ocupaba todos sus pensamientos.

Le había costado tanto tomar el control de su vida. No pensaba rendirse.

Ahora tenía que dejar de pensar en Jonas Sköld.

DIARIO: JUNIO DE 1977

Soy el único que está despierto. Es pasada la medianoche. No se me van de la cabeza las imágenes del día. La sensación que tuve cuando llegó mi turno, allá arriba; la cuerda que se deslizaba entre mis manos sudorosas…

El tobillo me palpita con fuerza.

Teníamos que bajar por la parte exterior de la torre de Korsö. Con una cuerda de seguridad atada a nuestro cuerpo. El viejo faro tiene una altura de veintiséis metros y en la superficie no hay donde agarrarse. El ejercicio consiste en ejercitar la coordinación y el control muscular y teníamos que rebotar contra la fachada lo menos posible.

«*El récord es ni un solo rebote», gritó el sargento. «Tenedlo en cuenta.*»

Cuando uno está en lo alto de la torre, el paisaje es precioso. Eso dice la gente. Cuando yo miré hacia abajo lo único que sentí fue desasosiego. Hay mucha distancia hasta el suelo, que es de rocas y piedras. No hay nada que amortigüe la caída.

Nunca me han gustado las alturas. Ni siquiera me gustaba la montaña rusa cuando era pequeño.

El estómago se me encogía solo de pensar que tenía que estar ahí arriba.

Debíamos bajar de uno en uno y esperábamos nuestro turno en la estrecha escalera de piedra. El ambiente era tenso. Nadie decía nada. El silencio solo se rompía con las caladas nerviosas y lo único que se veía en la penumbra eran las brasas de los cigarrillos. Cuando una cerilla se inflamaba podía ver caras tensas y miradas perdidas.

A mí me tocaba el cuarto.

El sargento estaba arriba junto al capitán Westerberg. Controlaban que las cuerdas de seguridad estuvieran bien puestas. Si caíamos por nuestra propia torpeza era una cosa, pero que el equipo estuviera en perfectas condiciones era su responsabilidad.

Cuando me tocó sentí el sabor de bilis en la boca. Vi cómo Kihlberg se soltaba y desaparecía. Y supe que había llegado mi turno.

Solo quería vomitar.

El sargento ajustó las cuerdas a mi cuerpo y di un paso atrás. Un sudor frío me recorría la nuca.

La brisa se había convertido en un viento fuerte que hacía que la cuerda metálica se moviera como si tuviera vida propia. Golpeaba la torre como si fuera un cachorro tirando de la correa.

Sentí que me tambaleaba, las piernas no me obedecían.

El sargento me gritó: «¡Venga!».

Nada más que el puro miedo a su furia me hizo ponerme al borde de la torre. Abajo se veía una borrosa masa de vegetación y piedras. Pasó un segundo, luego otro. Con las manos resbaladizas de sudor así la cuerda y salté.

Estaba convencido de que me estamparía contra el suelo.

Sin embargo, no sé cómo pero lo conseguí. Bajé metro a metro. Todo mi ser gritaba que perdería el control y caería en cualquier momento.

Oía voces al pie de la torre.

«*Bien hecho, Erneskog.*»

«*Buena bajada, Kihlberg.*»

«*Coño, Andersson, solo tres rebotes. Muy bien.*»

La adrenalina bullía en los que habían pasado la prueba y se gritaban palabras de ánimo los unos a los otros.

Cuando faltaban unos metros para llegar al suelo mis sudorosos dedos patinaron y caí.

Al segundo siguiente sentí un dolor intenso en la pantorrilla derecha. Cuando Andersson corrió hacia mí y me preguntó qué había pasado, no podía contestarle, tan solo gemir.

Se puso de rodillas y me tocó con cuidado el pie. Entonces grité. El pie ya había comenzado a hincharse y Andersson me quitó la bota para que no tuviera que cortarla para sacármela después.

«*¡Qué torpe he sido!», fue todo lo que pude decir mientras Andersson intentaba desatarme la bota.*

«*Tienes que ir a la enfermería», dijo, y me ayudó a levantarme. «Intenta mantenerte de pie.*»

El sargento seguía en la torre, pero Kihlberg había corrido a ayudarnos. Entre los dos me sacaron de allí y me llevaron a la enfermería. Está en una de las barracas pequeñas, un poco más allá del comedor de los oficiales. Una casa de color rojo como las demás, pero con camas de hospital dentro.

La atención médica en Korsö es una broma de mal gusto. El médico, que se llama Tallén[2] *pero al que llamamos Tallen, tiene fama en toda la compañía. Hace lo que le ordenan y las órdenes son que los muchachos estén operativos. Da igual lo que tengas, la solución es una inyección de cortisona en lugar de descanso. Si no estás moribundo, no te queda otro remedio que apretar los dientes y seguir adelante.*

La receta favorita de Tallen es butazolidín, un preparado de cortisona del que nunca había oído hablar antes de la mili. Calma el dolor, pero se siente cansancio y ganas de vomitar, y el cuerpo no descansa.

Tallen tardó un cuarto de hora en «curarme».

Andersson me esperaba a la entrada de la enfermería. Acababa de salir el sol y empezaba a sudar en su uniforme verde cuando salí.

«*¿Cómo te encuentras?», me preguntó, y se levantó del banco.*

«*Bien, pero supongo que esta noche, en cuanto me pase el efecto de la inyección, me volverá a doler. Me ha dado unas píldoras para pasar la noche.*»

Le enseñé el bote de plástico transparente con las pastillas.

«*¿Quieres un pito?», me preguntó.*

Sacó un cigarrillo de un paquete de Prince y me lo encendió.

Lo cogí y me senté en una piedra al lado del edificio. Agotado, di varias caladas profundas.

Luego intenté ponerme de pie, pero tuve que sentarme de nuevo con una mueca de dolor.

«*Mierda», dije. «¡Qué daño!*»

«*Tómatelo con calma. No puedes usar el pie. ¿No te dio la baja Tallen para unos días?*»

Negué con la cabeza.

«*Me ha dicho que mañana me dará una nueva inyección para que pueda seguir participando en las pruebas.*»

El pie, que estaba vendado, parecía el doble de grande que el otro. Era una imagen grotesca.

«*¿Cómo te vas a calzar la bota?», me preguntó.*

Me encogí de hombros.

«*No importa. El sargento no me va a dejar descansar de todos modos.*»

No valía la pena lamentarse. Andersson sabía que tenía razón.

Durante toda esa semana él cargó con mi equipo.

MARTES

(TERCERA SEMANA)

57

El hotel de Leif Kihlberg estaba un poco al norte de la plaza de Östermalmstorg, en el centro de Estocolmo.

Cuando Thomas y Margrit entraron en el vestíbulo vieron un cartel que anunciaba que la Agencia para la Seguridad Civil impartía su conferencia en la sala Saturnus, en el tercer piso.

La recepción comunicaba directamente con un comedor, diseñado como si fuese una biblioteca. Las paredes estaban forradas hasta el techo de estanterías con libros de todos los tamaños. En unas mesas redondas, repartidas alrededor de la sala, había libros y revistas. Era como entrar en una sala de estar, pensó Thomas.

Margrit fue a la recepción y les pidió que avisaran a Leif Kihlberg de que estaban allí. Antes de que el recepcionista pudiera alzar el teléfono, Thomas vio de reojo que un hombre alto y de espaldas anchas se les acercaba.

—¿Te llamas Margrit Grankvist? —preguntó a Margrit.

—Sí, soy yo.

—Leif Kihlberg.

Margrit le tendió la mano para saludar.

—¿Cómo sabías que éramos nosotros? —preguntó, sorprendida.

Kihlberg se encogió de hombros.

—Los policías no sois difíciles de identificar aunque no llevéis uniforme.

—Eso dicen —dijo Thomas, y se presentó.

No era la primera vez que oía ese comentario.

—Nos podemos sentar allí. —Kihlberg indicó la mesa donde había estado sentado—. Podéis serviros café en el bufé, si queréis.

—No, gracias.

Thomas estudió al bombero cuando se sentó en la mesa redonda de madera oscura. Leif Kihlberg parecía en forma. Su cabello era abundante y no tenía kilos de más. Llevaba una chaqueta oscura de *tweed* con una camisa abierta y unos pantalones gris oscuro. Las arrugas finas alrededor de los ojos indicaban que era una persona a la que le gustaba pasar tiempo al aire libre. No era difícil imaginarse al joven soldado que fue.

«¿Eres una persona honrada o estás acostumbrado a moverte por la vida gracias a tu simpatía?», se preguntó Thomas. Se cuidó de formarse ningún juicio previo.

—¿En qué os puedo ayudar?

Margrit tomó la palabra y resumió lo sucedido durante las últimas tres semanas.

Thomas esperó. Habían dedicado una hora el lunes para preparar la estrategia que pensaban emplear durante la entrevista.

Dado que Leif Kihlberg podía ser el asesino, intentarían no revelar sus sospechas. Tenían que hacerle creer que estaba a salvo hasta que tuvieran más pruebas. Si él era la próxima víctima, debían averiguar todo lo posible a fin de protegerlo.

Una situación muy delicada.

—Bueno, esta es la situación —concluyó Margrit—. Tres de tus antiguos compañeros de armas han sido asesinados y buscamos el motivo y al asesino.

Pasó un ángel.

Los músculos del cuello de Kihlberg se habían ido tensando durante el relato de Margrit y cerraba los puños de las manos sobre sus rodillas.

Si disimulaba estar sorprendido, lo hacía bien.

—¿No sabías nada de lo sucedido?

Leif Kihlberg negó con la cabeza.

—No he tenido contacto con ellos desde hace mucho tiempo.

Abrió los puños con tal lentitud que parecía que se obligaba a hacerlo. Cuando levantó la taza de café y se la acercó a la boca, esta tembló. La volvió a posar sobre la mesa sin beber.

—Vivo en Gotemburgo, la mayoría se quedó aquí en Estocolmo y alrededores. Ya sabéis cómo va esto, se hacen encuentros los primeros años, después los encuentros se espacian en el tiempo. Cada uno sigue su vida, forma una familia y tiene otras cosas en qué pensar. —La cara estaba un poco más pálida que cuando los había saludado en la recepción—. Sabía que Björn Sigurd murió en Bosnia —continuó—. Y sabía por conocidos que Kaufman se había vuelto un borrachín. Pero que Fredell estuviera tan mal… Pobre hombre —dijo en voz baja—. Me gustaría ir al funeral.

Kihlberg asió la taza y bebió unos sorbos de café. Luego los miró como si hubiera tomado una decisión.

—No todos los recuerdos de esa época son buenos. Por eso no mantuve el contacto.

—¿No has mantenido el contacto con nadie?

—Sí, con una persona. —Los ojos de Kihlberg brillaron, y los miró con un gesto de seriedad —. Anders Martinger. Estuvimos destinados en el mismo lugar. Continuó en el Ejército, pero ahora trabaja como piloto de la SAS. Nos vemos de vez en cuando.

¿Era una casualidad o una información de importancia vital?, se preguntó Thomas.

—¿Cuándo os visteis la última vez?

—A mitad de septiembre. Mi mujer y yo fuimos a Estocolmo y nos vimos con Anders y Siri.

—¿Recuerdas la fecha?

—Hará unas tres semanas. Deja que lo compruebe.

Kihlberg sacó su agenda y la abrió. Pasó las hojas hasta que encontró lo que buscaba.

—Fue el fin de semana del quince al dieciséis de septiembre. Teníamos entradas para una obra de teatro.

—¿Os alojasteis en su casa?

—No, en un hotel. Ellos viven en Sigtuna y queda lejos del centro. Pero cenamos juntos después de la función.

Thomas decidió ir al grano.

—¿Sabes por qué alguien querría quitarle la vida a los miembros de tu grupo?

—No lo entiendo. No le encuentro explicación —respondió rápidamente, con sentimiento.

Margrit se decidió a seguir la misma línea.

—¿Tus compañeros y tú pudisteis pasar por alguna experiencia que pueda explicar esto?

Leif Kihlberg se recostó en el respaldo y cerró los ojos. Luego los abrió y apuró la taza de café. Ahora parecía más calmado.

—No me puedo imaginar qué podría ser.

—¿Estás seguro? Nos han contado que la formación era muy dura. ¿No quedó ninguna rencilla por aclarar?

—Hace treinta años de todo aquello —respondió el bombero tajante—. ¿Cómo podría tener importancia hoy algo que pasó hace tanto tiempo?

Hubo algo en cómo lo dijo que hizo que Thomas reaccionara. No sabía el qué pero había habido un cambio de tono, muy ligero. La sensación desapareció con la misma rapidez que había aparecido.

—¿Sabes si existía alguna otra relación entre estas personas? ¿Tal vez negocios?

—No que yo sepa. Pero, como os he dicho, hace tiempo que perdí el contacto con ellos.

—¿Te ha pasado algo recientemente que puedas calificar como raro o incluso amenazador?

Leif Kihlberg pareció más sorprendido que asustado.

—¿Quieres decir que estoy en peligro?

—Vemos en estos sucesos un patrón de comportamiento que te incluye como posible víctima. Hay motivos para preocuparse mientras no sepamos qué mueve al asesino.

—No hay peligro. Sé defenderme.

El bombero se estiró y Thomas no dudaba de que Kihlberg creía en lo que afirmaba.

Sin embargo, sabía también que las cosas irían de otra forma si Kihlberg estaba desnudo, borracho y bajo la amenaza de un arma.

—No lo dudo —dijo, conciliador—, pero lo que sabemos del asesino es que es inteligente y calculador. No pasa nada por ser prudente.

—Si ese cabrón se mete conmigo, se va a llevar una buena sorpresa.

La autoridad que emanaba de la voz de Kihlberg explicaba por qué cuando era veinteañero había sido elegido jefe del grupo.

—De todas formas, queremos que extremes las precauciones. Y que nos llames si recuerdas algo.

Thomas le dio su tarjeta.

—Puedes llamar a la hora que sea.

El bombero se guardó la tarjeta. En la luz que entraba por las ventanas del vestíbulo Thomas vio lo cansado que parecía de repente.

Margrit y Thomas se sentaron en el coche para volver a Nacka. Con la mano en el volante, Thomas se giró hacia su colega.

—¿Qué piensas?

Margrit se puso el cinturón de seguridad. Luego dijo:

—La verdad es que no lo sé.

—Kihlberg está en buena forma. Está lo suficientemente fuerte como para atacar a Kaufman y a las demás víctimas.

—Según lo que dice, tiene coartada para los tres fines de semana. Tendremos que hablar con su mujer, a ver si ella u otra persona confirman que estaba en Gotemburgo en el momento de los asesinatos de Nielsen, Fredell y Erneskog.

Giró la llave y puso el coche en marcha. Había tráfico en el centro a pesar de que ya no era hora punta.

Entonces se acordó de que había habido algo que le había llamado la atención durante la conversación con Kihlberg. Habían hablado de sucesos de hacía treinta años. Kihlberg había rechazado con vehemencia todas las insinuaciones de que hubiera alguna cosa del pasado relacionada con la investigación. Algo que no le acababa de cuadrar.

De repente se dio cuenta de qué era lo que le había llamado la atención. La respuesta había llegado demasiada rápido, como si esperara la pregunta.

58

La llamada del laboratorio forense llegó después del almuerzo. Thomas escuchó con interés creciente y luego se fue directo a Margrit, que también estaba al teléfono. Delante de ella, en la mesa, había tres tazas de café vacías, y en la mano sostenía una cuarta medio llena.

Acabó la llamada y se giró hacia él.

—Han llamado del laboratorio.

—Cuenta.

—Han encontrado ADN de otra persona en casa de Fredell. No es el mismo que había en la cuerda de Marcus Nielsen.

—¿Están seguros?

—Sí. Un noventa y nueve coma ochenta y tres por ciento, como suelen decir.

Margrit sonrió.

En el mundo de la medicina forense no había nada que fuera seguro al cien por cien, siempre faltaban decimales. Pero se podía llegar lejos con cifras que superaban el noventa y nueve por ciento.

—Si lo dicen, es así.

—Lamentablemente, no está en el registro.

—Una pena —dijo, lacónica, Margrit. Apuró su café mientras reflexionaba sobre la situación —. No comentaron nada sobre un posible ADN en casa de Kaufman y Erneskog.

—Es demasiado pronto. La Policía de Västerås no nos envió ninguna muestra hasta que se lo pedimos. Las muestras de la almohada de Kaufman se enviaron el domingo y deben de haber llegado hace poco a Lindköping.

Margrit tamborileó con los dedos sobre la superficie de la mesa, que estaba llena de papeles.

—El problema es que no sabemos de quién son las distintas muestras de ADN —dijo—. Si son de la persona que le vendió la cuerda a Marcus o de unos visitantes ocasionales a la casa de los Fredell. No son útiles.

Thomas sabía que tenía razón, pero era un avance.

¿Qué era lo que había dicho Karin sobre el horario de Martinger?

El piloto había librado los primeros dos fines de semana cuando Nielsen, Erneskog y Fredell fueron asesinados. Había comenzado a trabajar la noche del domingo. En teoría, podía haber cometido los crímenes antes de ir al trabajo.

Si es que él era el asesino.

Kihlberg había afirmado que estaba en Gotemburgo esos fines de semana, pero no tenía

coartada para la muerte de Kaufman.

Kihlberg y Martinger eran los dos únicos que quedaban de un grupo unido y compacto. ¿Hasta qué punto eran amigos?

—¿Y si han identificado el ADN de dos asesinos?

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez Kihlberg y Martinger actúan en tándem.

Cambió de postura en la silla y sintió un dolor en el pecho, seguía dolorido desde el accidente. Sospechaba que tenía una fisura en alguna de las costillas. Le costaba dormir girado hacia la derecha. Además, tenía un buen moratón que no pudo ocultar a Pernilla. Había intentado quitarle importancia, pero ella se había enfadado porque no se lo había contado.

—¿En tándem?

—¿Qué te parece? —explicó a Thomas—. Están compinchados para comentar los asesinatos. Kihlberg tiene coartada para los tres primeros, Martinger para el último. Al turnarse pueden corroborar las respectivas coartadas. Una idea genial.

Margrit se llevó la taza de café a la boca, pero se paró cuando vio que ya no quedaba.

—¿Dos asesinos?

—Es un poco rebuscado, quizá. No te olvides de que se vieron el primer fin de semana, según nos ha dicho Kihlberg. Fueron al teatro. ¿Qué hicieron después? A lo mejor cada uno se fue por su lado. Uno a Västerås y el otro a ver a Marcus Nielsen a Järlaberg.

Thomas abrió su bloc de notas para asegurarse de que lo recordaba todo correctamente.

—Martinger es el único con el que Kihlberg ha mantenido el contacto. Se conocen desde hace treinta años y las familias se ven.

—Todavía no sabemos el motivo de los asesinatos. Tiene que haber una causa muy poderosa.

—Si pudiéramos encontrar el diario… Estoy seguro de que las respuestas están ahí.

Margrit giró la taza de café antes de tirarla. Dejó las demás tazas de plástico sobre la mesa.

—Se arriesgan mucho. Que los asesinos sean dos personas supone una planificación detallada y una gran confianza.

—Eso lo tienen. Toda su formación se basaba en ello. Los dos están entrenados para matar. No lo olvides.

—Tenemos que rastrear sus llamadas. Averiguar si últimamente han estado en contacto más de lo habitual. Tener una visión detallada de sus vidas.

—Pediré a Karin y a Kalle que nos ayuden. Habla tú con el fiscal.

—Podemos contar con que Martinger nos espera en Arlanda. Kihlberg le debe de haber advertido.

Thomas dejó a Margrit y salió al pasillo. De camino a su despacho pasó por delante de la sala de conferencias donde las biografías de los miembros del Ejército colgaban en la pizarra.

Las viejas fotografías de Martinger y Kihlberg mostraban a dos jóvenes idénticos. Hacía tiempo estuvieron dispuestos a morir el uno por el otro. ¿Ahora estaban también dispuestos a matar?

59

Nora dio un paso atrás para admirar su trabajo. En medio de la mesa había una tarta con ocho velas. Se había levantado temprano para hacer bollos y prepararlo todo para la fiesta de cumpleaños de Simon.

Deseaba que su primera fiesta después de la separación saliera bien. El divorcio no tenía que afear su gran día.

Eran casi las siete y los invitados estaban a punto de llegar. Nora contempló la amplia cocina, que fue la principal razón por la cual se quedó con el piso. Estaba todo listo.

Sintió un ligero malestar al pensar que tanto Henrik como sus padres irían a la fiesta. No se había llevado muy bien con sus suegros, pero Simon los había invitado. Aunque con quien se llevaba mal era con su suegra, no con el considerado Harald, que se acababa de jubilar después de una larga carrera diplomática. Ahora tenía que soportar a Monica todo el día en vez de huir al Ministerio de Exteriores. Nora sentía cierta compasión por él.

Sonó el timbre y Nora se quitó el delantal y se pasó la mano por el pelo. Se había cambiado el sobrio traje de trabajo y se había puesto unos pantalones negros y un bonito top. Acababa de lavarse el pelo e incluso le había dado tiempo a retocarse el maquillaje. Bajo ninguna circunstancia estaba dispuesta a demostrar ni a Henrik ni a sus padres lo afectada que estaba por el divorcio.

—¡Simon! —gritó—. ¡Abre, que ya vienen!

Llegó corriendo de la sala de estar.

—¿Viene papá?

Nora sintió que su buen humor se desvanecía. Aún le resultaba doloroso, a pesar de que llevaban medio año separados. ¿Cuándo le dejaría de doler?, se preguntó. ¿Cuándo se convertiría Henrik en una persona de la cual la gente podría hablar sin que ella se sintiera mal?

—Ve a ver quién es —intentó sonreír—. Me quedan un par de cosas que hacer.

Simon corrió hacia la puerta y Nora oyó cómo la abría.

Estaba muy contento con su camiseta, que llevaba una gran imagen de Spiderman estampada en el pecho. Si fuera por él, se la pondría todos los días.

—¡Adam, apaga la tele! ¡Están llegando ya los invitados!

Ninguna reacción.

—¡Adam! —volvió a gritar—. ¡Ven. Tenemos visita!

—¡Hola, papá! —oyó que decía Simon en el vestíbulo.

Era Henrik. No quedaba más remedio que afrontar la situación. Nora aspiró profundamente y

se preparó para recibirlo.

Una vez en el vestíbulo, se le congeló la sonrisa. Henrik estaba en la entrada con Simon colgándole del cuello. Detrás de él, una figura demasiado conocida.

Marie.

Por lo menos tenía la decencia de estar nerviosa.

Henrik se adentró en el vestíbulo y dejó a Simon en el suelo.

—Ha venido Marie. Espero que no haya ningún problema. Le hacía mucha ilusión felicitar a Simon.

Nora cerró los ojos.

No podía dejarse llevar por el enfado por mucho que quisiera, tenía que pensar en Simon. Ya le molestaba ver a Marie de vez en cuando en su antiguo hogar y lo último que deseaba era tenerla en su casa.

De hecho, no quería mantener ninguna clase de trato con ella.

Respira, pensó, respira y tranquilízate. Tranquila. Lo superarás.

Menos mal que se oían pisadas en la entrada. La voz de Thomas llegó hasta ella y sintió que la tensión se aligeraba.

—¿Alguien cumple años en esta casa?

Thomas entró y extendió los brazos hacia Simon, que soltó a Henrik y corrió hacia él.

—¿Cómo está mi ahijado? ¿Ya eres un chico grande?

Simon parecía encantado y Nora agradeció el alivio que suponía para ella la llegada de Thomas.

Detrás de él estaba Pernilla, y Nora vio que enseguida se había dado cuenta de la situación. Hizo un gesto con los ojos y una mueca en dirección a Henrik y Marie.

La guinda del pastel fue oír la voz de Monica Linde en el ascensor.

A Nora no le quedó otro remedio que sonreír. Estaba tan cansada de los padres de Henrik… Era un alivio no seguir con él. Se acordó del día anterior cuando se puso firme con el tema del libro de inglés de Simon.

Ese pensamiento la fortaleció.

Saludó a sus exsuegros con los obligatorios besos en la mejilla y colgó sus abrigos en las perchas.

—Querida Nora —dijo Monica Linde, que llevaba un elegante vestido lleno de lazos. Del cuello le colgaba un collar de perlas que daba dos vueltas, y olía a perfume francés. Monica la observó con preocupación.

—¿Cómo estás? —Dio un paso atrás y arrugó la frente—. Has adelgazado. Te tienes que cuidar más. Sabes que, si lo necesitas, Harald y yo no tenemos ningún problema en hacer de canguros. Que Henrik y tú estéis separados no significa que tengamos que perder el contacto. Adoramos a los niños.

Monica miró desafiante a su exnuera y Nora sintió escalofríos. Todavía recordaba cuando seis meses atrás había amenazado con que Henrik pediría la custodia exclusiva si ella no recapacitaba y olvidaba sus planes de divorcio. Era la forma en la que Monica se ocupaba de los problemas. En una familia bien como los Linde el divorcio no existía.

Nora se enfureció, pero, por una vez, Henrik no cedió a la voluntad de su madre y pidieron de mutuo acuerdo la custodia compartida.

—¿Y tus padres? —preguntó Pernilla, después de quitarse el abrigo y echar un vistazo a la sala de estar, donde Adam continuaba sentado en el sofá.

Adam fue hacia ella y le dio un abrazo.

—¿Vienen? —susurró sobre el hombro de Adam.

—Deben de estar al caer. Papá suele ser puntual.

En efecto, al cabo de unos minutos sonó el timbre. Cuando Simon abrió la puerta esperaban tras ella Lasse y Susanne Hallén. Lasse llevaba consigo un paquete envuelto con esmero.

—¿Es para mí? —preguntó Simon emocionado—. Es enorme.

—Un gran paquete para un pequeño caballero —dijo su abuelo, y le dio la mano—. ¿Nos dejas entrar y lo abres dentro?

Nora dedicó una mirada tierna a su padre.

Sus padres habían sido un gran apoyo durante los últimos seis meses, una vez que se hicieron a la idea de la decisión de Nora. Su madre se había centrado, como siempre, en solucionar las cosas. Susanne era una persona que solía adelantarse a los problemas, siempre convencida de que pasaría lo peor.

Sin embargo, el padre de Nora, sin que sirviese de precedente, había alzado la voz y la había mandado callar. Tenían que aceptar la situación y Nora era quien debía tomar la decisión de separarse. Ellos la debían respetar.

Pasado el disgusto de Susanne, sus padres aceptaron encargarse de todas las cuestiones prácticas. Llevaban a los muchachos al colegio o a sus actividades extraescolares cuando Nora no podía. La ayudaron a encontrar una casa nueva y a hacer la mudanza. Su apoyo la había hecho sentirse mejor durante la pesada primavera en la que desmontó pieza a pieza lo que había sido la vida en común con Henrik.

Lasse Hallén vio a Henrik y Marie, y frunció los labios. Nora se sorprendió de que sus padres demostraran su rechazo tan abiertamente. Como ella, estaban poco dispuestos a perdonarle su traición. Sin embargo, tanto Lasse como Susanne habían tenido una buena relación con su yerno, por el que Susanne sentía un afecto especial. Ello había contribuido a aumentar su preocupación cuando Nora les contó sus planes de divorciarse.

Ahora lo saludaron como si fuera un conocido y no alguien al que habían tratado durante dieciséis años y que había sido un miembro de la familia.

Por suerte, los chicos se habían ido con Thomas. Nora no quería que sus hijos se dieran cuenta de la frialdad que existía entre sus padres y Henrik.

Rápidamente, Pernilla salvó la situación.

—Vamos a ver cómo Simon abre los regalos.

Se llevó a los padres de Nora a la cocina, en la que ya estaban Harald y Monica.

Nora le dio la espalda a Henrik y los siguió.

60

Simon estaba sentado. Las mejillas le brillaban de la emoción después de abrir todos los regalos. El paquete de Lasse y Susanne contenía un tren con unos viejos raíles de madera, que Adam había comenzado a montar.

Henrik le regaló una serie de cajas de Lego que también merecieron la aprobación de Simon. Thomas y Pernilla, que por suerte no habían seguido el consejo de Nora, le regalaron un uniforme de policía que parecía de verdad.

A Simon le gustó tanto que se quitó la camiseta de Spiderman y se puso el disfraz de policía. Después siguió los movimientos de Nora mientras encendía las velas de la colorida tarta. Cuando todos lo miraban, Simon tomó aire y las apagó todas de golpe.

—¡Muy bien! Ahora puedes pedir un deseo —dijo Nora mientras le acariciaba el pelo.

Le cortó un buen trozo de tarta y después se la pasó a Pernilla, que solo cogió un trocito antes de pasársela a Susanne.

—¿No te gusta la tarta? —le preguntó Nora a Pernilla—.Pero si tú eres golosa.

—No me apetece esta noche. ¿Tienes té? Prefiero no tomar café.

Pernilla cogió una bolsita de té y la hervidora de agua. La mirada de Nora captó el jersey amplio que llevaba puesto.

Miró en dirección a Thomas, que estaba discutiendo los límites de velocidad con su padre.

Thomas se había mostrado de muy buen humor desde que entró en la casa.

—¡Qué galletas tan buenas! —exclamó Monica, y se giró hacia Nora—. ¿Las has hecho tú?

Nora negó con la cabeza y se olvidó de Thomas y Pernilla. Era evidente que no las había hecho ella.

—No, las he comprado en la pastelería.

—Es normal. ¿Cómo podrías tener tiempo de hacerlas con lo que trabajas? En qué estaría yo pensando. Sé que eres una mujer ocupada con tu carrera.

Monica alcanzó otra galleta.

—Los bollos los he hecho yo. —Nora ya se arrepentía de haber abierto la boca. No tenía por qué justificarse ante su exsuegra.

Pernilla la rescató.

—¿Y no ayudas a Nora con estas cosas, Monica? —soltó en tono dulce y sin dejar de sonreír —. Mi maravillosa suegra siempre suele venir con una gran bandeja cuando Thomas celebra su cumpleaños. Sabe que a mí no me da tiempo. ¿No estaría bien que te encargaras tú la próxima vez?

Nora tuvo que reprimir una sonrisa. Monica nunca metería sus manos perfectamente cuidadas en una masa pegajosa.

El padre de Nora carraspeó. Se levantó y se quitó las gafas. Simon miró con ilusión a su abuelo. Ya había manchado su uniforme de policía de nata y tenía la boca llena de mazapán verde.

Su padre, que ya había cumplido los ochenta años, parecía feliz rodeado de la familia, y Nora se permitió relajarse. A pesar de todo, no había sido una mala decisión invitar a Henrik y a sus padres. Incluso había podido superar la presencia de Marie.

—Ahora tenemos que felicitar al cumpleañero —dijo el padre de Nora—. Un viva por Simon. ¡Hip, hip, hurra, hurra, hurra!

—¿Estás contento con tu cumpleaños?

Nora tapó a Simon y alisó la manta. Le acarició la mejilla, que seguía caliente de la emoción.

Los invitados se habían ido sobre las nueve y media, y era hora de acostarse. Al día siguiente tenía que ir al colegio y Nora debía despertarlos a las siete menos veinte para que les diera tiempo a prepararse.

—Hmm.

Bostezó y se giró abrazado a Nalle Palle. Antes de caer dormido, olió el osito.

Es hora de lavar al desgastado osito de peluche, se dijo Nora, a ver cómo convenzo a Simon. Cada vez que lo iba a lavar en el fregadero con un poco de jabón se libraba una auténtica batalla. El peluche debía de ser un hervidero de bacterias.

—¿Te gustó la tarta?

—Sí, estaba buenísima.

—¿Te acordaste de pedir un deseo cuando soplaste las velas?

Simon asintió.

—¿Me lo quieres contar o es un secreto?

Dudó. La mirada era clara en sus ojos azules.

—He pedido que papá y tú volváis a ser amigos para estar todos juntos en casa.

61

—Creo que Nora sospecha algo —dijo Pernilla a la vez que bostezaba.

Estaba acostada en su lado de la cama y apoyaba ligeramente la cabeza en el hombro de Thomas. Eran casi las once de la noche.

—¿Por qué lo crees?

Thomas dejó a un lado el libro que estaba leyendo.

—Me ha mirado de forma especial toda la tarde. La tripa.

Thomas se inclinó y la besó en la frente.

—¿No serán imaginaciones tuyas? Todavía no se nota.

—¿Bromeas? —murmuró Pernilla. Se alzó el camisón y señaló a la altura del ombligo, donde se notaba una redondez—. ¿No ves lo redondo que está ya? Es como una pelota. Va a ser enorme. —Sonrió con alegría—. Será todo un ejemplar.

—No se nota nada.

Thomas negó con la cabeza.

—Apenas me puedo poner los vaqueros y todavía faltan siete meses. Los últimos meses voy a tener que vestirme como un fantoche.

Pernilla se echó hacia atrás sobre la almohada, con un quejido fingido. Thomas continuó leyendo y ella le acarició la espalda con el dedo índice.

—¡Qué guapo estaba Simon esta tarde!

—Hmm.

Thomas estaba concentrado en el libro.

—Y pensar que, a pesar de lo pequeño que es, ha sido capaz de apagar todas las velas de golpe.

—Hmm.

Se levantó apoyada en uno de sus codos y lo miró.

—¿Has oído lo que te he dicho?

Thomas dio un respingo.

—¿Qué?

—Que Simon lo ha hecho muy bien con las velas. Solo tiene ocho años.

Thomas notó que algo se movía en su subconsciente.

—¿Qué has dicho?

—Que Simon estaba guapo esta tarde.

—No, lo otro.

Pernilla frunció el ceño, pero repitió lo que acababa de decir.

—Que Simon lo ha hecho muy bien con las velas. Solo tiene ocho años.

Ocho. ¿Dónde había oído la cifra ocho antes?

Se acordó de Bo Kaufman. La cara arrugada de Kaufman que se iluminaba mientras pasaba las hojas del manchado álbum.

«A mí me llamaban ciento ocho. Era ciento ocho Kaufman.»

Habían sido ocho en el grupo, pero el Ejército les había enviado una lista con solo siete nombres. ¿O estaba equivocado?

—Tengo que mirar una cosa —le dijo a Pernilla, y saltó de la cama—. Duérmete. Ahora vengo.

Thomas entró en la cocina sin encender la luz y sacó un bolígrafo y un cuaderno de uno de los cajones. Bajo la luz del pasillo escribió con rapidez todos los nombres: Kihlberg, Fredell, Kaufman, Martinger, Erneskog, Eklund.

Seis personas. ¿Estaban todos?

Mordió el bolígrafo e intentó recordar las biografías de los soldados.

Björn Sigurd, el que murió en Bosnia, no estaba. Thomas escribió «Sigurd» en la lista.

Eran siete.

Faltaba un soldado.

DIARIO: JUNIO DE 1977

Son casi las diez y media de la noche, todavía hay luz fuera.

Hemos remado todo el día y se nota en el cuerpo. Me duelen las lumbares y los músculos están doloridos a pesar de que hace horas que hemos vuelto.

He comido rápido para poder estar un rato a solas antes de que llegaran los demás. A veces es agradable estar solo. Me había estirado en el catre cuando los oí.

Eran dos oficiales que estaban hablando delante de la ventana.

Primero oí como un murmullo lejano, pero me desperté cuando me pareció escuchar su nombre.

Debían de estar parados al lado de la pared del edificio porque sus palabras me llegaban nítidas. Dos personas hablando de una tercera.

Hablaban del sargento.

«*No hay nadie más que sea tan duro con sus hombres», dijo uno. «No se rinde hasta que no sea perfecto. Es brutal.*»

Estaban ahí fumando, delante de mi habitación, y a través de la ventana abierta me llegaba el olor a tabaco. Con cuidado me bajé de la cama y me acurruqué al lado de la ventana.

«*Debe de querer demostrar que es bueno, como todos los demás.*»

«*¿Para compensar que no pudo entrar en la Escuela Militar de Marina?*»

La risa que siguió no necesitaba ninguna explicación. El desprecio era evidente.

«*Debió de pensar que tendría enchufe porque su padre es almirante.*»

Uno de ellos encendió una cerilla y prendió otro cigarrillo. Me pegué a la pared para escuchar mejor.

«*¿No lo hubieras hecho tú? Debe de ser una gran vergüenza que no te hayan aceptado siendo tu padre quien es.*»

No pude escuchar la respuesta.

«*Todavía tiene posibilidades de pedir la admisión como reservista en las Fuerzas Especiales en las pruebas de septiembre. No es igual de bueno como lo otro, pero de lo contrario se quedará aquí como un reenganchado más.*»

«*¿Y qué dirá papá de todo esto?*»

Más risas.

«*Si no lo hace bien en las pruebas finales, la cagará, al igual que todos los soldados que él mismo expulsó.*»

Uno de los dos escupió al suelo.

«*Por eso está presionando tanto a sus hombres. Le interesa que den un buen resultado, pobres diablos.*»

Esperé en tensión a que la conversación siguiera.

«*Se lo juega todo.*»

«*Lo que te decía. Tiene que demostrar que es un digno hijo de su padre. ¿Sabes que hay rumores que dicen que será comandante en jefe la próxima vez?*»

Las voces se fueron debilitando y escuché pasos que se alejaban. A lo lejos se oía a las gaviotas gritar mientras se peleaban por los restos de la comida del día.

Mi cuerpo se vio preso de una sensación desagradable que no me quería abandoner.

MIÉRCOLES

(TERCERA SEMANA)

62

Lo que le dijo Simon antes de dormir la había herido. Había luchado para no llorar mientras recogía la casa y se preparaba para acostarse.

«Estar todos juntos en casa», había dicho.

Su nueva casa no contaba. Solo era para él una solución temporal hasta que todo se arreglara y volvieran a la otra casa.

Cuando el reloj sonó a las seis y cinco no quería levantarse. Notaba el cuerpo pesado y torpe por la falta de sueño. Con movimientos cansados, se metió en la ducha y deseó no tener que salir nunca de debajo del chorro de agua caliente. No sabía cómo iba a aguantar las tareas del día, pero al final cerró el grifo, salió de la ducha y se secó con una toalla.

Todavía estaba oscuro fuera cuando Nora entró en la cocina y encendió unas velas para ahuyentar aquella desagradable sensación.

Entonces llegaron las lágrimas.

Se derrumbó sobre la mesa. Los hombros se le agitaban mientras lloraba por el deseo de Simon, porque Henrik había traído a Marie y porque Jonas no la había llamado. Parecía como si hubiera pasado una eternidad desde que estuvo con él en el restaurante de Sandhamn llena de esperanzas y alegría.

Cuando dejó de sollozar tenía la nariz roja y se le había corrido el rímel.

Nora tomó aire, temblando, y arrancó un trozo de papel de cocina para sonarse. Se echó un poco de agua en la cara y encendió el hervidor de agua. Luego fue al baño para arreglarse el maquillaje. Era hora de despertar a los chicos si querían llegar puntuales. Ahora no había tiempo para lloros.

Cuando más o menos había eliminado las huellas del llanto, fue a despertar a Adam. Su despertador ya había sonado, pero él siempre volvía a dormirse. Se sentó en el borde de la cama y le tocó suavemente la espalda.

—Estoy despierto —murmuró.

—Solo quería asegurarme. Por si acaso.

Nora dudó, pero al final se inclinó y lo abrazó.

Estaba tan esquivo últimamente que no sabía si aceptaría que fuera cariñosa con él. Para su sorpresa, correspondió a su abrazo. Casi como si entendiese que esa mañana estaba más sensible. Se sentía mejor abrazando a su hijo.

—Creo que papá se portó mal ayer —murmuró apoyado en su hombro.

Nora se movió para poder ver su cara.

—¿Por qué?

—No tenía que haber traído a Marie aquí.

—¿No te cae bien?

—No, no es eso. —Movió la cabeza—. Pero aquí solo vivimos nosotros, no ella. No me gustó que viniera.

—Pequeñín. —Nora acarició el pelo de su hijo—. No creo que papá lo hiciera con mala intención.

Adam asintió.

—Por cierto, ¿puede venir Lisa a casa esta tarde antes de ir a casa de Willie?

Adam lo dijo en voz baja. Nora continuaba acariciándole el pelo sin que protestara. Sonrió y le dio una palmada en el brazo.

—Claro que sí. Quedan bollos de ayer para merendar. Y tarta.

—Eres la mejor, mamá.

Los ojos de Nora brillaron otra vez.

Thomas había recogido a Margrit temprano para evitar la hora punta. De camino a Berga no se molestó en cumplir los límites de velocidad. Solo había dormido seis horas, pero se sentía descansado. Margrit se había quedado dormida apoyada contra la ventanilla mientras él se concentraba en la conducción.

Pasaron por Gullmarsplan y Årsta, y vio que los atascos parecían formarse en la dirección opuesta. Con un poco de suerte, a la vuelta no habría tráfico. El avión de Martinger aterrizaría unas horas después.

Antes de que llegaran a la salida de Berga bostezó. El reloj marcaba las ocho y cinco.

—Estamos a punto de llegar —dijo, y le tocó el hombro a Margrit.

—Estoy despierta. Solo tenía los ojos cerrados.

Los ligeros ronquidos que se habían escuchado durante unos veinte minutos parecían atestiguar lo contrario, pero Thomas no se molestó en decírselo.

—He pensado en pedir a Martinger y a Kihlberg que se sometan a una prueba voluntaria de ADN —dijo Margrit mientras se estiraba—. Si no tienen nada que ocultar, no creo que haya problema.

—Un viejo argumento que nadie ha usado antes.

Margrit simuló no escuchar el irónico comentario.

—Suele funcionar. Por lo menos hasta que hablan con un abogado.

—Vale la pena intentarlo. ¿Qué pasó al final con los teléfonos? ¿Qué dijo el fiscal?

—Nos ha dado permiso. He pedido a Kalle que compruebe todos los móviles y teléfonos fijos. También ha contactado con la compañía telefónica para ver las llamadas de la casa de los Nielsen.

—¿Cuándo sabremos algo?

—Hoy o mañana. No suelen tardar mucho.

Thomas giró y guio el coche hacia la base naval. Pronto volvería a verse con Elsa Harning. Recordaba su profesionalidad, pero dudaba que fuera sincera.

—¿Crees que el Ejército intenta ocultar algo?

Margrit tardó en contestar.
—No lo sé —dijo tras un silencio—. Pero es muy extraño que el número no coincide.

63

El vigilante que había en la entrada montó un numerito al saber que Thomas y Margrit llegaban sin cita. Hasta que Thomas enseñó su placa y exigió hablar con su superior, el vigilante no les dejó pasar. A pesar de ello se quedó con el número de la matrícula y del DNI de los dos policías.

Después debió de llamar porque a la entrada del edificio ya les esperaba Elsa Harning. Como la vez anterior, llevaba el uniforme perfectamente planchado, pero se había recogido el pelo con una horquilla.

—Creo que queréis hablar conmigo —dijo en tono amable—. Hubiera sido más sencillo si me hubierais pedido cita. Ahora no puedo dedicaros mucho tiempo.

—Todo podría haber sido más sencillo. —Thomas no pudo evitar soltar esa frase.

Siguieron por el mismo pasillo que habían recorrido en la visita anterior, pero esta vez Elsa Harning los llevó a su despacho. Era una habitación amplia y luminosa que también daba al mar. El escritorio estaba despejado, exceptuando una alfombrilla para escribir, dos carpetas y un lapicero. No se veían objetos personales, ninguna fotografía de niños o de perros. Ninguna señal o pista de quién era la mujer que tenían delante.

Lo único que destacaba del despacho era una enorme planta en un rincón que trepaba rodeando todo el alféizar de la ventana y confirmaba la habilidad de la seria oficial con las plantas.

—¿En qué os puedo ayudar? —preguntó, a la vez que indicaba que se podían sentar en el sofá destinado a las visitas—. ¿Queréis café?

—Sí, por favor —respondió Margrit.

Elsa levantó el teléfono.

Después de unos minutos se abrió la puerta y una mujer joven entró llevando una bandeja con tres tazas y una jarra de leche. Nada de azúcar.

—Hemos repasado el material que nos enviaste el lunes. Gracias, por cierto —comenzó Thomas—. Pero tenemos razones para creer que no está completo.

La capitán Harning frunció el ceño.

—¿No está completo?

—Nos diste el nombre y los datos de siete personas del grupo en el que estamos interesados. Pero sabemos que uno de los que han asesinado tenía la denominación ciento ocho.

Thomas pronunció el número lentamente, como para darle tiempo a que lo digiriese. Fijó su mirada en Elsa Harning.

—¿Pensáis que os he ocultado información deliberadamente? —Su voz era tensa.

—No pensamos nada —contestó Thomas—. Pero tenemos a cuatro personas que han sido asesinadas y no queremos más. Necesitamos vuestra ayuda y no nos gustaría que estuvierais dándonos una información incompleta. —Bajó el tono de voz—. Sobre todo si hemos de preguntar por cosas que, tal vez, tendríamos que haber sabido desde un primer momento.

—Entiendo.

La mirada de Elsa Harning se mantenía fría. Se levantó y fue a su escritorio. Alzó el auricular y marcó un número. Thomas oyó que le pedía a alguien que acudiese a su despacho.

Pasado un minuto más o menos llamaron a la puerta.

Una mujer de cabellos grises, de unos sesenta años, entró. Llevaba consigo una carpeta gruesa. No vestía uniforme y Thomas dedujo que debía de ser una de las empleadas civiles de las que la capitán Harning había hablado con anterioridad. Una a la que no le gustaba trabajar extra los viernes.

—Os presento a Birgit Hagelius. Se encarga del archivo —explicó Elsa Harning—. Fue ella quien buscó la información que os envié.

Presentó a los policías y explicó brevemente lo que sucedía.

—Quieren saber si faltaba alguien en el informe que preparaste y, en tal caso, por qué no se incluyó.

La mujer se había sentado en la silla vacía. Llevaba una rebeca azul oscuro sobre una falda del mismo color. Aquella ropa recordaba el mundo rural británico de las series policíacas. Parecía preocupada. Jugueteó con un hilo suelto de la falda y miró, cohibida, a los policías.

—Espero no haber causado ningún problema. Intenté proporcionar la información que se me pedía.

—Nadie ha dicho que hayas cometido una equivocación —aclaró Elsa Harning con voz tranquilizadora—. Pero podrías explicarles qué pasa.

—Claro.

Birgit Hagelius aspiró profundamente y soltó el hilo de la falda.

—La explicación es muy sencilla. Como a un cierto porcentaje de reclutas los expulsan antes de acabar la formación, se suele utilizar un sistema de admisión condicionada.

—¿Por qué?

—Porque no todos son aptos —contestó Elsa Harning, como si fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Qué es lo que hace que no sean aptos?

—A veces no superan las pruebas físicas. Otras no tienen la fortaleza psíquica necesaria. Algunos son expulsados enseguida, otros aguantan un tiempo, pero no llegan hasta el final. Hay una intención desde el punto de vista psicológico en el hecho de que los reclutas no sepan si van a acabar el proceso de formación. Crea una situación de competitividad que intensifica el entrenamiento psíquico y físico.

—Y todo esto, ¿qué tiene que ver con la pregunta que hemos formulado? —preguntó Thomas, y se giró hacia Birgit Hagelius.

La mujer tosió antes de contestar.

—Este grupo estuvo formado en un principio por ocho miembros aspirantes, pero solo siete completaron su formación.

Quitó una mota de polvo invisible de su falda.

—Cuando pedisteis los datos de los miembros, supuse que queríais los datos de aquellos que habían cumplido con la formación y se licenciaron como miembros de las Fuerzas Especiales.

—Ajá —contestó Margrit en un tono que daba a entender que no estaba satisfecha con la explicación.

—Por eso solo incluí la información de los siete miembros. —Miró, insegura, hacia Elsa Harning—. No era mi intención ocultar información.

—¿Cómo se llamaba el que expulsaron antes de acabar? —preguntó Margrit.

Birgit señaló la carpeta que estaba sobre la mesa. Era de color azul oscuro y en el lomo Thomas vio una fecha escrita. Con guarismos negros ponía 1976.

—Era un soldado que se llamaba Pär Andersson.

—¿Por qué lo expulsaron? —quiso saber Thomas.

Nerviosa, Birgit alzó la carpeta que tenía sobre sus rodillas, pero contestó sin abrirla.

—No lo expulsaron. Murió.

64

—¿Murió? —dijo Thomas—. ¿Cuándo?

Birgit Hagelius parecía un poco incómoda. Se alisó la falda otra vez.

—Se suicidó.

—¿Perdón? —Esta vez fue Margrit.

—Se suicidó —repitió Birgit Hagelius—. Fue una historia triste.

—Fue un hecho excepcional. —Elsa Harning decidió intervenir en la conversación—. Es poco frecuente que se den casos de suicidas en el Ejército. Es uno de los motivos por los cuales les sometemos a distintos test antes de admitirlos. Las personas con tendencias suicidas no suelen acabar el proceso de admisión.

—Sin embargo, esta vez los test no funcionaron.

Harning negó con la cabeza.

—Desgraciadamente, no.

Thomas dirigió su mirada a Birgit Hagelius.

—¿Qué ocurrió?

Abrió la carpeta y buscó bajo la letra A.

—A ver —contestó a Thomas, mientras pasaba las páginas hasta que llegó a una escrita con una letra comprimida—. Pär Andersson fue encontrado temprano por la mañana en las duchas donde su grupo estaba acuartelado. Se había colgado del techo con una cuerda. Cuando lo encontraron llevaba muerto unas horas y nada se pudo hacer para salvarlo.

—Oh —dijo Margrit—. Debió de armarse un gran revuelo.

Birgit Hagelius asintió.

—Ahora entendéis por qué no lo incluí en la información que os facilité.

—¿Hay alguna razón por la cual pudo quitarse la vida? —preguntó Thomas.

—Sí. Encontraron una carta en su habitación en la que contaba que no aguantaba más.

—¿Qué es lo que no aguantaba más? —quiso saber Margrit.

Elsa Harning intervino de nuevo.

—Eran muy duros, en esos tiempos, en las Fuerzas Especiales. De eso hablamos la última vez que estuvisteis aquí. Seguramente no aguantó la presión. Es terrible y lamentable, pero puede ocurrir. Algún que otro soldado está falto del instinto asesino que se necesita. Darse cuenta de ello tiene que ser duro, en este caso demasiado duro.

—¿Cuándo ocurrió la muerte? —replicó Margrit con frialdad.

Thomas identificó la irritación de Margrit. El intento de Elsa Harning de culpabilizar a Pär

Andersson hacía que Margrit instintivamente tomara partido por el soldado muerto.

—A ver —Birgit Hagelius buscó en el texto—, fue al final del verano de 1977. El 31 de agosto para ser exactos.

—¿Dónde murió? —Thomas sabía la respuesta.

—En Korsö.

Thomas asintió. Cada vez más, los indicios señalaban a Korsö como clave en el caso.

—¿Nos podéis facilitar una copia de los datos personales de Andersson?

Elsa Harning pareció sentirse incómoda con la petición, pero ocultó su incomodidad con una pregunta neutra.

—¿Para qué?

Thomas contestó con la misma moneda.

—¿Hay algún impedimento formal por el cual no podamos obtenerla?

Elsa Harning negó con la cabeza como si en una décima de segundo hubiera analizado los pros y contras de negarles la información.

—Piensa que es información sensible, tenéis que ser discretos —dijo—. Esa persona se suicidó durante un período de formación en el Ejército. Sería… —buscó la palabra exacta— inadecuado, que se hiciera pública la información de que un miembro de las Fuerzas Especiales se suicidó en Korsö —añadió con rapidez—. Aunque fuera hace muchos años.

Sin mirar a los policías se llevó la taza de café a la boca y, por primera vez, Thomas vio que se abría una grieta en la perfecta e inmaculada fachada de Elsa Harning.

Estaba preocupada.

Thomas no estaba convencido de que los datos de Pär Andersson no se hubieran dado por error. Probablemente, el Ejército se quería proteger de posibles especulaciones en torno a un suceso antiguo.

Aunque ello fuera a costa de una investigación policial.

—Ha habido una serie de escritos en torno a las actividades de nuestras unidades —dijo Elsa Harning—. Sobre la forma en que… —se interrumpió otra vez para buscar una formulación correcta—. La formación que los aspirantes recibían. Por eso nos gustaría que trataráis esta información con la más absoluta discreción.

—No lo entiendo —dijo Margrit, con una voz tan inocente que Thomas comprendió que era adrede—. ¿Nadie supo nada del suicidio de Pär Andersson? ¿Se acalló el suceso?

Un ligero sonrojo nació en el cuello de Elsa Harning.

—No, claro que no.

—¿Entonces, cómo fue? —preguntó Margrit, con una voz aún más inocente si cabe.

Una arruga de preocupación se dibujó en la frente de Elsa Harning.

—Fue una situación difícil. Por deferencia a los familiares todo se manejó con la mayor discreción. Nadie sale ganando al publicitar un hecho así.

—Tienes razón. Los artículos sensacionalistas no son del agrado de nadie. La prensa siempre deforma los hechos, ¿verdad?

Elsa Harning miró a Margrit con cara de desconcierto, como si no supiera si era sincera o sarcástica.

—¿Nos podéis dar una copia como hemos pedido? —recordó Thomas—. Lo antes posible.

Un leve suspiro de la oficial rubia le dijo que no se opondría a su petición.

—¿Quién descubrió el cuerpo, por cierto? —continuó Margrit—. ¿Fue uno del grupo?

—A ver.

Birgit Hagelius buscó en la carpeta azul.

A Thomas le vino a la mente Bo Kaufman. El alcoholizado exsoldado era la imagen más alejada de un triunfador soldado de élite que se pueda uno imaginar.

Thomas recordó el orgullo que había brillado en sus ojos cuando repasaba las fotografías del álbum. Cómo se había enderezado al hablar de sus recuerdos militares. Bo Kaufman había estado orgulloso de ser un miembro de las Fuerzas Especiales de la Marina.

¿Había intentado borrar la imagen con ayuda del alcohol? ¿La imagen de un compañero muerto colgando de la soga?

—No, no fue nadie de su grupo —contestó, finalmente, Birgit Hagelius—. Fue un oficial de carrera quien lo encontró.

—¿Cómo se llamaba?

—Cronwall. Robert Cronwall.

DIARIO: JULIO DE 1977

Vamos a remar unas cien millas de distancia en el área exterior del archipiélago. Nos llevan junto a doscientos barcos y después a Forsmark, y a continuación tenemos que volver.

Se llama resistencia de remo y durará cuarenta y ocho horas, casi sin descanso. Nos han advertido que se nos pueden inflamar las muñecas y que la espalda se resiente. Remaremos en equipos de dos, en canoas Klepper, que pesan treinta y dos kilos. En la proa hay un balde para mear.

Según las reglas, hay que remar cincuenta y cinco minutos y descansar cinco; además, cada siete horas hay que parar una. Hay quien habla del ritmo de mil por uno: se rema mil veces y se descansa una.

Después de remar tenemos que hacer supervivencia durante varios días con lo que podamos encontrar en la naturaleza. No nos permiten llevarnos víveres, ni ropa de recambio, ni papel higiénico. Tenemos que demostrar que podemos sobrevivir pase lo que pase, sean cuales sean las circunstancias.

Se cuenta que un grupo, el verano pasado, comió arenque crudo. Tenían tanta hambre que no podían esperar a encender un fuego y asarlos. Cogían el pescado y se lo iban comiendo a medida que lo partían.

Otro grupo comió serpientes que encontraban en los islotes. Les cortaban la cabeza, les quitaban la espina dorsal y freían la carne en un cuenco de latón. Mientras tanto nombraban todos los platos que se les ocurrían. Pudín de chocolate, espaguetis, pastel de carne picada, huevos fritos. Lo que fuera para olvidarse de lo que de verdad se metían en la boca.

He intentado prepararme leyendo. Ahora sé que las hojas de la orpina son sabrosas y que mantienen en marcha los intestinos, y así estos pueden digerir la grasa del cuerpo. Uno puede sobrevivir casi un mes mientras pueda beber agua. Dos litros y medio al día. Un litro como máximo con el agua del Báltico. Además se tiene que hervir por lo menos cuarenta minutos.

Andersson me interrumpió mientras estaba acostado leyendo en la litera. Se puso a mi lado y miró el libro.

«*¿Qué es?*», *dijo.*

«*Trucos para sobrevivir.*»

Le enseñé la página en que estaba abierto el libro y leí.

«*Los cardos contienen hidratos de carbono y el perifollo verde se puede comer. Sin embargo, el estómago se resiente al cabo de siete horas. La carbonea está bien y las raíces de junco se pueden comer si se hierven durante mucho tiempo.*»

Andersson se rio. Tenía la cara muy morena y el pelo de un rubio casi blanco a la altura de las sienes. Se quitó la camiseta y se sentó en la cama.

«*Un Chesterfield por la mañana es suficiente para quitarme la sensación de hambre. Con eso basta.*»

Se volvió a reír. Despreocupado y con alegría.

65

Por suerte, el vuelo de Martingen iba con retraso, por lo que Thomas y Margrit llegaron a tiempo. Ahora estaban sentados en las oficinas del aeropuerto Arlanda y esperaban. Un colega saldría al encuentro del piloto y lo llevaría a la sala de reuniones que les habían cedido.

—Robert Cronwall —dijo Thomas—. De algún modo está implicado en todo esto.

Cronwall estaba sentado en la sala de estar escuchando música cuando fueron a verlo. No se inmutó cuando le dijeron los nombres de Fredell y Nielsen. Tampoco ocultó el tiempo que había pasado en las fuerzas de élite. Por lo menos tendría que haber reconocido el nombre de Fredell. ¿Podía haber olvidado a quienes estaban bajo su mando cuando Andersson fue encontrado muerto? ¿Por qué no había dicho nada sobre Fredell?

La puerta se abrió justo cuando Thomas se estaba haciendo esas preguntas, y un hombre alto y de espaldas anchas, vestido con un uniforme de color azul oscuro, entró en la habitación.

Parece el tópico del piloto de aviación, pensó Thomas, seguro de sí mismo y generador de confianza. El tipo de hombre que, según los anuncios, pilota los aviones.

Martinger arrastraba una pequeña maleta. En una mano llevaba una bolsa con el texto «Duty free, New York» impreso. Dejó su equipaje y los miró con cautela.

—Siéntate —dijo Margrit, señalando una de las sillas, mientras Thomas y ella se presentaban.

Margrit observó al penúltimo miembro del grupo que se formó hacía ya treinta años.

—Me dijeron que la Policía quería hablar conmigo sobre mi época como miembro de las Fuerzas Especiales.

Thomas asintió, pero no dijo nada.

—Leif Kihlberg me llamó anoche —explicó Martinger—. Me contó que os habíais entrevistado con él y el motivo.

Thomas no se sorprendió.

—Son muchos viejos amigos los que han muerto. ¿Ahora nos toca a nosotros?

—¿Por qué lo dices?

—¿Que por qué lo digo? —le contestó Martinger a Thomas—. ¿Qué pensarías tú? Alguien está matando a nuestros antiguos compañeros, uno detrás de otro, si entendí bien a Leif.

La voz de Martinger era firme y sin ningún rastro de miedo. Más bien había un poco de tristeza. Una especie de resignación.

—Intentamos averiguar de qué se trata —dijo Thomas—. Creemos que la causa está en el pasado. Nos gustaría que nos hablaras sobre tu paso por las Fuerzas Especiales.

Una sombra se posó en los ojos de Martinger. Después su boca hizo un gesto de decisión.

—Éramos ocho chavales que comenzamos juntos. Todos con el sueño de ser soldados de élite y pertenecer a la mejor unidad de Suecia. Estábamos en buena forma, entrenados, deportistas, y nos habíamos presentado voluntarios. Fueron unas pruebas de acceso difíciles, solo unos pocos las superaron. Todavía me acuerdo de lo contento que me puse cuando me consideraron apto. Me sentí… especial. Elegido.

—Pero ¿se te pasó? —intervino Margrit.

—Aquello era el infierno sobre la Tierra. Todas las reglas normales dejaron de valer. Cómo se pasaban con nosotros…

Anders Martinger se recostó hacia atrás en la silla y se aflojó la corbata.

Thomas vio ante sí una persona que había intentado durante mucho tiempo cerrar la puerta a sus recuerdos.

—Hoy han cambiado muchas cosas —continuó—. Son otras reglas. Los principios del liderazgo moderno han llegado incluso a esos círculos. —Esbozó una sonrisa cansada—. Personal especializado es un recurso caro. No hay espacio para que locos de atar se ceben con los reclutas. Pero en los setenta lo podían hacer. Los mandos hacían lo que querían y los castigos eran extremos. Perdón, se llamaban recompensas en aquellos tiempos y eran muy frecuentes. Es difícil de explicar, pero parecía lo normal. Hoy parece solo absurdo.

—¿Por eso no continuaste en las tropas de élite?

Martinger asintió.

—Me apunté al Ejército del Aire. Allí promovían lo que era importante en la sociedad: la humildad, el pensamiento individual, la flexibilidad. Todo lo que no existía en Korsö en aquellos años.

En la cara de Martinger se podían leer sentimientos encontrados. La lealtad hacia sus compañeros luchaba con el deseo de ser sincero.

—Cuanto más pienso en ello más distancia tomo de los valores que imperaban allí. Cuando hoy en día me acuerdo de aquello, me cuesta creerlo. Me cuesta creer que no protestara en alguna ocasión. A veces me tortura pensar en ello. —Se podía adivinar un ligero rubor en las mejillas de Martinger—. No sé cómo explicarlo. Uno callaba y obedecía órdenes. A veces, sentía alivio cuando la furia golpeaba a otro. Nos manteníamos unidos en el grupo, pero… —No acabó la frase.

—A pesar de ello fuiste militar durante unos años —afirmó Margrit.

Martinger se pasó la mano por el pelo.

—El Ejército me ha dado mucho, lo tengo que reconocer. Me ha dado una formación muy buena, como piloto y como líder, y muchos amigos para toda la vida. Me gustaba mucho la vida militar, aparte del espíritu de las Fuerzas Especiales. Si no hubiera recibido una atractiva oferta de la SAS seguiría en el Ejército.

Thomas cambió de tema.

—Tuviste un sargento llamado Robert Cronwall. ¿Cómo era?

Martinger se puso recto en la silla.

—Un auténtico cerdo. Un oficial de carrera de nuestra misma edad. Había entrado hacía algunos años antes y quería ser oficial en la reserva. La formación para ser oficial en la reserva empezó unos días después de que entrásemos nosotros.

—¿Puedes contarnos algo de él?

Un suspiro profundo.

—Era especial. La mayoría de los oficiales sabían dónde estaba el límite, aunque también podían ser unos cabrones. Sin embargo, con Cronwall nunca sabías lo que podía pasar.

Margrit se inclinó hacia delante.

—¿Qué quieres decir?

Martinger soltó una risa seca.

—Te voy a poner un ejemplo. Una vez se durmió un chaval de nuestro grupo. Fue Kaufman, por cierto, que ahora está muerto.

—Lo conocimos antes de que muriera.

Martinger asintió.

—Habíamos tenido un duro entrenamiento en la nieve. Después íbamos a tener una clase teórica. Era muy difícil mantenerse despierto en la sala, que estaba caliente. Kaufman se durmió. *Pof*. Cronwall lo despertó de un puñetazo en la cara.

Margrit tomó aliento.

Martinger notó su reacción, pero continuó sin cambiar de tono.

—La sangre le salía a chorros de la nariz. Ya te puedes imaginar si nos cuidamos de no quedarnos dormido después de eso.

—¿Y nadie lo denunció?

Martinger negó con la cabeza y miró a Margrit con una expresión de compasión en la cara, como si ella no supiera de qué estaba hablando.

—Tienes que entender que eran otros tiempos. El poder de los mandos no tenía límites. Les temíamos más que a los enemigos. Nadie se atrevía a denunciar a nadie por nada. Kaufman era un chaval hecho y derecho, pero le tenía miedo a Cronwall. Todos se lo teníamos. A nadie se le hubiera ocurrido rebelarse. —Ahora Martinger sonaba resignado—. No nos atrevíamos a ponernos enfermos. Para coger la baja había que cursar un impreso especial y primero se lo teníamos que entregar a él. ¿Qué creéis que hacía?

Margrit cruzó rápidamente su mirada con la de Thomas.

—Lo rompía. La debilidad se recibía con desprecio. Ser duro era lo único que valía.

Thomas tuvo la impresión de que Martinger no era un asesino. Tampoco Kihlberg. Podía fiarse de la primera impresión que tuvo del bombero.

—¿Puedes contarnos qué le pasó a Pär Andersson? —preguntó Margrit.

Martinger suspiró con amargura.

—Andersson, pobre chico. Se suicidó en Korsö. La última noche antes de dejar la isla.

—¿Sabes por qué lo hizo?

El piloto se acarició la barbilla. Al cabo de un rato dijo:

—Metió la pata en la maniobra final y todo el grupo fue castigado. Nos echaron la bronca más grande de nuestras vidas. Cronwall estaba furioso. Cuando volvimos a Korsö estábamos todos cansados y de mal humor. Le dimos la espalda a Andersson, no hay otra forma de describirlo —concluyó, bajando la voz.

Martinger apartó la vista y continuó:

—Además, no estaba bien de salud, estaba muy enfermo… Pero nunca hubiera pensado que

se lo tomara tan a pecho, nadie lo pensó. Fue una desagradable sorpresa. Me sentí muy mal, todos nos sentimos muy mal.

—¿Había algún indicio de que tuviera tendencias suicidas? ¿Había hablado de suicidio o había hecho algún intento?

Martinger se lamió los labios.

—Andersson era un poco el saco de los golpes. Cronwall solía estar encima de él. Siempre recibía los peores castigos, los trabajos más difíciles. A veces era un auténtico horror, pero nunca le oí hablar de suicidio. —Se hundió un poco en la silla. Tenía los hombros caídos—. No había nada que indicara que pensara suicidarse. Su muerte me ha torturado desde entonces. Todavía me duele hablar de ello.

La expresión de Martinger era sincera. Thomas podía sentir su dolor a pesar de los años transcurridos.

—Fue Cronwall quien lo encontró. ¿Estabas con él?

—No. Teníamos que volver a Rindö el mismo día. Acabábamos de volver de la última maniobra. Catorce días intensivos en los que participaron todas las unidades. Estábamos agotados y yo me quedé dormido después de comer, como casi todos, seguramente. Temprano por la mañana, Kihlberg me despertó y me dijo que habían encontrado a Andersson muerto en las duchas.

Martinger cerró los ojos como si viera la escena delante de él otra vez.

—¿Así que no sabes qué pasó esa noche? —dijo Margrit.

—No. Habíamos dormido tan poco las últimas semanas… Estaba agotado. —Anders Martinger tenía la tez gris—. ¿Me podéis dar un poco de agua? He volado toda la noche y estoy muy cansado.

Thomas se levantó y salió al pasillo. Unos metros más allá vio una pequeña cocina americana y una garrafa azul de agua sobre un soporte. Llenó un vaso y volvió con él.

—Gracias.

Se bebió el agua de un trago y dejó el vaso sobre la mesa.

—Hemos intentado localizar a todos tus compañeros. Hay una persona a la que no encontramos, Stefan Eklund. ¿Sabes dónde está?

—No, lo siento. Con quien he tenido más contacto ha sido con Kihlberg. El suicidio de Andersson nos afectó a todos de manera distinta. Nos volvimos a ver pocas veces… Quizá nos sentíamos un poco culpables.

—¿Crees que Eklund podría tener algún motivo para vengarse de sus antiguos compañeros?

La sorpresa iluminó la cara de Martinger.

—No.

—¿Seguro?

—¿Por qué querría hacerlo?

—Esperaba que tú me lo dijeras. Solo quedáis tres con vida y él es el único al que no localizo. Debes comprender por qué estamos interesados en hablar con él.

—Dime una cosa. —La mirada de Margrit era intensa a pesar de que la voz era neutral—. ¿Estaba Cronwall solo cuando encontró el cuerpo de Andersson o estaba Eklund con él?

Thomas entendió lo que quería decir.

—No. —Martinger negó con la cabeza—. Dormía en la misma habitación que yo. Kihlberg

nos despertó a los dos.

—¿O sea que Eklund no pudo ver algo relacionado con la muerte de Andersson?

—Me cuesta creerlo.

Margrit arrugó la frente como si intentara retener un pensamiento. Se inclinó hacia delante.

—Me pregunto si pasó algo esa noche que hubiera contribuido al suicidio de Andersson y que ahora puede salir a la luz. Eklund a lo mejor fue partícipe de alguna forma.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo Martinger—. Pero no sé cómo te puedo ayudar. Dormía profundamente, como te he dicho.

—Cronwall estaba solo cuando encontró a Andersson —dijo Thomas.

Martinger negó con la cabeza una vez más.

—No. Había varios de nuestro grupo allí. Los que compartían habitación con Andersson.

—¿Quiénes? —preguntó Thomas.

—Eran Kaufman, Fredell y Erneskog. Los otros dormíamos en una habitación de cuatro camas en el piso superior. —Martinger empalideció—. No puede ser —susurró.

Margrit miró fijamente a Thomas.

—Joder —dijo en voz baja.

Thomas le leyó el pensamiento a través de sus ojos.

Estaban equivocados. Martinger y Kihlberg no eran ni víctimas ni asesinos. Era Cronwall el que corría peligro. El mando que todos odiaban.

Karin Ek tenía razón.

El asesino se había entrenado. Ahora estaba preparado para cobrarse la pieza mayor.

Le tocaba el turno a Cronwall.

Pero ¿quién era el cazador?

66

—Tenemos que localizar a Cronwall enseguida —dijo Margrit mientras el coche dejaba atrás la entrada a Arlanda y se adentraba en la autopista E4 en dirección a Estocolmo.

Había comenzado a llover y Thomas había puesto en marcha los limpiaparabrisas.

—Llamo a la oficina del municipio de Lindingö e intento contactar con él —prosiguió—. Luego le envío un mensaje a Karin y le digo que nos vamos directos a Lidingö.

—De acuerdo.

Thomas seguía pensando en lo que les había contado Martinger.

Hacía treinta años un joven de veinte años se había colgado y había muerto solo en una ducha. Todos los que estaban relacionados con su muerte habían sido asesinados.

Uno tras otro.

Margrit dejó de hablar por teléfono.

—Cronwall no ha ido a trabajar. Tampoco ha llamado para decir que estaba enfermo.

Thomas se sintió intranquilo.

—Llámalo a casa.

Margrit llamó a información y pidió el teléfono de Robert Cronwall. Efectuó la llamada, pero al cabo de un rato colgó.

—Comunica.

—Inténtalo más tarde.

Thomas aceleró y giró para ponerse en el carril de la izquierda.

—Todavía me pregunto qué papel tiene el jabón en todo este asunto.

Le había preguntado a Martinger sobre el jabón, pero este no entendió nada.

—¿Cómo dices?

—El jabón que encontramos en los pulmones de las víctimas. Ninguno de los interrogados nos ha podido dar una explicación.

—Pär Andersson fue encontrado en la ducha —dijo Margrit.

—Allí se usaba jabón, pero no jabón suave. Estoy seguro de que tiene algún significado, pero aún no he averiguado cuál.

Thomas apretó, irritado, el volante.

Margrit volvió a colgar el móvil.

—Todavía comunica.

Era imposible saber si había alguien dentro de la casa de ladrillo rojo. Los viejos manzanos

que habían estado cargados de frutos ahora se veían desnudos. Solo quedaban algunas manzanas aisladas en las ramas.

Thomas aparcó de cualquier forma en la calle y salió del coche. Miró hacia la ventana de la cocina, pero no vio a nadie. Delante del garaje había aparcado un Volvo negro.

¿Era el coche de Cronwall? ¿El que tendría que estar en el trabajo a estas horas? Thomas estaba seguro de que lo había visto allí la última vez.

Cuando llegaron a la entrada, la puerta se abrió y asomó la cara pálida de Birgitta Cronwall. En la mano tenía un teléfono.

—Al fin —dijo con voz temblorosa—. He esperado toda la mañana. Entren.

Thomas y Margrit intercambiaron una mirada de interrogación y la siguieron a la cocina.

Birgitta Cronwall estaba preocupada y alterada. Llevaba el pelo mal recogido en la nuca y no había huellas del maquillaje discreto que lucía en la última visita.

—Lo siento —dijo Margrit—. Pero no sabemos qué ocurre. No recuerdo que nos tuviéramos que ver hoy.

Birgitta Cronwall pareció dudar de con quién estaba hablando.

—¡Si he hablado con la Policía hace unas horas! —exclamó.

—Lo siento, pero con nosotros no ha sido.

—Cuando denuncié la desaparición —continuó Birgitta Cronwall con voz aguda—. He llamado esta mañana para denunciar que Robert ha desaparecido. No ha dormido en casa esta noche y no ha llamado. He contactado con nuestros amigos, pero ninguno lo ha visto. Estoy muy preocupada.

Se dejó caer sobre una silla y empezó a llorar.

—Vamos a empezar desde el principio —dijo con voz suave Margrit mientras arrancaba un trozo de papel de un rollo que había sobre un mueble—. Cuéntenos qué ha pasado.

Birgitta Cronwall se sonó y se obligó a sonreír. Thomas agarró una silla y se sentó a su lado.

—Cuando llegué a casa ayer por la tarde Robert no estaba, aunque el coche estaba aparcado fuera. Me puse a hacer la cena y a las ocho aún no había llegado. No contestaba ni en el trabajo ni en el móvil.

—¿Qué hizo?

—Esperé unas horas. Llamé a varios amigos, pero nadie lo había visto. —Sollozó un poco—. No es normal en Robert. Es muy puntual. Al final me fui a la cama, pero no podía dormir. Estaba despierta esperando oír la puerta de la calle. A las siete de la mañana llamé a la Policía. He llamado a todos los que conocemos.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —preguntó Thomas.

—Ayer por la mañana.

—¿Todo normal? —dijo Margrit—. ¿Alguna pelea?

Birgitta Cronwall negó con la cabeza.

—Estaba como siempre. Aparte de que el día anterior llegué un poco tarde. Los martes tengo un curso de español, así que no llego antes de las siete.

—¿A qué hora suele llegar Robert?

—A las seis.

Thomas pensó en las otras víctimas. Dos habían muerto ahogadas en su propia bañera. Ahora

Cronwall había desaparecido, según su esposa.

¿Seguro?

—Birgitta, ¿ha buscado por toda la casa?

Birgitta Cronwall se asustó.

—¿Qué quiere decir?

—¿Seguro que no está en casa?

Ahora parecía ofendida.

—Claro que no está en casa.

—¿Le importa que lo compruebe? —Thomas se levantó y apartó la silla—. ¿Cuántos baños hay en la casa?

Era evidente que la mujer de Robert Cronwall no sabía a qué se refería, pero respondió obediente.

—Tenemos uno en el piso de arriba y otro en el desván junto a la habitación de invitados.

—¿Ha mirado arriba?

Una expresión de inseguridad se apoderó de su cara.

—No. Solo lo llamé. No subí. —Comenzó a llorar—. ¿Tenía que haberlo hecho?

—No pasa nada. Solo voy a mirar por si acaso.

Thomas dejó la cocina y subió la ancha escalera que estaba cubierta por una alfombra. Llegó a un ancho vestíbulo con dormitorios a ambos lados. Vio en uno de ellos una cama de matrimonio hecha con esmero.

Una puerta cerrada daba a un cuarto de baño con azulejos de color crema con los bordes dorados. Una bañera dominaba la pieza y en una estantería sobre la pila había una serie de cremas y una botella medio llena de perfume.

Dejó el baño y registró el resto de habitaciones sin encontrar nada que le llamara la atención.

Ahora quedaba mirar el desván.

Thomas subió con cuidado la estrecha escalera. La madera crujía bajo sus pies cuando pisaba las oscuras planchas de pino. Olía a cerrado, como si hiciera mucho tiempo desde la última vez que alguien estuvo allí.

Saltó los dos últimos escalones y llegó a un pasillo con dos puertas. La primera estaba entornada. Al abrirla encontró dos camas y una mesa en medio. Debía de ser la habitación de los invitados. A los pies de ambas camas había una toalla verde doblada.

Thomas dio unos pasos atrás para salir de la habitación.

Había un silencio inquietante.

Lo único que se oía era la lluvia que golpeaba el tejado y el agua que corría por los canalones. A pesar de que la temperatura era más baja en el desván, Thomas notaba cómo el sudor le inundaba la nuca.

De una claraboya rectangular se filtraba una débil luz grisácea.

Thomas avanzó hacia el baño.

67

—¿Cómo has podido traer a Marie a mi casa?

Nora tenía dificultades para mantener la voz firme. Una vez más la desbordaba la decepción de la traición de Henrik, los meses en los que luchaba por mantener a la familia mientras él la engañaba. Todas las veces que le había dicho que tenía un turno extra y en realidad era para estar con Marie.

Lo que se debía de haber reído a costa de ella.

—¿Qué te pensabas? ¿Que nos abrazaríamos y seríamos una gran familia? ¿No es suficiente que viva en la que fue nuestra casa? ¿Encima tengo que verla en la mía?

Nora tuvo que parar para tomar aliento. Suerte que la puerta del despacho estaba cerrada, pensó, porque de lo contrario sus colegas habrían visto la otra cara de la normalmente controlada abogada de banca. No recordaba haber perdido los papeles en el trabajo, aunque ahora se le habían acumulado unas cuantas perlas de sudor en el labio superior. Había pensado tratar el asunto con tranquilidad y calma, pero después de lo que le dijo Adam, le costaba. Cuanto más pensaba en la imagen de Marie en su vestíbulo, más furiosa se sentía.

La voz de su exmarido sonaba suave al otro lado de la línea.

—Tal vez no fue una gran idea.

—¿Una gran idea? Es una forma de decirlo. ¿Se le ocurrió a ella?

—Marie lo debió de notar. Ni tus padres ni tú estuvisteis muy amables. —Henrik sonó rígido y formal, pero no atacaba como solía hacer normalmente.

—Pensé que había sido suficientemente clara en cuanto a que no la quería en mi casa.

—Nora, lo siento. —El tono fue sorprendentemente conciliador. Nora se dio cuenta, pero eso no calmó su furia—. Debí suponer que no era una buena idea.

—Además, te olvidaste de traer el libro de Simon —prosiguió Nora—. Lo necesita para la clase de inglés de mañana.

—Lo llevaré esta noche.

—Muy bien.

—Nora… —Henrik bajó el tono—. Por favor, no quiero que nos peleemos y menos delante de nuestros hijos.

—Haberlo pensado antes —le cortó Nora.

No sentía ninguna clase de simpatía hacia él. Él mismo se había cavado su tumba.

Henrik carraspeó.

—El tiempo de reflexión antes del divorcio acaba dentro de una semana.

—Lo sé.

Nora sabía con exactitud el día en que su matrimonio sería disuelto. Había enviado todos los documentos el diez de abril. Más o menos un mes después de descubrir la infidelidad de Henrik con Marie.

Pocas veces había estado tan segura de lo que hacía como cuando envió el gran sobre marrón a los juzgados.

Se sentó en la silla de su despacho.

Seis meses antes se habían reunido para discutir la situación. Nora aún vivía en la casa y Henrik se había mudado provisionalmente a casa de sus padres. Llegó sobre las diez de la noche, cuando los niños dormían. Entonces ella colocó los documentos sobre la mesa de la cocina. La petición de divorcio, la separación de bienes, todo lo que necesitaban para disolver el matrimonio. Henrik empalideció cuando se dio cuenta de que estaba decidida. Nora se negó a discutir la cuestión. Tan solo señaló el documento.

«Tienes que firmar este también», le dijo con voz seria. «Si no lo haces, pienso entregarlos de todas formas.»

Lo único que quería es que firmara de una vez y se fuera.

Henrik hizo un último intento. Los ojos le brillaban. Abrió la boca como para decir algo que la persuadiera.

«Fue un error», dijo al final. «Marie no significa nada para mí. Los niños y tú sois lo más importante de mi vida. No sé si tengo derecho a pedírtelo, pero ¿no me puedes perdonar, por Adam y Simon?»

La cara que puso casi consiguió hacerla cambiar de opinión.

Se sentaron a la mesa y él extendió su mano colocándola sobre la suya. Sintió el calor de sus dedos sobre su piel. El suave roce le despertó mil recuerdos.

«Por favor, Nora. Te quiero. De verdad. No puedo vivir sin ti ni los chicos.» La voz se rompió. Giró la cara y bajó la cabeza. Luego empezó a llorar.

Como Adam, pensó. Como Adam cuando está desesperado. Son tan iguales los dos. Mi hijo, mi marido.

Las dudas volvieron. ¿Hacía lo correcto?

Entonces sonó el móvil.

Henrik no se molestó en contestar. Pero al cabo de medio minuto sonó de nuevo. Soltó la mano de Nora y sacó el teléfono. Rechazó la llamada.

Demasiado tarde. Nora había visto quién era.

Ponía «Marie» en la pantalla.

Fue suficiente para despertar su ira. La ira que la había mantenido de pie el último mes había vuelto con toda su fuerza.

Retiró la mano y echó hacia atrás la silla.

«Firma aquí. Puedes ir a llorarle a Marie cuando terminemos con esto. No tenemos nada más que decirnos.»

Después de unos meses, Marie se mudó a la que había sido la casa familiar. Una semana después de que Nora se marchara, llegó una camioneta cargada de cajas. Por casualidad, Nora pasó por allí para recoger un juguete que se había dejado Simon y vio cómo las metían dentro de la casa.

Cada vez que lamentaba su matrimonio fracasado pensaba en las cajas de Marie.

—El diez de octubre habrán pasado los seis meses —dijo Nora—. Podemos obtener una decisión judicial de divorcio el jueves que viene. Es una formalidad.

Henrik estaba callado.

—En una semana estaremos divorciados.

—¿Tanta prisa tienes? —La voz de Henrik era suave—. ¿Tan importante es para ti separarte de mí que cuentas los días?

Nora se levantó y fue hacia la ventana. Llovía. Hasta su despacho llegaba el sonido sordo del tráfico de la tarde. Caían hojas amarillas de los árboles.

Apoyó la frente contra el frío vidrio.

—Sí. Sí que lo es.

68

Thomas abrió con brusquedad el cuarto de baño con todos sus sentidos en máxima alerta. Observó la bañera unos segundos antes de darse cuenta de que estaba vacía, a pesar de su convencimiento de que iba a encontrarse a Robert Cronwall ahogado.

Le dolía el pecho. Controló la respiración. Con un esfuerzo, soltó aire y miró a su alrededor.

Aquel sencillo cuarto de baño parecía aún más viejo por los azulejos cuadrados y blancos que cubrían la pared. El esmalte de la bañera estaba manchado. Thomas se acercó y tocó su superficie. Estaba seca, ni una sola gota de humedad.

Para asegurarse, pasó el dedo por el desagüe pero tampoco encontró rastros de agua. Olía ligeramente a alcantarilla, como si la trampilla del drenaje se hubiera secado. Hacía tiempo que nadie lo usaba. Thomas se sentó en la taza del váter y apoyó la cabeza en sus manos.

Si Robert Cronwall no estaba en la casa, ¿dónde estaba?

Cuando Thomas bajó del desván, Birgitta Cronwall seguía sentada con Margrit en la cocina. Negó con la cabeza hacia Margrit.

—Nada —dijo en voz baja, y se sentó.

Birgitta Cronwall se movió en la silla.

—Robert les mintió —dijo tímidamente.

—¿Sobre qué? —quiso saber Margrit.

—Dijo que no se había entrevistado con ese estudiante, Marcus Nielsen, pero no era verdad.

Thomas maldijo en silencio. Tenía que haber presionado más a Cronwall cuando lo interrogaron.

—¿No? —dijo en voz alta.

—No. Estuvo aquí una noche y habló con Robert. Pasaron juntos un buen rato en la biblioteca.

—¿Cuándo?

En vez de contestar Birgitta Cronwall se levantó y fue a mirar un calendario que colgaba en la pared al lado de la nevera. Buscó con el índice una fecha. Sin girarse dijo:

—Fue el 14 de septiembre. Un viernes.

El penúltimo día que Marcus Nielsen estuvo con vida, pensó Thomas.

—¿Está segura?

—Sí, solemos ver la serie *På Spåret* los viernes por la noche. Marcus llamó justo antes de que empezara. —Dejó el calendario y se sentó de nuevo—. La verdad es que me irritó su visita.

Me pareció de mala educación que nos molestaran un viernes a esas horas, pero fue Robert, por lo visto, quien le dijo que viniera.

—¿Está segura de que fue ese día?

Birgitta Cronwall asintió.

—Sí, comenzaba la nueva temporada de la serie. El fin de semana siguiente estuvimos con unos buenos amigos en Gävle, y nos perdimos ese episodio. Recuerdo bien que fue ese día.

—¿Sabe de qué hablaron?

Birgitta Cronwall pareció un poco incómoda, como si no quisiera que la acusaran de estar escuchando conversaciones privadas.

—Llamé a la puerta para recordarle a Robert que la serie había comenzado. Entonces me dijo, de una forma muy desagradable, que los dejara en paz. Cuando abrí la puerta, oí al estudiante preguntarle sobre su época en las Fuerzas Especiales.

—¿Qué más? Intente recordar —dijo Margrit—. Puede ser importante.

—Creo que mencionó a alguien llamado Pär o Peter.

Pär Andersson, pensó Thomas. Había preguntado sobre Pär Andersson, que había estado bajo las órdenes de tu marido. El mismo Pär Andersson que se quitaría la vida en Korsö después de que tu marido lo castigara.

—¿Sabe por qué su marido no quería contárnoslo?

Birgitta Cronwall se mordió el labio inferior sin contestar.

—¿Sabe que Marcus Nielsen fue encontrado muerto en su piso dos días después? —continuó Margrit.

—Creemos que murió la noche del sábado al domingo —añadió Thomas.

Birgitta Cronwall empezó a llorar, pero esta vez no intentó secarse las lágrimas.

—Robert no estuvo en casa el sábado por la noche —dijo con voz temblorosa.

Thomas intercambió una mirada con Margrit.

—Se fue sobre las once y no volvió hasta las dos de la madrugada. Debía de pensar que dormía porque suelo tomar somníferos, pero ese sábado no los había tomado. Oí que arrancaba el coche y se fue.

Habían aparecido unas manchas rojas en el cuello de Birgitta Cronwall, que jugueteaba nerviosa con los dedos.

—También lo oí llegar. No subió al dormitorio enseguida. Estuvo unas horas en la biblioteca bebiendo whisky. Me debí de quedar dormida, pero me desperté cuando se metió en la cama. El reloj marcaba las cuatro y cuarto.

—¿Cómo sabe que bebió whisky? —preguntó Thomas, tenso.

—Porque roncaba. Solo ronca cuando ha bebido whisky de malta. Además, había un vaso y una botella vacía en la sala de estar cuando bajé por la mañana.

Margrit mantuvo la mirada de Birgitta Cronwall hasta que esta bajó la suya.

—¿Sabe lo grave que es que no lo supiéramos antes y que nos lo diga ahora? Se trata de información importante que no ha comunicado a la Policía.

—Lo sé —susurró la mujer, a punto de llorar otra vez—. Pero Robert me dijo que me callara. Que nos veríamos metidos de una forma totalmente inútil en la investigación policial si contábamos la visita de Marcus Nielsen. Dijo que no era importante. —La voz le fallaba. Su cara pedía comprensión a los policías—. Perdón. No pensé… Estoy tan preocupada. ¿Dónde estará

Robert?

Thomas iba a decirle unas palabras tranquilizadoras cuando Birgitta Cronwall se llevó la mano a la boca.

—¿Y si está muerto? —dijo—. ¿Y si lo han asesinado?

DIARIO: JULIO DE 1977

Llevábamos remando unas horas cuando unas enormes nubes negras aparecieron en el oeste. Habíamos pasado Kapellskär y estábamos a punto de cruzar Svartlögafjärden cuando la lluvia hizo acto de presencia. Luego empezó a soplar un viento muy fuerte.

Sin previo aviso, una ola nos golpeó en un lado y la canoa se desvió de su curso. Yo estaba sentado en la proa y Andersson en la popa. Mi remo quedó enganchado y nos inclinamos hacia el agua.

«Suelta el remo», escuché a Andersson gritar detrás de mí. «Suelta el remo, joder, o volcaremos.»

Como si fuera a cámara lenta, la canoa empezó a volcar.

El agua me envolvía la cabeza. Estaba medio ciego por la lluvia que caía y tenía la ropa completamente mojada. Luchaba con el remo para liberarlo.

Justo cuando la canoa estaba a punto de volcar, Andersson se movió hacia el otro lado para nivelarla con su peso. El remo quedó libre y de forma milagrosa el casco se enderezó. Nos balanceamos hacia un lado otra vez y el casco quedó nivelado.

«Joder», me gritó Andersson al oído, «hemos estado muy cerca». A lo lejos vi algunas canoas que habían volcado. Una de ellas se rompió contra las rocas delante de la bahía a la que nos dirigíamos. Martinger y Kihlberg, cuyas cabezas se balanceaban, lograron salvarse.

Las olas nos llevaban hacia la apertura, pero atravesamos la ría sin volcar ni sufrir daños.

Ahora estamos muy al exterior del archipiélago, en Nassa. Las canoas están colocadas entre las cañas al lado de la playa y las piedras en las que nos sentamos anoche todavía están calientes del sol de la tarde.

No hemos pasado hambre. Hemos pescado suficiente para sobrevivir y hemos encontrado moras en los islotes, que nos comemos con la punta de los dedos tintados de oro.

Andersson es el mejor a la hora de pescar. Tiene habilidad para colocar los anzuelos por donde pasa el arenque y saca un pez plateado detrás de otro. Es como si supiera cuándo boquean los peces por el anzuelo. Se pone tenso como un felino y tira en el momento justo.

«¿Qué hubiéramos hecho sin ti, Andersson?», le dijo Martinger después de la comida.

Habíamos hecho un fuego en una grieta al lado del agua y habíamos devorado todos los trozos de pescado asado.

Andersson enderezó la espalda y su ligero rubor delataba que se alegraba del reconocimiento. Se le veía satisfecho bajo la suave luz de la tarde.

Gracias a él estábamos todos llenos y satisfechos.

A noreste el horizonte parecía incendiado. El sol descansaba como una bola roja sobre un cielo bajo, el mar estaba igual de brillante y liso, como si una tela de seda se hubiera extendido con sumo cuidado sobre él.

Mañana volvemos a Korsö, dos en cada canoa. Kihlberg y Martinger, Sigurd y Eklund, Kaufman y Erneskog, Andersson y yo.

Estamos sucios y cansados, pero jodidamente satisfechos con nosotros mismos.

69

Thomas y Margrit dejaron el aparcamiento y se dieron prisa por llegar a la comisaría y refugiarse de la lluvia. Cuando entraron en la sala de reuniones, el grupo ya estaba allí. El Viejo ocupaba la parte corta de la mesa con Karin Ek y Erik Blom a ambos lados.

—La Policía busca a Robert Cronwall —dijo en cuanto los vio entrar por la puerta—. En todo el país. Un permiso de registro domiciliario está de camino.

—Nos hemos traído unos pelos de una chaqueta —dijo Thomas—. Podremos comparar el ADN de Cronwall con el que se encontró en la cuerda de Marcus Nielsen.

—Y la almohada —recordó Margrit.

—¿Pensáis que habéis encontrado al asesino?

Thomas asintió, y en ese mismo instante entró Kalle Lindwall.

—Ya he rastreado todas las llamadas. —Se dirigió a Thomas y Margrit—. Leif Kihlberg contactó con Martinger el mismo día que lo interrogasteis.

—Ya lo sabemos.

—Ajá.

Kalle pareció abatido.

—¿Y qué sacaste del teléfono de los padres de Marcus Nielsen? —preguntó Margrit.

Kalle volvió a coger carrerilla.

—He encontrado algunas llamadas que los padres no reconocen como suyas. Se hicieron las semanas antes de la muerte de Marcus. De día.

—Eso puede significar que las hizo Marcus —dijo Erik Blom—. Sus padres trabajan a esas horas.

—La madre dijo que en las horas libres solía ir a casa. Täby no queda tan lejos de la universidad. —Consultó sus papeles antes de continuar—. Marcus Nielsen llamó a dos números de móvil interesantes. Uno es de Leif Kihlberg, y el otro, de la compañía SAS.

—Martinger —dijo Thomas—. Intentó contactar con él.

—Las llamadas son cortas —continuó Kalle—. Debió de dejar mensajes, ya que duran entre veinte y veinticinco segundos. —Tenía los ojos enrojecidos como si se hubiera pasado el día leyendo letra pequeña—. Creo que no localizó a ninguno de ellos.

—Bueno, por lo menos sabemos que lo intentó —dijo Thomas—. ¿Tienes las fechas?

Kalle Lindwall miró sus listas.

—Llamó a los dos el trece de septiembre. Primero a Kihlberg a las quince y veintitrés, y un minuto después, a Martinger.

Thomas miró su bloc para controlar la fecha en la que Marcus se había entrevistado con Jan-Erik Fredell. Encontró la hoja y se dirigió a la pizarra. Con un rotulador dibujó una raya horizontal para hacer una línea de tiempo.

—De acuerdo —dijo—. Marcus se entrevista con Fredell el miércoles, doce de septiembre, que es cuando recibe el diario. Con toda posibilidad, contiene información sobre lo que pasó en Korsö. —Thomas marcó la fecha con una cruz en la línea negra—. El trece de septiembre, o sea el jueves, llama a Martinger y a Kihlberg, pero no los localiza y deja un mensaje.

Dibujó otra cruz.

—Un día más tarde, el viernes por la noche, va a casa de Cronwall y se queda aproximadamente una hora. Al día siguiente, sábado, visita a sus padres unas horas y vuelve a casa. —Thomas volvió a dibujar una marca—. Esa noche se pone una soga al cuello, se sube sobre su escritorio, da un paso hacia delante y muere. —Dejó el rotulador y se giró con los brazos cruzados sobre el pecho—. Al mismo tiempo que Robert Cronwall se va de su casa durante unas tres horas sin ninguna explicación. Además, su mujer nos ha dicho que estuvo varias horas desaparecido por la tarde durante el mismo lapso de tiempo en que murió Erneskog. —Thomas se apoyó en la pared—. ¿Me he dejado algo?

Kalle Lindwall carraspeó.

—Solo una cosa. Marcus Nielsen llamó otra vez el jueves.

—¿A quién?

—A Urban Melin. He mirado sus datos. Tiene cuarenta y tres años y trabaja como dentista en una empresa de Tyresö.

—¿Por qué llamó a un dentista? —preguntó Karin Ek—. ¿Tenía problemas con los dientes?

Margrit alargó la mano y empezó a buscar entre los papeles la autopsia de Saschen.

—No. En el informe de la autopsia no pone nada. Pero eso no significa que no tuviera que ir al dentista.

—Espera un momento —dijo Karin Ek, y se giró hacia Kalle—. ¿Era el número de teléfono de casa de Melin, no dijiste eso?

—Sí. Vive en Farsta. En la calle Måndagsvägen 23.

—¿Por qué llamó a su casa y no a su trabajo?

Melin, pensó Thomas. ¿De dónde le sonaba el nombre? Se acordó de la mujer de la farmacia. ¿No se llamaba Melin? Había una anotación de una farmacia en Farsta Centrum en el móvil de Marcus.

—¿El teléfono solo está a nombre de Urban?

—No figura nadie más.

—Puedo mirar el ordenador —dijo Karin, y se levantó. Regresó pasados unos minutos. Los pasos precipitados indicaban que había encontrado algo. Sin sentarse empezó a hablar.

—Escuchad, Urban Melin está empadronado en la misma dirección que otra persona llamada Annika Melin. También hay una alarma relacionada con ella. Su marido ha notificado su desaparición del domicilio.

Thomas notó que se le aceleraba el pulso.

Una persona más relacionada con la investigación había desaparecido. Margrit fue la primera en hablar.

—¿Crees que Cronwall la ha secuestrado?

70

Nora iba a dejar la oficina cuando sonó el teléfono. Rebuscó en el bolso y sacó el móvil justo cuando el contestador había saltado.

—Nora Linde.

—Hola, Nora. Soy Olle. Olle Granlund ¿Te molesto?

—No. Estaba recogiendo. Ya acabo.

—He estado pensando en la conversación que tuvimos la última vez. Después de la excursión a Korsö.

—Sí.

Nora se puso el abrigo y apagó la luz de la habitación. Con el bolso colgado del hombro y la cartera en la mano, cerró la puerta tras de sí y se dirigió hacia los ascensores.

—¿Te acuerdas de que te hablé de un mando que tenía muy mala fama?

—Sí. —Nora llamó al ascensor.

—Si todavía te interesa he averiguado algunas cosas, incluso su nombre.

Nora se paró. El botón indicaba que el ascensor había llegado, pero lo dejó estar. La cobertura era mala en su interior.

—Cuenta.

—Su nombre era Robert Cronwall y estuvo contratado durante un tiempo en la Marina. Fue más fácil de lo que creí localizarlo. Todavía hay gente que lo tiene bien vigilado.

Nora escuchó con atención. Durante el cumpleaños de Simon Nora y Thomas habían intercambiado unas palabras sobre la investigación. Thomas le había dado a entender que buscaban información sobre soldados que habían estado activos en los setenta.

—Bueno, hablé con unos cuantos amigos de los viejos tiempos y algunos creían que tomaba anabolizantes durante esa época.

—¿Drogas?

—Bueno, en esa época los anabolizantes no eran considerados como drogas. Muchos los tomaban para ser más fuertes.

—¿Está prohibido?

—Hoy sí, pero en los setenta la gente podía tomar de todo un poco. No se conocían los posibles efectos secundarios. En su caso eran de lo más desgraciados, ya que le afectaban tanto al juicio como al humor. Como te dije, se portaba con sus hombres como un cabrón. Los hacía sufrir.

—No entiendo cómo dejaban actuar a un tipo así.

Nora dejó el bolso en el suelo. Como siempre, se llevaba a casa una serie de documentos que tenía que leer para el día siguiente.

—Eran otros tiempos. Lo que te quería contar es acerca de un hecho terrible que sucedió durante su último tiempo en Korsö.

—¿Qué pasó?

—Uno de los hombres que estaba bajo sus órdenes se suicidó.

—¡Qué horror!

Nora se apoyó en la pared y cerró los ojos. Enviar a tu hijo a hacer la mili y que te lo devuelvan muerto.

—El muchacho se colgó.

Olle hizo una pausa como si no le gustara lo que tenía que contar.

—Hay rumores de que le obligaron a hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—No he podido averiguar más. Sigue siendo algo muy delicado. Hay rumores de que aún hay cosas por aclarar sobre su muerte.

—No lo entiendo.

Olle hizo un sonido como si hubiera escupido tabaco. Nora se lo imaginó de pie en el muelle de Sandhamn.

—El muchacho dejó una nota, pero estaba escrita a máquina y sin firmar.

Nora reflexionó. Seguramente la justicia militar hubiera actuado ante un hecho así.

—¿Hubo una investigación oficial?

—No. Enviaron su cuerpo a casa en un ataúd. La versión que se les dio es que no aguantó la presión y que se había suicidado. El suicidio era un tema tabú en aquella época. No creo que nadie quisiera meter la nariz en el asunto.

—Pobre familia.

—Sí, por lo visto, era el único hijo. Fue un golpe duro.

—¿Qué pasó con Cronwall?

—Empezó como cadete en la escuela militar de la Marina, pero no completó la formación para convertirse en oficial de reserva. Después de un tiempo dejó el Ejército, probablemente por petición de sus superiores. Hubo rumores, pero nada salió de forma pública. —Olle Granlund tosió—. Bueno, ahora ya lo sabes. Espero que te sirva la información.

—Muchas gracias.

—Me tienes que prometer que serás discreta con lo que te he contado.

¿Tenía que decirle que era necesario pasarle la información a Thomas? No, solo preocuparía a Olle inútilmente. Se decidió por salir al paso de la petición de Olle a medio camino.

—Prometo que no lo contaré, a menos que sea necesario.

Nora apretó el botón del ascensor. Ese Robert Cronwall cargaba con mucho peso en su conciencia. Tenía que llamar a Thomas y contárselo.

71

Urban y Annika Melin vivían en una casa adosada en Farsta Strand.

Aún llovía cuando Thomas y Margrit se sentaron en el coche. Las hojas caídas de los árboles que bordeaban la carretera formaban remolinos y quedaban atrapadas bajo los limpiaparabrisas.

Un Volkswagen Passat antiguo estaba aparcado delante de la casa cuando llegaron. Un hombre rechoncho, de unos cuarenta años, abrió la puerta en cuanto llamaron al timbre.

—¿Sois de la Policía?

Margrit le enseñó la placa.

—¿Eres Urban Melin?

El hombre asintió. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Estoy muy preocupado. Espero que no le haya pasado nada a Annika.

Thomas tuvo una desagradable sensación de *déjà vu*, así había comenzado también la entrevista con Birgitta Cronwall.

—He esperado al lado del teléfono todo el día. He llamado al trabajo y he dicho que estaba enfermo para estar aquí por si ella llamaba, pero no lo ha hecho.

Se pasó la mano por la frente y se alborotó el poco cabello que llevaba peinado con la raya a un lado para ocultar la calva. No parecía darse cuenta de que estaba estropeándose el peinado.

Thomas vio que el hombre tenía las puntas de los dedos peladas, con las uñas mordidas.

—Cuéntanoslo desde el principio —dijo Margrit, después de entrar y sentarse en un sofá de cuero marrón que ocupaba la mayor parte de la sala de estar.

Un gato gris que dormía en una butaca alzó la cabeza. Con aspecto de estar ofendido se levantó y se fue en dirección a la cocina.

—Annika no ha venido a dormir a casa y no ha llamado en toda la noche. No contesta al móvil.

—¿Tiene padres o familia con la que pudiera estar en estos momentos?

—Su padre y su hermano murieron hace mucho tiempo y su madre tiene demencia senil. Está en una residencia.

—¿Habéis discutido? ¿Os habéis peleado?

Melin negó con la cabeza.

—No, todo iba como siempre antes de que desapareciera.

—¿Puede ser que esté en casa de una amiga? —propuso Margrit—. ¿No hay ninguna posibilidad de que se haya quedado a dormir en casa de una amiga sin decirte nada?

—No. He llamado a todo el mundo. Nadie la ha visto.

Urban Melin parecía incómodo.

—No tenemos muchos amigos. Mi mujer no es de trato fácil.

Era una afirmación un poco rara. Thomas decidió pasarla por alto, pero Margrit no. Miró a Urban Melin.

—¿Por qué lo dices?

Melin pareció arrepentirse de haberlo dicho.

—Annika tiene ciertos problemas, no es… estable.

—¿Qué quieres decir?

Parecía como si Urban Melin se viera dividido entre el deseo de proteger a su esposa y el de explicar la gravedad de la situación.

—No debes escondernos nada —dijo Margrit con cuidado.

—Tiene un carácter muy irregular. Puede estar de repente muy triste y culpabilizarse de todo y luego tener un ataque de furia y acusar a todo el mundo de sus problemas. Es muy difícil saber cómo reaccionará. Puede ser… destructiva.

Uno de los párpados de Melin empezó a temblar.

—Tengo miedo de que se vaya a autolesionar de alguna forma.

—¿Por qué crees que lo va a hacer?

Urban Melin sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la calva.

—Los últimos meses han sido muy duros para nosotros, por eso estoy tan preocupado. Nosotros…

Se volvió a callar. Thomas y Margrit esperaron.

—Esperábamos un hijo —dijo Urban Melin al final—, pero lo perdimos hace tres semanas y desde entonces todo ha empeorado.

Thomas frunció el ceño.

—¿Hace tres semanas?

—Sí, a mediados de septiembre.

—Perdona que te lo pregunte, pero es que creo que conocí a tu esposa hace una semana o así. ¿No trabaja en una farmacia en Farsta Centrum?

—Sí. —De repente se emocionó—. Es farmacéutica. Ha trabajado ahí durante un tiempo.

Thomas miró a Margrit, que parecía igual de sorprendida que él.

—Cuando la conocimos estaba embarazada.

Urban Melin negó con la cabeza.

—No, no lo estaba. Perdió el bebé el viernes, catorce de septiembre.

Me podéis creer, yo estaba en el hospital de Södersjukhuset.

Enterró la cabeza entre sus manos. Margrit se inclinó y le puso una mano sobre el brazo.

—¿Puedes contarnos qué pasó?

Urban Melin no contestó al principio, como si estuviera debatiéndose entre contarles la verdad o no. Al final habló con un tono de voz neutro.

—Annika tuvo un accidente con el coche. Iba ella sola. Salió de noche y chocó con una farola. No sufrió ningún daño, pero el volante le golpeó en el estómago y nuestro hijo no se pudo salvar. Estaba de cinco meses.

La voz se le rompió.

—Lo habíamos intentado durante tanto tiempo…

Thomas se acordó del accidente del remolque que invadió su carril. Se acordó de Pernilla al volante cuando estaba embarazada de Emily. Tenía una panza tan grande que casi no cabía en el asiento.

No era difícil entender que Urban Melin estuviera pálido y con los ojos hundidos.

—Perdona —dijo Thomas—. Pero tu mujer parecía embarazada cuando la vimos.

¿No vestía Annika Melin una falda prenatal? Él le había preguntado cuándo cumpliría y ella no le había corregido. Por Navidad, le había dicho.

Extraño.

—¿Cómo pudo volver al trabajo cuando había pasado tan poco tiempo del accidente? —preguntó Margrit.

—Annika insistió en ello. Dijo que se volvería loca si se quedaba en casa con sus pensamientos. Conseguí convencerla de que al menos trabajara media jornada. Pero no es fácil de convencer una vez que se ha decidido. No creo ni que contara lo de la pérdida en el trabajo.

Emitió un sonido entre un carraspeo y un sollozo.

—Estas semanas ha estado imposible. En un momento estaba deprimida y angustiada, y al siguiente, dramática y agresiva. Cambia de humor constantemente y no hay manera de prever cómo va a reaccionar. Si tengo que ser sincero, ha sido un alivio que comenzara a trabajar otra vez. Es como si se centrara al volver con sus compañeros de trabajo.

—¿Ha actuado así antes?

Urban Melin se balanceaba en la silla.

—Siempre ha sido débil. Es difícil de creer con lo capaz que parece, y es alta y elegante. Sin embargo, en su interior, es como una niña pequeña, aterrorizada por la posibilidad de que la abandonen. A la vez, ella misma asusta con facilidad a la gente y se siente poca cosa.

—¿Ha ido a algún psicólogo?

—No quería.

La respuesta era rápida y segura.

—No debe de ser fácil de manejar.

—No, no lo es. Intento consolarla. Le aseguro que es buena, pero es difícil entenderla cuando está de ese humor.

—¿Hace mucho que estáis juntos?

—Nueve años.

—¿Cómo os conocisteis?

—Nos conocimos en la farmacia donde trabaja. Mi anterior pareja me había dejado por otro y estaba bastante deprimido. Me habían recetado somníferos e iba a recogerlos cuando conocí a Annika. Empezamos a hablar y una cosa llevó a la otra.

Colocó bien unas revistas que estaban esparcidas sobre la mesilla de cristal. Un gesto nervioso, rápido.

—Nos entendimos enseguida y nos fuimos a vivir juntos. Era como un torbellino, todo tenía que suceder a la vez. Compromiso, boda. Fue ella la que buscó esta casa. —Los miró con ojos tristes—. Solo era el bebé el que se hacía de rogar.

—Pero tiene que ser agotador si es tan variable como dices.

—Sí. —Urban Melin jugó con su anillo de matrimonio—. Lo es —dijo en voz baja—. Puede tener unos ataques de rabia terribles. Es muy fuerte. Una vez me torció el brazo y me causó una fisura. Tuve que llevar escayola durante semanas. —Parecía aliviado de poder contar a alguien la relación con su desaparecida esposa.

—Eso se llama maltrato —dijo Margrit—. ¿Lo has denunciado?

—¿Quién me hubiera creído? Los hombres maltratan a las mujeres, no al revés. Annika llora y pide perdón muchas veces. Me dice que se suicidará si la abandono. Yo la perdono, siempre.

—¿Siempre? ¿Te ha maltratado más veces?

Urban Melin miró a un lado, nervioso.

—Sí. —Señaló una cicatriz en el antebrazo—. Me cortó una vez que estaba muy furiosa.

—¿Con un cuchillo? —preguntó Margrit.

—Sí, cogió un cuchillo de la cocina. No la reconocía. Yo había hecho horas extras unas noches y ella me acusó de tener una relación con una de las compañeras del trabajo. No era verdad. Siempre le he sido fiel.

—¿Qué hiciste? —preguntó Thomas.

Urban Melin volvió a ordenar las revistas de la mesilla. No miró a los policías cuando contestó.

—La perdoné. Me prometió que no volvería a ocurrir.

—¿Y tú la creíste?

—Sí. Cuando está tranquila es una maravilla, me mima. Me quiere mucho.

Violencia doméstica, pensó Thomas. No eres el único hombre que la sufre. Es más frecuente de lo que se cree, que sea la mujer la que maltrata, pero pocos lo quieren reconocer y menos denunciarlo. No estás solo. Si uno no puede conseguir lo que quiere, se debe de conformar con lo que tiene. ¿Es por eso que te quedas con ella? ¿O tienes miedo de que cumpla su amenaza de matarse? ¿O es por cualquier otro motivo?

Thomas se levantó.

—¿Podemos echarle un vistazo a la casa?

Urban Melin asintió.

—¿Por dónde queréis empezar?

—¿Qué hay arriba?

—Está nuestro dormitorio, una habitación para invitados y el despacho de Annika.

—¿Empezamos por su despacho? —propuso Margrit—. Luego estaría bien que nos facilitaras una foto reciente de Annika.

—De acuerdo. Tengo una en mi despacho.

Urban Melin abrió una habitación y Thomas vio un escritorio con montones de fotografías de distintas dentaduras y protectores dentales. En el escritorio había una fotografía enmarcada que Urban Melin les entregó.

—Aquí la tenéis. La hicimos el pasado verano, en junio.

Thomas estudió la fotografía.

Annika Melin tenía unas facciones afiladas y una mirada seria, y mostraba una sonrisa amable a la cámara. En la fotografía estaba más delgada que cuando se encontraron en la farmacia, pero seguramente había engordado con el embarazo. Parecía fuerte, fibrosa y se la veía

en forma. Vestía un chándal azul y blanco. En el pecho llevaba una etiqueta cuadrada con un número.

Urban Melin parecía orgulloso.

—La fotografía es del Maratón de Estocolmo. Annika ha corrido varias veces y ha hecho buenas marcas. Y entrena con cualquier tiempo. Puede correr hasta vomitar. Mi esposa es muy resistente.

—¿Subimos a mirar?

Urban Melin les antecedió y subieron por una escalera hasta un pequeño vestíbulo.

—¿Qué hay ahí? —dijo Margrit señalando una puerta cerrada.

Urban Melin parecía avergonzado.

—Es el despacho de Annika. No le gusta que entre. Por eso está cerrado.

—¿Con llave?

—No sé, no suelo entrar.

Fue a abrir la puerta.

—Podéis pasar.

La habitación no debía de tener más de ocho metros cuadrados y estaba ocupada por una mesa barnizada y varias estanterías llenas hasta arriba. Colocada bajo el escritorio, Thomas vio una silla tapizada con un cuero viejo y desgastado.

A través del cristal de la ventana, emborronado por la lluvia, se veía un abeto que estaba tan cerca que sus tupidas ramas casi rozaban la fachada de la casa.

En las estanterías había varias fotografías enmarcadas. Thomas se fijó en la que se veía a un joven de unos veinte años con el pelo rapado, apoyado en una barandilla. Vestía un uniforme verde y en la cabeza llevaba una boina con un tridente dorado.

Thomas señaló la fotografía.

—¿Quién es?

Urban Melin se acercó. Cogió el marco y lo miró.

—Es Pär, el hermano de Annika.

72

Thomas se acercó a Urban Melin. Tan cerca que estaban cara a cara.

—¿Has dicho Pär? ¿Qué más?

—Pär Andersson, pero está muerto.

—¿El hermano de Annika se llamaba Pär Andersson? —exclamó Margrit detrás de ellos.

—Sí. —Melin dio un paso atrás—. Pero nunca lo conocí.

—¿Y eso?

—Murió hace tiempo, en los setenta. Annika era una niña entonces. Había una gran diferencia de edad.

—¿Sabes qué le pasó?

—Creo que se suicidó, pero ella no quiere hablar de eso.

—¿Por qué?

Urban Melin jugueteó con el anillo de casado.

—Fue un duro golpe para la familia. El padre comenzó a beber, la madre tuvo una depresión. No fue fácil para Annika crecer en ese ambiente. Por lo que sé, sus cambios de humor y su angustia comenzaron tras la muerte de su hermano.

—¿Sabes qué edad tenía cuando ocurrió? —preguntó Thomas—. ¿Fue cuando hacía el servicio militar? —Se esforzó porque su voz sonara tranquila, más de lo que en realidad estaba.

Las piezas comenzaban a encajar.

—¡Thomas! —gritó Margrit antes de que Melin pudiera responder. Estaba inclinada sobre el escritorio, ante una serie de papeles—. Mira.

Thomas se dirigió al escritorio.

—Son cartas marinas de Sandhamn y alrededores —dijo—. Y este círculo —se refería a una señal en el mapa— es Korsö.

—Margrit apartó las cartas marinas a un lado—. Hay más.

En la mesa había notas con direcciones y números de teléfono. Thomas reconoció enseguida los nombres: Fredell, Kaufman, Erneskog.

Robert Cronwall.

Un libro que estaba abierto se titulaba: *Las Fuerzas Especiales de la Marina. Un siglo de actividad*.

¿Era el mismo libro que Marcus Nielsen había utilizado para elegir al grupo que quería estudiar? Sin saber que su elección sería mortal.

Los objetos de la habitación solo servían para una cosa: investigar. Annika Melin había

acumulado pruebas contra los asesinos de su hermano.

¿Por eso la había atacado Robert Cronwall?

Nora había llamado a Thomas cuando estaban de camino a Farsta. Le contó los rumores que le habían llegado. Insinuaciones de que Cronwall había empujado a Pär Andersson al suicidio.

Thomas se preguntó si no era peor.

Tanto Pär Andersson como Marcus Nielsen parecían haberse colgado por su propia voluntad. En los dos casos, las notas de despedida despertaban sospechas. Ninguna de ellas estaba firmada.

Thomas veía una pauta.

¿Se había enfrentado Annika Melin a Cronwall y lo había acusado de ser el culpable de la muerte de su hermano?

Thomas recordó a Robert Cronwall en la sala de estar de su casa en Lidingö. Cómo los había despedido con cuatro frases amables cuando ya no le interesaba la conversación.

Cronwall era un hombre con poder. Un ciudadano distinguido del municipio y con gran prestigio social. Quizá Annika había amenazado con contar la verdad sobre una de las personalidades distinguidas del municipio, presidente del Rotary Club.

¿Había asesinado por eso a todos los que podían atestiguar lo que pasó la noche en que Pär Andersson murió en las duchas?

Como si quisiera verificar su teoría, oyó a Margrit silbar. Estaba con la cabeza agachada sobre un cajón que acababa de abrir.

—Thomas, mira esto.

Le enseñó una serie de libretas encuadernadas en negro y las abrió. Estaban escritas con una caligrafía limpia, arriba a la derecha se podía leer la fecha. En la parte interior de las cubiertas se leía: «Jan-Erik Fredell».

—Las debió de obtener a través de Marcus Nielsen. Es la única explicación.

Thomas se giró hacia Urban, que estaba frente a la ventana.

—¿Sabes si tu esposa recibió la visita de una persona llamada Marcus Nielsen?

La pregunta fue directa. Ahora tenían prisa.

Robert Cronwell y Annika Melin llevaban casi veinticuatro horas desaparecidos. Solo Dios sabía lo que podría haber ocurrido durante todo ese tiempo.

La cara de Urban se iluminó. Su pronunciada frente estaba llena de sudor, pequeñas gotas se acumulaban en los pliegues de la piel.

—Sí, estuvo aquí. El mismo día en que Annika chocó con el coche. Se fue cuando yo llegué del trabajo. Nos encontramos en el jardín.

—¿Sabes qué pasó durante la visita?

—No, pero Annika estaba muy afectada. Se encerró en su despacho y no quiso comer nada. A las diez de la noche bajó las escaleras y cogió las llaves de mi coche sin decirme adónde iba. —Urban Melin parecía a punto de ponerse a llorar—. A media noche llamaron del hospital de Södersjukhuset y dijeron que había sufrido un accidente. —Se giró hacia Margrit—. ¿Qué es lo que pasa?

Margrit se acercó a él.

—Yo también querría saberlo y vamos a hacer todo lo posible por averiguarlo.

DIARIO: JULIO DE 1977

Cuando llegamos a Korsö nos esperaba el sargento en el puerto.

Estaba de pie con las piernas separadas y los brazos en cruz, como si supiese en qué momento íbamos a aparecer, aunque era imposible.

Había canoas estacionadas en la playa. Eso significaba que éramos los últimos en llegar, pero qué más daba. ¿Qué importaba que los demás hubiesen llegado antes? La misión estaba cumplida. Habíamos conseguido sobrevivir cinco días con sus noches sin víveres ni ayuda.

Ahora pertenecíamos a la élite.

El sargento barrió con la vista las canoas y a nosotros. Tenía los labios tensos, se notaba que no estaba satisfecho.

Cuando vio a Andersson, la expresión de su cara cambió. Se quedó como petrificado.

Intenté entender lo que ocurría. ¿Culpaba a Andersson de nuestro retraso? Habíamos efectuado la prueba dentro del tiempo estipulado. Lo único que pasaba era que no éramos los primeros. No le podía echar la culpa a nadie por ello.

¿O sí que podía?

Con los reflejos del sol bailando sobre el agua, remábamos con los torsos desnudos los últimos cincuenta metros hacia él.

Hace tiempo que sé que el sargento le tiene manía a Andersson, pero siempre lo he interpretado como la necesidad de los abusones de descargar su rabia sobre alguien. En todos los grupos hay una jerarquía y una persona que recibe los golpes.

Al acercarnos, vi la rabia en los ojos azules del sargento, cuya misión estaba muy lejos de convertir a inseguros chiquillos de diecinueve años en soldados de élite.

Agarré con fuerza el remo hasta que me dolió la mano, mientras sentía cómo el miedo se apoderaba de mí.

El sargento es un hombre muy peligroso.

73

El teléfono de Thomas sonó. Lo sacó del bolsillo y se apartó para hablar.

—Hemos encontrado el ordenador de Nielsen. Estaba escondido en el desván de Cronwall. Kalle ha empezado a examinarlo.

Thomas se lo esperaba. Cronwall se lo había llevado.

—Una cosa más —dijo Erik—. Hemos controlado la coartada de Cronwall. Hay varios testigos independientes que aseguran haberlo visto con su mujer en Gävle el mismo fin de semana que asesinaron a Fredell.

—¿Y el fin de semana siguiente, cuando Kaufman murió? —Thomas agarró con fuerza el teléfono.

—Entonces la pareja Cronwall estaba reunida con unos buenos amigos, en una casa en la isla de Roslagen. —Erik sonó cansado, casi abatido.

—Entiendo.

No cuadraba.

Soltó el móvil y se lo cambió de mano. La decepción de Erik se notaba a través del teléfono.

¿Dónde estaba la pieza que faltaba?

—Cronwall no puede haber asesinado a Fredell y a Kaufman.

Tiene que haber trabajado con otra persona.

De reojo, Thomas vio que Urban Melin lo miraba con preocupación. Margrit seguía ocupada en repasar los diarios de Fredell.

Thomas tenía otra pregunta para Urban.

—¿Viste alguna nota sobre la autopsia de Andersson? ¿Sabes si se la hicieron?

—Creo que no.

—¿Sabes por qué? ¿Hay alguna explicación?

—¿Crees que hubo alguna necesidad? Dejó una carta de despedida. La causa de la muerte era clara.

—En efecto —dijo Thomas, más bien para sí mismo—. Un entierro rápido y caso archivado. No me extrañaría que hubiera sido un médico castrense quien escribió el certificado de defunción.

Cada vez más, todo apuntaba a que la muerte de Pär Andersson había sido un asesinato encubierto.

Como el de Nielsen.

—Gracias por la información. Hablamos más tarde.

Thomas colgó y se frotó la cabeza, como si así quisiera activar la mente. Había sido un día intenso.

Pidió usar el baño y se mojó la cara para ver si el cansancio desaparecía. Pasarían horas antes de que pudiera ir a casa con Pernilla. Deseaba abrazarla y sentir su suave redondez debajo de la ropa.

Alargó el brazo para alcanzar la toalla y se encontró con su imagen en el espejo. Tenía los ojos inyectados en sangre y la tez gris. Cuando colgó la toalla, sintió un dolor en el pecho.

Mientras tanto no paraba de pensar.

Robert Cronwall era un asesino, pero tenía coartada para los asesinatos de Fredell y Kaufman. Debía contar con un ayudante.

¿Quién podía ser?

¿Quién había cometido los asesinatos si Cronwall no había podido?

Las cartas marítimas de Annika Melin le vinieron a la memoria. De repente, Thomas sintió que las piezas encajaban. Habían tenido razón todo el tiempo, pero aun así estaban equivocados.

La revelación le hizo sentarse en la taza del váter.

No era Robert Cronwall el que había matado a los exsoldados.

74

Thomas volvió con lentitud al despacho de Annika Melin. Tenía que contárselo todo a Margrit sin asustar a Urban Melin, que empezaba a perder el control.

La encontró con uno de los diarios en la mano. Antes de que pudiera decir nada exclamó:

—¡Tienes que leer esto! Fue Cronwall quien asesinó a Andersson. Quería castigarlo sumergiendo su cabeza en un cubo de agua para fregar. De alguna manera se excedió y Andersson murió. —Margrit hizo una pausa para tomar aire—. Esto lo explica todo, incluso lo del jabón. Había jabón en el agua en la que Andersson murió ahogado. —Una expresión de asco se adueñó de la cara de Margrit—. Joder, era tortura pura y dura.

Thomas miró hacia Urban Melin.

—¿Nos puedes disculpar unos minutos? Necesitamos hablar en privado.

Melin los dejó sin decir nada.

Thomas intentó ordenar sus pensamientos. ¿Por dónde empezar?

Birgitta Cronwall les había llevado hacia Marcus Nielsen. Temía que su marido hubiera matado al joven estudiante y Cronwall, en efecto, había silenciado al estudiante de la misma forma que lo hizo en su momento con Pär Andersson.

Simulando un suicidio y con una carta de despedida había engañado a todo el mundo.

Jan-Erik Fredell le había contado la verdad a Marcus Nielsen y le había mostrado sus diarios. Antes de morir, Nielsen se los pasó a la hermana de Pär Andersson.

Habían discutido sobre quién era el posible asesino y la posibilidad de que fueran dos. Habían sospechado de Kihlberg y Martinger. Ahora sabían que se trataba de dos personas completamente distintas.

Robert Cronwall y Annika Melin.

Debió de decidirse a vengar la muerte de su hermano mayor.

—No es Cronwall quien ha secuestrado a Annika Melin, es ella la que lo ha secuestrado a él.

—¿Qué? —Margrit entrecerró los ojos—. Lee esto. —Mostró en el diario el texto que quería que leyese—. Fredell estaba allí y vio lo que pasó la noche que Andersson murió. Lo describe con todo detalle. Hay que ir a por Cronwall. Annika es su próxima víctima.

Thomas cerró los puños. Cada vez disponían de menos tiempo.

—No, nos hemos equivocado. Annika Melin es la asesina. —Intentó no alzar la voz para que Urban Melin no los oyera. Margrit dejó el diario sobre la mesa.

—Annika Melin está en forma y es agresiva. Es capaz de usar la violencia, ya has escuchado lo que nos ha contado su marido. Es ella la que ha asesinado a los exsoldados, no Cronwall. Erik

acaba de llamar y Cronwall tiene coartada para todas las muertes menos la de Nielsen.

Margrit puso los brazos en cruz. Thomas la conocía lo suficiente para ver que ya no creía en la culpabilidad de Cronwall.

—¿Y por qué lo haría? —dijo con voz dudosa.

—Por su hermano. Y su infancia rota. No olvides que perdió el bebé cuando supo la verdad. Algo se rompió en su interior.

—Thomas puso una mano sobre el hombro de Margrit para convencerla—. Annika Melin es una asesina y tenemos que encontrarla antes de que Cronwall muera.

Dejó que sus palabras hicieran efecto en Margrit.

Thomas lo veía todo claro. Hasta ahora habían pensado en términos tradicionales. Un sospechoso que secuestraba a una mujer inocente.

Pero Annika Melin no era ni tradicional ni inocente. Era una fiera enfadada que exigía venganza. Por varios motivos.

Se enfrentaban a dos asesinos y uno había secuestrado al otro.

Robert Cronwall había pasado de ser el cazador a la presa.

—¿Cómo ha podido llevárselo? ¿Puede con él? —Margrit ya no sonaba tan escéptica. Las dudas empezaban a desvanecerse.

—Con un arma y tranquilizantes. Es fuerte y, al ser farmacéutica, tiene acceso a distintas drogas.

—¿Y Marcus Nielsen?

—Creo que fue Cronwall, que quiso impedir que la verdad saliera a la luz. No sabía que Marcus ya se la había revelado a Annika Melin.

Margrit se sentó en la silla del escritorio.

—Creo que tienes razón, pero no entiendo por qué se llevó a Cronwall en vez de matarlo en su casa. —Chasqueó los dedos detrás de la cabeza. Aquel gesto tan sencillo expresaba su frustración—. ¿Qué hacemos ahora? Tenemos que encontrarlos lo antes posible. Si no lo ha matado ya…

La mirada de Thomas se posó en las cartas marítimas.

La respuesta estaba delante de sus narices.

—Creo que sé dónde está —dijo Thomas—. Piensa vengar la muerte de su hermano en el mismo sitio donde murió. Se lo ha llevado a Korsö.

—¿Cómo lo ha hecho? No hay ningún barco que vaya a Korsö.

—Con nuestro barco —susurró Urban Melin. Había vuelto a la sala sin que se hubieran percatado de ello. Ahora se hallaba en la entrada y tenía las facciones del rostro llenas de angustia y preocupación—. Tenemos un Bayliner 265 —dijo—. Lo suele llevar Annika, tiene mucha experiencia.

—Mira a ver si faltan las llaves.

—Voy.

Melin abandonó la habitación. Luego se oyó el sonido de un cajón que se abría.

—No están. —La voz le temblaba.

Thomas cruzó el pasillo.

—¿Dónde está amarrado vuestro barco?

—En la Marina de Bullandö.

Al lado de Djurö, donde estaba amarrado el barco de la Policía. Desde allí se tardaba como máximo treinta minutos en llegar a Korsö.

—Está ahí fuera. Estoy seguro —dijo Thomas—. Tenemos que ir enseguida. Hay que pedir la ayuda de un helicóptero.

75

La lluvia tamborileaba sobre el techo del coche cuando entraron en él. Grandes gotas de agua se estrellaban contra el cristal y se desmenuzaban con el limpiaparabrisas.

Margrit conducía y Thomas miraba en la agenda del móvil a ver si encontraba el número de Martin Larsson, el psicólogo de perfiles criminales, de la Central de la Lucha contra el Crimen, que les había ayudado el invierno pasado.

Entonces habían intentado comprender cómo pensaba un amargado asesino que había secuestrado a una niña en Sandhamn.

Ahora se trataba de Annika Melin.

Encontró el nombre y llamó. Una señal, dos, y luego una voz familiar.

—Martin Larsson.

—Thomas Andersson. Necesito preguntarte una cosa. No tengo mucho tiempo.

Thomas era consciente de que su tono de su voz rozaba la descortesía, pero en ese momento no tenía tiempo de dar explicaciones. Ahora se trataba de entender a Annika Melin para encontrarlos a ella y a Cronwall.

Larsson comprendió la seriedad.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Tenemos un caso con un asesino que ya ha matado a tres personas y secuestrado a una cuarta.

—Entiendo. Cuenta.

—Intento comprender su modo de acción y qué es lo que nos podemos encontrar.

—¿Me puedes describir a la persona?

—Su esposo dice que es agresiva y que tiene cambios de humor muy frecuentes. Ha amenazado con suicidarse y ha sido violenta con él hasta el punto de cortarle con un cuchillo. Una forma inversa de maltrato en el hogar, se podría decir.

—O sea que es una mujer.

—¿Tiene importancia?

—No, solo que la actitud violenta es más normal en los hombres, pero también se da en las mujeres. ¿Es inestable o padece angustia?

¿Qué más había contado Melin de su esposa? Thomas intentó recordar sus palabras.

—El marido tiene miedo de que se dañe a sí misma. Suele echar las culpas a los demás y piensa que el mundo está en contra de ella.

—Se puede tratar de un caso de trastorno límite de la personalidad. Es el diagnóstico de las

personas que están en la frontera entre lo psicótico y lo neurótico. Suelen tener ataques de furia e impulsos destructivos. —El psicólogo carraspeó—. Debes saber que te estoy haciendo un análisis muy generalizado. No puedo dar un diagnóstico de un caso particular sin haberme entrevistado con el paciente.

—Lo sé —contestó Thomas—, pero ayúdame a entender a quién nos enfrentamos. ¿Cómo se manifiesta este trastorno de personalidad?

—Suelen dañarse a sí mismos, pero también pueden canalizar su agresión hacia fuera. Se podría decir que se «cierran» en torno a alguien.

—¿Me puedes dar algún ejemplo?

—Los hombres que persiguen a sus exmujeres suelen tener el diagnóstico de trastorno límite de la personalidad. Su misión es castigar a la persona que los abandonó. A la vez pueden actuar de forma normal, lo que hace que las denuncias sean poco creíbles. El entorno no capta lo mal que están estas personas.

Era peor de lo que Thomas se había imaginado.

—A veces se dan pensamientos paranoicos normalmente asociados con el estrés.

—Manía persecutoria.

—Sí, se podría decir. En casos graves, cuando se produce un trauma, pueden acercarse a la frontera entre lo psicótico y la agresión y la violencia.

—¿Un trauma como la pérdida de un bebé de forma dramática?

—Sí.

Thomas cerró los ojos. Martin Larsson acababa de describir una pesadilla policial.

Los limpiaparabrisas repicaban contra la ventana del coche. Se había alzado un fuerte viento y vio cómo, a lo largo de la carretera, las copas de los árboles se inclinaban hacia ambos lados y las hojas salían volando. Tenía que hacer la pregunta a pesar de que sabía la respuesta.

—¿Es peligrosa para las personas sobre las cuales no está «cerrada»?

—Si interpreta que está siendo perseguida o bajo un ataque… —Larsson calló—. ¿Dijiste que era violenta?

—¿La respuesta es sí?

—Sin ninguna duda.

76

Eran casi las seis de la tarde, pero unas nubes oscuras hacían que pareciese como si fuera ya el crepúsculo. Bajo la luz de los faros se veía la lluvia que caía a cántaros.

Thomas intentó calcular cuánto tardarían en llegar a Korsö. El helicóptero los podía llevar a la isla en veinticinco minutos. No había tiempo para esperar refuerzos. Tenían que actuar cuanto antes.

Lo presentía.

Sonó el teléfono. Margrit estaba a punto de girar hacia la plataforma de aterrizaje de Slussen.

Era el Viejo. No gastó saliva.

—Tenemos problemas. El viento ha aumentado de potencia y el Centro Meteorológico ha previsto tormenta en el norte del Báltico. El helicóptero no puede volar con este tiempo.

Thomas apoyó la cabeza contra la ventanilla e intentó pensar.

—¿Y nuestros barcos?

—Ya lo he mirado. Los noventa barcos están en la zona norte del archipiélago.

Thomas pensó con rapidez. La Policía Marítima tenía tres Stridsbåt 90, tres zódiacs y dos pequeños barcos skerfe. Con estas embarcaciones tenían que cubrir todo el archipiélago de Estocolmo. Las zódiacs no podrían con las olas.

—¿No hay ningún skerfe amarrado?

—No. Hay uno en Berga y el otro está en Djurö, pero ahí la tripulación ha sobrepasado las horas extra estipuladas y se han ido todos. Hay que llamar a una nueva tripulación.

—Pasarán horas.

—Lo sé. No tenemos ninguna alternativa.

—Sí que la tenemos —dijo Thomas mientras buscaba con la mano en el bolsillo.

La llave universal de los barcos policiales seguía en su llavero. Nadie se la había reclamado cuando dejó la Policía Marítima.

—Conduciré yo.

El Viejo tardó en contestar. Lo único que se oía en el interior del coche era la lluvia que golpeaba el parabrisas.

—¿Crees que es juicioso?

—Fui policía marítimo durante ocho años. Sabes que puedo manejar un barco aunque tengamos un poco de mar rizada.

—El pronóstico habla de tormenta. Ya sopla fuerte. Hay una entrando por la costa este. —El Viejo sonaba nervioso. La situación se les había ido de las manos. Pero se notaba otra cosa

también.

Una gran preocupación.

Thomas se dio cuenta de que Margrit lo miraba. Cerró uno de sus puños. Tranquilízate, no tengo que perder los papeles. Es la única forma de llegar ahí, pensó.

—¿No crees que soy capaz de hacerlo? Después de… —Thomas dudó—. De lo que pasó el invierno pasado.

—Sé que eres un experto marinero, Thomas. Sin embargo, ni siquiera tú sabes si están en Korsö. No quiero que arriesgues la vida por una corazonada.

—Se lo ha llevado a la isla. Estoy seguro.

Margrit dio un volantazo para evitar un enorme charco en la carretera. A través de la lluvia Thomas vio al conductor del carril contiguo. Ahogó un grito cuando su vehículo, por un segundo, se acercó demasiado. Luego Margrit enderezó el coche y el hombre desapareció de su vista.

—Puedo estar en Djurö en una hora.

El Viejo no dijo nada.

—Tendrás que confiar en mí.

La resistencia estaba rota.

—Espero que sepas en lo que te estás metiendo.

—Lo sé.

Margrit se giró hacia él cuando apagó el móvil.

—Yo voy contigo.

—Se va a mover mucho.

—Voy contigo.

77

La mar estaba espumeante cuando cruzaron el puente de Djuröbron. Tenía un color gris oscuro que se fundía con el cielo.

Thomas bajó del coche en cuanto se paró delante de la verja cerrada del recinto portuario. Corrió encogido bajo la lluvia y tecleó las cuatro cifras del código de apertura de la cerradura. Abrió y bajó la pequeña cuesta y Margrit lo siguió en el coche.

Mientras ella aparcaba delante del gran edificio donde también estaban los guardacostas, Thomas corrió hacia el pantalán exterior. En el amarre estaba el barco azul de la Policía.

Unas cuantas farolas solitarias iluminaban el asfalto húmedo. El suelo estaba resbaladizo por las hojas caídas. Margrit patinó con sus deportivas, pero se mantuvo en pie.

Al cabo de unos minutos, tanto Margrit como Thomas estaban empapados. Ninguno de los dos llevaba ropa adecuada para ese tiempo. Thomas tenía la esperanza de encontrar algún chubasquero en el barco.

Cuando llegaron al pantalán vio que el barco tenía las cuerdas muy tensas. El viento había aumentado desde que habló con el Viejo.

Bajaron al barco y Thomas sacó su llavero del bolsillo.

La llave funcionaba.

Encendió los motores, las luces, el radar y el GPS. La lluvia interfería en el radar, ya que provocaba un eco que afectaba a la imagen. Sin embargo, estaba agradecido por toda la ayuda que fuera capaz de reunir a pesar de que conocía las aguas que iban a atravesar como la palma de su mano.

Con movimientos rápidos quitó el amarre de popa y le gritó a Margrit que liberara el de proa cuando se lo dijera. Automáticamente miró detrás de él antes de maniobrar. Estaban solos.

El estrecho de Kanholmsfjärden los esperaba a la salida de Djurö.

El ancho y profundo estrecho era conocido entre la gente del mar. Cuando hacía mal tiempo no había nada que protegiera de los golpes de viento. El mar en seguida se encrespaba y las olas cortas que golpeaban el casco hacían difícil el paso incluso a un experto marinero.

Con tempestad era peor.

Pero no quedaba otra alternativa si querían llegar rápido a Korsö. Si superaban Kanan, como se llamaba popularmente, llegarían a pesar de la tormenta.

Soplaba viento del nordeste. Era lo peor, ya que el agua venía de babor. Pero tenían que hacerlo.

Thomas miró a través de la ventanilla. La visibilidad era casi nula debido a la lluvia y,

aunque no ayudaba mucho, encendió el foco superior, pero en lugar de mejorar la situación, la empeoró.

Margrit estaba a su lado e intentaba ver algo a través del diluvio.

—Baja al pique a buscar unos salvavidas —dijo Thomas—. Mira a ver si encuentras unas chaquetas impermeables. Tiene que haber alguna.

Pasados unos minutos volvió con dos chalecos y dos chaquetas. Thomas soltó una mano del timón para ponerse el chaleco.

—Átatelo bien —aconsejó a Margrit—. No te olvides de ponerte la cinta de seguridad entre las piernas.

Margrit obedeció en silencio.

Hacia estribor se veía la luz roja del mástil de radio de Stavsnäs que se dibujaba sobre el cielo. Aparte de esta nota de color, la península era una masa oscura.

Thomas no apartaba la vista del velocímetro. Iban a la máxima velocidad a la que se atrevía sin ser imprudente. Maldijo su incapacidad de distinguir una cosa de la otra.

¿Por qué no había controlado las respuestas de Cronwall?

Tenía que haber deducido el papel que jugaba Robert Cronwall en el asunto.

El sentimiento de haber sido un crédulo lo invadió. Si hubiera sido más crítico con la actitud de Cronwall al minimizar su encuentro con Marcus, el caso quizá ya estaría resuelto.

La única explicación era que no había estado lo suficientemente atento. El hecho de que acabara de volver de una larga baja por enfermedad no era un consuelo, ni siquiera una excusa.

El velocímetro mostraba que iban a casi veinte nudos de velocidad. Thomas condujo el barco a resguardo detrás de unas islas que rodeaban el faro de Långholmen. En cuanto salieran a mar abierto tendría que disminuir la velocidad, lo contrario era actuar en contra de la lógica marinera, por no decir muy peligroso.

Miró el reloj. La travesía estaba durando demasiado. Tardarían unos doce minutos en cubrir la distancia. ¿Llegarían a tiempo?

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Thomas a Margrit.

—No muy bien —contestó Margrit con dificultad.

En la penumbra vio que tenía la tez de un color verde pálido.

—¿Sientes náuseas?

—Sí. Creo que voy a vomitar.

—Intenta vomitar fuera, si no tanto tú como yo nos sentiremos mal por culpa del olor.

Margrit abrió la puerta y apenas tuvo tiempo de girar la cara para que el vómito cayera sobre la cubierta.

En ese momento salieron a mar abierto.

Habían abandonado la protección que les daba el islote de Gökskäret y el viento enseguida tomó fuerza y arrancó la puerta de las manos de Margrit. Se tambaleó hacia atrás y una ola inundó la cabina.

—¡Cierra la puerta! —gritó Thomas—. ¡Tienes que cerrar la puerta!

—¡Lo estoy intentando!

Thomas giró la cabeza, pero no se atrevía a soltar el timón para ayudarla. Si lo hacía, podía

pasar cualquier cosa. Necesitaba toda su concentración para vadear las enormes olas que golpeaban la proa.

El agua corría por el rostro de Margrit y parecía que no veía bien. Se agarró con fuerza al quicio de la puerta con una mano mientras con la otra intentaba cerrarla. El agua fría la golpeaba, la obligó a soltar el quicio y perdió el equilibrio. Chocó contra la mesa atornillada de la cabina. Cuando el barco se balanceó hacia un lado el cuerpo de Margrit golpeó la pared con un sonido seco.

—¡Margrit! —gritó Thomas, a la vez que intentaba agarrarla con una de sus manos—. ¿Estás bien?

Aturdida, le agarró la mano y se levantó. La puerta seguía abierta y el viento hacía tanto ruido que era casi imposible oírse en la cabina.

Thomas colocó a Margrit delante de los mandos.

—Coge el timón. Hagas lo que hagas, no lo sueltes. Tienes que mantener el rumbo. ¿Entiendes?

Se agachó hacia delante y disminuyó la velocidad del barco a quince nudos. Era consciente de que tendría que bajar aún más la velocidad, pero el hecho de que Annika Melin estuviese allá fuera lo llevaba a correr ese riesgo.

—¡No hagas nada más! —gritó para que se le oyera por encima del ruido del viento—. ¡Concéntrate en mantener el rumbo!

Margrit agarró con fuerza el timón mientras que Thomas, semiagachado, se acercaba a la puerta.

En el momento en que el barco tomaba la cresta de una ola, la puerta se movió hacia él y Thomas pudo agarrar la manilla y cerrarla de golpe. Como por encanto, el sonido del viento desapareció. Una calma irreal se adueñó de la cabina.

Thomas se inclinó para recuperar el aliento. El agua le goteaba por la frente mientras se secaba la cara con el dorso de la mano. Toda la cabina estaba mojada.

Margrit gritó y Thomas alzó la vista.

Una ola enorme se acercaba hacia ellos. Venía en diagonal, en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Dadas las circunstancias, no podía ser peor. Si golpeaba la proa del barco, estaban perdidos. Daba la sensación de que la compacta pared de agua se encontraba a muy pocos metros de ellos.

Margrit parecía de piedra, y sus ojos, de cristal.

Thomas se lanzó hacia delante y la empujó. Agarró el timón con fuerza y buscó el control de velocidad. Tenían que virar hacia la ola y coronarla, de lo contrario, si les golpeaba de lado, la fuerza podría volcarlos.

Los motores rugieron cuando intentó obligar al barco a cambiar de rumbo y enfrentarse a la ola primero con la proa.

De repente, el barco dio una sacudida.

Se encontraban en medio de la ola y era como si el casco de la embarcación estuviera en el aire.

Estaban a punto de volcar.

DIARIO: AGOSTO DE 1977

Mañana temprano comenzaremos la última maniobra.

Dos semanas con ataques, desembarcos violentos, combates directos y munición real.

Vamos a meternos en las barcazas de transporte. Estaremos tan compactos que no nos caeremos cuando la barca vare sobre la playa y desembarquemos todos como un solo cuerpo. Allí usaremos todos los conocimientos adquiridos durante estos once meses al servicio de la Marina.

Después se habrá acabado. Después dejaremos Korsö.

Dentro de dos semanas abandonaremos esta vida artificial y podremos volver a nuestras vidas normales. Una realidad en la cual no torturaremos nuestros músculos hasta que se quejen de cansancio, donde uno no olerá a mierda y sudor, ni estará en constante tensión por el miedo a equivocarse.

Pronto nos habremos liberado del sargento.

Es como si entendiera que se le acaba su poder sobre nosotros. Bebe casi todas las noches. Sus ojos suelen estar inyectados en sangre cada mañana y se comporta peor que antes. Quiere mantener el control, pero lo está perdiendo lentamente y sin pausa.

Pronto Andersson podrá mandar a su padre a la mierda.

Se jodió. Justo cuando estábamos a punto de volver a Korsö. Era tarde por la noche y estábamos en formación. El alto mando finlandés iba a inspeccionar las tropas antes de acabar las maniobras.

Todo había ido bien. Habíamos conquistado nuestros objetivos y asegurado las zonas que se nos habían asignado. Habíamos concluido nuestra misión con honor.

Miré a mi grupo y me sentí orgulloso de formar parte de él. Éramos compañeros para toda la vida y éramos capaces de morir el uno por el otro.

Kihlberg estaba de pie esperando la inspección. Vio que lo observaba y me guiñó el ojo. Lo hemos conseguido, decía el guiño. Joder, lo hemos conseguido.

Correspondí con un asentimiento satisfecho.

Después miré a Andersson. No parecía estar bien. El estómago le había molestado durante toda la semana. Tenía un aspecto cansado y agotado. Vi su cara pálida, se tambaleaba ligeramente mientras esperaba en formación.

La delegación finlandesa se acercaba. Mandos suecos los acompañaban. El jefe de la escuela de las Fuerzas Especiales de la Marina acompañaba al alto mando finlandés; el

sargento iba el último de los mandos suecos.

Cuando pasaron delante de Andersson, ocurrió. Su cuerpo se doblegó como si pasara una ola en su interior, se escuchó un sonido seco y luego brotó una cascada de vómito.

Cayó delante de las botas del almirante finlandés.

El almirante dio un paso atrás, pero aun así el vómito le manchó las botas y los pantalones. Una masa maloliente goteaba por la tela de los pantalones y el cuero de las botas.

Durante un segundo angustioso, el almirante no se movió. Después continuó sin decir nada. El resto de la delegación pasó por delante de él como una exhalación.

Kaufman y Erneskog agarraron a Andersson en el momento en que caía. El miedo corría por nuestras venas.

El sargento se paró delante de Andersson. Tragué saliva, asustado, cuando vi su cara.

—Morirás esta noche —dijo con voz ronca—. Espera, ya verás. Morirás esta noche.

78

Margrit estaba pálida. —No hemos volcado —susurró.

Un líquido salado le goteaba por la frente y le recorría la espalda. Thomas se dio cuenta de que estaba empapado de sudor y agua salada por partes iguales.

—Pensé que nos arrastraría.

—Yo también —respondió Thomas.

La ola se había roto en el último momento. Sin saber exactamente cómo, la habían conseguido superar en vez de ser engullidos por ella.

Se habían salvado por muy poco.

Thomas aumentó la velocidad. Estaban protegidos del viento por el islote de Hasselkobben y tenían a Korsö delante de ellos. La entrada a Sandhamn estaba cerca y Thomas aumentó la velocidad todo lo que fue capaz. Sin tener en cuenta los límites permitidos, que solían estar en cinco nudos, atravesó el estrecho.

Lucían pocas casas en la costa. El enorme hotel estaba iluminado como siempre. Por algún motivo, ver este paisaje familiar lo tranquilizaba. El mundo, que hacía unos minutos solo estaba compuesto de agua fría y oscura, había vuelto a la normalidad.

Pasaron la gasolinera y luego vio Krokö a babor. Un pequeño faro con su luz verdosa lucía solitario en la entrada este de Sandhamn, y tan pronto lo hubieron pasado, Thomas viró el barco para dirigirlo hacia el estrecho de Korsö.

Ahora se divisaban las débiles luces del muelle. La lluvia hacía difícil la visibilidad y a Thomas le dolían los ojos del esfuerzo de intentar diferenciar la costa del mar.

Cuando faltaban quince metros para llegar al muelle redujo la velocidad drásticamente, y antes de que las olas los alcanzaran, puso rumbo a la parte interior del muelle para estar al abrigo del viento.

Allá había otro barco amarrado. Era un Bayliner, la misma marca del barco de la familia Melin.

Annika Melin estaba en la isla.

Eran casi las siete de la tarde y estaba anocheciendo. Al pie del muelle Thomas se paró.

—¡Mira, Margrit!

En la débil luz se veían unas marcas en la arena mojada. Huellas.

—Deben de ser Cronwall y Melin.

Thomas se acercó para verlas mejor. Eran las huellas de dos personas. Una parecía caminar delante de la otra.

El viento soplaba fuerte. Thomas tenía que gritar para que Margrit pudiera oírlo. Miró a su alrededor e intentó hacerse una idea de la situación. El pinar formaba un muro oscuro detrás de la enorme playa, imposible de atravesar con la mirada. La lluvia que caía tampoco ayudaba. A pesar de que había visitado la isla muchas veces, sentía como si la tormenta la transformara en un lugar desconocido.

Annika Melin podía estar en cualquier sitio.

—¡Sigamos! —gritó Thomas—, ¡pero con prudencia!

Después de unos metros llegaron a la pequeña plaza abierta en el viejo poblado militar. Thomas se paró ante un ancla de hierro que estaba sujeta al suelo. Todo parecía cerrado, solo veían ventanas oscuras y puertas cerradas.

El canalón de la casa más cercana hacía un ruido metálico y sobre ellos crujía un enorme arce.

—Sígueme —dijo Thomas, y empezó a caminar por un camino estrecho que giraba hacia la izquierda.

Daba a la casa que solía usar la Policía Marítima como refugio. Thomas había dormido allí en varias ocasiones.

De pronto tuvo una corazonada.

Con gestos, indicó a Margrit que se acercara y le gritó al oído.

—¡Creo que sé dónde están! ¡En la sauna al lado de la playa! El agua de la lluvia chorreaba por la cara de Margrit.

—Ven conmigo —continuó Thomas—. Tenemos que ir a la playa.

Sin perder más tiempo volvieron por el mismo camino. Al cabo de unos minutos llegaron. Margrit le tocó el hombro y señaló con el dedo.

—Parece que hay luz allí.

A través de la lluvia se veía una luz débil en una ventana del edificio. A lo lejos, se oía rugir el mar, fuerte y furioso. Las copas de los árboles se quejaban.

Thomas controló que el arma reglamentaria estuviera en su sitio.

—¡Ven!

Medio agachados se acercaron al edificio. Margrit lo siguió mientras sacaba su arma.

Se pararon delante de la construcción. No se percibía ningún movimiento. Solo la luz que se veía a través de las grietas delataba la presencia de alguien.

Margrit soltó el seguro de su pistola y Thomas abrió la puerta.

Un aire húmedo los recibió y Thomas dio unos pasos hacia atrás. Sacó una linterna e iluminó la estancia. Bancos fijos delimitaban el espacio, sobre ellos había unos ganchos para colgar la ropa, el suelo estaba entablado.

El local estaba en silencio.

—¿Ves algo? —susurró Margrit.

—No.

Thomas le indicó a Margrit que se callara. Siguió hacia una puerta que daba a las duchas. De allí venía la luz.

Una vez más comprobó con cuidado la manecilla de una puerta.

—A la de tres —dijo en silencio moviendo la boca en dirección a Margrit, que se preparó para entrar.

Abrió la puerta.

La luz salía del techo, pero como había algunas lámparas rotas, era muy débil.

Un cuerpo yacía en el suelo. Un hombre desnudo de cincuenta años.

79

El teléfono sonó justo cuando Nora abría la puerta.

Simon estaba en clase de tenis, en una hora tenía que ir a buscarlo.

—¡Adam! —gritó—. ¿Estás en casa? ¡Contesta al teléfono!

Mientras sacaba la llave de la cerradura se acordó de que Adam tampoco estaba. Iba a comer a casa de la familia de Willie. Estaba sola.

Por fin logró abrir la puerta y corrió a responder al teléfono que estaba en la sala de estar.

—¿Sí? —contestó, jadeante.

—¿Eres Nora?

La línea crepitaba como si la persona que hablaba al otro lado estuviera lejos, muy lejos.

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Jonas. Jonas Sköld.

Sonaba extraño que dijera su apellido. Hacía unos días habían intimado tanto como dos personas podían llegar a intimar, y ahora se presentaba como si fueran solo conocidos.

—Hola, Jonas.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

Nora pensó que su voz sonaba artificial, seca y formal. ¿Por qué no se podía comportar de una forma natural? Hablar con voz normal como si no hubiera estado esperando la llamada desde hacía tres días.

Quería sonar como si hubiera tenido un montón de cosas en las que pensar.

«Hola, Jonas —tenía que haber dicho con voz alegre—. ¿Eres tú? Qué alegría que llames, pero ahora mismo estoy un poco ocupada. ¿Te puedo llamar en otro momento?»

El sonido del reloj de la cocina la devolvió a la realidad.

Había pasado medio minuto. ¿Qué podía decir?

Jonas se adelantó.

—Te debes de preguntar por qué no he llamado antes.

¿Debía decirle la verdad? ¿Que no había dejado de pensar en él desde que se separaron?

Había encontrado mil motivos y había discutido con ella misma mil veces por preocuparse tanto. No entendía por qué el breve tiempo que habían pasado juntos importaba tanto. No se conocían, solo habían comido juntos un par de veces y paseado por Sandhamn.

Y habían compartido unas maravillosas horas nocturnas.

Había tantos motivos por los cuales no tendrían que volver a verse. Casi había logrado convencerse de ello. Jonas era demasiado joven para ella. Era su inquilino. Ella seguía herida por el divorcio y era demasiado temprano para iniciar una nueva relación.

Pero pensaba en él todo el tiempo. No lo podía evitar.

—Sí —se escuchó contestar con sequedad.

—Si te digo que me dejé el móvil en Estocolmo. ¿Me creerás?

—¿Por qué no iba a creerte?

Ahora sonaba bastante desagradable. ¿Qué estaba haciendo?

Sin embargo, se sentía herida. ¿No había otros teléfonos en Tailandia a parte de su móvil? Si de verdad estaba interesado…

—¿Sabes lo difícil que ha sido conseguir tu teléfono desde Bangkok? No se puede llamar al servicio de información telefónica si estás en el extranjero.

—¿Por qué no llamaste al banco?

¡Dios! ¿Por qué decía esto? Él intentaba ser amable y ella lo único que hacía era ponérselo más difícil. Estaba tarada, era la única explicación.

—No lo pensé .

—De acuerdo.

—Créeme, Nora. He intentado localizarte. Al final, se me ocurrió pedirle a mi hermana mayor que llamara a información por mí.

—¿Tuviste que llamar a tu hermana? —Nora sonrió en la oscuridad.

Él había intentado localizarla mientras ella se había imaginado un montón de tonterías. Se preguntó qué explicación le habría dado a su hermana y su sonrisa se agrandó.

Jonas bajó la voz. El tono se volvió más suave, más íntimo.

—Quería darte las gracias por la última vez.

Ella se lo imaginó en el dormitorio en Sandhamn. Sus sombras perfiladas por la luz de la luna, su mejilla contra la almohada mientras dormía.

Recordó cómo había yacido acurrucada contra su espalda. La sensación que sintió cuando él recorría con sus dedos su piel caliente.

De pronto, todo era más sencillo y natural.

—Fue una noche tan bonita la de Sandhamn. Me gustaría volver a verte… Si quieres, claro. Vuelvo a Estocolmo el viernes. ¿Tienes planes para ese día?

—Yo también quiero volver a verte —contestó Nora. Dudó, pero al final se decidió—. Pero con una condición: me tienes que decir tu edad.

Jonas rio.

—¿De verdad quieres saberla?

80

Thomas no tardó mucho en reconocer el cuerpo. Habían llegado demasiado tarde.

Margrit guardó la pistola y se arrodilló junto a Robert Cronwall, que yacía muerto sobre el suelo frío. La piel estaba pálida y la cara girada a un lado. Las manos, ligadas con unas esposas gruesas. Las heridas en la muñeca indicaban que había intentado liberarse de ellas. Los pies los tenía atados con una cuerda de tender y alrededor de la boca se había formado una fina película de espuma blanca que en parte se había solidificado.

—¡Dios mío! —exclamó Margrit.

Thomas no se encontraba bien.

—¿Está vivo?

—Está frío. —Margrit le tomó el pulso con los dedos en el cuello—. No, no tiene pulso. Ha muerto.

Le palpó las extremidades.

—No hace mucho. Estaría más tieso.

Había una botella blanca al lado de uno de los sumideros. Thomas se acercó para ver de qué se trataba. La etiqueta no le sorprendió: jabón suave. Giró la botella. Vacía.

—Le huele la boca. ¿Crees que lo obligó a bebérselo hasta la asfixia?

—Seguramente. Coincide con su forma de actuar —contestó Thomas.

—Joder, ahogarse en jabón. Qué forma de matar a alguien.

—Está enferma.

Thomas iluminó el cuerpo de Cronwall con la linterna y lo examinó. En la mano derecha tenía varias marcas de aguja. Un pequeño círculo azul rodeaba una marca sobre el codo.

Annika Melin lo había drogado, tal como había supuesto. De alguna forma lo había amenazado, quizá con una pistola, y le había inyectado una droga para impedir que ofreciera resistencia.

Sin embargo, se necesitaba un gran esfuerzo para llevarse a Cronwall al lugar donde su hermano murió hacía treinta años.

Una voluntad de acero… o una mente perturbada.

Margrit sacó la radio del bolsillo.

—Voy a comunicar que hemos encontrado a Cronwall. Necesitamos refuerzos para buscarla.

De repente, las luces se apagaron. Las luces del techo parpadearon y se hizo la oscuridad en las duchas.

Thomas se levantó con un movimiento rápido. Fue hacia atrás y se colocó contra la pared

mientras mantenía la luz de la linterna ante sí. Con la otra mano empuñó su arma.

—Está aquí —susurró Margrit.

Tenso, Thomas intentaba oír algún sonido sospechoso, algo que revelara la presencia de Annika Melin.

Un ruido débil se oyó a lo lejos. Luego un golpe como si se cerrara una puerta en la parte trasera del edificio.

—Quédate aquí e intenta comunicarte con los demás. Voy a por ella. De todas formas, estate preparada . Es peligrosa, no lo olvides —siseó Thomas.

Antes de que Margrit pudiera protestar, había abierto la puerta y había abandonado el edificio.

81

El viento rodeó a Thomas. Le golpeaba la cara. La tormenta retronaba en las copas de los árboles y casi no se podía mantener de pie. Las pocas farolas encendidas parecían espantapájaros abandonados formados en una hilera.

Siguió el camino y corrió a través de barracones abandonados. Había comenzado a relampaguear y los tejados negros brillaban bajo la luz de los rayos, tan rápido que apenas lo podía registrar. Cuando la mente se percataba de la luz, esta ya había desaparecido.

Había miles de sitios donde esconderse en la vieja base militar. ¿Cómo podría encontrar a Annika Melin?

Thomas se movió hacia la vieja cantina en la que los soldados compraban tabaco cuando la isla estaba habitada por cientos de reclutas. Siguió cuesta arriba en dirección a la torre. Pasó por delante de un viejo palo de san Juan que parecía un esqueleto marchito y por una casa blanca que recordaba a un granero.

Ahora estaba arriba, al lado de la torre de Korsö. La fachada brillaba porque estaba mojada. Allí acababa el camino, pero no se veía a nadie. Nadie que corriera tan desesperado como él.

Empezaban a dolerle las piernas, que se resentían por el esfuerzo. Se detuvo e intentó recobrar el aliento. Sintió un dolor intenso en los dedos amputados del pie. ¿Abortaba la persecución?

Entonces, el viento rompió la rama de un árbol, que pasó sobre él y le rozó la nuca. En el último momento la esquivó y la rama rodó por la cuesta. Unas ramitas le golpearon en la cara y notó el gusto de la sangre en la boca.

Pensó en abandonar, volver con Margrit y esperar a los refuerzos. No hacía mucho que había estado a punto de morir, no podía exponerse otra vez. Sin embargo, cuando se giró para volver, vio un sendero en el bosque que conducía a un terreno abierto, pasó al lado de un montón de piedras y llegó a una peña.

Relampagueó de nuevo. El cielo se iluminó. Y delante de él, en otra peña, vio una sombra que se movía entre los pinos.

Era Annika Melin.

Resbalaba sobre el musgo, se tambaleaba, pero seguía subiendo por la resbaladiza pendiente. La distancia entre los dos no era mucha.

Thomas dejó de pensar y fue tras ella.

Escaló sobre los restos de defensas de cemento derruidas. Los bloques de piedra se movían bajo sus pies. Dio un paso en falso con el pie herido y las piedras cedieron. Cayó por la

pendiente y se dio un fuerte golpe contra la pared del montículo. La cara se le manchó de barro y tierra. Sentía cómo le escocía una de las mejillas. Se sintió mareado cuando se levantó y tuvo que parpadear unas cuantas veces antes de poder ver algo. Al intentar escalar al punto del que habían caído más ramas, estas le golpearon en la cara.

Otro relámpago y pudo distinguir la silueta de Annika Melin un poco más lejos. Se dirigía hacia uno de los búnkeres situados en una peña que sobresalía sobre una pendiente empinada.

Cojeando, Thomas retomó la persecución. Le dolía el cuerpo y le fallaba el equilibrio. Como siempre que estaba cansado caminaba como antes de la amputación.

—Tienes que volver —murmuraba para sí—. Es una locura estar aquí solo. No lo vas a conseguir.

Pensaba en su nueva familia. En la pequeña vida que dormía protegida en el interior del cuerpo de Pernilla. Ellos tenían que ir en primer lugar, pasara lo que pasara.

La volvió a ver de nuevo. Tan solo a cincuenta metros de distancia. Estaba parada delante del búnker ante el mar rugiente.

Las olas golpeaban contra las rocas y ascendían en cascadas espumeantes. Cada vez que bajaban, volvían a golpear. Por la montaña caía el agua en cascada.

Un nuevo relámpago iluminó la escena y Thomas vio que Annika Melin estaba llorando. Su cara era una mueca y el viento le revolvía el pelo mojado, que se agitaba como las alas de un pajarillo que aprendiera a volar.

Se la veía con claridad bajo el relámpago, pero entre ellos había un barranco profundo que era imposible de atravesar. Para llegar a ella tenía que rodearlo.

Thomas giró y empezó a saltar entre las grietas para llegar hasta ella. Vio que Annika Melin daba unos pasos hacia delante; ahora estaba en la punta de la peña. El fuerte viento la hizo tambalearse, pero no se movió.

Parecía que ya no lloraba tanto. Las facciones se veían más relajadas y no tenía la boca tan crispada como antes.

Thomas intentaba avanzar lo más rápido posible. Se acercaba e intentaba gritarle que lo esperara.

«No tienes que morir, no hace falta, basta», quería gritar. Pero le faltaba el aliento, no tenía fuerzas suficientes. Las palabras no le salían. Se ahogaban en el ruido de las olas que se arrojaban con furia contra las rocas.

Thomas intentó obligarse a correr más deprisa. Unos pasos más y estaría a su altura. Todavía no era demasiado tarde.

Annika Melin alzó los dos brazos ante sí como si fuera a abrazar algo. O quizá era a sí misma. Abajo estaba lleno de piedras.

El pánico creció en el interior de Thomas: tenía que impedirlo.

Con un salto se lanzó los últimos metros y estiró los brazos para intentar asirse a sus piernas. Sus manos intentaron agarrar la tela de los pantalones, tensionó los músculos al máximo y las puntas de sus dedos rozaron algo mojado. Sin embargo, lo mojado se deslizó de sus manos. No logró agarrar el pie, solo aire.

Annika Melin se precipitó al vacío.

Cayó de cabeza contra la peña.

Un sonido seco llegó hasta Thomas. ¿Lo hizo? El sonido del mar y de la tormenta lo

confundían. Se quedó quieto en el suelo, encogido, mientras intentaba recuperarse.

Pasó el tiempo.

No sabía cuánto rato había permanecido así. Su mejilla descansaba sobre unas hojas mojadas y, poco a poco, fue consciente del frío. Notaba el cuerpo entumecido. Tenía que levantarse y ver qué había pasado con Annika Melin, pero no se sentía con fuerzas.

Había caído unos diez metros. Seguramente, se había matado.

Un sollozo agitó su cuerpo y dejó caer la cabeza en el suelo mojado. Cerró los ojos mientras ahogaba el llanto.

Al cabo de un rato buscó una piedra.

Apretó el puño en torno a ella hasta que se hizo sangre. El dolor lo despertó. Hizo que se recuperara y abriera los ojos.

Rodó sobre sí mismo y se levantó. Los ojos tardaron unos instantes en habituarse a la oscuridad.

Tenía que ver si estaba viva.

DIARIO: AGOSTO 1977

No sé si me atreveré a escribir sobre lo que ha sucedido. Soy igual de culpable que los demás. No sé si voy a tener suficientes fuerzas para hacerlo.

Nunca se lo podré contar a nadie.

Han pasado tres días desde que el sargento nos sorprendió en plena noche. Era tarde, pasada la medianoche, y al día siguiente nos trasladábamos a Rindö para licenciarnos.

Debió de entrar en la habitación mientras dormíamos. Agotados por la última maniobra, nos habíamos ido a dormir temprano. Estábamos sin fuerzas.

Estaba de pie ante la litera donde Andersson… Pär… dormía. Yo dormía arriba.

Me desperté y lo descubrí al pie de la litera.

El sargento hizo un gesto de impaciencia dirigido a mí. Ni una palabra, significaba. Era una orden, no una petición. Automáticamente salté de la cama y me puse en posición de firme.

En la otra litera Erneskog y Kaufman seguían durmiendo.

Pär dormía boca abajo. Como un niño indefenso que duerme seguro de que sus padres lo protegen. El brazo derecho un poco alzado y la mano debajo de una de sus orejas. La espalda no estaba tapada, no se había puesto la pieza de arriba del pijama. En el sueño parecía más joven que un chico de veinte años. Parecía un niño.

La fiebre había coloreado sus mejillas. Estaba cansado y enfermo. Se había quedado dormido en cuanto llegamos.

El sargento se paró ante él. Una sonrisa cruel se dibujó en sus labios. Olía a alcohol. Seguramente había estado bebiendo toda la noche. Nunca lo había visto tan borracho. ¿Qué pensaba hacer?

Con el puño cerrado golpeó a Pär en la oreja.

No necesitó más. El cuerpo se agitó, giró la espalda y Andersson abrió los ojos. Sin decir una palabra vio la figura del sargento ante sí.

Nunca olvidaré la expresión de su cara cuando lo despertó.

La angustia en sus ojos, la súplica silenciosa.

Y luego la vergüenza cuando se acordó de lo que había pasado aquel día.

El cuerpo se hundió y pareció como si se encogiera, como si se mereciera ser castigado.

El sabor del miedo inundó mi boca. Era un sabor soso, metálico, que no me recordaba a nada conocido. El paladar se me secó y me quedé sin saliva. Intenté mojarme los labios, pero no pasó nada cuando los lamí.

El sargento estaba a punto de cruzar la línea.

Sabía que tenía que hacer algo para impedirlo, pero no me atrevía. Tenía tanto miedo que estuve a punto de mearme encima y presioné con los músculos para mantener mi vejiga controlada.

Kaufman y Erneskog se habían despertado, pero el sargento los mandó callar con un gesto. Después agarró a Pär por el brazo y lo sacó a rastras de la habitación, hacia las duchas.

Estuve unos segundos sin saber qué hacer. Luego los seguí a través del pasillo vacío. ¿Qué pensaba hacer?

Pär yacía sobre el suelo mojado. Las venas azules traslucían en su pálida piel y temblaba de frío. No movió ni un solo músculo en su defensa.

Se había dejado llevar hasta allí como un cordero que hubiera esperado el momento del sacrificio.

El sargento se giró hacia mí sonriendo de tal forma que tuve que bajar la vista para no ver la locura en sus ojos.

Miré hacia Erneskog y Kaufman, que estaban junto a mí en la entrada. Tampoco se movieron.

En la débil luz de una sola bombilla vimos cómo el sargento llenaba un cubo grande con agua y jabón.

Ojalá Kihlberg o Martinger estuvieran aquí, pensé, a punto de romper a llorar. Ellos pararían al sargento, sabrían qué hacer.

Nosotros éramos los únicos que estábamos despiertos en todo el edificio. Los otros estaban en el piso de arriba.

Cerca pero demasiado lejos.

Kihlberg y Martinger son los más fuertes del grupo. Hubieran podido parar al sargento. Hubieran podido intervenir antes de que fuera demasiado tarde.

Desesperado, miré a Kaufman y Erneskog, y deseé que uno de ellos interviniera. ¿Por qué no abrían la boca y protestaban, gritaban, lo que fuera, por qué no hacían algo que obligara al sargento a recapacitar?

Pero estaban, al igual que yo, sometidos a la autoridad del sargento.

Antes, ese mismo día, pensé que estábamos dispuestos a morir el uno por el otro. Ahora veía lo equivocado que estaba. Allí solo valía la ley del más fuerte. Nada más. Ese era el espíritu del cuerpo.

El odio hacia mí mismo estuvo a punto de ahogarme y cerré los ojos. Una corriente de aire frío me llegó desde la ventana.

El sargento se inclinó y le habló a Pär al oído. Lo agarró de la cabeza y la metió dentro del cubo.

«*Ahora te vamos a limpiar la boca para que aprendas a no vomitarle encima a un oficial.*»

¿*Quiso el sargento Robert Cronwall matarlo esa noche*?

No lo sé. Pero todos somos culpables de su muerte.

No levantamos ni un dedo para defender a nuestro compañero y callamos cuando se ocultó la verdad.

Somos unos pobres cobardes que no merecemos llevar la boina con la insignia de las Fuerzas Especiales de la Marina.

82

Thomas rodeó el búnker y llegó al borde de la peña.

Abajo yacía el cuerpo de Annika Melin entre las rocas. A la luz de los relámpagos, vio que el cuerpo estaba en una postura extraña, como si fuera una muñeca de trapo que alguien hubiera arrojado a un lado. Uno de los brazos estaba doblado detrás de la espalda y lo que se veía de la cara estaba metido en una grieta profunda.

No se movía.

—¡Annika! —gritó—. ¿Me puedes oír?

La única respuesta que obtuvo fue el aullido del viento.

Se movió hacia atrás, hacia un grupo de pinos. Con una mano agarró una rama y la arrancó. Probó si aguantaba su peso, y una vez hubo comprobado que sí, comenzó a bajar por la pendiente mojada. De repente, dio un paso en falso y se lanzó hacia dentro. Si la rama no hubiera aguantado, se hubiera estrellado contra las rocas. Con ayuda de la gruesa rama, Thomas subió los últimos metros y se dejó caer de rodillas. No podía trepar solo y a oscuras. Para llegar hasta Annika Melin tenía que ir hasta la torre y luego bajar por la pendiente sur. Era la única alternativa segura. Thomas se arrastró hasta el borde de la peña y miró por última vez las rocas de la orilla.

Annika Melin no se movía.

Si no estaba muerta como su hermano o Robert Cronwall o el resto de las víctimas, lo estaría pronto. No podía hacer nada por ella. Era demasiado tarde.

Lo invadió un dolor intenso por todos los que habían muerto y por su incapacidad para impedirlo. Toda la sangre vertida para nada.

¿De dónde podría sacar fuerzas para continuar?

Se dejó caer sobre la tierra mojada y apretó el puño contra la boca para impedir el llanto. Fue en vano. Los sollozos se sucedían como las olas que rompían más abajo, y al final cedió.

KORSÖ

Korsö se encuentra en la ruta central hacia Estocolmo, enfrente de la isla de Sandön, más conocida como Sandhamn.

En los años treinta se quería contar con la posibilidad de poder cortar el acceso a Estocolmo en caso de una invasión. Para ello se comenzó a construir una batería pesada en la isla. Como casi todas las que se construyeron a lo largo de la costa, la Marina se tuvo que conformar con cañones viejos desmontados de distintos buques. La batería de Korsö estaba formada por cañones que habían pertenecido a los acorazados Wasa y Göte.

La artillería de Marina y más tarde el segundo batallón anfibio tuvieron su base en Korsö desde la Segunda Guerra Mundial hasta los años noventa. Cada año, en primavera, los soldados se trasladaban de Rindö a Korsö y regresaban a finales de agosto.

En 1995, la batería se vació de munición y desde entonces no se ha utilizado. Durante el otoño de 2008 se desmontaron todas las piezas fijas de la artillería y la batería de Korsö se desmanteló en su totalidad.

Las piezas se cortaron y se destinaron a chatarra, y los edificios se derruyeron y se sellaron.

Solo queda de la batería un montón de piedras.

Todavía está prohibido desembarcar en la isla.

EPÍLOGO

Detrás de Sandhamn se encuentra la torre de Korsö. Cuando era niña observaba su oscura silueta y me preguntaba qué se escondía allí. Nunca lo supe, ya que no se puede desembarcar en esa zona, pero ya de adulta recordaba a los soldados que remaban con sus canoas. Siempre en silencio, con su equipo de guerra al completo y los rostros pintados de camuflaje.

Allí y entonces nació esta historia.

Las actividades de las Fuerzas Especiales de la Marina están rodeadas de leyenda. La entrega y el espíritu de estos soldados de élite son impresionantes y ha sido emocionante utilizar parte de su historia durante mi trabajo de preparación de esta novela. Si alguna vez nos invadiese una potencia enemiga, no me puedo imaginar mejor unidad para hacerle frente.

Quiero resaltar que todo en esta historia es inventado y que los personajes son producto de mi imaginación. Los sucesos, los castigos o «recompensas» que se relatan en el diario de Jan-Erik Fredell sí que están basados en hechos reales que se describen en los libros *Jag ska bli kustjägare* («Voy a ser soldado de élite»), de CM Jönsson, *Man eller monster* («Hombre o monstruo»), de Mats Jacobson, *Kustjägarna 50 årett sekel i verksamhet* («Soldados de élite, 50 años de operaciones»), de la Asociación de Hermandad de Veteranos de las Fuerzas Especiales de la Marina, y *Sjölunds gosar (Los chicos de Sjölund)*, de Jan Håkan Dahlström.

Me gustaría dar las gracias a una serie de personas que han respondido a mis preguntas: Sonny Björk, comisario de policía; Rolf Hansson, comisario de policía de Nacka; Claes Ling Vannérus, jefe de unidad de la Policía Marítima; Hans-Jochen Seifert, exjefe de compañía de las Fuerzas Especiales; Mikael Hansson, exsoldado de élite, y los policías marítimos Thomas Eriksson y Patrik Enblad.

También quisiera agradecer en especial a mi buen amigo Pär Westerberg, oficial en reserva del cuerpo anfibio, por toda su ayuda a la hora de aclarar varias cuestiones militares.

También quiero dar las gracias a la familia y a los amigos y colegas que han leído el manuscrito y me han dado su opinión a lo largo de la redacción del libro: Lisbeth Bergstedt, Tord Bergstedt, Anette Brifalk, Helen Duphorn, Gunilla Petesson, Göran Sällqvist, Katarina Bodén y Camilla Sten.

Una vez más tengo que agradecer a mi editora Karin Linge Nordh y a mi redactor John Häggblom, el gran interés que han mostrado durante el trabajo con el manuscrito.

También quiero mostrar mi agradecimiento a Emma Tibblin y Poa Strömberg, mis dos

hábiles agentes literarios en Stilton Literary Agency.

Asumo como autora los posibles errores y fallos que se puedan encontrar en el libro, al igual que si he malinterpretado las actividades de las tropas de élite a pesar de todos mis profundos intentos por comprenderlas. A veces he simplificado las cadenas de mando y los grados en aras de las necesidades del relato.

Mis maravillosos hijos, Camilla, Alexander y Leo, como ya es costumbre, han tenido que vérselas con una madre temporalmente distraída. ¡Aunque esta vez he intentado escribir la mayor parte del libro cuando dormíais por la mañana!

Sabéis que os quiero sobre todas las cosas.

Lennart, eres el mejor. En todos los aspectos. ¡Felices bodas de bronce!

Viveca Sten

NOTAS

[1] *Kvarnberget*, «la montaña del molino».
[2] Significa «el pino». (*N. del T.*)